
¿Y SI NOS VOLVEMOS A VER?
CARLOTA MANZANO

¿Y SI NOS VOLVEMOS A VER?

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
¿Y si nos volvemos a ver?
Carlota Manzano
©junio, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

«Cuando todo encaja desde el principio o vuelve a su sitio, provoca una paz increíble y una satisfacción difícil de explicar».

Capítulo 1



Ilian

Nada más entrar en la habitación, lancé la chaqueta del traje al sillón. Cayó sobre él, pero por muy poco.

Fui directo hacia la cama, pasándome las manos por el pelo.

Había sido un día de mierda. No había otra manera de definirlo, al menos para mí, que era el que llevaba todo el peso de la empresa.

Lo normal, cuando se es el jefe y el dueño de ella.

Nunca me quejaba, tiraba para delante con todo, pero de un tiempo a esta parte me sentía sobrepasado. Había días mejores y otros peores, pero estos últimos eran los que más notaba.

Cuando a uno le van bien las cosas, ni siquiera presta atención a lo bueno.

Y no, no era que me fuese mal la empresa. En absoluto.

Esta funcionaba perfectamente, generando muchos beneficios cada año. Tenía a mucho personal cualificado a mi cargo y hacían su trabajo de manera profesional y eficiente.

Mis calentamientos de cabeza se debían a que sobre mí recaían la mayoría de las cosas, aunque el único culpable era yo.

Mi necesidad por controlarlo todo me llevaba a querer estar al tanto de hasta lo más mínimo que sucedía en mi empresa. Era un decir, para que me entendáis, porque lógicamente había muchas cosas de las que no me enteraba y ni ganas de ello. Dentro de esas cosas también estaban las que yo pasaba por alto.

Los cotilleos, las habladurías, los pequeños piques entre compañeros… sobre esto último, siempre que fueran piques sanos y sin maldad, yo no entraba. Otro asunto diferente era cuando se salían de esa línea. Entonces sí que me mantenía informado, para actuar si era necesario.

En definitiva, todo lo importante lo sabía. Lo demás, que no afectara a mi empresa y a mis trabajadores, me daba igual.

Cuando llegué a la cama me senté en el borde. Me desabroché los primeros botones del cuello de la camisa y después continué con los puños, los que doblé para recogerlos un poco.

Me quité los zapatos con los pies y me dejé caer hacia atrás, para quedarme tumbado hacia arriba, sin dejar de tocar el suelo con los pies.

Cerré los ojos despacio y me tomé un tiempo para descansar. Rara vez podía. Mi mente no frenaba. Ni dentro ni fuera de la empresa, siempre enfocado al trabajo.

Solté un bufido cuando sonó la melodía de llamada de mi móvil.

Lo único que moví fue el brazo, para sacarlo del bolsillo del pantalón.

Cuando miré la pantalla vi el nombre de Nico en ella. Descolgué.

—Hola, amiguísimo —me saludó uno de mis mejores amigos.

—¿He pasado el nivel de simple amigo?

Rio.

—Hace mucho tiempo, tío. Eres mi hermano, mi otra mitad, mi…

—Vale, corta el rollo —lo interrumpí porque podía tirarse un buen rato y no terminar.

—¿Qué te pasa? ¿Un día jodido?

—Me pasa lo de cada día, últimamente. No es nada, se me pasará, pero ahora mismo estaba intentando relajarme en mi cama. Acabo de llegar a casa.

—Joder. ¿Estás relajándote? ¿Te he pillado ejercitando la mano bombeando?

—No puedes ser más idiota —me quejé, pero haciendo notar una pizca de diversión en la voz.

Soltó una carcajada.

—¿Entonces no? Qué cortarollos —suspiró.

—No me toques las narices, Nico, si quieres terminar bien el día —le advertí.

—¿Tan mal te ha ido hoy? —me preguntó, serio.

—Solo estoy cansado y con ganas de olvidarme de todas las responsabilidades por un rato. No es mucho pedir, pero no lo consigo.

Me tapé los ojos con un brazo.

—Ilian, no puedes seguir de esa manera. Te lo digo en serio.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo una empresa que requiere mi presencia constantemente y da muchos puestos de trabajo. No puedo aflojar.

—Los cojones, no puedes. —Bufó—. Solo tendrías que proponértelo, buscar soluciones, pero quieres acapararlo todo y así te va. Tío, vas a caer enfermo como no te cuides. Te levantas temprano y tu vida es únicamente la empresa, hasta que te acuestas tarde, cuando llegas a casa. ¿No lo ves?

—Te repito. ¿Qué quieres que haga?

—Eres dueño de un titán empresarial, Ilian, y tienes a muchas personas cualificadas a tu cargo. ¿Por qué no delegas? Puedes empezar poco a poco.

—Lo que dices no es suficiente para lo que hago yo.

Suspiró y, aunque no lo veía, sabía que estaba moviendo la cabeza de un lado al otro, negando.

Se quedó demasiado tiempo en silencio, por lo que volví a hablar.

—¿Sigues ahí o me he quedado solo?

—Aquí estoy, pesando y meditando sobre nuestras vidas.

—Qué profundo —sonreí de medio lado.

—¿Qué planes tienes para ahora?

—Voy a quedarme en la cama un rato más, tengo tiempo. Hasta las siete no iré a la casa de mis padres. Hoy toca cena familiar.

—Mañana es sábado y voy a raptarte.

—Que sea a partir de la una de la tarde.

—¿Qué mierda de rapto sería ese? ¡¡No va a ser como a ti te salga de las narices!!

Soltó una carcajada.

—¡Habrase visto! —continuó, quejándose con un bufido—. He dicho que mañana te secuestraré y te callas. Da gracias a que te estoy avisando para que no te suba la tensión, por apartarte de tus obligaciones —dijo con diversión—. Cuando colguemos hablaré con Joel. Será mi apoyo para pasar un fin de semana de lujo y de escándalo.

Joel era nuestro amigo, el tercero del trío inseparable que formábamos desde el instituto. Hacía muchísimos años que estábamos juntos, que éramos amigos.

—¿Hablas del fin de semana completo? ¿Te has vuelto loco? —le pregunté—. Se te ha ido la cabeza. Con todo lo que te he dicho, y me sueltas que serán más de unas horas mañana. No te lo crees ni tú.

—Por supuesto, y si hace falta te amordazaremos. Te callas, lo aceptas y punto. Joder, qué complicadito eres, tío. Con razón te temen a la hora de hacer negocios. Eres implacable y no das tu brazo a torcer, pero con Joel y conmigo no podrás durante el fin de semana.

Rio.

—Nico, ni se os ocurra organizar algo para los dos días. Como mucho, estoy dispuesto a parar mañana sábado. Si madrugo más, puedo dejar de trabajar a las once, en vez de a la una, tal y como te he comentado. El domingo tengo una reunión por videollamada con un empresario de Berlín.

—No pasa nada. Donde estemos tendrás wifi, cargador, enchufes y tu móvil —dijo con diversión—. Es tu elección si te llevas también el portátil, pero solo para esa videollamada. Olvídate del resto, no se va a terminar el mundo porque tengas la reunión en el hotel de una playa.

—Playa —repetí, apartando el brazo de los ojos.

—Eso mismo —me confirmó, riendo—. ¿Qué te parece?

—Hace muchísimo que no voy a una playa.

—Así estás, más blanco que la leche —dijo, con diversión—. No te preocupes, yo llevaré todo tipo de protecciones, para el sol y para el placer.

Soltó una carcajada y sonreí.

Me ahorré hacer algún comentario al respecto, porque igualmente, haría lo que quisiera.

—Así que, con más razón, vamos a ir a disfrutar de un fin de semana en un hotel que esté a la orilla de una playa —continuó con sus planes—. Ya te toca. Yo me encargo de todo.

—Joder, Nico.

—Sí, eso también entra en el plan perfecto —rio—. Claro que vamos a joder. Sobre todo, tú, porque llevas una rachita…

—¿Qué sabrás tú?

—A no ser que lleves una doble vida muy bien escondida… Pero ¡ya me dirás cuándo! Oye, ¿no estarás tirándote a alguna empleada o directiva de la empresa? Voy a tener que hacer un trabajo de investigación y controlar cuántas personas entran y salen de tu despacho, calculando los tiempos. No descarto a nadie, porque hay más de uno que te comería enterito.

—Definitivamente eres idiota. —Negué con la cabeza—. Déjate de trabajitos de investigación y de tonterías. No juegues en la empresa.

—Vale, aguafiestas —suspiró, con dramatismo—. ¿Entonces qué? ¿Te hace un poco de gracia el plan que acabo de idear? A mí me hace mucha ilusión, tío. Ya hace demasiado que no pasamos unos días juntos, Joel, tú y yo, fuera de lo rutinario. Ni me acuerdo del último viaje que hicimos, ni si fue corto.

—No me convence mucho por el tema del trabajo, pero como podré estar conectado…

Me quedé pensativo y seguí.

—Y claro que me apetece, Nico. Quiero estar con vosotros e intentar desconectar lo máximo posible. Es solo que me cuesta dar el paso para aceptar, por todo lo que tengo a mis espaldas. El último viaje que hicimos fue hace seis años, a Irlanda. No fue corto, estuvimos quince días.

—Joder, es verdad. Ya no me acordaba. Y fueron tantos porque a ti te interesaba, para cerrar unos negocios —rio y sonreí.

—Lo importante es que estuvimos alejados de aquí.

—Sí, tío. Oye, has dicho que estarás conectado con el trabajo este fin de semana, pero no las veinticuatro horas. Eso quítatelo de la cabeza, que te estoy viendo venir.

—En cuanto Joel y tú os toméis unas copas de más no podréis hacer nada contra mí —comenté, con humor.

—Así me gusta, que te animes —alzó la voz.

Sonreí de medio lado.

—No sé cómo irá o si tendré que venir a casa antes de tiempo, pero voy a intentar pasar un fin de semana de desconexión con vosotros.

—No sabes cómo me alegra escuchar eso, tío. Estoy emocionado y todo.

—Eres muy tonto.

Reímos.

—Te dejo para que puedas descansar un poco más, antes de irte a la casa de tus padres. Dale un fuerte abrazo al bellezón de tu madre y un besazo que la deje temblando. Tu padre con un apretón de manos tiene suficiente.

Soltamos una carcajada.

—A ver si eres tan valiente el día que estés delante de él —le dije.

—Cuando esté cara a cara con tu padre besaré el suelo que pisa, como hago contigo cuando estás cabreado o tienes un día de mierda —habló entre risas—. Uno debe saber cuándo hay que arriesgar la vida y cuándo no.

—No tienes remedio.

—Te he alegrado un poco el día y con eso me basta. Nos vemos mañana, tío. ¿Irás a la empresa o trabajarás desde casa?

—Estaré en casa.

—Pues a las once y media estaré ahí con Joel, para recogerte y poner rumbo al paraíso. Tú solo tienes que hacer una pequeña maleta y despreocuparte por todo lo demás. Entre Joel y yo vamos a organizar el fin de semana perfecto.

—Miedo me dais.

—Ya lo sabes, haces bien en temernos —rio—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Capítulo 2



Saqué la llave del contacto del coche, con la vista fija en la entrada de la casa de mis padres.

Casa, mansión, pequeño gran paraíso…

Mejor lo dejaré en mansión, para referirme a la vivienda familiar. Para mí, era un lugar muy especial.

Tal vez porque crecí aquí y me conocía cada espacio, rincón y escondite, tanto de la vivienda como de los inmensos jardines que la rodeaban. A mí no me parecía tan grande, aunque realmente lo era.

Cualquier persona que veía la vivienda por primera vez se quedaba impresionada. Y mucho más, cuando conocía a mis padres. Cada uno se creaba una idea del tipo de personas que podían encontrarse en una mansión como esta, y normalmente todas esas ideas iban siempre en la misma dirección.

Ese era el error que cometían todos los que encasillaban a mis padres, porque se equivocaban de principio a fin.

Estoy refiriéndome a que, dado el elevado nivel económico que se podía apreciar en toda la propiedad, por las dimensiones del terreno, por los jardines que parecían infinitos y estaban perfectamente cuidados, y, por supuesto, por la joya principal que era la vivienda, la cual era una pasada y se alzaba majestuosa en dos plantas, por todo esto la gente daba por hecho que las personas que vivían aquí debían aparentar y representar ellos mismos el poder, el lujo y el dinero.

Nada que ver. Mis padres, por muchas riquezas que tuvieran, eran dos personas muy cercanas y sencillas a las que no les iban los excesos.

Gracias a ellos crecí aprendiendo lo que era tener los pies en la tierra y a no creerme superior, por tener la suerte de poder disponer de todo lo que quisiera y se me antojara.

Me bajé del coche y me guardé la llave, mientras caminaba hacia la entrada.

No tenía que andar mucho, ya que había dejado el vehículo en la glorieta que servía para cambiar de sentido, hacia el camino de entrada y salida. La glorieta estaba decorada con una fuente que tenía agua, pero que en este momento no estaba funcionando.

Me paré frente a la elegante puerta y pulsé el timbre.

—¡Cariño! —me recibió mi madre, alegre y con una gran sonrisa.

—Hola, mamá.

La abracé y nos dimos un beso.

—Quién diría que estaba detrás vigilando por las ventanas, para ver cuándo llegaba —le dije.

—Pues más o menos —admitió.

Rio y sonreí.

Le pasé un brazo por los hombros y me dejé llevar por ella, por el interior de la vivienda.

Mi madre se llamaba Delia. Era una mujer preciosa, por lo que era normal que mi padre cayera rendido a sus pies en cuanto la vio.

Aunque no se acercó a ella con el propósito de un acercamiento hasta un tiempo después. Mis padres me tuvieron muy jóvenes, por lo que ellos también lo eran.

—Tenemos una sorpresa —me dijo.

—Yo también.

—¿Y eso?

—Mañana me voy con Nico y Joel a pasar el fin de semana a un hotel de playa.

—Hijo, qué ilusión.

Colocó una mano en mi pecho, mientras nos acercábamos al porche.

—Soy tan lineal que una mínima cosa como esa sorprende de mí —comenté, negando con la cabeza.

—No digas eso. Eres un hombre con muchas responsabilidades y obligaciones, de ahí todo lo que has conseguido por ti mismo. Sabes lo orgullosos que estamos de ti, pero no todo en esta vida es el trabajo. Eres joven y tienes que divertirte.

—Los años comienzan a pesar, ¿eh?

—Tendrás valor… —jadeó con sorpresa—. Mira que decir eso… A mí me pesan más.

—Tú estás perfecta, mamá.

—Pues tú también.

Sonreí de medio lado.

—A ver cómo va el fin de semana —dije pensativo—. Lo mismo no puedo llegar a desconectar del todo.

—Ya verás como sí. Con los chicos y la sorpresa que estás a punto de ver, no tengo ninguna duda de que lo conseguirás. Ellos harán todo lo posible para que os divirtáis.

—Me tienes intrigado. ¿Qué sorpresa es?

—Una a la que has echado de menos y estabas deseando ver.

Al escuchar la voz de mi primo Zacarías desde el porche, dirigí la mirada hacia delante.

—Zac…

—Hola, Ilian.

Me separé de mi madre y acorté la distancia con mi primo, saliendo al porche.

Nos dimos un fuerte abrazo que alargamos, por el tiempo que hacía que no nos veíamos.

—Joder. Sí que eres una sorpresa, y de las buenas —dije—. Dime que tardarás en irte.

—Voy a estar unas semanas por aquí. Así que sí, tardarás en perderme de vista.

—Qué bueno.

Lo abracé de nuevo y cuando nos separamos le revolví el pelo, como cuando éramos pequeños.

—Papá.

Mi padre, Darío, era un hombre con una planta impresionante que llamaba siempre la atención.

Estaba sentado en un sillón, a nuestro lado. Zac se había levantado de otro sillón que mi padre tenía a su izquierda.

Le hice un gesto a mi padre, para que no se levantara, y me incliné para darle un abrazo y un beso.

Mi madre fue a sentarse en una silla, al otro lado de mi padre, pero él se adelantó para agarrarla de una mano y ponerla sobre sus piernas.

También crecí viendo en ellos un amor y una pasión muy difíciles de encontrar. Siempre que compartían el mismo espacio se mantenían muy cerca el uno del otro, como si necesitaran sentirse de alguna manera. Por lo que ver a mi madre sentada de lado sobre las piernas de mi padre era algo muy habitual en ellos, cotidiano. Como poco.

Arrastré otro sillón para mí, acercándolo al que ocupaba mi primo. Me senté con ellos.

—Ilian.

Al escuchar a Jana, me giré sonriendo.

—Hola, mi niño.

Me puse en pie para abrazarla y darle un beso en la cabeza.

—Hola —le correspondí, con cariño.

—¿Qué os apetece tomar? —nos preguntó, animada.

—No te preocupes, Jana —le dijo mi padre—. Yo me encargo.

Se levantó, incorporando también a mi madre.

—Voy a traer una botella de vino y las copas. Ponte cómoda con nosotros. Vamos a celebrar este encuentro, y que Zac nos ha sorprendido con su visita que alargará unas semanas.

Jana le sonrió y asintió.

Mi padre entró en la vivienda y ella ocupó el sillón que yo le acerqué al lado del de mis padres.

Jana se encargaba de la cocina y de que todo en la casa estuviera bien, aunque no era ella la que limpiaba y organizaba. Para eso mis padres tenían contratado un servicio de limpieza que venía dos veces por semana. Siempre era el mismo equipo de trabajo, por lo que los conocíamos muy bien, de años.

Jana básicamente era la reina de la cocina. Quitando eso, el resto del tiempo lo utilizaba para sus cosas y para pasar tiempo con mi madre, yendo de un lado al otro con ella. Muchas veces mi madre también ayudaba a Jana con las comidas, al menos en lo que Jana la dejaba.

Para nosotros era una más de la familia y para mi madre su mejor amiga. Jana fue mi niñera desde que nací, el gran apoyo que necesitó mi madre, sobre todo, durante los primeros meses, después de tenerme. Mi madre lo pasó muy mal, por problemas de salud.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —le pregunté a Zac.

—Porque era una sorpresa —me contestó.

Arqueó una ceja y yo sonreí.

—Te quedas aquí, ¿verdad? —le preguntó mi madre—. Hace muy poco que ha llegado, todavía no nos ha dado tiempo a hablar de nada —me dijo a mí.

Asentí.

—No quiero ser una molestia, tía.

—¡Por Dios! ¡¿Qué tontería es esa?! —exclamó mi madre.

—La vivienda es tan grande que, si no hiciéramos por vernos, no nos daríamos cuenta de quién hay aquí —comentó Jana.

Reímos.

—Lo que quería decirte Zac es que no se queda aquí porque se viene a mi casa, a molestarme a mí —dije.

Mi primo me miró con una sonrisa pícara y solté una carcajada.

—Qué mínimo, ¿no? Tenemos que ponernos al día de nuestras vidas, porque cuando me vaya volveremos a echarnos de menos —comentó.

—Te doy la razón, pero te recuerdo que, como mínimo, nos llamamos una vez a la semana y hablamos durante bastante rato.

—No es lo mismo que hacerlo cara a cara —me dijo con un guiño.

—Cuando tienes razón, la tienes.

—Joder, ya van dos de dos. No me lo creo —rio.

—Entonces ya está. Aclarado —comentó mi madre, sonriendo.

A ella le hacía más ilusión que estuviéramos juntos, que mi primo se quedara aquí, por lo unidos que habíamos estado siempre.

Eso no había cambiado, a pesar de la distancia. Zac y yo seguíamos siendo igual de cercanos.

—¿El qué está aclarado? —preguntó mi padre.

Llegó al porche cargando con una bandeja, en la que llevaba una botella de vino que ya había abierto y una copa para cada uno.

Zac se levantó para acercar una mesa baja y redonda, para dejarla cerca de los sillones que ocupábamos. En ella colocó mi padre la bandeja.

—Que Zac se queda con Ilian, en su casa —le contestó mi madre a mi padre.

—Estupendo —sonrió él—. Yo lo tenía claro.

Le hizo un guiño a mi madre, mientras servía el vino en las copas.

Capítulo 3



—Joder, cómo echaba de menos estos momentos —me dijo Zac.

Sonreí de medio lado, al entrar en la cocina.

Fui directamente a la cafetera. Cogí una taza y me preparé un café con leche.

—¿Echabas de menos ver mi cara de recién levantado? —le pregunté, de espaldas a él.

—Sí, tío.

Reímos, por la forma en la que me contestó.

Mi primo ya estaba tomándose su café y eran las seis y media de la mañana. Muy pronto para él, teniendo en cuenta que no tenía que madrugar.

Cuando tuve el café hecho fui hacia la isla de cocina, donde estaba él sentado en un taburete. Me paré enfrente.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, directo—. Ayer hablamos, pero muy por encima de todo.

Estábamos en mi casa, a la que llegamos la noche anterior pasada la medianoche.

La cena con mis padres y con Jana fue genial, pasamos un rato muy agradable, pero no lo alargamos más porque yo tenía que madrugar bastante, para trabajar.

—Nada —contestó tranquilo.

—Vale.

Me llevé la taza a los labios, para beber el primer sorbo de café, sin apartar la mirada de la suya.

—Te lo pregunto de otra manera —insistí—. ¿Qué te tiene despierto a esta hora, cuando lo normal es que te cueste levantarte de la cama?

—El viaje. Será el cambió.

Arqueé una ceja.

—¿Qué tal con Leo?

—¿Quién es ese? —me devolvió la pregunta.

Dejé la taza en la encimera y apoyé las manos en ella, observándolo fijamente.

—No me mires como si fuera un adversario tuyo y quisieras devorarme —me pidió, riendo.

—No me jodas, Zac. ¿Qué te ha pasado con Leo?

—Que lo nuestro no iba a ningún lado. —Se encogió de hombros.

—¿Qué mierda es esa?

Me crucé de brazos.

—Llevas enamorado de él años, muchos. ¿A qué viene lo que has dicho? ¿Ha pasado algo entre vosotros que te haya hecho echarte para atrás?

—Sí.

—¿El qué?

—Mauro.

Fruncí el ceño.

—¿Quién mierda es Mauro?

—El nuevo jefe de Leo.

—¿Desde hace cuánto?

—Cuatro meses.

—¿Y desde cuándo hace que estáis mal tú y Leo?

—Cuatro meses.

—No me jodas. ¿Estás celoso o tienes motivos?

—No quiero hablar más de eso. No he venido para olvidar, pero espero que en este viaje pueda desconectar tanto que no me acuerde de esos dos.

—Pero ¿por qué no intentas arreglarlo con Leo? Si le cuentas…

—Lo sabe todo, Ilian —me interrumpió.

Desvió la mirada hacia un lado.

—¿Y?

—Y nada. Le da igual cómo me siento yo.

—No te creo.

Rio, pero sin nada de gracia.

—Te lo aseguro. No son mis putos celos los que hablan. Y que conste que los tengo porque son justificados.

—¿Leo ha hecho algo?

—Sí.

Arqueé las cejas.

—Directamente, no.

—Explícate —le pedí.

—Que lo que hace, por ahora y que yo sepa, es no frenar como debería al imbécil de Mauro.

Se encogió de hombros.

—Entiendo. ¿Leo sabe que estás aquí?

—No. Ni lo va a saber.

—Estará preocupado y en algún momento lo sabrá.

—Me importa una mierda.

Bajó la mirada a su taza.

—A él le da igual mi preocupación, si lo paso mal cada vez que Mauro lo acapara solo para él.

—No estás enfocando bien el asunto, Zac.

—No sé hacerlo de otra manera. Al menos por ahora, en caliente.

—Entonces lo de alargar el viaje es por eso.

Asintió, confirmándomelo.

—Trabajarás desde aquí.

—Sí.

—De acuerdo. No hace falta que te diga que puedes quedarte durante el tiempo que quieras y necesites.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio y me jodió ver la tristeza en su mirada.

Zac y yo nos podíamos considerar unos expertos en ocultar nuestros sentimientos y emociones, si así lo queríamos y necesitábamos. Éramos muy parecidos, en muchas cosas.

Y en este instante se había abierto a mí, dejándome ver el dolor que sentí.

Rodeé la isla de la cocina, yendo hacia él.

—Ven aquí —le dije.

Lo agarré de la nuca y lo atraje hacia mí. Apoyó la frente en mi pecho, mientras yo lo abrazaba. Con los movimientos de sus hombros me hizo saber que estaba llorando, aunque no lo escuchara.

—Todo va a ir bien —le dije, acariciándole el pelo—. Sea con Leo o sin él, todo te va a ir bien, Zac. ¿Me oyes?

—Sí —susurró.

—Voy a contenerme por ti, porque tengo muchas ganas de hablar muy claro con Leo.

—No lo hagas, por favor. No quiero que te metas en esto.

—No voy a hacerlo, ya te he dicho que me contendré. Y ya estoy metido, Zac. En el momento en el que tú estás mal, yo ya estoy dentro de lo que sea. Que no se te olvide. Juntos, ¿recuerdas?

Separó la cabeza y asintió, sonriéndome con tristeza.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Tendrías que haber venido antes.

—Ya… Bueno, lo importante es que he terminado aquí.

—Y no sabes cómo me alegro. Anda, vamos a tomarnos los cafés.

—¿Vamos al porche? Me vendrá bien que me dé el aire.

—Claro —le confirmé.

Cogimos nuestras tazas y salimos de la cocina, para recorrer el gran salón. Fuimos directos a la corredera, para salir al porche.

Una vez en él, nos sentamos a la mesa rectangular. Zac eligió una silla cómoda, yo me puse en el banco con asiento acolchado.

—¿Tienes mucho trabajo? —me preguntó.

—Tanto que no lo acabaría en semanas —contesté, sacudiendo la cabeza—. Pero esta mañana solo voy a ponerme a responder los correos electrónicos más urgentes.

—Vale.

—¿Tú ya has preparado la ropa que vas a llevarte para el fin de semana?

Ayer, en casa de mis padres, les conté a todos lo que le adelanté a mi madre. Les hablé de que Nico se había empeñado en sacarme de casa este fin de semana y que, junto a Joel, iba a organizar una escapada de dos días a un hotel de playa.

Todos reaccionaron como mi madre. Aparte, mi padre me dijo que ya era hora que me diera un respiro y me comentó que a mi regreso quería hablar conmigo del tema.

Me esperaba una buena charla que tendría como propósito que yo frenara un poco.

—Anoche no tuve ganas. Ahora lo haré —me dijo.

Asentí.

—Al entrar en mi vestidor, en el armario de la pared de la derecha tengo lo de viajar. Ya lo verás: maletas y mochilas de varios tamaños y más cosas. Coge una mochila o lo que necesites, para ir más ligero de equipaje —le pedí.

—Sí —sonrió—. No es plan de ir con la maleta grande con cuatro cosas dentro.

—Te sentará genial desconectar con Nico y Joel. Son exactamente lo que necesitas —dije convencido.

—No te excluyas. No sería lo mismo sin ti.

—Como si yo fuera el alma de la fiesta —comenté, con una sonrisa de medio lado.

—Cuando quieres, lo eres —rio y mi sonrisa se amplió—. Lo que pasa es que tienes tantas responsabilidades importantes, desde hace tanto tiempo, que se te ha olvidado como relajarte y serlo.

Hizo una mueca.

—Ni se te ocurra entrar en ese tema de conversación —le advertí.

Levantó las manos entre nosotros y, a partir de ese momento, nos tomamos los cafés en silencio.

Yo no pude estar el tiempo que me hubiera gustado con él, a pesar de que sabía que Zac me necesitaba, aunque fuera en silencio. No pude retrasar más el trabajo, para no hacer esperar a Nico y Joel, cuando vinieran a recogernos.

A mis amigos les informé la noche anterior de que seríamos cuatro, antes de desconectar el móvil para dormir. Al igual que yo, Nico y Joel se llevaron una gran sorpresa al saber que Zac estaba aquí.

Mi primo llevaba viviendo en la otra punta del país desde que se fue a cursar un máster. Allí conoció a Leo y después, una cosa llevó a la otra, y ya solo regresaba para las épocas de las vacaciones.

Cuando me terminé el café, le dije que me daría prisa para acabar el trabajo y me fui hacia la habitación que tenía convertida en un despacho. Desde él trabajaba en casa.

Recorrí el salón, pero me paré unos segundos para mirar hacia el porche.

Zac seguía sentado. Había cerrado los ojos y se frotaba la frente, alternándolo con pasarse una mano por el pelo.

Apreté la mandíbula.

Su situación me había cabreado y entristecido, a partes iguales. Conocía muy bien a Leo y desde el primer momento me cayó genial. Congeniamos muy bien y nos llevábamos de la misma manera.

Por eso, al conocerlo y al saber cómo pensaba, cómo era su manera de actuar, me parecía una broma de mal gusto lo que me había contado mi primo.

Si algo tenía claro, desde que estaban juntos, era que Leo quería y adoraba a Zac.

¿Eso había cambiado por el tal Mauro? ¿Hasta qué punto era cierto?

—¿Qué estás haciendo, Leo? —pregunté a la nada, susurrando—. La estás cagando, pero bien.

Sacudí la cabeza y continué mi camino hacia el despacho, cabreado con la situación.

Me encerré en él y, sentado frente al portátil encendido, miré la pantalla, sin verla realmente, mientras no podía dejar de pensar en mandar a la mierda la promesa que le había hecho a Zac, la de no intervenir entre él y Leo.

Tuve que concentrarme en el trabajo para evitar la tentación. Comencé a redactar el primer correo electrónico importante, el más urgente de la lista que me había propuesto terminar.

Al cabo de una hora, Zac picó a la puerta y sonreí cuando lo vi con una taza de café con leche.

Entró en silencio, la dejó en mi mesa, y se fue como llegó.

Y por primera vez en mucho tiempo, tanto que ni me acordaba, deseé dejar de trabajar ya y no tener tanto peso sobre los hombros, para olvidarme del trabajo y las obligaciones, y así poder estar con mi familia y amigos.

Capítulo 4



Dara

—Buenos días, preciosa.

Mi primera reacción fue soltar un bufido, directo hacia mi amigo.

Álvaro soltó una carcajada, al mismo tiempo que me lanzó un trapo que no me dio tiempo a esquivar.

—Joder —me quejé, cuando este cayó de mi cara a mis manos—. No me empeores más el día porque eres tú el que saldrás perdiendo —le advertí.

Le devolví el trapo, lanzándoselo con rabia, pero él estaba muy fresco y no tuvo problema en cogerlo antes de que le diera.

—¿Cuánto bebiste anoche? —me preguntó.

—Buenos días —le dije con retraso, con mala leche.

Álvaro rio.

Apoyé los brazos en la barra, justo donde estaba él al otro lado.

—¿Bebiste tanto que no te acuerdas de que tienes que estar a este lado? —me preguntó, con diversión.

—Muy gracioso.

Puse los ojos en blanco. Después me giré para comprobar que todas las mesas del bar estaban vacías.

—No hay ningún cliente. Puedo tomarme un poco más de tiempo —le dije.

Me encogí de hombros y me senté en un taburete.

Álvaro negó sonriendo. Me dio la espalda y yo también sonreí, porque me había ganado que mi amigo me preparara un café con leche.

Este era nuestro trabajo temporal. Éramos camareros del bar principal, y con más movimiento de clientes, de un hotel de lujo que estaba a pie de playa.

Yo no tendría que estar aquí. Mi vida no tendría que ser esta, porque tuve otros planes antes que este. Aun así, no iba a quejarme porque, quitando las horas de trabajo, el resto del tiempo vivía como una reina.

Tenía la estancia pagada, acceso a absolutamente todo, los precios eran muy bajos para todos los que trabajamos en el hotel, y podíamos disfrutar de todas las instalaciones, siempre y cuando cumpliéramos con nuestros horarios de trabajo y lo realizáramos bien.

Eran pocas las condiciones para todo lo bueno que nos daban. Aparte, el sueldo de mi amigo y mío era muy bueno. No podíamos quejarnos.

Álvaro y yo teníamos la suerte de trabajar en el turno de mañana, desde las ocho hasta las dos de la tarde. Un total de seis horas que siempre se nos pasaban volando. Después teníamos el resto del día libre, para hacer lo que más nos apeteciera.

En mi caso, anoche, fue estar de fiesta con mis amigas Fani y Estela. Como yo trabajaba aquí, ellas estaban pasando las vacaciones en este hotel, para disfrutar juntas de todo el tiempo que pudiéramos.

En unas dos horas las tendría por aquí, porque ellas tenían la gran suerte de dormir hasta hartarse y de llevar la resaca de una manera muy diferente a la que me esperaba a mí.

En fin, era lo que tenía estar de fiesta, beber sin parar y tener que trabajar desde temprano.

Estela y Fani estaban en una de las cabañas que se encontraban más próximas a la playa, sobre la arena. El acceso más cómodo a las cabañas era por pasarelas de madera, si no querías tocar la arena de la playa.

El hotel se dividía en esos alojamientos y en apartamentos que se encontraban en varios edificios pequeños, de dos alturas. Además de todas las instalaciones que ofrecían servicios para los huéspedes.

Desde que mis amigas estaban aquí, yo me quedaba con ellas en la cabaña. Cuando se fueran, regresaría al apartamento que compartía con Álvaro. Este era perfecto para dos personas, pequeño y acogedor.

El bar dentro de poco comenzaría a llenarse de clientes que venían para desayunar. Al igual que en los restaurantes que se encontraban en el edificio principal del hotel, aquí también servíamos desayunos, comidas y cenas, con el extra de que aquí se podía disfrutar de estar al aire libre.

Lo único cubierto que había en el bar era la zona de la barra y la parte de atrás de esta, que era privada. Ahí teníamos un baño para los trabajadores, una sala de descanso y la cocina para servir a los clientes.

El resto del bar estaba descubierto. En el horario de los desayunos era una gozada, por la temperatura tan buena que hacía. Los mediodías eso cambiaba, pero lo solucionábamos con toldos plegables que protegían del sol y con nebulizadores que espolvoreaban agua.

La sensación era muy agradable y mucho mejor recibida. Por las noches sucedía lo mismo que por las mañanas. Era una maravilla cenar, picotear o tomarse una copa bajo el cielo estrellado.

Sí, cuando acababa el horario de las cenas, el bar se convertía en uno que servía copas y cócteles de todo tipo, con el sonido de las olas rompiendo en la orilla, a tan solo unos metros de distancia, mezclado con la suave música.

Al menos al principio, porque conforme avanzaba la noche todo subía de nivel y de ritmo.

—Gracias, guapo —le dije a Álvaro, cuando dejó mi café con leche en la barra.

Lo endulcé y le di el primer sorbo, sabiendo que me lo había preparado para no quemarme. El café me gustaba un poco templado, si no era así, me sentaba mal. Más bien le sentaba mal a mi estado de ánimo, porque se me cruzaba el día y la vida.

—Esto de que no duermas en el apartamento no es divertido. No puedo controlarte.

—Como si alguna vez hubieras podido —reí.

—Algo más que ahora sí —me dijo, con un guiño—. ¿A qué hora os fuisteis a la cabaña a dormir?

—No me acuerdo muy bien. Debían ser sobre las cuatro o así.

Me encogí de hombros.

—Vamos, que no te acostaste hasta las cinco, como mínimo. Porque entre el tiempo que os llevaría llegar y todo lo demás…

Negó con la cabeza.

—A saber. No me extraña que esté deseando que llegue el mediodía, para irme a dormir —suspiré.

Le di un sorbo largo al café.

—¿Qué tal la resaca? ¿Te has tomado algo?

—Una pastilla para la cabeza. Cuando me he despertado parecía que estaban tocando el bombo dentro.

Bufé y él rio.

El sonido me hizo encogerme un poco.

—Es normal que estés así. Con todo lo que beberías…

—Joder, menudo día me espera —suspiré—. Me siento como si llevara una eternidad sin descansar.

—Os pensáis que sois jóvenes y es lo que pasa.

—¡Oye! ¡Te has pasado!

Me impulsé en la barra y apoyé el cuerpo en ella, doblándome hacia el otro lado. Tuve mala suerte porque mi coordinación no era buena, por todos los motivos anteriores que he comentado, y no logré ni rozarlo.

Mi arranque desapareció rápido, cuando dejé caer mi trasero en el taburete.

—Me duele todo —me quejé.

Apoyé un brazo en la barra y la cabeza en él.

—El ritmo que llevas no vas a poder soportarlo muchos más días.

—Eres muy exagerado. Estaré como nueva al final de la tarde, en cuanto me despierte de haberme echado en la cama después de comer. ¿Esta noche estarás con nosotras?

—Sí.

—¿De verdad?

Levanté la cabeza de golpe e hice una mueca, por lo mal que me sentí con tanto movimiento rápido.

—¿Ya se ha ido tu primo? —quise saber.

Desde que llegó Pedro, que así se llamaba su primo, Álvaro había estado desaparecido durante su tiempo libre.

Y se lo agradecía. En parte lo había hecho por mis amigas, pero, sobre todo, por mí.

Pedro había estado unos días en el hotel, junto a tres amigos. Yo que pensaba que no podía haber nadie más insoportable, desagradable y arrogante que el primo de Álvaro. Pues me equivocaba, porque me había llevado una gran sorpresa con los tres amigos de Pedro: eran iguales que él.

La frase de, «no entiendo cómo podéis ser familia. ¿En qué os parecéis?», se repetía entre Álvaro y yo, cada vez que algo del primo de mi amigo salía a relucir en nuestras conversaciones.

De verdad, no comprendía cómo podían ser tan distintos. Todos los defectos se los llevó Pedro. Yo siempre decía en broma que algún antepasado se la jugó.

—No sé si ya, pero dentro de poco sí —me confirmó.

—Joder, estoy por mandar a la mierda como me encuentro y abrir una botella de vino, para que brindemos por la buena noticia.

Álvaro soltó una carcajada con la que tuvo el detalle de no alzar mucho el volumen.

—¿Cómo te fue ayer con ellos?

Me referí a su primo y los amigos de este.

—Como las tardes y las noches anteriores, desde que llegaron.

—Santa paciencia tienes.

Puse los ojos en blanco.

—Me debes unas cuantas por haberlos alejado de ti y de las chicas.

—Ya te digo —sonreí.

—¿Preparada?

Me giré hacia las mesas, justo cuando una pareja se sentaba a una mesa.

—Qué remedio —suspiré—. ¿Me queda bien?

Me volví hacia Álvaro, señalándome la sonrisa por la que le había preguntado.

—Para mí es muy falsa, pero los demás que no te conocen pensarán que te sienta de maravilla —dijo con diversión.

—Gracias, hombre —comenté a modo de queja.

—De nada, preciosa. A tus pies.

—A mis pies te voy a dar yo a ti…

La sonrisa pícara de mi amigo fue lo último que vi, antes de alejarme de él y de la barra.

Tocaba comenzar a trabajar, no quedaba otra, por lo que no borré la sonrisa mientras me acercaba a los clientes.

Una vez me dijeron lo que querían desayunar volví a la barra, dispuesta a ayudar a Álvaro a prepararlo. Lo dejé en un intento, porque fue como si soltaran a todos los huéspedes de golpe.

De esa manera entraron, yendo directos a las mesas.

Yo me quedé fuera atendiendo y sirviendo, mientras que Álvaro se movía con agilidad y habilidad detrás de la barra, preparando los pedidos.

Hice una pequeña pausa para encender el equipo de música y, en cuanto la primera canción empezó a sonar, caminé moviendo de manera natural la cadera, sin llamar la atención ni querer hacerlo.

Entre pausa y pausa fui bebiéndome el café con leche.

Capítulo 5



—Ponedme un vaso de agua lleno de ibuprofenos o aspirinas, por favor.

Álvaro y yo nos miramos y reímos, antes de girarnos para encontrarnos al otro lado de la barra a nuestra amiga Fani. Estela estaba a su lado.

Ambas llevaban unas pamelas con las que chocaban cada vez que se movían y grandes gafas de sol. Estas ocultaban sus ojos, protegiéndolos de la luz intensa del día, ya que las lentes eran completamente oscuras.

Se habían arreglado dos vestidos hechos con pareos. Estos les llegaban hasta medio muslo y debajo de ellos se podían apreciar los bikinis.

Iban monísimas y, en cuanto se recompusieran un poco, estarían dispuestas a disfrutar a tope de otro nuevo día.

Eran las once. Habían pasado tres horas desde que Álvaro y yo comenzamos a trabajar. Tres horas que ellas me llevaban de ventaja en el descanso.

—Todo vuestro malestar se os quitaría si os pusierais a trabajar —les dije.

Me incliné hacia la barra, donde apoyé los brazos.

—Perdona, monada, pero nosotras estamos de vacaciones —intervino Estela, señalándose a ella y a Fani.

—Brindaría por eso, pero solo de imaginármelo me entra una angustia… —Suspiró Fani.

—¿Cómo puedes estar tan bien? —me preguntó Estela—. Has madrugado, llevas un rato trabajando y se te ve genial. En cambio, Fani y yo hace pocos minutos que nos hemos despertado y no podemos con nuestras vidas.

—Ya te digo —añadió Fani—. No me quito las gafas porque asusto.

—Que viva la exageración —dijo Álvaro.

—Te aseguro que no quieres verme —rio Fani, pero con una risa muy débil—. Y no voy a dejar que me veas ahora mismo, tengo una apariencia que mantener.

—Te recuerdo que te he visto de todas las maneras, incluso en situaciones bastante comprometidas —habló con diversión él.

—Algún día te haré un lavado de memoria y solo dejaré la parte de nuestra amistad, para que sepas que somos amigos —le advirtió Fani.

—Inténtalo, preciosa. Estoy seguro de que me divertiré mucho durante el proceso.

Álvaro soltó una carcajada y Estela y Fani se taparon las orejas, haciendo muecas.

—Estoy tan genial, según tú, por el trabajo —le contesté a Estela—. Ya os lo he dicho, si llevarais como yo, tres horas detrás de esta barra y atendiendo a los clientes, ya no quedaría rastro de vuestro malestar.

Les hice un guiño e intenté no reír, porque lo que veían ellas, lo que yo aparentaba por fuera hacia todos, no tenía nada que ver con cómo me encontraba realmente.

Había mejorado un poco, pero no lo suficiente como para no querer ir corriendo hacia alguna cama, para dejarme caer en ella y esconder la cabeza debajo de la almohada.

—Anda, id a una mesa —les pedí—. Ahora os llevo los desayunos.

—Gracias, cariño. A ver si comiendo se nos asienta el estómago y nos encontramos un poco mejor —comentó Fani.

—¿Esta noche os echaréis para atrás? —les preguntó Álvaro.

—Uy, ¿y eso? —se interesó Estela.

—Calla. ¿Cómo, qué y eso? Yo no pienso beber más hasta que se me olvide cómo me siento. —Negó Fani—. Y por lo mal que me encuentro, pasará mucho tiempo.

Movió la cabeza varias veces, de lado a lado, por lo que la pamela también. Álvaro rio y Estela le dio un empujón a Fani, para que no chocara su pamela con la de ella.

—Ay, ¡no aguantas nada! —se quejó Fani.

—Es que al paso que vas me metes la pamela en un ojo —le devolvió la queja Estela.

—Lo que has dicho del olvido y del tiempo para volver a beber, no te lo crees ni tú —le dije a Fani y reí.

—Estoy contigo —me apoyó Álvaro—. Os doy unas horas para tener una bebida con alcohol en la mano. ¿Queréis apostar?

—A esos juegos siempre pierdo —comentó Fani.

—Por qué será… —habló Estela.

Nos miramos los cuatro y terminamos riéndonos. Fani y Estela se llevaron las manos a la cabeza, sujetándosela.

Se fueron hacia una mesa quejándose entre ellas, mientras que Álvaro y yo las mirábamos divertidos.

No hacía falta que nos dijeran qué querían desayunar, comían y bebían lo mismo desde el primer día.

—Voy al botiquín, tiene que haber algo que os ayude a soportar el comienzo del día —me dijo Álvaro.

—Eres el mejor —le sonreí—. Pero yo he mejorado mucho, puedo aguantar perfectamente.

—Claro que sí. A mí me lo vas a decir —habló con ironía.

No podía ocultarle nada, por mucho que creyera que estaba fingiendo de maravilla. Álvaro era como un detector de mentiras con respecto a mí.

Me hizo un guiño y se dirigió a la parte trasera de la barra, a la zona privada. El botiquín estaba en el baño que solo utilizábamos los trabajadores.

Mientras él regresaba, me puse a prepararles el desayuno a las chicas. Por el momento, los demás clientes estaban servidos y ninguno de ellos había llamado mi atención, por lo que lo tenía todo controlado.

Hice dos tostadas que puse en dos platos planos y grandes, y añadí todo lo demás con lo que las acompañé.

Estaba concentrada en ello cuando noté una presencia al otro lado de la barra.

Al levantar la cabeza, me encontré con unos ojos increíbles y con una cara varonil de escándalo. Eso por no hablar de lo poco que podía ver de su cuerpo, de la parte de arriba…

Por lo visto, me despisté tanto observándolo bien que cuando volví a encontrarme con sus ojos, tenía las cejas elevadas.

—Hola —conseguí decir.

—Hola.

Joder, ¿cómo podían existir hombres así? ¿Dónde estaban en mi día a día? Parecían sacados de una película o de una novela. Personajes completamente ficticios e inexistentes en la vida real, que conseguían que te temblara todo el cuerpo con solo una mirada. Y ya, cuando entraban en acción…

De repente, la vida me regalaba la visión de uno de esos hombres por los que se te abría tanto la boca que la barbilla te llegaba al suelo.

Era un decir, para que captéis el momento y cómo estaba sintiéndome.

—No sé cómo me estás viendo —dijo.

Escucharlo de nuevo me sobresaltó. Di un pequeño bote en el sitio.

—Pero en mi mundo existen muchos hombres iguales que yo.

Continuó hablando y agrandé los ojos. Se me abrieron tanto que creí que tendría serios problemas para volverlos a su sitio, mientras notaba un calor intenso en la cara.

—¿Lo he dicho en voz alta? —pregunté, en un susurro.

—Sí —me confirmó, serio.

—Mierda, joder. —Cerré los ojos unos segundos—. Debía haberse quedado solo en mi cabeza.

La sacudí, queriendo que el momento bochornoso fuera una ilusión.

—¿Te diriges a los clientes con ese tipo de palabras? ¿Es lo normal aquí o solo para ti? No me parece muy correcto.

Arqueó una ceja y, como respuesta, yo entrecerré los ojos.

Durante un breve tiempo ninguno de los dos habló, nos mantuvimos observándonos. Él, serio y frío. Yo a punto de saltar por encima de la barra para caer encima de él.

Eso es lo que tú querrías, me dije.

Para mi tranquilidad, retuve ese pensamiento en mi cabeza.

Fui a contestarle, pero no llegué a pronunciarme porque él se adelantó para continuar hablando.

—Como decía, conozco a muchos hombres como yo. Ya que tienes dudas al respecto, te lo aclaro. Y también que no salimos de ninguna ficción ni de la imaginación de nadie. Somos de carne y hueso, palpables, para los que se dejen. ¿Te he hecho temblar?

—¿Qué? —pregunté alzando el tono, con voz aguda.

—Has dicho que alguien como yo, según tú, te haría temblar de los pies a la cabeza con solo una mirada.

—No sigas —le pedí.

No quería que llegara al punto de entrar en acción. Faltaba muy poco para que la vergüenza me hiciera perder el control y yo y los nervios no nos llevábamos nada bien. Era una mezcla de la que podía salir cualquier cosa.

—Solo estoy resolviendo tus dudas —repitió, insistiendo—. Eres muy curiosa.

Abrí los labios dispuesta a decir algo ingenioso para callarlo, pero no se me ocurrió nada. Tenía la mente completamente en blanco, por el efecto de este hombre.

—Ya está.

La presencia de Álvaro fue mi salvación, aunque al escucharlo pegué otro bote en el sitio.

Giré la cabeza hacia él cuando se paró a mi lado.

Álvaro me miró con las cejas elevadas, por mi reacción, y algo vi en mis ojos, que automáticamente dirigió su atención al hombre que estaba al otro lado de la barra.

Se quedó mirándolo por lo que me parecieron largos minutos, cuando en realidad solo fueron segundos.

—¿El qué está? —le pregunté, para que se centrara en mí.

Álvaro volvió a mirarme y, sin apartar el contacto visual, escuché algo cayendo en los platos de los desayunos para Fani y Estela.

Cuando bajé la mirada, vi las pastillas para el malestar de nuestras amigas. Sonreí.

—¿Todo bien? —quiso saber Álvaro.

—Estupendamente —le contesté, sonriendo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —se dirigió al cliente.

Este no se había movido, atento a nosotros.

—Me estaba preguntando si lo de esas pastillas es algo parecido a las palabras malsonantes que acabas de decir —le respondió a Álvaro, pero con la vista fija en mí—. ¿Es un servicio de aquí o es cosa tuya? Ahora me dirás que son medicamentos.

El tonito que utilizó no me gustó nada y lo que acababa de insinuar, mucho menos.

—¿De qué vas, tío? —lo encaró Álvaro—. No te pases. Son simples ibuprofenos para dos personas que lo necesitan mucho.

—¿Para mí tienes?

—No —contesté tajante—. Si te duele algo, apáñatelas solo. Estas pastillas son una excepción para nuestras amigas.

Levanté la barbilla.

Los labios de él se curvaron poco a poco, hacia un lado.

No supe qué significaba ni lo que estaba pensando. Me hubiese encantado meterme en su cabeza.

Y en otros sitios, me dije.

Capítulo 6



Ilian

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has cogido una mesa? —me preguntó Nico.

Se puso a mi lado en la barra y colocó una mano en mi hombro, para apretármelo.

—No lo sé. Me ha dado por venir a la barra —contesté, mirando de reojo cómo la camarera salía de detrás de la barra.

Su compañero continuaba cerca y, aunque la mayoría del tiempo me daba la espalda, de tanto en tanto me buscaba para cruzar las miradas.

Después de los comentarios de las pastillas lo dejé pasar, para no continuar hablando. Ellos lo recibieron bien, se relajaron al instante. Al menos a simple vista.

Mis palabras sobre las pastillas solo habían tenido un propósito, el de alterar un poco más a la camarera. Sabía de sobra que eran medicamentos, por la forma y el tamaño.

—Vamos a la mesa, Zac y Joel han ocupado una —me pidió Nico.

Asentí y lo seguí.

A Zac le había sentado estupendamente el encuentro con Joel y Nico. Desde que estábamos juntos, sus sonrisas y risas eran continuas. Y tenía la esperanza de que continuara siendo de la misma manera, para que mi primo se fuera de aquí con las pilas cargadas y viendo las cosas más claras.

Al final me di prisa para terminar el trabajo y salí del despacho de mi casa media hora antes de lo esperado.

Subí a mi habitación para preparar la mochila para el fin de semana, en la que metí todo lo necesario para el poco tiempo que íbamos a estar aquí.

Zac vino a hacerme compañía y cuando nos dimos cuenta, Nico y Joel habían llegado para recogernos.

Después de los abrazos y de algunas bromas, nos montamos en el coche de Nico y este tomó rumbo al destino que solo él y Joel conocían.

Mi primo y yo no supimos a dónde veníamos hasta que llegamos. El sitio daba igual, porque lo único que queríamos era disfrutar, descansar y estar juntos.

Estaba por ver si yo conseguía hacerlo todo. Lo que tenía claro era que iba a intentarlo, ya que tener conmigo a Zac y de la manera que se encontraba, era más que suficiente aliciente para que dejara apartadas muchas cosas de mi vida diaria.

Independientemente de que nos diera igual el sitio, debía decir que el hotel que habían elegido mis amigos era una pasada.

Se encontraba a pie de playa. El ambiente se sentía muy bueno. Aparte de la playa que solo habíamos visto de pasada, el hotel también tenía dos piscinas grandes.

Era un hotel de lujo, por lo tanto, os podéis hacer una buena idea de todo lo que ofrecía y de las instalaciones que tenía.

Nada más llegar a la cabaña que Nico reservó, dejamos nuestras cosas y nos cambiamos de ropa. Nos pusimos los bañadores, unas camisetas que no daban tanto calor y las chanclas de playa, para estar lo más preparados posible para el día soleado que hacía y para los baños que nos daríamos.

Al terminar, decidimos dar una vuelta por el hotel, para conocer un poco más antes de comer.

Esa idea la sustituimos cuando tomamos un camino desde el que vimos un bar. En ese momento cambiamos de planes y dejamos para más tarde lo de recorrer el hotel. Lo que más nos apeteció fue tomarnos unas bebidas bien frescas, para mitigar un poco el agobio que teníamos.

Yo llegué primero al bar, porque mis amigos y mi primo se quedaron hablando con un empleado que encontramos a unos metros. Ellos comenzaron a hacerle preguntas sobre los horarios y otras informaciones que consideraban importantes, mientras que yo preferí adelantarme.

Y aquí estaba, yendo con Nico hacia la mesa que habían ocupado Zac y Joel, la misma mesa que se encontraba muy cerca de donde estaba en este instante la camarera que me había llamado mucho la atención.

Sucedió nada más verla y, en el momento que habló, potenció mi interés. O más bien mi curiosidad. Aunque no lo había mostrado hacia ella, me había hecho gracia que no se diera cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos.

Y más me había gustado saber cuáles eran esos pensamientos, con respecto a mí.

Era muy consciente de cómo era mi físico, lo que yo transmitía y lo que provocaba en los demás. Para bien o para mal. Había crecido con ello, encontrándome con situaciones de todo tipo.

Mi cuerpo y mi apariencia me venían de serie, y no era algo que utilizara a mi favor. Todo se lo debía a la genética de mis padres, porque la mezcla de ambos me dio a mí como resultado.

Nunca hacía caso a los piropos o a los halagos. Me daban exactamente igual, ni siquiera les prestaba atención.

Sobre mi estado físico… No me mantenía fuerte por ir al gimnasio, aunque lo estaba. Mi cuerpo bien definido y tonificado no se debía al ejercicio, ya que el deporte no formaba parte de mi rutina diaria.

Nada que ver. Sí, hacía ejercicio, pero de vez en cuando. El ritmo de ejercitarme era en base a cómo me encontraba y nunca para ponerme en forma. Esto último era un extra que conseguía.

Podía pasarme semanas sin entrar en el gimnasio que tenía en mi casa y sin salir a correr. Ambas cosas me sentaban bien cuando mi nivel de estrés estaba por todo lo alto.

Era en esas ocasiones cuando echaba mano del deporte, para sentirme mejor y liberarme de la carga de la empresa, al menos por un rato y en cierta manera.

Volví a contener la diversión cuando pasé por al lado de la camarera. Ella se dio cuenta y me miró de reojo, en alerta. Yo continué mi camino, como si nada.

—Perdona —le dijo Zac a la camarera.

Mientras me sentaba, sonreí de medio lado al escuchar el bufido de ella. Estaba seguro de que se debió a que pensó que yo tenía algo que ver con la llamada de mi primo.

—¿Sí? —preguntó ella, al pararse a un paso de la mesa.

Evitó mirarme, lo que yo no hice. Aproveché para observarla a conciencia.

—¿Nos traes cuatro cervezas? —habló Joel.

—Joder, sí que vais fuertes por la mañana —rio Nico.

Miré a mis amigos y a mi primo, pensando lo mismo que Nico, pero no fui en contra de lo que había pedido Joel.

—Hemos venido a disfrutar con todo —comentó Zac.

Al decirlo, mi primo buscó mi mirada y se la mantuve, hasta que asentí hacia él muy sutilmente. Zac se dio cuenta y sonrió.

—¿Algo más? —preguntó la camarera.

—Por ahora no —le contestó Joel.

—Si pudiera traernos la carta… —Le habló Nico.

—Claro —le sonrió ella.

Se giró para ir hacia una mesa que estaba sin ocupar y que quedaba un poco alejada de la nuestra. De ella cogió una carta y regresó junto a nosotros, para dársela a Nico.

A mi amigo no le dio tiempo a moverse. Yo fui más rápido que él y la cogí antes, sorprendiéndolo. Se la quité de la mano a la camarera, aunque me costó porque no la soltó. Nos quedamos sujetando la carta, cada uno por un extremo.

Entonces, sí pareció verme, cuando en realidad no me había perdido de vista, por el rabillo del ojo.

—Gracias —le dijo Nico.

La curiosidad, el desconcierto y una pizca de diversión, bailaron en la voz de mi amigo. Sabía que si miraba a Joel y a Zac estarían observándonos a la camarera y a mí, como lo hacía Nico. Había despertado el interés de los tres; sin embargo, yo continué con ellos como si nada.

—Enseguida vuelvo —dijo la camarera, con prisa.

Se dio la vuelta rápido, de la misma manera que se alejó. Yo bajé la mirada a la carta y me entretuve echándole un vistazo.

—Aquí pone que en este bar ofrecen los servicios de desayuno, comida y cena —les dije—. Por las noches también es un bar de copas. No tenemos que ir muy lejos, a no ser que nos apetezca variar. Estamos cerca de la cabaña.

No hicieron ningún comentario, por lo que, ante el silencio que se prolongó de los tres, levanté la cabeza, lentamente.

—Eso está genial —fue Zac el primero en reaccionar—. Tenemos reservados hoy y mañana, los días completos, ¿no?

—Sí —le confirmó Joel—. Si queremos podemos irnos el lunes por la mañana.

—Vosotros sois libres de hacer lo que queráis, pero yo me voy mañana. Si hace falta bien entrada la noche, me da igual, pero aquí no me quedo. Por mí no os preocupéis y os lo digo muy en serio. El lunes quiero estar temprano en la empresa y de aquí a nuestra ciudad hay un poco más de dos horas de trayecto.

—No digas tonterías —me quitó la intención Zac—. Nos vamos los cuatro juntos, como hemos llegado.

Me hizo un guiño y nos sonreímos.

—Estoy de acuerdo. Podemos irnos después de cenar, para aprovechar el día al máximo —dijo Joel y todos asentimos—. ¿Os apetece picar algo ahora, antes de la comida?

Le di la carta, para que la mirara.

—Me han llamado la atención varias opciones —les informé.

—Son las once y media y vamos a tomarnos las primeras cervezas. Vamos a empezar muy pronto, por lo que yo opto por pedir varias tapas para picar —comentó Zac—. No tengo hambre, pero no quiero salir a rastras de aquí y perderme parte del día, si me quedo cao —rio.

Viniendo hacia el hotel, a medio camino, aproximadamente, habíamos parado para desayunar.

—En parte hemos venido a eso —le dijo Nico a mi primo—. Así que no te preocupes, vamos a dejarnos llevar con todo. Por cierto —me miró—. ¿A qué ha venido el numerito de la carta con la camarera y el cruce de miraditas con ella?

Arqueó las cejas.

—Ha sido muy curioso —carraspeó Joel.

—Bastante —añadió Zac, con diversión.

Me encogí de hombros, como si nada.

Capítulo 7



Dara

—Si no dejas de mirarlo, vas a delatarte —me dijo Álvaro.

—No estoy mirando a nadie.

—Claro, no lo haces desde hace casi una hora.

—Estoy pendiente de todas las mesas para asegurarme de que los clientes no necesitan nada —dije, a modo de queja.

—Y da la casualidad de que cuando tu vista recae en cierta zona, o más bien, en cierta mesa, se te olvida que tienes que apartar la mirada. Claro, lo entiendo perfectamente.

Bufé.

Moví el paño de cocina con más fuerza, secando un vaso.

Álvaro me lo quitó de las manos y lo alejó de mí.

—A ver si todavía tenemos que ir a urgencia. Eres capaz de romper el vaso y cortarte.

Negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa con ese hombre?

—¿En serio me lo preguntas? Has estado conmigo cuando él estaba al otro lado de la barra.

Me crucé de brazos.

—Ya… A mí también me han molestado ciertas cosas de él, pero ya ha pasado tiempo suficiente para que se me pase la sensación. No lo veo con maldad, creo que le ha pasado como a ti. Los dos habéis estado muy subiditos para no quedar por debajo del otro.

Elevó las cejas.

—¿Te ha dicho algo las veces que has ido a su mesa? —me preguntó.

—No. Quitando la primera vez que ha estado pendiente de mí, cuando uno de sus amigos me ha llamado, después, las siguientes, ni ha notado mi presencia cuando he ido a llevarles la bebida y más tarde la comida que han pedido para picar.

—Entonces es eso lo que te pasa —sonrió de medio lado.

—¿El qué?

Fruncí ligeramente el ceño.

—Que te está ignorando. Que pasa de ti.

—No es verdad. Lo agradezco, no me gustan los pesados.

—Estoy seguro de que con él harías una excepción —comentó con diversión.

—Joder, ¡qué no! —me quejé.

—Cada vez me das más la razón, te delatas sola —rio.

Cogió el paño que yo había dejado en la barra y me dio con él en el trasero, cuando pasó por mi lado.

—¿Por qué te mientes a ti misma?

—Uy, ¿en qué se miente?

Al escuchar a Estela, me giré hacia ella. Fani estaba a su lado.

Acababan de darse un baño, venían mojadas para comer. La mañana había pasado bastante rápido, a pesar de que mi cuerpo me pedía a gritos que descansara de una vez.

Álvaro pasó un dedo por el hombro de Fani y se lo llevó a la boca, para probar si estaba salada.

—Buen baño en la playa —dijo, haciendo reír a Fani.

—Os queda poco para que podáis daros uno —comentó animada Fani—. A nosotras nos ha sentado de maravilla.

—Queda un poco más de media hora y no os imagináis las ganas que tengo de terminar el turno —suspiré.

—En nada os estáis sentando con nosotras a comer. Ya mismo son las dos —habló Estela—. Pero vamos a lo importante. ¿Por qué te mientes a ti misma y en qué? No lo entiendo.

—¿Qué no nos has dicho? —añadió Fani, mirándome con curiosidad.

—Nada. Todo es perfecto. La vida es maravillosa y lo será aún más cuando sacie el hambre y pueda descansar —les dije con un guiño.

Por sus caras supe que no coló, hubiera sido demasiado fácil.

Álvaro rio, negando con la cabeza. Pasó por mi espalda para ir a atender a unos clientes que entraron para ocupar una mesa.

—Luego os lo cuento bien, cuando estemos comiendo.

—Pero ¿estás bien? —quiso saber Estela.

—Claro. Ya os he dicho que todo es perfecto —sonreí—. ¿Se os ha quitado todo el malestar?

—Sí —me confirmaron ambas.

—Ahora lo que necesitamos es comer y una buena siesta, para terminar de resurgir del todo —rio Estela.

—En unos minutos comienza la hora de la comida. Id a coger una mesa, antes de que se llene más.

—Saca dos cervezas —me pidió Fani.

—¿No eras tú la que no ibas a tomar más bebidas con alcohol, hasta que pasara un buen tiempo? —le pregunté, divertida.

Me desplacé unos pasos para servirles las cervezas.

—Y nosotras somos las que no la hemos creído —dijo Estela.

Soltamos una carcajada. Que ninguna de las tres hiciéramos muecas al reírnos y al escucharnos, era una muy buena señal.

—Correcto —afirmó Álvaro, al llegar.

Puse los vasos de cerveza frente a las chicas y después llené otro vaso, como me pidió Álvaro. Él sacó una lata de refresco y preparó un vaso con hielo, el que puso en una bandeja, junto al vaso que le di yo.

Se fue a la mesa de los clientes que había atendido.

—Ahora nos vemos, cariño —me dijo Fani.

Asentí, antes de que se fueran con sus vasos hacia la mesa en la que comerían.

Marga y Roberto ya habían llegado a la cocina. Eran los refuerzos, para las comidas y las cenas. También para algunas mañanas en las que los desayunos se nos descontrolaban a Álvaro y a mí.

Podíamos con ello, pero en las ocasiones en las que las mesas se llenaban de golpe, nosotros dos no dábamos abasto para atender a todos los clientes en el menor tiempo posible, ni para preparar los pedidos.

—Se quedan a comer —me dijo Álvaro, cuando regresó.

—Como cada día desde que llegaron —hablé con diversión.

—No me refiero a Fani y a Estela —rio—. Los que se quedan a comer son los de la mesa a la que, según tú, no has estado atenta.

Hice una mueca.

—Si es que se te da fatal disimular.

Me pasó un brazo por los hombros y me pegó a él. Apoyé la cabeza en su cuerpo.

—Lo sé —admití con un suspiro, provocando que volviera a reír.

—¿Has visto qué mesa han elegido Estela y Fani?

El tonito divertido con el que me habló me anticipó que no iba a gustarme. Y así fue, solté hasta un jadeo por la sorpresa, al verlas sentadas a la mesa que estaba justo al lado del grupo de cuatro amigos que se sentían muy cómodos como para buscar otro sitio para comer.

El hombre que me tenía alterada eligió ese instante para dirigir la vista hacia mí. Nuestras miradas se encontraron en la distancia y nos las mantuvimos. En la suya me pareció notar algo diferente, aunque al final decidí que había sido imaginación mía, por el espacio que nos separaba.

—¿Por qué mierda tiene esos ojos?

La pregunta me salió sola. Álvaro rio y yo puse los ojos en blanco, ruborizada.

—Esos ojos, esa boca, esa cara, esa voz, ese pelo, y ya, si pasamos a su cuerpo… Creo que te has fijado estupendamente en lo bien hecho que está. Todo él.

—Es una gran injusticia. ¿A que sí?

Hice un puchero.

—Oye, que tú no tienes nada que envidiarle.

Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Te has ganado que te perdone.

—Ah… No sabía que me merecía tu perdón. ¿En qué momento? —Arqueó una ceja.

—Sí —reí—. Por lo pesadito que te has puesto con ese hombre.

—Si aceptaras lo evidente, habría hecho muy pocos comentarios —dijo con diversión.

—Cállate. No lo estropees —suspiré.

—Anda, vamos a entretenernos que ya mismo llegan Matías y Carmen y somos libres.

Me hizo un guiño, antes de separarse un poco de mí y darme un beso en la mejilla.

Le sonreí y me propuse continuar con los vasos del lavavajillas, porque no dábamos tiempo para que se secara todo lo que metíamos. Una vez finalizado el programa de lavado, lo abríamos para vaciarlo y llenarlo de nuevo.

Antes de continuar con el trabajo, la vista se me fue de nuevo a la mesa de la de al lado de mis amigas.

Para mi sorpresa, volví a encontrarme con los mismos ojos. El cliente no había dejado de mirarme en ningún momento y me pregunté qué quería. Qué buscaba con tanta atención sobre mí.

Por mi parte, ya había aclarado mis desafortunadas palabras y no tenía nada pendiente con él.

Mentira, una cosa y la otra, dijo una vocecilla en mi cabeza.

No me quedó más remedio que asumir que era cierto, ya que yo no pude hablar más de lo que se me escapó por error. Fue él quien me hizo sus aclaraciones, dándome datos y detalles de su vida. Breves, pero ahora yo sabía más de él, que él de mí.

Y también debía reconocer que me encantaría tener algo pendiente con él, y, a poder ser, una y otra vez. No estaría nada mal, solo de pensarlo me entraba más calor del que ya tenía.

Esa era la verdad, la mía y la de todas las personas que debían sentirse atraídas por ese hombre. Estaba segura de que la lista era muy larga.

Su presencia me ponía nerviosa y que estuviera atento a mí, mucho más, pero cuando nos mirábamos fijamente, sin apartar la mirada del otro, notaba un vuelco en alguna parte interior de mi cuerpo y mi respiración se descontrolaba. Ya fuera porque contenía la respiración o porque se me alteraba.

No entendía cómo tenía ese poder sobre mí.

A lo que sí me negaba era a preguntarme qué mierda significaba todo lo que sentía y me sucedía con él. No quería saber hacia dónde me llevaba todo ello.

Capítulo 8



—El día está yendo bien —le dije a mi madre, al teléfono.

Me había escrito para asegurarse de que ya había terminado el turno y, en vez de confirmárselo, la llamé.

—Me alegro, cariño.

—Álvaro ya está sentado a la mesa, con Fani y Estela. Vamos a comer.

—Pues colgamos, ya hablaremos en otro momento.

—No va de unos minutos más, mamá —sonreí—. ¿Cómo va por ahí? ¿Qué tal, papá?

Si mis padres vivieran cerca del hotel, vendrían a verme, pero no era el caso.

El hotel no aceptaba la entrada a personas que no tuvieran la estancia reservada, pero sí dejaba acceder a él a los familiares de los trabajadores. Ofrecían tres días a la semana, en los que podían venir a pasar el día aquí.

—Porque aquí todo igual, hija. A tu padre lo tengo castigado en la cocina.

Mi madre y yo reímos.

—¡Te he escuchado! —gritó él.

—¿El qué, amor? Estoy hablando con nuestra hija de cómo le va el día.

—Dara…

—Hola, papá —sonreí.

—Hola, cariño. ¿Va todo bien?

—Estupendamente. Trabajando y divirtiéndome con mis amigos.

—Bien. Sigue haciendo lo mismo. De lo primero haz lo justo y necesario; de lo segundo ve a tope. Aprovechad, Álvaro y tú, que tenéis ahí a Estela y a Fani. Después tardaréis unas semanas en veros.

—Sí —sonreí.

—Te dejo, cariño. Que tu madre no entra en la cocina, aunque huela a quemado.

—¡No es verdad! —se quejó ella.

Solté una carcajada.

—Protege vuestra comida. Adiós, papá. Te quiero.

—Adiós, hija. Yo también te quiero.

—Hija. Yo también te dejo. Tú tienes que comer y yo ayudar a tu padre, aunque sea sacándole una cerveza de la nevera.

Reímos

—Hablamos en otro momento, con más tiempo. Te quiero.

—Sí, cariño. Te quiero.

Colgué con una sonrisa en los labios.

Dejé el móvil sobre la barandilla de madera de la pasarela, donde apoyé los brazos.

Dirigí la mirada hacia delante, hacia la playa. La tenía justo enfrente, a metros de distancia. Para llamar a mi madre me había apartado de la zona de las mesas, aunque no estaban muy lejos. Quedaban a mi espalda.

Por fin había terminado el turno de trabajo, igual que Álvaro. Como le había dicho a mi madre, íbamos a comer, lo que estaba deseando hacer rápido, para ir a la cabaña a echarme una siesta.

La necesitaba. Notaba que tenía las reservas de energía bajo mínimos.

A pesar de que mis amigos ya habían comenzado a comer, era lo que le pedí a Álvaro que hiciera para que no me esperaran, me tomé unos minutos más para disfrutar de las vistas y de la tranquilidad. Solo escuchaba de fondo las voces de los clientes del bar, pero muy bajo.

Sonreí al imaginarme a mis padres en la cocina. Podía recrear en mi cabeza lo que estaba sucediendo en este momento. Mi padre picándola con gracia, ella poniéndole todo por delante, haciéndose la inocente, y él consiguiendo todo lo que quiere. Entre risas y besos. Obviamente, mi madre se lo daría todo y más.

Los echaba de menos. Hacía dos meses y medio que no los veía. La culpa era mía, porque les dije que no vinieran, por los kilómetros que nos separaban. También porque el trabajo en el hotel era de lunes a domingo, así que Álvaro y yo no podíamos movernos de aquí.

Me separé de la barandilla para ponerme recta. Me guardé el móvil en un bolsillo del pantalón y me giré hacia el bar.

Otra cosa que estaba deseando era quitarme el uniforme de trabajo y ponerme mi ropa, una cómoda y fresquita. El bikini no iba a faltar porque, como cada tarde, tenía pendiente mis baños en el mar.

Cuando más me gustaba bañarme era de noche, aunque también me daba un poquito de desconfianza y cautela, por lo oscura que se veía el agua. Eso de que no se viera el fondo o al menos se intuyera, no iba mucho conmigo. Pero hacía excepciones porque la experiencia al final me encantaba y merecía la pena.

Recorrí con la vista la zona de las mesas. Los compañeros que nos habían sustituido a Álvaro y a mí, Carmen y Matías, se movían de una mesa a otra, sirviendo las bebidas.

Dirigí la mirada hacia donde estaban mis amigos. Sonreí al ver a Fani y a Estela reír, mientras Álvaro sonreía por alguna gracia que había hecho.

Mi amigo se acostumbró mucho antes que yo a la rutina del bar. Como ya he comentado en alguna ocasión, lo de este hotel era temporal.

Álvaro y yo decidimos pasar unos meses aquí, poniendo en pausa nuestras vidas, para hacerle un favor a César. Este era nuestro amigo, aunque por lo lejos que estábamos nos veíamos muy poco en persona.

El tema fue que César tuvo que aceptar un gran trabajo. Gran, porque era el de sus sueños. De ahí que no pudiera decir que no.

Cuando llamó a Álvaro para decirle si podíamos ayudarlo en esto, Álvaro le dijo que, si yo aceptaba, él haría el esfuerzo de cubrir su puesto en este hotel, y yo el de su novia. Si no veníamos en pareja, no servía de nada.

No nos costó hacer el cambio. Ese era el motivo por el que estábamos aquí, hasta que César terminara el otro trabajo y pudiera reincorporarse al hotel. Por esta vez para él también estaba siendo temporal, pero todos confiábamos en que tendría suerte y que volverían a llamarlo, para contratarlo definitivamente.

Por eso no podía permitirse el lujo de perder el trabajo en el hotel, porque no sabía cómo le saldría la jugada.

No faltaba mucho para que César y su novia regresaran. Se fueron juntos, ya que César había viajado por el otro trabajo y ella lo había acompañado.

Debo decir que la experiencia de Álvaro y la mía aquí estaba siendo muy buena. Desde el principio la sentimos de esa manera y la estábamos disfrutando mucho.

¿Cómo no? Quitando las horas que trabajábamos, después era como si estuviéramos de vacaciones. Así llevábamos dos meses y medio, tiempo en el que Fani y Estela habían venido varios fines de semana, para quedarse en el hotel.

Desde hacía días estaban disfrutando de sus vacaciones y ninguna de las dos dudó en el destino. Eligieron este hotel para estar con Álvaro y conmigo.

Fani levantó un brazo y me pidió con gestos que fuera, cuando me vio mirando hacia ellos.

Sonreí y comencé a caminar por la pasarela, hacia el bar.

Me moví entre las mesas, sorteándolas, con la vista fija en mis amigos. No quería que los ojos me traicionaran y se me fueran hacia la mesa de al lado de ellos.

De esa manera llegué a la silla que estaba junto a Álvaro, aunque con la sensación de notar el peso de una mirada puesta en mí.

Me senté y cogí el vaso de agua, para beber un sorbo.

A pesar del calor que hacía se estaba muy bien, ya que bastante antes de que llegaran Carmen y Matías para sustituirnos, Álvaro y yo abrimos los toldos que estaban sobre las cabezas. Los nebulizadores remataban el trabajo, siendo otra parte muy importante. Espolvoreaban agua cada pocos minutos.

—¿Qué tal tus padres? —me preguntó Fani.

—Como siempre. Los he dejado liados en la cocina.

—¿Cómo de liados exactamente? —quiso saber Estela, con una sonrisa pícara.

—Mucho —contesté riendo.

—¿Has hablado con tu madre? —me dirigí a Álvaro.

—No me lo ha cogido —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pues pon el móvil en silencio si vas a echarte una siesta —le aconsejó Estela—. Siempre elige los momentos menos oportunos para devolverte las llamadas —comentó con diversión.

—No se me olvida —le dijo él, con un guiño.

—¿Habéis pedido la comida? —les pregunté.

—Sí —me confirmó Fani.

—Perfecto. —Asentí.

Como cada día, los primeros dos platos eran para compartir y después, para el tercero, cada uno pedía la comida que más le apetecía. Aunque siempre terminábamos cogiendo de los platos de los otros.

Antes de salir a llamar a mi madre le dije a Álvaro lo que quería comer hoy, para mi plato individual.

—¿Vas a venir a la cabaña cuando terminemos aquí? —le pregunté a mi amigo.

—En el apartamento estoy muy tranquilo, gracias —contestó con diversión. —. Cuando estéis despiertas me llamáis.

—Vale —sonreí.

—Qué cobarde —intentó picarlo Estela, riendo.

—Lo que tú quieras, preciosa —le dijo Álvaro, con tranquilidad—. Pero para tu información, lo que soy es muy listo al escaparme un rato de vosotras.

Le hizo un guiño.

Fani rio, Estela hizo una mueca y yo sonreí de oreja a oreja.

Cuando Matías nos trajo los primeros platos de comida para compartir, aproveché la distracción para observar de reojo la mesa de al lado.

Me llevé una sorpresa al darme cuenta de que estaba vacía. No había rastro de los cuatro hombres que llevaban horas en ella.

Miré por toda la zona de las mesas, pero no encontré a quien buscaba. Aunque no pasó mucho tiempo, apenas unos segundos, para que eso cambiara.

Mientras hacía la última pasada visual, me encontré con unos ojos fijos en mí.

Entreabrí los labios, en un impulso de decir algo, pero no supe el qué. Tampoco iba a escucharme desde donde se encontraba.

Estaba parado en la pasarela que daba acceso al bar, pero alejado de la entrada.

Me pregunté qué estaba mirando, o esperando. No entendía el comportamiento de ese hombre, aunque el mío no era muy diferente al suyo. Cosa que hacía él, yo se la devolvía de la misma manera.

Tenía las manos en los bolsillos del bañador. Qué decir tiene que, con el bañador y una camiseta de tirantes anchos, más unas chanclas, parecía que, en vez de estar preparado para un día de playa, fuera a desfilar por una pasarela muy diferente a la que pisaba él en este instante.

—¡Dara! —me llamó Estela, alzando la voz.

—¿Qué? —me giré hacia ella, sobresaltada.

—¿Qué haces? Te hemos hablado los tres y no reaccionabas.

—Joder, no os he escuchado —dije, sorprendida.

Miré a Álvaro y fue peor, porque mi amigo se lo estaba pasando en grande con lo que me pasaba. No me hacía falta preguntarle ni que él hiciera algún comentario. Supe que sabía el motivo que me había despistado tanto.

En cambio, Fani y Estela esperaban una explicación.

Antes de empezar a contarles y de hablarles del cliente del bar, con libertad y tranquilidad porque él ya no estaba, devolví la atención a la pasarela, justo donde el hombre había estado.

No lo encontré. Se había ido.

Capítulo 9



Después de varios parpadeos lentos, conseguí mantener los ojos abiertos.

Enfoqué la mirada en la ventana, sin moverme ni lo más mínimo, notando la presencia de Fani a mi espalda.

Esta vez me había tocado dormir con ella. Iba turnándome entre la cama de mis amigas, ya que la cabaña solo tenía dos habitaciones.

Aunque, dependiendo de la hora que llegáramos de fiesta, yo dormía en el sofá para no molestarlas cuando tenía que madrugar para el trabajo.

Así era desde que Fani y Estela llegaron a la cabaña para sus vacaciones. Álvaro tenía para él solo el apartamento que compartíamos, el mismo apartamento al que volverían César y su novia.

Cuando Fani se movió, me giré un poco hacia ella, para comprobar si se había despertado.

Sonreí al verla con los ojos cerrados.

Cogí el móvil de la mesita de noche. Eran las seis y media de la tarde, la hora perfecta para prepararnos para ir a darnos un baño, regresar para ducharnos y arreglarnos y después salir a cenar y a lo que nos apeteciera.

Me levanté con cuidado de la cama y fui hacia la silla en la que tenía varias prendas de ropa y el bikini. Con la poca luz que se colaba por las rendijas de la persiana, cogí el bikini y un vestido playero.

Salí de la habitación sin hacer ruido, descalza, y en el pasillo vi, desde la puerta abierta de la habitación de Estela, que ella también seguía dormida a pierna suelta en su cama.

Me dirigí al baño, donde me desnudé quitándome la ropa interior y la camiseta de tirantes que me puse cuando me deshice del uniforme de trabajo, para echarme en la cama.

Me puse el bikini y sonreí al ver mi imagen. No recordaba un año que hubiera cogido tanto color. Mi piel era blanca y me costaba mucho tener un tono bonito por el sol, pero este año lo había conseguido, por todas las horas que pasaba expuesta.

Álvaro había creado una carpeta en su móvil, en la que guardaba todas las fotos que me hacía. Le había puesto el nombre de: la morenita. Os podéis hacer una idea de las risas y las bromas que hacíamos por ello.

Según mi amigo tenía que inmortalizar mi cambio, porque dudaba que en el futuro volviera a pasarme. Y ya os digo que estaba acumulando muchas fotografías mías, aunque también juntos.

Tenía razón. Yo no dudaba, directamente sabía que el color tan bonito que tenía este año no iba a conseguirlo nunca más. En la semana o dos que me iba normalmente de vacaciones en verano, no me daba tiempo a ponerme como estaba ahora.

Y tampoco en los fines de semana que iba a la playa con mis amigos, o sola. Lo máximo que conseguía en esas ocasiones era ponerme roja y después, durante el transcurso de la semana pasaba por varias fases, hasta que la siguiente vez que volvía a la playa ya estaba casi como la primera vez.

Me lavé la cara para terminar de espabilarme, porque la siesta me había sentado tan bien que todavía estaba adormilada. Me pesaban los ojos y solo de pensar que en unas horas mis amigos y yo volveríamos a estar bebiendo, bailando o haciendo el tonto en la playa…

Una noche, no hace muchos días, Fani, Estela y yo nos despertamos en la arena. Aún no nos explicábamos cómo pudimos quedarnos dormidas en la playa. Nos despertamos al día siguiente por la claridad del nuevo día, llenas de arena, con una resaca impresionante y desconcertadas. Aunque nos duró poco porque, después de mirarnos y entender la situación, nos echamos a reír.

Una experiencia más que Álvaro se perdió por estar con su primo y los amigos de este.

Cogí el vestido playero y me lo coloqué. Me llegaba un poco más arriba de medio muslo. Era holgado, muy cómodo, y en la parte de arriba tenía tirantes anchos con escotes pronunciados. Por delante dejaba ver la parte de arriba del bikini y por detrás, me dejaba bastante espalda visible.

Me cepillé el pelo para hacerme un moño alto y, al terminar, recogí la ropa que me había quitado. Antes de salir del baño e ir al salón, la coloqué en el armario.

Sentada en el sofá, desbloqueé el móvil y entré en la conversación de mensajes que tenía con Álvaro.

Dara: *Hola, bomboncito. La cabaña está en silencio. Estela y Fani siguen atrapadas en sus sueños, pero yo ya estoy aquí, molestándote para que vengas.*

Dara: *Acabo de arreglarme. Estoy preparada con el bikini, para salir.*

Dara: *¿Estás despierto?*

Salí de la aplicación y entré en la galería de fotos. Me entretuve buscando entre las últimas las dos mejores y, cuando las tuve, se las envié a mi madre.

Ella no iba a verlas hasta más tarde, así que volví a la galería y localicé otra que me hizo Estela. En ella salía en bikini y con una copa en la mano. Esa también la envié, pero a un destinatario diferente.

Pulsé encima del nombre de Víctor y se la adjunté. Después le escribí.

Dara: *Hola, guapo. ¿Cómo te va la vida?*

Sonreí porque sabía la cara que pondría al leer el mensaje. Y también al ver mi foto.

Víctor y yo salíamos de vez en cuando con el propósito claro de liarnos, aunque también quedábamos para vernos con nuestros amigos. Todos nos conocíamos y cuando nos juntábamos éramos un grupo de nueve personas.

Los dos estábamos libres y no queríamos compromisos, por lo que cuando nos apetecía, cuando surgía, pasábamos un buen rato juntos. Podía ser desde tomar un café y terminar en su casa o en la mía, o para cenar, tomar unas copas y acabar de la misma manera.

Debo decir que no siempre acabábamos enredados. Había días o noches que solo disfrutábamos de nuestra compañía, poniéndonos al día de cómo nos había ido el tiempo que hacía que no nos veíamos.

Nos iba genial de esa manera. A ninguno de los dos nos importaba estar un mes sin vernos, o más, por no coincidir. En esas ocasiones nos escribíamos de tanto en tanto, porque nos llevábamos de maravilla.

De hecho, nos considerábamos amigos. Nos escuchábamos, nos comprendíamos, nos apoyábamos y nos ayudábamos en todo lo que podíamos, a pesar de permanecer a distancia algunas temporadas y de que cada uno tenía su vida.

Sabía que el día que dejáramos de intimar no supondría el final de nuestra relación. Nuestra amistad seguiría.

Víctor era un hombre especial que solo se daba a conocer bien hacia las personas en las que confiaba. El problema era que le costaba mucho abrirse, debido a los palos que se había llevado. Tenía muchas barreras levantadas, las que, por suerte, yo hacía mucho tiempo que derribé.

Aparte de lo especial que lo consideraba, era un hombre muy guapo, atractivo, simpático y atento. Solo podía decir cosas buenas sobre él porque así era Víctor.

El sonido de un mensaje me sacó de mis pensamientos.

Sonreí al ver que Álvaro me había contestado.

Álvaro: *Hola, cucuruchito.*

Reí, intentando no alzar mucho el volumen de mis risas.

Lo de cucuruchito lo había dicho para picarme, al igual que yo cuando lo había saludado en el primer mensaje con lo de bomboncito.

No le gustaba nada, siempre se quejaba porque él no era nada comestible. La realidad era que terminó harto de ese tipo de apelativos, gracias a una relación que tuvo. Sandra, que así se llamaba su pareja, utilizaba todo tipo de apelativos para dirigirse a él. Ella era fan de los más empalagosos que os puedan venir a la cabeza.

De manera que mi amigo al leer lo de bomboncito, se había venido arriba. No en el buen sentido.

Amplié mi sonrisa.

Álvaro: *Perdona, acabo de salir de la ducha. ¿Siguen dormidas las chichas?*

Álvaro: *Tú solo eres una molestia cuando te tengo al lado, así que no te preocupes por escribirme desde lejos.*

Dara: *Ja, ja, ja… Estás muy gracioso esta tarde, caramelito.*

Apreté los labios, para contener la risa.

Álvaro: *Pastelito, no me toques los cojoncitos. La vamos a tener.*

Reí, tapándome la boca.

Dara: *Valeee… pero eso de cojoncitos ha sonado muy mal, que lo sepas* —puse una cara sacando la lengua—. *Las chicas siguen durmiendo. Voy a despertarlas ahora.*

Dara: *Oye, ¿no te apetece ir a la playa un rato y darte un baño? Te has duchado… Si no quieres, puedo ir yo un momento. A mí me apetece y me sentará bien. Entre que Fani y Estela se espabilan, me da tiempo a volver para ducharme.*

Álvaro: *Claro que vamos a la playa, ya tengo puesto el bañador. Me he duchado porque necesitaba refrescarme, me he despertado muy agobiado con el calor. El aire acondicionado vuelve a fallar.*

Dara: *Joder, qué poco ha durado. Ahora llamo para decirlo, a ver si lo arreglan rápido.*

Álvaro: *No te preocupes, ya me he encargado de eso. Acabo de salir del apartamento, voy para allí.*

Dara: *Vale. Voy a encargarme de las chicas, antes de que llegues.*

Dara: *Y olvídate de dormir esta noche en el apartamento. Te quedas en la cabaña.*

Salí de la conversación y me levanté para ir a las habitaciones de mis amigas. En el camino dejé el teléfono en la mesa del salón.

Para despertar a Estela tuve que subirme en su cama e insistir, porque me empujó varias veces. Con Fani lo tuve más fácil. Después de llamarla varias veces y de zarandearla despacio, abrió los ojos.

Les dije que Álvaro venía de camino, para que no se retrasaran, y volví al salón, donde no me paré. Cogí el móvil y salí al pequeño porche que tenía la cabaña.

En él había una mesa pequeña con dos sillas y un banco. Fui hasta la barandilla, me guardé el teléfono en el bolsillo delantero que tenía el vestido y apoyé los brazos en la barandilla.

Desde mi posición lo veía todo, la playa y las diferentes pasarelas que conectaban los caminos a seguir. Álvaro aparecería en ella en cualquier momento.

Capítulo 10

Víctor: *Hola, preciosa. Antes de nada, estás increíble en la foto. ¿Puedo colarme en ese hotel? Me vendría de lujo hacer un parón para desconectar.*

Víctor: *Necesito playita, sol, mar… Beber hasta hartarme, sin preocuparme por nada más que no sea divertirme.*

Víctor: *Estoy hasta las narices del trabajo.*

Víctor: *Ahora no voy a contarte el rollo de cómo me está yendo en el trabajo. ¿Te acuerdas de lo que hablamos la última vez? Pues creo que ya ha llegado el momento. Voy a dejar el trabajo, aunque no de un día para el otro. Lo haré en septiembre.*

Víctor: *Me siento muy cansado, Dara. Demasiado. Llevo tanto tiempo aguantando que ya no me quedan energías ni ganas para esforzarme en aparentar que estoy bien. No tiene sentido, me está consumiendo la situación.*

Víctor: *No quería contarte un rollo y al final me he liado. Ja, ja, ja… Mi vida es muy aburrida. ¿Cómo te va a ti? Por la foto que me has enviado, de maravilla. ¿No?*

Víctor: *Disfrútalo a tope, preciosa, que después se te echará encima la rutina y lo bueno se olvida pronto, como si hiciera meses que pasó. Dales recuerdos a Álvaro, a Estela y a Fani. Pasadlo en grande.*

Terminé de leer los mensajes con una sonrisa, a pesar de que no me hacía gracia lo que me había dicho. Mi sonrisa iba dirigida a que me hacía ilusión saber de Víctor.

Hacía unos veinte minutos que me escribió, contestándome. No me enteré, ya que en ese momento estaba dándome un baño en el mar con mis amigos.

Llevábamos en las tumbonas unos minutos. El sol había perdido su intensidad, los rayos no tenían casi fuerza, pero la sensación era muchísimo mejor que durante las horas que hacía un calor insoportable.

Se estaba de maravilla, a última hora de la tarde.

—Qué mal equilibrado está el mundo —dijo Estela, a modo de queja.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿Y eso por qué? ¿Qué me he perdido? —le pregunté.

—Los últimos diez minutos has estado concentrada en la pantalla del móvil —comentó Fani, con diversión.

—Exacto. Tú con dos en cola y nosotras viendo la vida pasar —comentó Estela, con la diversión flotando en cada palabra.

—¿Qué dices? —reí.

—¿Qué se cuenta Víctor? —me preguntó directamente Álvaro.

En el momento que vi que Víctor me había escrito, se lo dije a mis amigos. De ahí el interés de Álvaro y los comentarios de Estela y Fani.

La primera, Estela, estaba picándome porque, mientras comíamos, les conté a ella y a Fani lo del cliente del bar. Ya estaban al día de todas las novedades y, según mis amigas, de esta noche no pasaba que él y yo tuviéramos algo, si nos encontrábamos por el hotel. Y dada mi historia con Víctor… de ahí el drama fingido de Estela.

Álvaro estaba en uno de los finales de la línea que habíamos formado con las tumbonas. A él lo seguíamos yo, Estela y Fani. Mi amigo tenía la cara tapada con un brazo.

—Por fin ha tomado la decisión. Va a dejar el trabajo —le contesté a Álvaro, dándoles la información también a las chicas.

—Ostras. ¿Ya? —me preguntó Fani, entre sorprendida y aliviada.

No era un secreto. Los cuatro sabíamos cómo lo pasaba Víctor en el trabajo. Ese tema de conversación salía en algunas ocasiones de las que quedábamos con él, porque nos interesábamos por cómo estaba. Aunque la mayoría de esas veces nunca ahondábamos en el asunto.

Queríamos que Víctor se desahogara si lo necesitaba, no agobiarlo más con preguntas e insistencias, cuando se suponía que debía desconectar y pasárselo bien en las salidas que hacíamos. Era Víctor el que hablaba cuando lo necesitaba y quería, los demás le seguíamos el ritmo.

—Ya está seguro, pero quiere esperar al final de verano. Me ha dicho para septiembre —les dije.

—No tendría que esperar. Podría tener el mejor verano de su vida, desde hace tiempo —comentó Álvaro.

—Él sabe sus motivos. —Me encogí de hombros—. Lo importante es que va a hacerlo. Que se vaya a la mierda su jefe.

Negué con la cabeza.

—Brindo por eso —habló Fani.

—¿Y la bebida? Solo tú brindarías con una imaginaria —rio Estela.

—Era un decir —se defendió Fani, antes de unirse a las risas.

—Voy a escribirle.

Desbloqueé el teléfono y comencé a teclear.

—¿Quién se apunta a otro baño? —preguntó Álvaro.

Se levantó de la tumbona.

—Yo —contestó animada Estela.

—A mí ahora no me apetece —comentó Fani.

Álvaro y Estela se fueron al agua. Fani se quedó en su tumbona, con los ojos cerrados, disfrutando del final de la tarde.

Yo me centré en hablar con Víctor porque sabía que ahora, en un momento u otro, vería mis mensajes y podríamos hablar sin esperas.

Dara: *¡Hola! No sabes cómo me alegro de que por fin vayas a mandar a la mierda a quien se lo merece. Eso hay que celebrarlo.*

Dara: *No me gusta que estés tan desanimado y sin fuerzas. Tienes que salir de esa espiral ya.*

Dara: *No me has contado un rollo. ¿Vale? Por aquí todo va estupendamente, sí. Trabajando y disfrutando de todos los momentos, hasta que se terminen.*

Dara: *¡Y claro que puedes venir al hotel! No puedo colarte, pero sí reservar para un fin de semana o el tiempo que sea, para un amigo.*

Dara: *A Estela y a Fani les salió más barata la estancia por venir de parte de Álvaro y mía. Les hicieron un buen descuento en el alojamiento.*

Dara: *Si va a sentarte tan bien y lo necesitas tanto, no te lo pienses. De verdad, tú solo dime que vendrás y nosotros lo arreglamos todo.*

Dara: *Podrías estar ahora mismo con nosotros, tumbado en una tumbona, o bañándote en el mar. En un rato iremos a ducharnos y después a cenar. Continuaremos la noche con unas copas y seguramente nos den las tantas, antes de que nos recojamos de madrugada.*

Dara: *Mañana Álvaro y yo estaremos quejándonos hasta el mediodía, hasta que podamos descansar, mientras que Fani y Estela duermen hasta hartarse. Se unirán más tarde a nosotros.*

Dara: *Pero ¿sabes qué? Nos dará igual. Cansados y con resaca estaremos felices porque esta noche nos lo vamos a pasar genial. No sé, ahí lo dejo.*

Dara: *Yo de ti comenzaría a preparar una bolsa de viaje para el fin de semana que viene.*

Dara: *¡Di algo! Ja, ja, ja…*

Víctor hacía un rato que había entrado en la conversación, por lo que conforme le escribía, me leía.

Víctor: *Ja, ja, ja… Es que me encanta escucharte hablar, en este caso leerte. Hola, preciosa.*

Dara: *Hola, guapo.*

Víctor: *Casi me has convencido para lanzarme a ir el fin de semana que viene.*

Dara: *Di que sí. Di que síííí…*

Víctor: Ja, ja, ja…

Dara: *Lo necesitas y a nosotros nos haría mucha ilusión estar contigo el fin de semana. Además, será el último para Fani y Estela. Se van el domingo de la semana que viene, como tú, si te animas a relajarte unos días.*

Dara: *Puedes llegar el viernes por la tarde, así disfrutas de más tiempo y haces dos noches.*

Víctor: *¿Tanto me echas de menos?*

Sonreí.

Dara: *¡Tonto! Ja, ja, ja… Pues claro que te echo de menos.*

Dara: *Te insisto por eso. Me encantaría que disfrutáramos todos juntos y tener conversaciones largas en la playa. Pero, sobre todo, lo hago porque sé que lo necesitas.*

Dara: *Tú mismo lo has dicho, estás muy cansado y desanimado. No te quedan fuerzas y la situación te consume. Tienes que darte un respiro, huir de esa rutina que no te hace ningún bien. Al menos por unos días.*

Víctor: *Lo pensaré bien. ¿Vale?*

Dara: *Vale.*

Víctor: *Pero me has convencido bastante, así que eso es una buenísima señal para que sepas cuál será mi decisión final.*

Envié un *gif* de celebración y ambos pusimos risas.

Dara: *Joder. No te imaginas cómo me alegro. Pero ¡ya no digo nada más, no vaya a ser que lo estropee!*

Dara: *Los chicos te envían saludos.*

No me lo habían dicho, pero no hacía falta para que fuera cierto.

Víctor: *Devuélveselos. Te dejo ya, preciosa. Sigue disfrutando, yo voy a darme una ducha. Hablamos estos días.*

Dara: *Vale. Que vaya muy bien. Nos llamamos.*

Nos enviamos besos, antes de salir de la conversación.

Cuando levanté la mirada, me di cuenta de que Fani no estaba en su tumbona.

La busqué en el agua y sonreí al verla con Estela y Álvaro. Al final había decidido darse el último baño del día.

Sus risas se escuchaban fuertes, por lo bien que se lo estaban pasando. O más bien el que se divertía era Álvaro, mientras que Estela y Fani se ayudaban para escapar de él, para que no las lanzara al agua.

A mí no me apeteció unirme. Todavía tenía el bikini mojado del último baño y preferí quedarme en la tumbona.

Recorrí la playa con la vista. Todavía había mucha gente y continuaría siendo así, porque se estaba de maravilla.

Hasta las diez y media de la noche se podía entrar en los comedores para cenar, o ir al bar en el que trabajábamos Álvaro y yo. Esa era la hora máxima, aunque después, los que estaban en los comedores, podían alargar el tiempo hasta la media noche.

En el bar era diferente, ya que, como había dicho en alguna ocasión, después del servicio de la cena se pasaba a las copas, a la música y a la diversión. Aunque también era un ambiente ideal para tener conversaciones. La música no sonaba muy alta.

De repente, algo me sacó de mis pensamientos. Ese algo no fue otra cosa que ver al hombre del bar, al cliente dueño de unos ojos y una apariencia de escándalo.

Debería estar prohibido salir del agua como lo hizo él, con el bañador pegado al cuerpo y pasándose las manos por el pelo, mientras las gotas de agua resbalaban por su piel.

Parecía que estaba grabando un anuncio. ¿Cómo podía ser que algo tan simple, como sacudirse el pelo para quitarse el exceso de agua, él lo convirtiera en algo tan sensual y sexi?

Me quedé tan embobada observándolo, que cuando reaccioné me di cuenta de que me había pillado.

Debió pararse al verme, porque estaba a unos pasos de la orilla y observando en mi dirección.

Nuestras miradas se encontraron y no importó la distancia que nos separaba. De nada sirvió, ya que igualmente sentí algo removerse en mi interior.

Capítulo 11



Cuando terminé de secarme el pelo fui a la habitación de Fani, para vestirme.

Cogí de la silla donde tenía mis cosas un pantalón corto de lino y un top palabra de honor.

La braga ya la tenía puesta y era lo único que llevaría de ropa interior, ya que el top estaba protegido a la altura del pecho por almohadillas, para darle forma y cierta sujeción.

Después de vestirme me calcé unas sandalias de cuña, de las que estaba enamorada por lo bonitas y cómodas que eran.

Volví al baño para cepillarme el cabello y me lo dejé suelto. Era el único momento del día, de noche, en el que podía arriesgarme a no llevarlo recogido.

No me maquillé, ya que tenía un color de piel muy bonito. Me pinté los labios y me eché perfume, antes de ir al encuentro de mis amigas.

Después de coger el móvil salí de la habitación, para ir al salón. Como cada noche, no me llevaba nada más. No lo necesitaba.

Todo lo que tomáramos Álvaro y yo iba a nuestra cuenta de empleados del hotel, y lo descontaban cada final de semana de nuestros sueldos.

De manera que, sin la necesidad de llevarme la cartera ni las llaves de la cabaña, ya que de eso se encargaba siempre Fani, yo podía olvidarme de cargar con el bolso.

—¡Qué guapa! —me dijo Fani y sonreí.

—Tú también. —Le hice un guiño.

Mi amiga se había puesto un vestido cortito y atado al cuello que le quedaba genial. Era una monada, tanto el vestido como ella.

—Estela está a punto de terminar —me informó.

Asentí, sentándome a su lado en el sofá.

—Álvaro no tardará en llegar —comenté.

Me ofreció el botellín de cerveza del que estaba bebiendo y le di un trago que me sentó de maravilla.

—¿Tú crees de verdad que Víctor se animará a venir? —me preguntó.

—Sí —contesté con seguridad—. Lo he notado, aunque no he escuchado su voz. No me habría dado esperanzas si no lo pensara.

—Tienes razón. Hasta ahora, cada vez que se lo hemos propuesto, su negativa ha sido rápida —sonrió—. Joder, qué lejos veo ahora que estuviera enamorada de él —suspiró.

—Y en secreto la mayor parte del tiempo —dije pensativa.

Negué con la cabeza, antes de beber otro trago de cerveza.

—Tú y él empezasteis a enrollaros cuando yo ya lo quería.

—Pues con más motivo tendrías que habérmelo contado —le sonreí —. Habría cortado esa parte con él.

—Víctor nunca se ha fijado en mí como deseaba antes. Para él soy una amiga y de ahí nunca me ha movido. Y ahora lo agradezco porque he conseguido verlo como él a mí y lo entiendo.

—Ay, Fani. Pero lo pasaste mal un tiempo.

—Porque quise —rio.

—Ya… —Hice una mueca.

Varios golpes en la puerta nos hicieron mirar hacia ella. Me levanté para abrirle a Álvaro, quien entró dándome un beso en la mejilla.

Dejó a un lado del sofá la bolsa en la que traía todo lo necesario para quedarse a dormir y para ir a trabajar al día siguiente. Esta noche dormiría fresco, gracias al aire acondicionado de la cabaña.

Saludó a Fani, después se sentó y yo me puse encima de él, sentada de lado sobre sus piernas.

—No te quejes. Me has quitado el sitio —le dije, con diversión.

—¿En qué momento me has visto tan loco como para quejarme de tener a una mujer preciosa encima de mí? —me preguntó con una ceja arqueada.

—Ya me has dejado atontada —hablé haciendo un puchero.

Soltamos los tres una carcajada.

—Estáis preciosas las dos.

—Gracias, guapetón —le devolvió Fani—. Tú no te quedas atrás. Ya verás la que se lía cuando estés más de cinco minutos en un sitio. Como moscas van a ir a por ti…

Reímos.

—Lo mismo os digo —sonrió de medio lado.

—¡Ya estoy!

Nos giramos hacia Estela.

—Como siempre, la última —la picó Fani.

—Oye, que no tengo la culpa de que solo haya un baño —se quejó Estela—. Me he duchado la última.

—Porque has querido, ya que tanto Fani como yo te hemos preguntado varias veces si querías ir primero —le dije, divertida.

—Encima que soy generosa y buena amiga…

Bufó.

—¡No te hagas la víctima! —exclamó Fani y rio—. Cuando te enganchas al móvil no hay quien te separe de él.

—Me entretengo porque me aburro. Es para pasar el tiempo.

Se cruzó de brazos, de pie junto al sofá.

Estela también estaba impresionante. Había elegido una minifalda de color rosa, con lentejuelas del mismo tono, y un top que le llegaba hasta la mitad de la barriga. Iba subida a unas sandalias con cuñas muy parecidas a las mías.

En cambio, Fani, había optado por unas sandalias con tacón alto y fino. Era la más arriesgada y aventurera de las tres. Yo ese tipo de tacón solo lo utilizaba en mi trabajo real, aunque no siempre.

Sí, mi profesión era muy diferente a la de camarera. Había hecho un parón más que merecido para hacerle el favor a nuestro amigo César, para ocupar el lugar de su novia en este hotel. Lo mismo le sucedía a Álvaro.

—Vamos a cenar —dijo Álvaro.

Al levantarse, me puse en pie y me hizo un guiño.

—Sí. Tengo una fiesta montada en la barriga… —habló Estela.

—Desde que estás aquí se te ha abierto mucho el apetito —comentó Fani, incorporándose también del sofá.

—El lugar y los momentos ayudan.

Todos estuvimos de acuerdo con Estela.

—Lo importante es que cuando regreses a casa mantengas el ritmo que has cogido —le dije, mientras caminábamos hacia la puerta—. Aunque te cueste y tengas que obligarte. Si no te alimentas bien, a la mierda las fuerzas, Estela.

—Ya… No es algo que haga a propósito.

—Ya lo sabemos, cariño. —La abrazó Fani, por el costado—. Poco a poco.

Salimos de la cabaña en silencio, cada uno volviendo a los recuerdos especiales que teníamos de Marina, la madre de Estela. Sabía que todos nos centraríamos en los buenos, dejando encerrados los malos.

La mujer falleció siete meses atrás debido a una enfermedad y tanto Estela como su padre, Alfonso, lo habían pasado muy mal. Los demás también, pero no podía comparar el dolor entre unos y otros.

Todavía era muy reciente, aunque la pérdida de una madre y una esposa siempre se llevaba muy dentro de uno, sin importar el tiempo.

Estela hacía un mes y medio, aproximadamente, que parecía que había salido de la espiral de tristeza en la que se sumió. Se esforzaba cada día por encontrarse mejor, reía, sonreía y hacía bromas, tanto que para las personas que no la conocían no aparentaba que estuviera recuperándose de un golpe tan duro.

Su padre y ella saldrían adelante, con el bonito recuerdo de una mujer que fue la vida para ambos. Sus amigos poníamos todo de nuestra parte para que fueran avanzando, aunque dieran pequeños pasos.

Además, Alfonso podía contar con los padres de Fani, los míos y la madre de Álvaro. Tenían una bonita amistad y quedaban con frecuencia, gracias a que sus hijos estaban muy unidos. O sea, mis amigos y yo.

Álvaro solo tenía a su madre, Elisa. Su padre los abandonó cuando mi amigo era muy pequeño y desde entonces no había dado ninguna señal. Después de tantos años, ella seguía sola.

Elisa no pensaba ni se planteaba la posibilidad de encontrar una pareja. Una vez que se recuperó, eligió centrarse únicamente en su hijo. Álvaro fue su salvación, el empuje que necesitó para salir adelante.

Con el tiempo, desde que mi amigo se independizó, ella vivía disfrutando de sus salidas con sus amigas. Como tenía más que merecido. Madre e hijo se llevaban de maravilla. A Elisa había que quererla, era un amor de mujer. Yo la adoraba, tenía una relación muy bonita con ella.

De manera que el hombre que los abandonó no existía para Álvaro. Así de simple y, como decía mi amigo cuando salía el tema, él no tenía padre. Nunca había llorado por ese motivo, ni se había puesto triste.

En cuanto pisamos la primera pasarela, Álvaro me rodeó los hombros con el brazo y le sonreí. Enseguida comenzamos a pasar de una a otra, yendo hacia el bar en el que trabajábamos.

Ya era de noche, por lo que las luces que lo decoraban se verían muy bonitas. Era un privilegio poder cenar cerca del mar, escuchando el murmullo que hacía, mezclado con la suave música instrumental que se ponía durante la cena.

Después, cuando llegaba la hora de las copas, se subía un poco el volumen y se cambiaba por otro tipo de música más movida y animada.

También estaba el extra de cenar al aire libre. Era una gozada.

Miré hacia el cielo y sonreí. En las pasarelas, los farolillos adornaban todo el recorrido, a lo largo de ellas iluminando el camino, pero la luz no era lo suficientemente fuerte como para no apreciar el cielo estrellado que teníamos sobre nuestras cabezas.

En el bar también se veía muy bonito y se apreciaba de maravilla. Cuando el servicio de la cena terminaba y daba paso a la diversión, la única iluminación que quedaba era la de las velas que decoraban las mesas, para aportar más magia al momento y al lugar.

Nada más llegar a la zona de las mesas del bar, supe que iba a ser una noche muy, pero que muy larga.

Como si tuviera un imán que me arrastrara hacia él, mis ojos se cruzaron con los del único cliente y huésped que me alteraba. Había muchísimas posibilidades de encontrármelo de nuevo aquí. Debería haberlo supuesto.

Pero no había sido así, por lo que no me había hecho a la idea y los nervios se apoderaron de mí de golpe. Me sentí desnuda ante él, con la distancia que nos separaba. Completamente expuesta, ante la manera en la que sus ojos me atrapaban y me observaban.

—No desaproveches la oportunidad —me dijo Álvaro, cuando se fijó en lo mismo que yo.

—No está en mis planes —susurré.

—Como si pudieras evitar que esos planes salten por los aires, de repente —habló con diversión.

—¿Qué hacéis? —nos preguntó Estela, a nuestra espalda.

Álvaro y yo nos habíamos parado al inicio de las mesas.

Fue mi amigo el que les pidió que disimularan, mientras les contaba por qué no nos movíamos. Mis amigas se emocionaron al instante, al saber que el hombre que me subía la temperatura estaba de nuevo en el bar.

Lo de la temperatura eran palabras de Fani, aunque no podía negarlo porque era una gran verdad.

Mis amigas comenzaron a decir todas las posibilidades que les vino a la cabeza y yo terminé poniendo los ojos en blanco y negando, mientras me dirigía hacia una mesa. Tiré de la mano de Álvaro, para llegar rápido.

Nuestros compañeros que trabajaban de noche, Rita y Marcelo, se acercaron a saludarnos. Nos dimos un abrazo rápido, antes de ocupar la mesa.

Capítulo 12



Ilian

—Pues parece que se ha quedado buena noche, ¿no? —preguntó Nico.

—Ya hacía buena noche antes —comentó Zac—. Pero entiendo por qué lo dices. Opino lo mismo. Se ha quedado muy buena noche.

—Definitivamente ha mejorado muchísimo —añadió Joel, con un carraspeo.

No aparté la mirada de mis amigos y de mi primo, con los labios rozando el borde de mi copa.

Bebí un sorbo de vino y dejé la copa en la mesa, despacio, mientras ellos me observaban con expresiones divertidas.

¿El motivo? La camarera que nos había atendido esta mañana había aparecido en el bar y acababa de sentarse a una mesa con sus amigos. En esta ocasión ella había elegido una alejada de la nuestra.

Bueno, el que yo había conocido desde el principio como su compañero, el que siempre estaba muy cerca de ella, no tenía ni idea de si era amigo o qué. Podía ocupar otro lugar en la vida de ella, aunque no me paré mucho en esa posibilidad. La pasé de largo.

Cuando horas atrás, Nico, Joel y Zac, me preguntaron en este mismo lugar sobre lo que pasó con la camarera, les respondí contándoles el pequeño intercambio de palabras que tuvimos en la barra, nada más llegar yo.

Posterior a eso sucedió lo que ellos presenciaron, lo de la carta, cuando me adelanté a cogerla de la mano de la camarera y hubo un instante de tensión. Más las miraditas con ella, hasta que nos fuimos de este bar.

Con eso los había tenido entretenidos el resto del día, entre bromas y comentarios con los que pretendían hacerme saltar. Todavía no lo habían conseguido y continuaría siendo así.

El remate había sido el momento de la playa, a última hora de la tarde.

Estábamos tomándonos unas cervezas en el porche de la cabaña, cuando Zac propuso darnos un baño en el mar. Nos pareció genial la idea para terminar el día y no tuvimos que movernos mucho para llegar.

El tema fue que también observaron los tres cómo me paré al salir del agua, entonces solo tuvieron que seguir la dirección en la que yo miraba.

Allí estaba la camarera, la que los cuatro reconocimos. Aunque parecía una huésped más del hotel, al estar tumbada en una tumbona con un bikini que le quedaba espectacular. Y eso que no pude verla de cerca…

Fue ella la primera en apartar la mirada, mientras yo continué atento durante un rato más. Mis amigos llevaban riéndose de mí desde ese instante, aunque no lo hacían directamente, sino utilizando comentarios para provocarme.

Se cansarían, porque yo tenía claro que no iba a entrar en el juego.

—Ahora que tenéis claro que hace buena noche y que estáis muy satisfechos con ello, vamos a pedir la cena —les dije.

Soltaron una carcajada, mientras que mis labios se curvaban hacia un lado.

—Joder, ¡si hasta te has vuelto divertido! —exclamó Nico.

—No me toques las narices, amigo —le advertí.

—Mi primo es divertido desde siempre, pero se hace el misterioso y el inalcanzable porque lo oculta bajo capas de indiferencia, seriedad y control.

—No sé si darte las gracias o no, Zac —le dije, con una ceja arqueada.

Volvieron a reír.

—Ha sido una defensa increíble —comentó.

—Si tú lo dices… —Negué con la cabeza.

—Pues claro que…

Zac se quedó callado de golpe, cuando la pantalla de su móvil se iluminó sobre la mesa.

Después de ver el nombre de Leo, busqué la mirada de mi primo. Él no me la devolvió, mantuvo la suya fija en la pantalla.

—¿No lo vas a coger? —le preguntó Joel, con mucho tacto.

—No —contestó Zac, tajante.

—¿Estás seguro? —insistió Nico.

—Él lleva ignorándome desde un poco antes de irme de allí. —Negó con la cabeza—. Ahora al que no le apetece escuchar lo que tenga que decirme es a mí.

—Zac… —lo llamé.

—No intentes convencerme —me pidió, encontrándose con mi mirada.

—Solo quiero que medites bien los pasos que das, para que no tengas nada de lo que arrepentirte —le dije.

Apoyé los brazos en la mesa, sin apartar la vista de él.

—Entiendo que estés cabreado, pero a lo mejor lo que necesitas es tener una buena conversación con Leo.

—¿Te crees que eso es lo que va a pasar si descuelgo?

El tono de voz que utilizó no me gustó. Ese no era mi primo.

—No tengo ni puñetera idea de lo que puede pasar, a no ser que me dejes descolgar a mí.

Lo reté, en todos los sentidos, incluso con la forma en la que mi observación y mi postura cambiaron.

—No, Ilian —susurró.

Miró de nuevo la pantalla. La llamada se había cortado, pero volvió a entrarle otra de Leo.

A Zac le salió una mezcla de suspiro y bufido, antes de pasarse las manos por la cara.

—Ve a hablar fuera de aquí —le pedí—. Cuando vengan a atendernos pedimos lo que has dicho que quieres cenar. No tengas prisa.

Hizo una mueca, pero terminó asintiendo.

—Ánimo, tío —le dijo Nico—. Si nos necesitas solo tienes que llamarnos.

—¿Y qué vais a hacer? —le preguntó Zac, con una pizca de diversión y mucha tristeza—. Leo no está aquí.

—¿Y? —intervino Joel—. Igualmente, podemos partirle la cara por el teléfono. Te aseguro que tenemos maneras de dejarlo noqueado.

—Exacto —confirmó Nico, con una sonrisa de medio lado—. Además, no te olvides de que tienes a tu lado a uno de los pocos hombres que es muy difícil vencer: tu primo.

Terminó con un guiño y Zac me miró.

Asentí hacia él, antes de señalarle su teléfono. Había dejado de sonar otra vez, pero sabía que no tardaría en entrarle otra llamada.

Mi intuición con Leo continuaba siendo buena, porque no estaba dándose por vencido con mi primo.

El problema era lo que sucedería una vez Zac descolgara.

Mi primo sentía demasiada rabia e impotencia como para poder mantener una conversación tranquila. Y, por otro lado, esperaba que la intención de Leo con su insistencia no fuera para algo que le doliera más a mi primo.

Mantenía la esperanza y confiaba en Leo, por lo que lo conocía.

Quise pensar que él se mantendría firme y tranquilo en la conversación, que la dirigiría y la reconduciría si era necesario, para llevar a mi primo por el camino correcto.

Zac se levantó de la silla, con el móvil en una mano, y se alejó de nosotros. Lo seguimos con la mirada, viendo cómo accedía a la pasarela y se apartaba bastante del bar.

Se quedó en un sitio en el que podíamos verlo.

—Qué mierda —dijo Nico.

—Sí —estuvo de acuerdo Joel—. Lo está pasando muy mal.

—Lo sé —comenté, cuando ambos me miraron—. Es algo por lo que tiene que pasar él solo. Nosotros lo único que podemos hacer es darle nuestro apoyo y cariño, estar ahí siempre.

—Joder, tío. Me tienes asombrado —me habló Nico.

—¿Por qué? —le pregunté, con una ceja arqueada.

—¿Por qué? Estás muy calmado, demasiado. Das hasta miedo.

Soltó una carcajada, mientras que Joel sonrió de oreja a oreja.

—Zac me ha pedido que no me meta y es lo que estoy haciendo. Por ahora.

—No te reconozco. —Negó Nico.

—Ni yo —habló con diversión Joel—. Y menos con algo que le afecta tanto a tu primo, de manera negativa. Siempre has sido muy protector con él.

—Y con nosotros —añadió Nico.

Joel asintió.

—No he cambiado. Solo estoy conteniéndome.

Me encogí de hombros.

Miré hacia donde estaba Zac y apreté la mandíbula, al verlo mover una mano al aire demasiado rápido. Estaba dando pasos de un lado al otro de la pasarela.

—Vamos a tener que emborracharlo. No pinta nada bien —comentó Nico, también atento a la situación.

—No te preocupes por él, déjanoslo a nosotros —me pidió Joel—. Tú encárgate del bellezón de la camarera, la que, por cierto, ha mirado varias veces hacia nuestra mesa.

Me hizo un guiño.

—Sus dos amigas también son unas bellezas —añadió Nico.

—Lo sé, pero nuestro amigo seguro que ni las ha visto —rio Joel.

—Tengo ojos en la cara —intervine.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué esta noche no te importa terminar con alguna de las amigas de la camarera? De ella y de su otra amiga podemos encargarnos Joel y yo.

—Podéis hacer lo que os venga en gana —les dije.

Cogí la copa y vacié el contenido en mi garganta, de golpe.

—Pero… —continué hablando, dejando la copa en la mesa. Los miré, para que tuvieran aún más clara mi postura—. Vosotros sabréis si os interesa y queréis ateneros a las consecuencias de hacer lo que acabas de decir, Nico.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, hasta que Joel no pudo aguantar más y soltó una carcajada. Nico se unió a él.

Yo me quedé muy satisfecho, a pesar de que me sentía intranquilo por mi primo y por la camarera.

Necesitaba que Zac regresara, porque mi contención tenía un límite. Por otro lado, el cuerpo me pedía acercarme a la camarera.

Lo último era algo que me desconcertaba, por cómo lo sentía. No llegaba a comprenderlo del todo, aunque a estas alturas del día lo había aceptado. Incluso me había acostumbrado. La sensación me acompañaba desde que la vi la primera vez.

Todo el control que tenía diariamente de lo que me rodeaba, de mis emociones, impulsos y reacciones, se había esfumado al llegar a este hotel de playa.

No poder controlar lo que pasaba a mi alrededor me alteraba mucho, así que no me quedó más remedio que hacer un grandísimo esfuerzo para mantenerme sentado en la silla, para no ir a solucionar yo mismo todo lo que me inquietaba.

Todavía no había llegado el momento, en ninguno de ambos casos.

La aparición del camarero me ayudó a aligerar la tensión. Le dijimos lo que queríamos cenar, incluyendo lo de mi primo, y se fue para regresar rápido con otra botella de vino.

Íbamos a por la segunda.

—Viene tu primo —me avisó Nico, al cabo de un rato.

No dije nada. Joel inició una conversación para que no nos encontrara callados.

Zac ocupó su silla y dejó el móvil en la mesa, con la pantalla bocabajo. Cogió su copa, que todavía tenía vino de cuando se fue, y la vació de golpe.

Me fijé en sus ojos rojos y en su expresión de tristeza, lo que me removió por dentro.

—Estoy bien —nos dijo—. ¿Ya habéis pedido?

—Sí. Hace poco —le contestó Joel, con una pequeña sonrisa.

—No estás bien y no pasa nada por admitirlo entre nosotros —le hablé.

Zac buscó mi mirada, tragó saliva y asintió.

—¿Cómo habéis quedado? —se interesó Nico.

—Le he colgado —contestó Zac.

Se encogió de hombros.

—No quiero hablar más de él. Este fin de semana es mío. Más vino —pidió.

Cogí la botella y le rellené la copa, para después hacer lo mismo con las otras.

—Por una noche de locura —dijo Nico, alzando su copa.

Los demás lo imitamos y chocamos las copas en el centro de la mesa, para beber después.

Capítulo 13



Dara

—Un mojito —le pedí a Marcelo, el compañero que cubría el turno de noche con Rita.

—Marchando, preciosidad —me dijo, con un guiño.

Se lo devolví, riendo.

Iba a ser mi tercera ronda y, aparte de reírme un poco más de lo normal, me encontraba de maravilla.

Todavía podía aguantar esta y otra más, sin problema, antes de comenzar a notar en serio los efectos por la bebida. Eso se debía a que desde que llegué a este hotel había conseguido mucha más resistencia al alcohol.

Lo normal, estando de fiesta cada noche, durante un largo tiempo.

Miré por encima del hombro, hacia la zona de las mesas. Ahí estaban mis amigos, de pie, apoyados en la barandilla de madera que delimitaba el bar.

El problema era que no estaban solos.

Se habían acercado a nosotros, para entablar conversación, dos de los amigos del cliente de los ojos impresionantes y el cuerpo de escándalo.

Fue de repente. Cuando me di cuenta estaban presentándose como Joel y Nico. Fani y Estela estaban encantadas con las nuevas incorporaciones.

De sus otros dos amigos no había rastro en el bar. Lo primero que hice fue buscarlos con la mirada, para prepararme por si también se acercaban.

No había sido así y dudaba que volvieran al bar.

—Marcelo —llamé a mi compañero.

—Dime.

Me miró por encima del hombro.

—¿Puedes echarme el mojito en un vaso de plástico, con tapa? Por si vamos a la playa.

—Qué delicada eres. ¿No te gusta el mojito crujiente, con arena?

Casqueó la lengua y reímos.

—La especialidad de la casa la dejo para ti. Eres el atrevido de los dos —le dije.

Reímos de nuevo.

Mientras terminaba de preparármelo, me comentó cómo les estaba yendo la noche a Rita y a él. El ambiente estaba muy animado, como siempre.

Cuando me dio el vaso de plástico me despedí de Marcelo, deseándole que terminara bien el turno, y fui hacia mi grupo.

Al llegar, me puse al lado de Álvaro y apoyé el final de la espalda en la barandilla. Sorbí de la pajita, observando con atención a Nico y a Joel. Parecían muy cómodos con mis amigos.

—Hola —me saludó Joel. Después me sonrió.

—Hola —le correspondí.

—Hemos hablado de ir a la playa un rato —me comentó Fani—. ¿Qué te parece?

—Por mí bien. Me he adelantado —contesté, levantando el vaso de plástico.

—Tú sí que sabes —rio Estela.

Sonreí porque a ella ya le habían hecho bastante efecto los gin-tonics que se había pedido.

Fani todavía no la había igualado, pero por la sonrisilla constante que tenía y sus ojos, estaba muy cerca de alcanzar a Estela.

Levanté la cabeza hacia Álvaro, para mirarlo a la cara. Mi amigo se dio cuenta y giró la suya.

Él estaba tan fresco como yo. Nos sonreímos.

—¿Todo bien? —me preguntó, aprovechando que nuestras amigas les daban conversación a Joel y a Nico.

—Claro —le confirmé.

Se inclinó hacia mí.

—¿No estás decepcionada porque el que te interesa no haya querido unirse a sus amigos?

—No sé por qué tendría que estarlo —le contesté, mirándolo de reojo—. A lo mejor no es que no haya querido unirse, sino que se ha ido con su amigo por algún motivo.

Me encogí de hombros.

Puse los ojos en blanco, al ver su sonrisa pícara.

—Álvaro, ¿quieres otra? —le preguntó Fani.

Se refirió a la bebida que estaba consumiendo.

—Vamos a ir a la barra a pedir. Así nos llevamos a la playa los vasos de plástico, como Dara.

—Vale, traedme otra —aceptó él, levantando el vaso.

Fani le sonrió, antes de girarse para ir hacia la barra. Estela, Nico y Joel la siguieron.

—Parece que han encajado bien —comenté.

—Eso parece, sí. Y no es su amigo.

—¿Cómo?

Lo miré.

—Que los dos que faltan no son amigos, sino primos.

—Ah…

—Nos lo ha dicho Nico, cuando tú estabas en la barra.

—Muy bien —dije, haciéndome la distraída.

Nos quedamos callados, disfrutando de la música que sonaba a un volumen medio, mientras observábamos cómo Marcelo y Rita atendían en la barra.

Cuando los demás regresaron y Álvaro tuvo su nueva bebida en la mano, nos fuimos del bar y tomamos el camino hacia la playa, por una de las pasarelas.

No tardamos en estar caminando por la arena, con los zapatos en una mano. Me encantaba la sensación de sentir la arena fría y suave bajo las plantas de los pies.

Nos acercamos a la orilla y, cuando estuvimos a unos metros de ella, decidimos sentarnos y ponernos cómodos, para disfrutar de nuestras bebidas y de las conversaciones que surgieran.

—¿Cuánto tiempo os quedáis? —les preguntó Estela a Joel y a Nico.

—Hemos venido solo para desconectar el fin de semana. Nos vamos mañana al final de la tarde o por la noche, según decidamos —le respondió Nico.

Parecía que él era el que tenía más afinidad con Estela. Al menos ambos se acercaban más el uno al otro.

No sabía si ese era el motivo por el que Joel y Fani se buscaban continuamente para hablar, ya que los otros dos iban más a su rollo. O tal vez era que les pasaba igual que a los otros dos, que se habían gustado.

Álvaro y yo nos manteníamos de observadores, entre divertidos y curiosos.

—Jo, qué pena —dijo Fani—. Nosotras nos vamos el fin de semana siguiente. —Señaló a Estela.

—Pues sí, es una pena —comentó Joel.

Sonreí mientras sorbía por la pajita.

A Joel y a Nico también se les notaba afectados por el alcohol, aunque no llegaban al nivel de las chicas. Todavía.

—Pues vamos a aprovechar las horas —dijo Estela, sorprendiendo a todos.

La sorpresa se debió a que alzó la voz, mientras se levantaba de golpe. El movimiento tan impulsivo y repentino provocó que casi se fuera a la arena de nuevo, pero esta vez de cabeza.

Fue Álvaro quien la agarró por detrás a tiempo, evitándole la caída.

Estela soltó una carcajada, cuando se recompuso del susto y la impresión.

—¿Cómo quiere aprovechar las horas? ¿Revolcándote por la arena? —le preguntó Nico, divertido.

—No —negó Estela, riendo—. Aunque, según cómo fueran los revolcones, no me importaría.

Nico y ella se mantuvieron la mirada. Los demás no nos atrevimos a hacer ni un ruido, para no interrumpirlos.

Al cabo de unos largos segundos fue Estela quien rompió el silencio.

—He pensado en que un baño nocturno estaría genial. Hace una temperatura increíble —dijo animada.

—Me encanta la idea —se apuntó Nico, con una sonrisa de medio lado.

Se levantó despacio de la arena y se puso al lado de Estela.

—¿Quién más se apunta? —preguntó ella, mirándonos al resto.

Fani nos miró a Álvaro y a mí, después pasó a Joel. Algo tuvo que ver en él porque se puso de pie enseguida, riendo, y aceptó encantada el baño.

Joel la siguió.

—¿Vosotros vais bien? —les preguntó serio, Álvaro, a Nico y a Joel.

—Sí —contestó el primero—. No os preocupéis, Joel y yo controlamos. Estamos bien.

—Estupendamente —afirmó Joel.

—De acuerdo, pero igualmente no os alejéis mucho de la orilla —les pidió Álvaro.

Cuando los cuatro asintieron coordinados, apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—Anda, adelantaros —les dijo Álvaro, divertido por el mismo motivo que yo.

En el momento en el que mi amigo terminó de hablar, Estela, Fani, Nico y Joel, se quitaron delante de nosotros la ropa, de manera precipitada. Corrieron hacia el agua en ropa interior, entre risas.

—¿No vas con ellos? —le pregunté a Álvaro.

—¿Y tú? —me devolvió la pregunta.

—Quiero esperar un poco —contesté, levantando mi vaso.

Aproveché para sorber por la pajita. El mojito estaba perfecto.

—No esperes aquí por mí —le pedí—. Estás deseando darte el baño, lo veo en tu cara.

—¿No notas esta noche más calurosa que las anteriores?

—Sí.

Miré hacia el agua.

—Por eso te sentará genial quitarte el calor de encima —le dije con un guiño—. Yo también voy a hacerlo.

—¿No quieres que te espere? —me preguntó y negué con la cabeza, con una gran sonrisa.

Se lo pensó unos largos segundos, hasta que me dio un beso en la cabeza y se levantó rápido. Se quitó la ropa de la misma manera y, antes de salir corriendo hacia el agua, me hizo un guiño con una sonrisa de oreja a oreja.

No me dio tiempo a reaccionar a nada de lo que hizo y no tardé en entender por qué se había decidido tan rápido, después de mostrarse indeciso. Como también supe a qué se debieron sus últimos gestos.

Lo entendí en cuanto noté a mi lado la presencia de otra persona que apareció de repente. Y para mi asombro, adiviné de quién se trataba, incluso antes de mirar en su dirección.

Contuve la respiración por un breve espacio de tiempo, viendo de reojo cómo el hombre que se fue con su primo se sentaba a mi lado.

Nos quedamos en silencio, sin movernos, hasta que él flexionó las piernas y las dejó dobladas, para apoyar los brazos en las rodillas.

—Hola.

Fui la primera en hablar, tragándome los nervios que me provocaba estar tan cerca de él y en esta situación.

—Hola —me correspondió.

Giró la cabeza hacia mí.

—Espero que no te moleste que me haya sentado a tu lado. Si quieres estar sola…

—No. Está bien así —lo interrumpí.

Ahora que habíamos conseguido una especie de acercamiento normal, no quería que se alejara.

—Además —continué—, estamos en grupo y tú formas parte de él. Aunque no te hayas unido hasta este momento. Tus amigos y los míos están en el agua.

—Lo sé. Se escuchan sus risas.

Asentí y dirigí la vista hacia delante.

—¿No te apetece darte un baño?

Ahí estaba la pregunta… Hasta antes de su aparición tenía claro que en un rato me daría un baño, pero ahora, con este hombre aquí, la situación cambiaba bastante. Mucho. Infinitamente.

Capítulo 14

Ilian

—Ilian —me presenté.

Le ofrecí una mano.

—Dara.

La suya se sintió pequeña en la mía, mientras nos mirábamos fijamente a los ojos.

Podíamos vernos bien, ya que estábamos próximos a una hilera de antorchas con luces de llama solar.

La iluminación nos llegaba tenue, pero era más que suficiente. Al igual que sucedía en los primeros metros del agua. Gracias a eso podíamos ver las siluetas de nuestros amigos.

—¿Y tu primo? Perdona. Lo sé porque tu amigo Nico se ha referido a él de esa manera.

—No pasa nada. —Asentí—. Se llama Zac. Lo he dejado en su cama, no se encontraba bien después de todo lo que ha bebido.

—Vaya…

—Es lo mejor que ha podido pasarle. Mañana estará únicamente centrado en encontrarse mejor —dije convencido.

Nos quedamos en silencio y me gustó, porque me sentí cómodo sin la necesidad de sacar un tema de conversación.

Durante un rato observamos cómo se divertían nuestros amigos. Sus gritos y risas seguían escuchándose, mientras iban de un lado al otro por el agua, sin adentrarse.

—¿Te apetece unirte al baño? —le pregunté, de nuevo.

—No —sonrió—. ¿Quieres?

Levantó hacia mí su vaso de bebida.

—Si acepto tu invitación a beber, ¿tú aceptas la mía para ir al agua?

—No —volvió a negar, esta vez riendo.

Retrocedió, bajando la mano que sujetaba su vaso, pero yo fui más rápido y, antes de que lo apartara del todo, se lo quité.

Dara se quedó mirando cómo me llevaba la pajita a los labios y bebía de su mojito. Yo tampoco desvié la mirada de la suya.

—Ahora tienes que aceptar. Es lo justo.

—¿Cómo? —me preguntó.

—Yo he aceptado tu bebida, tú tienes que elegir venir al agua. Te sentará bien y lo agradecerás, hace demasiado calor esta noche.

—No era de esa manera —rio de nuevo.

—Me gusta cambiar las reglas del juego —sonreí de medio lado.

—¿Estás jugando? —me preguntó con interés.

—Quizá. O tal vez no.

—¿Eres siempre tan contradictorio?

Como respuesta, me encogí ligeramente de hombros.

—Si yo no hubiera aparecido ¿estarías en el agua o haciendo tiempo para meterte? —quise saber—. Vale.

Dirigí la mirada hacia el mar, después de leer la respuesta en su expresión. No necesité que me confirmara con palabras que el culpable de que no quisiera darse un baño era yo.

Me levanté despacio y me sacudí la arena del pantalón.

—¿Te vas? —me preguntó.

Debió verlo en mi expresión.

—Sí. No quiero que por mi culpa no disfrutes de la noche. Yo puedo darme el baño cualquier otra.

—Joel y Nico nos han dicho que habéis venido para el fin de semana. Os vais mañana.

—Correcto —le confirmé.

—Entonces no puedes elegir cualquier otra noche.

Metí las manos en el pantalón, mientras ella se levantaba.

Cuando se quedó de pie frente a mí, a un paso de distancia, volvió a hablar.

—No tienes la culpa de que ya no quiera bañarme —dijo.

Arqueé una ceja.

—El problema lo tengo yo —añadió, sonriendo con timidez.

—Si no es mucha indiscreción, ¿a qué problema te refieres?

—No me he acordado hasta hace poco de que no llevo sujetador.

Me esforcé para no apartar la mirada de la suya, para no pecar en dirigir la vista a sus pechos y lo bien que le quedaba el top palabra de honor.

—Entiendo —dije, con un carraspeo—. Nuestros amigos parecen tener cuerda para rato, así que puedes ir a ponerte un traje de baño. Eso, o puedes quitarte la ropa tranquilamente para meterte en el agua, tal y como te quedes.

Agrandó los ojos, mientras yo alargaba la pausa que hice para continuar hablando.

—Estamos en una playa y en un lugar como este es habitual hacer toples. Piensa que vas con ventaja, ya que puedes elegir alejarte para que la oscuridad juegue a tu favor.

—No sería lo mismo —dijo, hablando más bajo.

—¿Por qué?

Ladeé un poco la cabeza.

—Yo no lo siento de la misma manera.

—¿Lo harías si yo no estuviera? —insistí en el tema.

—Sí, pero alejándome un poco de los demás.

—No sé qué es lo que te echa para atrás exactamente de mí, pero no me gusta hacerte sentir incómoda.

—No es eso.

—Pues entonces hazlo como tenías pensado. Ignora mi presencia.

Di varios pasos hacia atrás, dejando más distancia entre nosotros, y me saqué la camiseta de un tirón.

Cuando volví a encontrarme con la mirada de Dara, me observaba sorprendida.

La dejé caer sobre el montón de ropa que había y después me llevé las manos al botón del pantalón. Me paré ahí, a la espera de su siguiente reacción.

—He cambiado de opinión. Voy a darme un baño con los demás y me iré rápido —le dije.

—Vale. Pero ahora soy yo la que no quiero influir en que estés más o menos aquí.

—No lo haces —le dejé claro.

Solté el botón y el pantalón se deslizó por mis piernas, hasta quedarse enrollado en mis tobillos.

Me lo saqué por los pies, para colocarlo encima de la camiseta. El calzado lo tenía cerca, donde lo dejé antes de sentarme en la arena.

—Lo digo de verdad. Quédate el tiempo que quieras. No te sientas obligado a irte antes de lo que te apetecería —insistió—. Yo podría bañarme con el top.

—¿Vas a hacerlo?

—No —contestó decidida.

Arqueé una ceja al ver su sonrisa de medio lado.

—Yo también he cambiado de opinión.

—¿Has…?

Me callé de repente cuando se bebió de golpe lo que le quedaba de mojito y, para mi absoluta sorpresa, después de dejar caer el vaso en la arena, comenzó a quitarse la ropa delante de mí.

Lo primero de lo que se desprendió fue del pantalón corto de lino, el que cayó sin problema.

En esta ocasión mandé a la mierda la contención, porque no podía privarme de observar cómo se iba descubriendo, capa a capa, frente a mis ojos.

La observé a conciencia. Sus piernas, su braga…

Cuando pensé que se quedaría tal cual estaba, me sorprendió aún más, dejándome sin palabras, cuando se sacó el top por la cabeza.

Me puse en tensión al verla casi desnuda, aunque lo disimulé muy bien. Lo último que quería era hacerla sentir incómoda o que retrocediera en su decisión, con lo que le había costado tomarla.

Sinceramente, no creí que fuese a hacerlo, pero ahí la tenía, a unos pasos de mí y solo con la braga, que no tardé en darme cuenta de que era un tanga.

Maldije interiormente, por la reacción instantánea que había tenido mi cuerpo. Por suerte, Dara no se paró a prestarme atención, ya que estaba muy ocupada con su vergüenza.

Dobló los brazos a la altura del pecho, tapándoselos, y me dio la espalda, para correr hacia el agua. Lo hizo alejándose de nuestros amigos, para tener privacidad.

Me quedé como un tonto en la arena, sin perderla de vista, hasta que ella llegó al agua y dejé de verla. Al alejarse de la iluminación la perdí en la noche.

Cogí su pantalón y su top, para acercárselo por si tenía la necesidad de taparse rápido al salir, y seguí la misma dirección que había tomado Dara.

Cuando la localicé, a pesar de que no se veía muy bien porque esta parte de la playa estaba demasiado oscura, dejé su ropa a unos metros de la orilla y caminé hacia el agua.

Noté cómo me observaba, mientras me adentraba despacio. Di gracias a que mi erección no podía verla.

El agua estaba a una temperatura ideal. Era un gustazo, por la noche tan calurosa que hacía.

Me paré a la distancia que consideré que era la suficiente para no presionarla y me lancé al agua, para mojarme entero.

Cuando salí a la superficie me quedé flotando bocarriba, con la vista fija en el cielo.

Se veía increíble, como hacía muchísimos años que no lo contemplaba. Estaba salpicado de puntos luminosos, estrellas que no se apreciaban en la ciudad en la que vivía.

A mis amigos, a mi primo y a mí, en nuestra juventud, nos gustaba escaparnos todos los fines de semana que podíamos cuadrarlo. Los destinos elegidos eran los cámpines más alejados de las grandes ciudades, sin importarnos que fueran de montaña o de playa.

A los cuatro nos gustaban los deportes de aventura y disfrutábamos perdiéndonos donde hasta la conexión fallaba. Hacía tanto tiempo que no frenaba, que no me permitía parar para regresar a lo que me dio tantas veces paz, haciéndome sentir vivo…

Acababa de recordar de golpe algunas de las sensaciones que muchos años atrás para mí eran cotidianas. Un lujo hoy día.

El agua estaba en una calma absoluta. Parecía una balsa. No había ni una mínima ola donde me encontraba.

Continué flotando y cerré los ojos, disfrutando del momento.

Debía darles las gracias a mis amigos, por sacarme este fin de semana de mi casa, de mis obligaciones y rutinas.

No sabía cuánto necesitaba respirar en otro ambiente, hasta que comencé esta breve aventura.

Noté enseguida que algo cambió. Fue muy sutil, pero mi cuerpo se meció un poco.

Abrí despacio los ojos, para mirar otra vez hacia el cielo. No pasó mucho tiempo para escuchar la voz que hacía un rato esperaba.

—No me gusta estar mucho rato sola rodeada de tanta negrura —dijo Dara.

Me moví para tocar el fondo con los pies y me giré hacia ella, pasándome las manos por el pelo.

Mientras me quitaba el exceso de agua, la observé porque, a pesar de la oscuridad, no tenía problema en verla por los reflejos del agua.

Dara también tenía el pelo mojado. Estaba agachada, con el agua cubriéndole por encima de los pechos, cuando a mí me llegaba por la cadera.

La imagen era perfecta y muy, pero que muy tentadora.

Capítulo 15



Dara

—¿Tienes miedo? ¿Quieres salir del agua? —me preguntó.

—Ahora estoy bien —suspiré—. Me encanta la sensación, la disfruto mucho y siempre que tengo la oportunidad no la desaprovecho, pero lo normal es que tenga a Álvaro pegado a mí. Bueno, si le preguntas a él, te dirá que soy yo la que se le pega —sonreí.

—Puedes hacer lo mismo conmigo, si quieres.

—Gracias —susurré.

No me lo pensé cuando me acerqué a él, caminando encogida debajo del agua.

Era una tontería. Me había visto perfectamente los pechos por la locura momentánea que me había entrado, pero después del acelerón y del calentón, ahora me podían más los nervios y la vergüenza que cualquier otra cosa.

Ilian se agachó, para estar a la misma altura. Sonreí.

—Se está de maravilla —comentó.

—Sí —estuve de acuerdo—. Me gusta terminar las noches de esta manera.

—¿Dara?

Quien me llamó alzando la voz fue Álvaro, aunque no lo vi. Seguramente no se acercó porque había visto que Ilian había ido en la misma dirección que yo.

—¿Sí?

—Vale, solo quería asegurarme de que estás aquí y bien. ¿Ilian está contigo?

—Aquí estoy —le confirmó él.

—Estupendo, pues ya está. No tengáis prisa, vosotros a lo vuestro. Tenéis el mar para vosotros solos, los demás ya estamos fuera. Hemos vuelto a la arena, a hablar, aunque Nico y yo vamos ahora al bar. ¿Queréis algo de beber para cuando salgáis?

—Tráeme otro mojito —le pedí—. Si no me lo termino aquí, será en el porche de la cabaña.

—Vale —dijo Álvaro.

—Yo no quiero nada —habló Ilian.

—De acuerdo. Hasta ahora, chicos.

—¿Hace mucho tiempo que sois amigos? —me preguntó, después de que Álvaro se fuera.

—Sí —contesté sonriendo—. Muchísimo. Tenemos una relación muy especial, forma parte de mi familia. Fani y Estela también, aunque ellas llegaron más tarde a mi vida.

Asintió.

—¿Y tú con Nico y Joel? —le devolví la pregunta.

—Desde siempre. En la mayoría de mis recuerdos están ellos presentes. Como Zac, mi primo.

—¿En qué trabajas? —le pregunté.

—En una empresa. ¿Tú estás siempre en este hotel haciendo el mismo horario?

—No, aunque se está genial.

—Vale mucho la pena si trabajas unas horas y después puedes disfrutar de todo, como una huésped más.

—Sí. Es una gran experiencia, pero es provisional. Álvaro y yo estamos cubriendo a un amigo y a su novia, por unos meses.

—Entiendo. Entonces, con más motivo se disfruta de manera diferente.

Asentí.

—Es una pena que os vayáis mañana. El hotel tiene mucho que ofrecer.

—Yo no puedo faltar al trabajo y mis amigos y mi primo no quieren que me vaya solo.

—Eso es normal. Lo entiendo, porque yo haría lo mismo si alguno de mis amigos tuviera que irse.

Me encogí de hombros.

—¿Has visto como no era tan malo?

—¿El qué? —Me hice la despistada.

—El baño sin ropa —sonrió de medio lado—. Pero, sobre todo, estando yo cerca.

—Me siento a gusto.

—Me alegro. No muerdo, a no ser que me den permiso.

—¿Y te lo dan muchas veces? No respondas —le pedí, rápido, al ver su expresión—. Ha sido una pregunta tonta.

—¿Por qué?

—No voy a responderte a eso —le dije, riendo.

—¿Por qué?

—Para —le pedí, entre risas.

—¿Por qué? —insistió, divertido.

—Oh, por favor —hablé sin poder dejar de reír—. Deja de preguntar por qué.

—¿Por…?

Me dejé llevar por un impulso y por su juego. No me paré a pensar en las consecuencias que tuvo para mí cuando me lancé hacia delante, hacia su cuerpo, para taparle la boca con una mano.

En el momento en que me di cuenta ya era demasiado tarde. Nuestros cuerpos estaban muy juntos, las puntas de mis pezones le rozaban el pecho.

A pesar de la oscuridad, noté y sentí la intensidad de la mirada de Ilian, el cambio que dio.

Yo me quedé paralizada los primeros segundos, sorprendida por lo que yo misma había provocado. ¿Sinceramente? No me arrepentía y era justo lo que estaba deseando, aunque no me hubiera atrevido a hacer antes.

Tal vez que me quedara casi desnuda delante de él fue el adelanto con el que debí dar por hecho que en un momento u otro yo volvería a cometer una pequeña locura.

Si me costaba tanto dar los pasos hacia Ilian era porque lo veía inalcanzable, de una manera que no podía explicar. Lo sentía en mi interior, no podía decir los motivos ni expresarme mejor.

Este hombre me tenía muy perdida.

Iba a quitar la mano, para liberarle la boca, pero antes de hacerlo me sorprendí de nuevo, cuando sus labios se movieron en mi palma. Me la acarició, como si estuviera besándomela, y tuve claro que era así, cuando la punta de su lengua me la recorrió de arriba abajo.

Retiré la mano temblorosa, dejándola caer con suavidad en el agua. Todo mi cuerpo estaba igual, por lo que tuve mucho cuidado para no moverme y tocarlo en otra parte de su cuerpo.

No quería que notara lo que me provocaba. La intensidad con la que lo sentía.

Con la necesidad latiendo con fuerza en mi interior, concentrada en varias partes importantes y sensibles de mi cuerpo, comencé a moverme para tomar distancia de Ilian.

Las puntas de los pezones me dolían, por lo duros que los tenía y porque quería que él les prestara atención.

Creí que era un pensamiento tonto, hasta que Ilian evitó que me apartara de él.

Contuve la respiración en el momento en el que me agarró de la nuca y volvió a acercarme a él. Nuestras caras se quedaron a muy pocos centímetros.

Su otra mano la colocó en mi cadera y tiró de mí hacia él. Tragué saliva y me olvidé de cómo se respiraba, cuando su miembro duro se quedó apretado entre nosotros.

—Lo siento, me lo has puesto muy difícil para continuar resistiéndome —susurró—. Pero quiero que tengas claro que lo haré, que me retiraré si es lo que quieres. Dime que te suelte ahora mismo y me echaré para atrás. Saldré del agua y me iré a mi cabaña. Que te esté sujetando no significa nada. No voy a continuar hasta que no oiga lo que tienes que decir.

Mi respuesta a todas sus dudas llegó en forma de beso. Lo callé de golpe, dejándole claro que lo último que quería era que se fuera. Una vez que él había dado el paso, yo no quería retroceder.

La reacción de Ilian fue instantánea. El agarre de su mano en mi cadera se hizo más fuerte e insistente, mientras que sus labios cubrían los míos, apoderándose de ellos.

Nos besamos con necesidad, con ansias, como si en cualquier instante el momento fuese a esfumarse, y nosotros con él. El beso fue tan intenso y abrasador que, a pesar de que estaba desnuda y dentro del agua, comenzaron a sobrarme capas que no tenía.

Ilian dejó de agarrarme la nuca para incendiarme más. Colocó ambas manos en mis nalgas y me las apretó, para empujarme hacia su cuerpo, mientras sus labios y su lengua consumían a los míos.

Un jadeo quedó amortiguado en mi boca, cuando sus dedos separaron mis nalgas y se acercaron a mi sexo, para acariciarlo superficialmente, por encima de la tira del tanga.

Gemí agarrándome con fuerza a sus hombros, mientras profundizaba aún más el beso. Necesitaba más contacto para saciar la necesidad que sentía entre las piernas, ya que Ilian estaba jugando con la tira del tanga, sobre mi zona sensible.

Me impulsé y le rodeé la cintura con las piernas, para tener un contacto directo con nuestros cuerpos.

Tenía los pezones doloridos, erectos, y el roce con su pecho me hizo jadear. Mis labios y mi lengua se movieron más deprisa, más adentro, mientras mi cadera se movía sola con un balanceo que estaba llevándome a la locura.

El agua comenzó a agitarse a nuestro alrededor.

Ilian tenía libre acceso a mi sexo, en la postura abierta que me quedé. Era lo que tanto deseaba, pero no que me torturara deslizando los dedos de arriba abajo. Primero por encima de la tira del tanga, después por debajo de ella, sin ninguna barrera entre mis fluidos y sus dedos.

A pesar del agua, mi excitación era bien palpable. Lo notaba.

—Más… —gemí.

Me moví inquieta contra él, sin poder soportar la presión y los pellizcos en el clítoris.

—¿Me darás esto mañana?

Su voz ronca me erizó todo el cuerpo y le clavé los dedos en sus hombros, cuando introdujo un dedo en mi interior, al mismo tiempo que hacía la pregunta.

—Esta noche no va a poder ser. No estoy preparado.

Jadeé. No supe si de placer o a modo de queja.

—Respóndeme —me pidió, sin darse cuenta de lo que me provocaba su voz—. Dime si esto será para mí mañana.

Me embistió con dos dedos y arqueé la espalda.

—Sí —le confirmé, sin ser capaz de continuar hablando.

Me besó con intensidad, apoderándose de nuevo de mi boca, mientras sus dedos entraban y salían de mi interior, cada vez más rápido, al mismo tiempo que me atendía el clítoris.

Se tragó mis jadeos y gemidos durante un buen rato, hasta que cuando estaba muy cerca de llegar al borde del abismo por el que quería lanzarme de cabeza, Ilian retiró de repente los dedos de mi sexo.

—Joder, nooo… —me quejé.

Le hubiese borrado de la cara su sonrisa de suficiencia, pero me interesaba que continuara con lo que no había terminado, por lo que lo dejé estar. Por el momento.

Empujé hacia abajo, rozándome con fuerza contra su miembro. Estaba tan duro, tan perfecto… La punta, el glande, asomaba por la goma del bóxer. Podía notar el cambio, de sentir la tela a la suavidad de esa parte de su cuerpo.

Me acaricié a mí misma entre las piernas, utilizándolo. Ilian soltó un gemido en forma de gruñido, o algo parecido. Me sentí satisfecha, por no ser la única desesperada a estas alturas.

La punta de su miembro se deslizó sobre mi sexo. Ni siquiera la tira del tanga quitó intensidad al momento.

Ilian, como si me leyera el pensamiento, retiró la tira con una mano y con la otra se agarró el miembro, para deslizarlo por toda mi zona íntima. Entre el agua y lo excitada que estaba, resbaló de una manera deliciosa. Nos dio placer de esa manera, mientras nos mirábamos fijamente.

Contuve la respiración cuando se paró en la entrada y presionó un poco hacia dentro. Me agarré con más fuerza a sus brazos, sin saber si quería apartarlo o dejarme caer para introducirlo yo misma en mi interior.

De nuevo, como si me leyera el pensamiento, Ilian retrocedió, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Mañana —me dijo, a modo de promesa.

Solo pude asentir, porque en el fondo le estaba muy agradecida por su fuerza de voluntad.

Me alejó de su miembro y su boca cubrió la mía, para dejarme sin respiración con la intensidad con la que me besó. Gemí, arqueando la espalda, cuando tiró con los dedos de uno de mis pezones.

No conforme con eso, me lo frotó con fuerza, antes de levantarme para llevarse un pezón a la boca.

Tiré con fuerza de su pelo, con la espalda arqueada hacia su boca, aplastando el pecho en su cara.

Ilian succionó, lamió y mordisqueó, para después pasar al otro pezón.

Después de un tiempo, cuando se quedó saciado, me bajó a la posición inicial y tiró del tanga. Jadeé, cerrando los ojos, y por suerte me dio lo que tantísimo necesitaba.

Apartó la tela y me acarició con insistencia. Solo necesité unos segundos para gritar en su boca, mientras me estremecía de los pies a la cabeza.

Me corrí agarrándome con fuerza a su cuerpo, pegándome a él.

Cuando la ola de placer terminó, quise ponerle remedio al gran problema que él tenía entre las piernas, apuntando hacia mí, pero no me dejó.

Me agarró la mano, antes de que pudiera meterla por dentro del bóxer para agarrarle el miembro.

—Mañana —me pidió con la voz ronca.

—Pero…

Me calló con otro beso, pero este fue corto y rápido, aunque sin perder la intensidad.

—No creo que me pase por el bar, hasta el mediodía.

—¿No vendrás a desayunar?

—No. Tengo una reunión por videollamada y sé que se alargará horas. Si pudiera la retrasaría, pero es imposible. Me lo he traído todo expresamente para poder trabajar.

—Vale —sonreí—. No pasa nada. Pásate cuando puedas.

—Para comer —me dijo, agarrándome de la mandíbula. No me soltó —. No solo comida.

Solté un jadeo, por la insinuación.

—Voy a irme ya, pero no me acercaré al grupo —susurró sobre mis labios, tocándome con los suyos.

—De acuerdo.

—Vamos fuera. Me espero a que llegues con los demás.

Eso fue lo que hicimos. No supe cómo conseguí separarme de él, pero lo hice.

Al ponerme de pie Ilian recorrió mi desnudez durante unos largos segundos, antes de ir hacia la orilla.

Una vez fuera, me vestí con mi ropa, la que él había traído. Después nos quedamos cara a cara.

—Ve —me pidió.

—¿Y tu ropa? Espérame aquí y te la traigo —le pedí.

—No hace falta. Diles a Joel y a Nico que se la lleven junto a mi calzado. Yo vuelvo a la cabaña así. —Se señaló—. Está muy cerca de aquí.

Me mordí el labio inferior, al apreciar la dureza que tenía debajo del bóxer.

—¿Podrás entrar en la cabaña? —le pregunté, bajando el tono de voz.

—Sí. No te preocupes. Nos vemos mañana.

—Vale. Hasta mañana.

Ilian asintió y esperó a que me moviera, tal y como me había dicho. Le di la espalda y caminé por la arena, alejándome de él.

Cuando vi a unos metros de distancia a mis amigos y a los suyos, sentados en la arena, hablando, riendo y bebiendo, miré por encima del hombro hacia donde había dejado a Ilian, pero la oscuridad se lo había tragado, por completo.

Capítulo 16



Miré hacia la pasarela que llegaba hasta el bar y hacia los lados, pero, como en cada ocasión que lo había hecho, el resultado fue el mismo: Ilian no aparecía.

Bajé la vista al reloj de pulsera, para comprobar que eran las dos y media de la tarde.

El horario del servicio de comida hacía una hora que había comenzado. Mis amigas llevaban un buen rato ocupando una mesa. Álvaro y yo nos habíamos unido a ellas veinte minutos atrás, al terminar nuestro turno de trabajo. La comida ya estaba pedida, pero todavía no nos la habían traído.

La mañana trabajando se me había pasado muy lenta y pesada. No esperaba otra cosa cuando anoche por fin me metí en la cama, con Estela. Álvaro se apropió del sofá.

El último recuerdo que me venía a la cabeza era ver las cuatro y media de la madrugada en la pantalla del móvil.

Así que, con las pocas horas que había dormido y la resaca, ya que continué bebiendo mojitos, lo normal era cómo me había despertado y cómo me encontraba.

La noche estuvo genial. Desde que yo regresé con el grupo e Ilian se fue, no nos movimos de la playa. Los únicos momentos en los que algunos desaparecían era para ir al bar, a por más bebida.

Joel, Nico y Zac llegaron cerca de las once para desayunar, cada cual con peor cara. Aunque si hubiera tenido que elegir a un vencedor de peor aspecto, ese habría sido Zac. A pesar de que él llevaba más horas descansadas que el resto.

Mis amigas se unieron a ellos, para desayunar e ir a la playa.

Por el momento, ellos tampoco habían venido a comer. Tal vez hoy se habían decidido por otra alternativa de las que ofrecía el hotel.

—¿Qué haces aquí parada? ¿Estás haciendo de espía?

Álvaro me asustó. Di un bote en el sitio.

—Joder, ¿qué haces aquí? —le devolví la pregunta, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Yo tengo excusa. Te recuerdo que estaba hablando con nuestro compañero Roberto, en la cocina. Y después he ido al baño. ¿Tú tienes excusa o es como he dicho?

—No estoy espiando. —Puse los ojos en blanco—. Solo estaba observando, pensativa.

—Crees que no va a venir —me dijo.

Se puso a mi lado, con las manos en los bolsillos del pantalón.

No hacía falta que dijera el nombre de la persona a la que se refería, ambos lo sabíamos de sobra.

Entre muchas otras cosas, la noche dio para que él y yo habláramos de Ilian y lo que había pasado en la playa. O más bien dentro del agua.

Mis amigas también estaban al tanto de todas las novedades, ya que me obligaron a contárselas mientras hacíamos el camino desde la playa hasta la cabaña.

—Me dijo que tenía trabajo, que contaba con que la videollamada se alargara horas —comenté.

—Pero Joel, Nico y Zac no han aparecido, tampoco.

Me miró de reojo, pero yo mantuve la vista hacia delante. La enfoqué en mis amigas.

Fani y Estela reían por algo que estaban viendo en el móvil de Estela. Ambas miraban la pantalla.

—No sé qué pensar —susurré.

Álvaro me rodeó los hombros con el brazo y levanté la cabeza, sonriéndole.

—Estoy bien —le dije, sonando convencida.

No era del todo cierto y mi amigo lo sabía de sobra. Agradecí que lo dejara estar en este momento.

Me fastidiaba mucho la situación y me sentía muy rara. Pero no iba a reconocerlo en voz alta porque, pasadas unas horas de un orgasmo intenso y de unos tocamientos que me sentaron de maravilla, nada iba a hacerme daño.

Yo quise que sucediera lo de la noche anterior y volvería a repetirlo, sin dudar. Cada paso que di.

Pero ahora la desilusión estaba ahí, haciéndose paso en mi interior.

—Si se ha largado, él se lo pierde —me dijo Álvaro, antes de darme un beso en la cabeza.

—De todos modos, iba a irse esta noche —hablé, encogiéndome de hombros—. Solo me he quedado sin otro orgasmo, o quizás varios —suspiré.

Mi amigo rio.

—Pues siento decirte que yo daría todo por ti, hasta cualquier parte de mi cuerpo si eso te salvara la vida o lo necesitaras con urgencia, pero… no llego a un nivel tan profundo como para solucionar el problemilla de insatisfacción que se te ha acumulado entre las piernas.

—¡Eres idiota! —me quejé, soltando una carcajada.

Me separé de él y le di un empujón. Álvaro se unió a mis risas.

—Vamos con las chicas. Ya mismo servirán la comida.

—Sí.

Estábamos al final del pasillo que daba a las zonas de los trabajadores y a la cocina, parados al inicio de lo que podía considerarse el salón del bar, que era al aire libre.

Fuimos hacia Estela y Fani, las que nos recibieron sonriendo.

—Hola, guapos —nos dijo Estela.

—¿Cuántas veces nos saludamos al día? —preguntó con humor Fani.

—Hace tiempo que perdí la cuenta —contestó Álvaro—. Por eso mismo muchas veces os ignoro.

Reímos.

—Joder, normal. Con las horas que pasamos juntos… —comenté.

Carmen llegó con los primeros platos y cuando se fue, comenzamos a comer compartiendo la comida. Todo tenía una pinta estupenda y nos supo de maravilla.

—¿Sabéis algo de Joel y de Nico? —les preguntó Álvaro, a nuestras amigas.

Lo hizo por mí, por la posibilidad de conseguir información sobre Ilian.

Yo continué comiendo, llenándome la boca, mastigando y tragando, un bocado tras otro.

—Desde que nos separamos en la playa, no —contestó Fani.

—Yo sí —dijo Estela—. De Joel no, claro —rio—. Pero con Nico sí que he hablado por mensajes hace un rato. Anoche nos dimos los números de teléfono.

—Si vieras las caras que pones cuando hablas de él… —rio Fani.

—No es para menos —suspiró Estela—. ¿Tú no le has pedido el número a Joel?

—No hizo falta, me lo dio él —contó, con una gran sonrisa—. Podemos estar en contacto.

—Guay —dijo animada Estela.

—¿Y qué te ha dicho Nico? —volvió a la carga Álvaro, preguntándole a Estela—. Los detalles íntimos sáltatelos.

Nuestras amigas rieron.

—Es por saber si se unirán a nosotros en otro momento del día. Como es el último para ellos…

—Ese era el plan, quedar hasta que tuvieran que irse, pero sus planes han cambiado —dijo Estela.

—¿Y eso? —pregunté—. ¿Tiene que ver con que no hayan venido a comer aquí?

—Sí, cariño —me confirmó Estela—. Por lo visto, Ilian ha estado trabajando esta mañana, durante horas, y algo no ha salido bien en la reunión que ha tenido.

Fruncí el ceño.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Se irán antes? —quiso saber Fani, sorprendida.

—No sé si se han ido ya —dijo Estela, con una mueca.

—No jodas. Joel no me ha avisado —se extrañó Fani.

—Lo mismo todavía están aquí y en cualquier momento te llama o te escribe —comentó Álvaro, para quitarle un poco de preocupación.

—Llámalo tú —le propuse.

Necesitaba salir de dudas y no entendía por qué lo sentía con tanta fuerza.

—Sí. Voy a hacer eso —nos confirmó.

Fani cogió su móvil y se levantó de la silla. Se alejó de la zona de las mesas, con el teléfono en la oreja. No tardó mucho en mover los labios, señal de que estaba hablando con Joel. Eso, o le estaba dejando un mensaje en el contestador.

Esperé impaciente a que terminara y cuando lo hizo y regresó, ocupando su silla, su cara de tristeza me lo dijo todo.

—Todavía están aquí, pero por poco tiempo —nos contó, haciendo un puchero.

—Por la hora que es, igualmente tienen que comer. ¿No se paran aquí? —quiso saber Álvaro.

—Han comido hace poco. Zac ha llevado a la cabaña unos bocadillos del chiringuito —nos contó Fani—. No quieren retrasarse mucho por Ilian. Según me ha dicho Joel, a su amigo le ha afectado lo de la reunión, lo que se resume en que su carácter ha cambiado completamente. No tengo ni idea hasta qué punto, ni lo que significa realmente.

—Suena peor de lo que me he imaginado —dijo Estela.

—Pero es comprensible, si lo del trabajo de Ilian era importante —añadió Álvaro.

Se encogió ligeramente de hombros, mirándome de reojo.

Dejé el tenedor en el plato vacío y me limpié la boca con la servilleta, una vez terminé de comer.

Cogí la copa y le di un sorbo al vino.

—Sé que dijimos anoche darnos un baño al terminar de comer, para quedarnos un rato en la playa, pero yo os voy a abandonar por ahora. Me voy a la cabaña —les dije, levantándome despacio.

—¿Estás bien? —me preguntó Estela.

—Claro —le contesté, sonriendo—. Es solo que me apetece descansar. Cuando os deis cuenta estoy con vosotros otra vez.

Les hice un guiño.

—Descansa —me pidió Álvaro.

—Sí. Cada vez me cuesta más aguantar —comenté.

—Es que llevamos un ritmo… —dijo con una risilla, Fani.

—A veces pienso cómo nos mantenemos tantas horas de pie —rio Estela.

—Os quiero, os adoro, pero tengo unas ganas de que os vayáis para aflojar un poco… —les dije a las chicas, con un punto de diversión.

—Ya mismo nos las quitamos de encima —habló Álvaro, entre risas.

Chocamos las manos, mientras Estela y Fani se quejaban. Ellas también reían.

Me despedí de mis amigos y fui hacia la pasarela, para enlazar con la que me llevaría directa a la cabaña de mis amigas.

En cuanto estuve dentro encendí los aires acondicionados, agobiada. En la habitación de Fani me quité la ropa, para ponerme un vestido fresquito.

Este era de tirantes finos, ancho y me cubría a lo justo el trasero. Era el mejor para estar en casa y fresquita, en este caso en la cabaña.

Descalza, fui a la cocina a por un vaso de agua, antes de echarme en la cama.

Me lo bebí, saciando la sed, y lo llené de nuevo, para llevármelo a la habitación.

Iba hacia ella cuando golpearon la puerta de la cabaña. Sonreí, pensando en que mis amigos habían cambiado de opinión y venían a descansar, para dejar la playa para más tarde.

Nada que ver con la realidad que me encontré al abrir la puerta. Para mi sorpresa, Ilian estaba al otro lado.

Capítulo 17



—Ilian…

—Hola —me saludó, serio.

Estaba parado frente a mí, con las manos en los bolsillos. Llevaba una bermuda y en la parte de arriba una camiseta de manga corta.

El pelo lo tenía mojado, señal de que acababa de ducharse.

—Hola —le correspondí al saludo.

—¿Molesto?

—No. —Negué con la cabeza.

—Igualmente, no voy a estar mucho tiempo. Mi primo está terminando de ducharse y después nos iremos. Mientras yo concretaba unas cosas de trabajo, ellos han ido a darse un baño a la playa, después de comer.

—Está bien —sonreí—. Gracias por buscarme para despedirte. Es un detalle. Pensaba que ya no te vería más —le hablé con sinceridad.

—Ya… Supongo que algo sabes de lo que ha pasado.

—Muy poco, pero lo suficiente para saber que os vais antes de tiempo y que no os habéis parado a comer con calma.

—Les he insistido a mis amigos y a mi primo para que se quedaran, incluso para que alargaran la estancia, pero ha sido como hablar con una pared.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

No me respondió. En cambio, dio un paso hacia mí y yo lo di hacia atrás, para dejarlo pasar.

Cerré la puerta, sintiendo un nudo de nervios en el estómago.

Cuando me giré hacia Ilian, él ya estaba observándome de nuevo. Me pasé las manos por el vestido.

—¿Quieres algo de beber?

—No.

—¿Sentarte?

—No.

—Vale —suspiré—. Espero que lo de tu trabajo se solucione.

—No quiero hablar de eso.

Dio un paso hacia mí. Después otro y otro más, hasta que se paró muy cerca.

—¿Entonces de qué quieres hablar?

—De nada.

Nos quedamos mirándonos fijamente y no sabría decir si al final fue Ilian quien acortó la distancia, si fui yo, o si fuimos ambos los que nos lanzamos al mismo tiempo sobre el otro.

Nuestros pechos chocaron y nuestras bocas se encontraron con una necesidad y ansia que me hicieron estremecer de los pies a la cabeza.

Sus manos se colaron por debajo del vestido y me agarró de las nalgas, con fuerza y posesividad. La sensación me excitó más, mientras se apoderaba de mi boca, llevando su lengua hasta el fondo.

Se tragó mi jadeo. Lo agarré de las caderas, de la misma manera que él hacía conmigo, para pegarlo todo lo posible a mi cuerpo. Su erección se quedó aprisionada entre nosotros, adelantando lo que estaba a punto de suceder.

Dejé de sentir el suelo bajo mis pies, cuando me cogió para llevarme hasta la mesa alta del salón.

Me sentó en el filo y dejamos de besarnos. Con uno de sus dedos me acarició los labios, con la mirada puesta en ellos. Cuando buscó mis ojos, vi la determinación en ellos y también el permiso que me pedía para avanzar.

Asentí, por supuesto. Nunca había experimentado nada parecido anteriormente y quería exprimirlo al máximo. Y no teníamos más tiempo, era ahora o nunca.

Abrí las piernas, lo que captó su atención. El vestido se me subió, dejando ver mi braga.

Colocó las manos en mis muslos y me los masajeó, para después apretármelos, cuando cubrí la dureza que empujaba su bragueta por dentro.

Soltó un pequeño gruñido de satisfacción poniéndose en tensión.

Le presioné el miembro, pero me cansé rápido de no sentirlo piel con piel.

Solté un jadeo, en el momento en que retiró la braga hacia un lado, para acariciarme mi zona sensible.

Mordiéndome el labio, aguantando el placer de sus dedos deslizándose de arriba abajo por mi sexo, resbalando con mis fluidos, me apresuré a desabrocharle la bermuda.

Antes de que cayera al suelo, con la mano que tenía libre, sacó de un bolsillo un paquetito de preservativo y lo dejó a un lado de la mesa.

La bermuda cayó a sus pies, mientras yo le bajaba de un tirón el bóxer.

Gemí, por el pellizco en el clítoris y al ver su miembro por primera vez. Mi excitación aumentó y mi necesidad aún más.

Me moví el trasero sobre la mesa, inquieta, ganándome que Ilian aumentara la intensidad de sus caricias. Arqueé la espalda hacia él, cuando introdujo un dedo en mi interior.

Eché la cadera hacia delante, buscando más, y él me lo dio, añadiendo un dedo más.

Le agarré el miembro, duro, tenso y brillante en la punta. Ilian entreabrió los labios y cerró los ojos unos segundos. En el momento en que los abrió me parecieron más espectaculares de lo que eran normalmente. Cobraron intensidad.

—Así, fóllate mis dedos —me pidió, con la voz ronca.

Mi reacción fue gemir, al mismo tiempo que movía la cadera para hacer exactamente lo que me había pedido.

Los movimientos me ayudaron a deslizar la mano a lo largo de su miembro, mientras él se mantenía quieto, con el cuerpo en tensión.

—Más… Quiero más —le exigí.

—Pónmelo.

No tuvo que decírmelo dos veces, ni aclararme el qué. Como para olvidarme de lo que tenía al lado.

Palpé la mesa con la mano libre y, en cuanto localicé el sobrecito, lo rompí y saqué el preservativo. Utilizando las dos manos, se lo puse, deslizándoselo hacia abajo.

Mis movimientos eran torpes, de lo acelerada que estaba. Era la primera vez que me sentí a punto de perder el control, completamente.

Cuando le dejé el preservativo perfectamente puesto, eché la espalda hacia atrás, para apoyar las palmas en la superficie de la mesa.

Uno de los tirantes del vestido resbaló por mi hombro, dejando la tela muy caída sobre mi pecho.

Ilian no dudó en terminar de bajar el tirante, exponiendo mi pecho. Jadeé echando la cabeza hacia atrás, cuando me pellizcó el pezón y tiró de él. Antes de recuperarme de la sensación me lanzó a otras más intensas, cuando su boca sustituyó a sus dedos.

Succionó, lamió, mordisqueó y tiró con los dientes de la punta dura y excitada, haciéndome jadear.

Le rodeé la cintura con las piernas y lo empujé hacia mí, haciendo fuerza con los pies al final de su espalda.

Ilian gruñó en mi pecho, cuando su miembro encajó entre mis piernas. Sus dedos todavía continuaban entrando y saliendo de mi interior, con la braga apartada, mientras su pulgar hacía círculos sobre mi clítoris.

Me succionó con fuerza el pezón y se alejó de mi pecho, después de darle un tirón fuerte que me hizo temblar.

Se puso recto frente a mí, sacó los dedos y me sobresaltó cuando le pegó un tirón fuerte a la braga, con el que la rompió.

Dejó mi sexo totalmente expuesto ante su vista. Me lo acarició sin apartar los ojos, separándome los pliegues para no perderse ningún detalle.

Gemí y le supliqué, pero Ilian no se dio ninguna prisa. Me torturó de una manera deliciosa y desesperante, a partes iguales.

Después de no sé cuánto tiempo, me agarró con ambas manos de las caderas, con fuerza. Me invitó con la mirada a que me echara hacia atrás y fue lo que hice. Apoyé la espalda en la mesa y lo empujé de nuevo hacia mí, clavando su miembro en mi sexo.

Ilian humedeció la protección y, sin que estuviera preparada, porque pensaba que seguiría volviéndome loca con su especial tortura, me embistió de golpe y hasta el fondo, entrando completamente, hasta que nuestros cuerpos quedaron encajados.

Ambos gemimos por la sensación. Me agarré con fuerza a las manos que tenía en mis caderas.

Ilian esperó un tiempo prudencial, hasta que supo que me había adaptado a su miembro. Solo entonces comenzó a moverse y no fue lento.

Desde el inicio tomó un ritmo frenético con el que pronto me tuvo gritando y deslizándome sobre la mesa.

Me llevó varias veces cerca del final, pero sin dejar que me liberara. Retrocedía justo en el momento perfecto, para hacerme perder la cabeza.

Poco le importaron mis amenazas en esos momentos, él continuó con su objetivo.

Hasta que me subió las piernas, para apoyarlas en su pecho.

—Tócate —me ordenó, con la voz ronca por el deseo—. Así. Muy bien.

Gemí, acariciándome el clítoris con desesperación. Aumenté la velocidad de mis dedos, sintiendo sus embestidas más fuertes y profundas, por la nueva posición.

A estas alturas tenía el vestido enrollado en la cintura, de tanto movimiento. Mis pechos botaban sin parar, donde Ilian tenía la vista clavada, cuando conseguía apartarla de la unión de nuestros cuerpos.

Sus embestidas tomaron un ritmo frenético que no pude soportar, con mis dedos dándome placer.

Me corrí gritando su nombre, desesperada. El placer me llegó en oleadas intensas que parecieron interminables, mientras Ilian aumentaba aún más la fuerza y la velocidad.

Se corrió con fuertes gruñidos y gemidos, al cabo de unos minutos. Perdí la noción del tiempo, sintiéndome en la gloria, como en otro mundo.

Cuando dejó de balancearse en mi interior y se quedó quieto, todo pareció quedarse en pausa. Fue como si el tiempo se parara, como si nos quedáramos dentro de una burbuja ajenos a todo lo que nos rodeaba.

Hasta que la magia se apagó, en el momento que me bajó las piernas y retrocedió. Su miembro se deslizó por última vez en mi interior.

Lo observé con los ojos entreabiertos, ya que me pesaban los párpados.

Ilian se deshizo del preservativo, al que le hizo un nudo. Lo colocó sobre su envoltorio y apoyó las manos a los lados de mi cuerpo.

Yo no pude moverme todavía. Continué tumbada sobre la mesa, con las piernas hacia abajo.

Una vez terminado todo, noté cómo me ruborizaba al sentirme desnuda frente a él. A pesar de que Ilian no hizo por taparse el miembro que todavía tenía erecto.

Fui a bajarme el vestido y a subirme los tirantes, pero me frenó agarrándome las manos.

—No me prives de esta visión —me pidió con la voz ronca—. Quiero que te quedes así, hasta que me vaya. Quiero salir por la puerta y verte con los pechos al aire y el sexo brillante, con las piernas bien abiertas para tener una vista perfecta.

Jadeé, antes de tragar saliva.

—¿Sí o no? —me preguntó, cuando no dije nada.

—Sí —le confirmé, susurrando.

Sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque me has arreglado el puñetero día. Al menos hasta que vuelva a la realidad. He dudado en buscarte y después en venir hasta aquí, cuando supe dónde encontrarte. Estaba cabreado por lo de la reunión, después de horas y pérdidas de tiempo, y tú le has dado un giro completo a mi carácter. Gracias —repitió.

—No he hecho nada.

—Y tanto que sí. Y todavía no has terminado de arreglarme el ánimo. Necesito mantenerlo así, para no amargar a mi primo y a mis amigos.

—¿Qué más quieres de mí? —le pregunté, mordiéndome el labio inferior.

—No puedo responder a esa pregunta, porque no tengo tiempo para demostrártelo, en vez de utilizar las palabras.

Con una mano comenzó a acariciarme la barriga, por debajo del ombligo.

—¿Entonces? —le pregunté susurrando.

—Entonces voy a llevarme algo más de ti. Quiero tener tu sabor en mi boca, durante todo el puñetero camino.

Contuve la respiración y arqueé la espalda, en el momento en el que sus dedos separaron mis labios inferiores y su lengua recorrió mi zona íntima, de arriba abajo.

Ese fue el comienzo de otra locura, a la que me llevó jugando con sus labios, su lengua y sus dientes. Me hizo gemir otra vez, mientras le agarraba con fuerza del pelo.

Me corrí restregando el sexo en su cara, sin vergüenza y desesperada. Incluso cuando exploté en un nuevo orgasmo intenso.

Cuando Ilian se retiró, deslizó los dedos por sus labios y se los metió en la boca. Contuve la respiración, porque todo lo que hacía este hombre era erótico y sensual.

Al darse por satisfecho, se subió el bóxer y las bermudas. Se quedó vestido, tal y como llegó, antes de inclinarse hacia mí para besarme en los labios.

El beso fue breve, pero demoledor. Por varios motivos.

Después de eso, se incorporó y caminó hacia la puerta, de espaldas a ella. En ningún momento apartó la mirada de mí, recorriéndome el cuerpo como me dejó.

No me moví, como me había pedido. Mantuve las piernas abiertas hacia él y el vestido arrugado en la cintura, mientras yo también lo observaba a conciencia, para grabarme en la memoria el último recuerdo de él.

Capítulo 18



Casi dos meses y medio después…

—¿Por qué no venís a comer cuando terminéis? —me preguntó mi madre.

—Hemos quedado más tarde con Álvaro y Fani —le contesté—. Vamos a comer en el chiringuito de la playa.

—Seguro que si les dices de venir aquí, aceptan encantados.

—La próxima vez, mamá —sonreí.

—Ay, hija, es que llevas unas semanas desaparecida.

—Porque estoy a tope en el trabajo. Te prometo que el fin de semana que viene iré a comer. ¿Les digo a mis amigos que habrá barbacoa?

—Claro —dijo animada y apreté los labios, conteniendo la risa.

—Estupendo. Te lo confirmo, pero está claro que irán los tres.

—Yo me encargo de sus padres. ¿Te parece bien?

—Sí —sonreí—. Entre los meses de verano que he estado fuera y el trabajo, hace tiempo que no los veo.

—Yo estuve con Elisa hace dos días —mencionó a la madre de Álvaro—. Pasamos un día de tiendas y comimos juntas en un restaurante italiano.

—Me alegro de que os cuidéis tan bien. Mamá, te dejo. Estela acaba de llegar —dije, mirando su mensaje en la pantalla.

—Vale, cariño. Hablamos. Te quiero.

—Yo también te quiero. Besos para ti y papá.

Colgué la llamada y guardé el móvil en el bolso. Me lo coloqué cruzado al pecho y salí de casa, ya que Estela me esperaba dentro de su coche.

Íbamos al centro comercial más grande de la ciudad, para pasar la mañana y darnos algunos caprichos. Cuando se acercara la una de la tarde, nos dirigiríamos a la zona de la playa donde estaba el chiringuito en el que habíamos quedado con nuestros amigos, para comer.

Álvaro tenía la mañana ocupada en la casa de su madre. Estaba haciéndole algunos arreglos, pequeñas cosas.

Fani trabajaba hasta la una, como algo excepcional. Su horario de trabajo terminaba los viernes al mediodía, pero en esta ocasión no le había quedado más remedio que ir a la empresa este sábado por la mañana. No le llevaría más de unas horas cerrar el acuerdo importante con un cliente.

De manera que Estela y yo estaríamos solas hasta la hora de comer.

—Buenos días, preciosa —la saludé, sentada en el asiento del copiloto.

—Buenos días, cariño —me sonrió.

Nos dimos dos besos y comenzó a circular, yendo hacia el centro comercial. De trayecto, en un día bueno de tráfico, había unos veinte minutos por carretera.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí. —Asintió—. Aunque no he dormido mucho.

—¿Y eso?

Oculté mi preocupación de que hubiera retrocedido en su recuperación por la pérdida de su madre. Por suerte fue una falsa alarma.

—El puñetero aire acondicionado —dijo, bufando—. Se me estropeó anoche, antes de acostarme. He pasado un calor… —suspiró—. Como me he acordado de Álvaro, cuando se os estropeó en el apartamento del hotel y se vino unos días a la cabaña —rio y sonreí—. Hasta el lunes no puedo hacer nada. —Hizo una mueca.

—Joder. Vente a mi casa —le propuse.

—¿No te importa?

Puse cara de sorpresa.

—¿Estás tonta o qué te pasa? —le pregunté.

Soltamos una carcajada.

—Me salvas de morir derretida —me dijo con un guiño.

—Estupendo. Ya me siento mejor, he hecho una buena labor —reímos otra vez—. Podemos hacer una cena todos juntos.

Incluí a Fani y a Álvaro.

—Me encanta la idea —me confirmó.

—Ahora escribo en el grupo, para que vayan haciéndose a la idea. Oye, ¿tu padre ya ha vuelto del viaje de trabajo?

—Qué va. —Negó con la cabeza—. No llega hasta el martes.

—¿Y qué tal le está yendo?

—Le sienta bien estar centrado en el trabajo.

—Entonces, si le hace bien, es mejor que continúe un tiempo de esa manera. Después tendrá que aprender a frenar.

—Sí —suspiró—. Esa será la parte más difícil.

Puso los ojos en blanco y sonreí.

—Voy a escribir en el grupo —le dijo y asintió.

Saqué el teléfono del bolso, lo desbloqueé y entré en la aplicación de mensajes, para acceder a la conversación del grupo que tenía con mis amigos.

Dara: *Hola, guapos. Sí, sois vosotros dos: Fani y Álvaro.*

Dara: Ja, ja, ja… *Estela y yo somos las preciosas del grupo* —puse una cara sacando la lengua—. *Ya estamos juntas, vamos para el centro comercial.*

Dara: *A Estela se le ha estropeado esta noche el aire acondicionado y en unos segundos hemos organizado el plan para esta noche. Toca cena en mi casa.*

Dara: *Estaremos en plan tranquilo, con unas copitas, hablando, escuchando música suave…*

Dara: *Traeros los trajes de baño porque en algún momento, o más bien, en más de uno, estaremos a remojo en la piscina.*

Dara: *¿Qué os parecería también quedaros a dormir? Es el remate de un plan perfecto.*

Dara: *Ale, ahí lo lleváis. No os canséis mucho.*

Dara: *Nos vemos sobre la una en el chiringuito de la playa. Y si os animáis del todo, si os venís arriba, traeros todo lo que vayáis a necesitar al chiringuito. Así después nos vamos directamente a mi casa. Tarde de piscina y esas cosas.*

Añadí otro mensaje con caras guiñando un ojo y besos.

Salí de la aplicación, sabiendo que tardarían en ver los mensajes. Ambos estaban ocupados.

—Ya está —le confirmé a Estela, metiendo el móvil en el bolso—. Les he propuesto que se vengan a mi casa cuando salgamos de comer en el chiringuito. Tarde de piscina, cena, copitas, charlas en el porche a buena temperatura, más piscina de noche, y a dormir que tengo camas para todos.

Reímos.

—Se apuntarán —dijo, convencida.

—Eso espero —sonreí.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. No fue mucho, llegamos en unos minutos.

Estela estacionó en una plaza del parquin subterráneo y subimos a la primera planta en las escaleras mecánicas.

Una vez en ella, empezamos a recorrer los pasillos, mirando y entrando en las tiendas.

Ambas nos compramos varias cositas y también nos acordamos de nuestros amigos. Compré mascarillas faciales para los cuatro. Sí, Álvaro no se libraba, aunque él no se quejaba.

Se dejaba hacer todo lo que queríamos, lo que en ocasiones era un peligro.

Decidí gastar más de la cuenta. Cuando entramos en una tienda de pijamas me dio por comprar uno para cada uno. Para Estela, Fani y para mí elegí el mismo. Uno monísimo y fresquito que a Estela le encantó. A mí también. Para Álvaro cogí uno que sabía que le gustaría, porque era del estilo que solía utilizar.

Después pasamos por otra tienda en la que Estela se compró una falda corta, dos camisetas, una de tirantes y otra de manga corta, y un vestido. Yo elegí un pantalón corto, dos bikinis que estaban de oferta y otro vestido.

Paramos en una tienda de golosinas, para coger un surtido para la tarde y la noche. Cómo no, aprovechamos para entrar en el supermercado que había en el centro comercial. Compramos cervezas, refrescos y un par de las botellas de la bebida que solíamos tomar.

Lo último fue coger varias tarrinas de helado, ya que hablamos de llevar todas las compras a mi casa.

Eso fue lo que hicimos, una vez cargamos el maletero y nos montamos en el coche de Estela. Mi amiga condujo hasta mi casa, donde lo descargamos todo y guardamos las cosas en la nevera y el congelador.

Solo faltaba que Estela trajera las pocas pertenencias que necesitaba, aunque yo podía dejarle lo que necesitara. Pasaríamos por su casa cuando fuéramos del chiringuito a mi casa.

Con todo lo importante hecho, nos dirigimos hacia la playa, para ir al encuentro de nuestros amigos.

Por suerte a Estela no le costó estacionar. Encontramos un sitio rápido.

Tuvimos que caminar unos metros por el paseo, hasta que nos desviamos hacia la derecha, por la pasarela de madera que había en la arena de la playa.

Esta nos llevó hasta el chiringuito, en el que localizamos rápido a Fani, sentada a una mesa. Fuimos directas hacia ella, sonriendo.

—Hola, buenorra —le dijo Estela.

Fani giró la cabeza hacia nosotras, riendo. Se levantó y nos dimos un abrazo, con besos. Después nos sentamos las tres a la mesa.

—He venido preparada. —Señaló debajo de la mesa—. Hasta he dejado el coche en casa —rio.

—¿Has venido en taxi? —le pregunté y asintió.

—Así me voy con vosotras.

—Estupendo —dio una palmada Estela.

—Mañana te llevo a tu casa —le dije.

—No hace falta que salgas solo para eso. Álvaro o yo podemos llevarla —comentó Estela.

—Bueno, ya se verá llegado el momento. —Les hice un guiño.

Una camarera se acercó y le pedimos una botella de vino, la que nos trajo enseguida.

En cuanto tuvimos las copas llenas y la chica se fue, hicimos un brindis rápido y bebimos.

—¿Cómo os ha ido la mañana? —nos preguntó Fani.

—Genial. Tenemos sorpresitas —le contestó Estela.

Sonreí mientras le contaba todo lo que habíamos comprado y a todos los sitios a los que habíamos entrado. Se ilusionó con lo del pijama y las demás cositas y quedamos en repetir la experiencia las tres juntas.

—Hola, preciosas —nos saludó Álvaro.

Levanté la cabeza, cuando se puso a mi espalda y apoyó las manos en mis hombros. Sonreí de oreja a oreja, cuando me dio un beso en la frente.

Después saludó a Estela y a Fani, y ocupó la silla libre que estaba a mi lado.

—¿Qué os contáis? —nos preguntó.

—Acaban de contarme lo que han hecho en el centro comercial —le respondió Fani—. Las compritas y demás. ¿Te apuntas a ir a la casa de Dara cuando nos vayamos de aquí?

—La duda ofende —dijo, haciéndonos reír—. Por supuesto, que voy. Hasta mañana domingo soy todo vuestro —nos dijo con un guiño.

—Mmm… me encanta como suena eso —habló Estela.

—¿Cómo os ha ido a vosotros? —les pregunté.

—Empieza tú —le pidió Álvaro a Fani.

—Para tratarse de trabajo lo que me ha retenido hoy, ha estado muy bien. Aunque lo principal es que he cerrado el acuerdo y tenemos un nuevo cliente muy importante.

—Enhorabuena —la felicitamos todos.

—Gracias —rio Fani—. A mi jefe le ha faltado sacar la cabeza por el teléfono, para darme besos.

Soltamos una carcajada.

—Así que estoy feliz —nos dijo, con una sonrisa muy bonita.

Los tres se la devolvimos.

—¿Y tú qué tal? ¿Has conseguido arreglarle todo a tu madre? —le preguntó Estela a Álvaro.

—Todo menos una cosa. He tenido que dejarlo porque tenía que comprar un material y la tienda no abre los sábados.

Se encogió de hombros.

—Bueno, una cosa es poquito —le dije, sonriendo.

—Sí. Y, por suerte, es lo más insignificante. La semana que viene lo dejaré listo.

Terminamos de ponernos al día, mientras disfrutábamos del vino y esperábamos a que nos sirvieran la comida que pedimos.

Comenzamos el mediodía genial y de la misma manera continuaríamos, una vez llegáramos a mi casa. Nos esperaban muchas horas juntos para seguir disfrutando, lo que me encantaba hacer con mis amigos.

Capítulo 19



Sonreí con los labios rozando el borde de mi copa, viendo cómo Fani y Estela intentaban hacerse ahogadillas.

—¿No te animas? —me preguntó Álvaro.

Me quejé cuando se sacudió el pelo, para mojarme.

—No —le contesté, riendo.

Hacía unos minutos que había salido de la piscina y ahora de mi casa, ya que había entrado un momento para sustituir el bañador por el pantalón del pijama que le compré por la mañana.

Eran las nueve de la noche. Faltaba poco para sentarnos a cenar las *pizzas* que habíamos preparado entre los cuatro. Estaba haciéndose la segunda tanda de *pizzas,* a fuego lento*,* y cuando estuvieran para sacar, solo teníamos que calentar las primeras.

Bebí un sorbo de vino, antes de reír, por cómo salió Fani del agua. Tenía el pelo cubriéndole la cara por completo y tosía, al tragar agua.

—Te vendría bien un baño —me dijo Álvaro.

—Ahora no me apetece. —Me encogí de hombros—. He estado bastante a remojo durante la tarde.

—¿Con el calor que hace? —insistió.

—De verdad que estoy bien.

—Vale —aceptó, pero no muy convencido.

Nos quedamos en silencio por varios minutos, en los que bebimos vino con calma, disfrutando de ver a nuestras amigas.

—He llamado a mi madre mientras me cambiaba.

—¿Y qué tal? —le pregunté.

—Bien. Ha salido a cenar con María y Berta. Ya estaban en el restaurante.

Esas eran las mejores amigas de Elisa, la madre de Álvaro.

—Así me gusta, que se lo pase bien —sonreí.

—Sí. —Imitó mi gesto—. Me ha dicho lo de la barbacoa en la casa de tus padres, el fin de semana que viene. La ha llamado tu madre.

Asentí, porque ya se lo había adelantado a él.

—Me apetece que estemos todos juntos. Al padre de Estela y a los padres de Fani también hace mucho que no los veo —comenté.

—Ya hace de la última vez y ha pasado demasiado rápido el tiempo.

El móvil de Estela vibró en la mesa del porche, al llegarle un mensaje. Y al cabo de unos minutos, como si el que le había escrito quisiera hacerse notar más, la pantalla se iluminó por unos segundos, con una llamada.

Álvaro y yo vimos perfectamente el nombre Nico.

Eso me removió por dentro, porque automáticamente me vino a la memoria Ilian. Sí, Nico era el mismo que uno de los amigos de Ilian, el que conocimos durante el verano en el hotel.

Estela y él continuaban en contacto, tonteando, aunque no se habían vuelto a ver desde que ellos se fueron precipitadamente del hotel. La reunión fallida de Ilian tuvo primero la culpa, después el trabajo de ambos.

Había pasado el tiempo suficiente para recordar a ese hombre, a Ilian, para guardarlo dentro de mí como un buen recuerdo. Uno bonito de verano. Pero no era así del todo, ya que, por más que había querido poner excusas, no podía evitar sentir un pellizco dentro de mí, cada vez que Ilian me venía a la cabeza. De una manera u otra.

Era como si no quisiera soltarlo, lo que me descolocaba y alteraba, porque me daba mucha rabia.

Noté la mirada de reojo de Álvaro, en cuanto leyó el nombre de Nico en el móvil de Estela.

—¡Estela! —la llamé.

—¿Sí?

Apoyó los brazos en el poyete de la piscina.

—Te están llegando mensajes —le informé.

—Dime de quién —me pidió.

—Nico —respondió Álvaro, por mí.

Estela soltó un gritito y nadó hacia la escalera de piedra que decoraba la entrada a la piscina. Vino corriendo, se secó las manos con una toalla y cogió su móvil, para alejarse un poco de nosotros.

Lo que vio le gustó muchísimo, porque se sentó en un sillón con una gran sonrisa.

Fani salió del agua también.

—Qué bien se está —dijo, enrollándose la toalla al pecho.

Después se sentó en una silla, al otro lado de donde estábamos Álvaro y yo.

—Te quedas de maravilla —comentó él.

—Sí —confirmó Fani, sonriendo—. En cuanto me seque un poco, entro a cambiarme. Por hoy ya está bien de agua. Estoy arrugada —rio.

—Oye, ¿tú sabes algo reciente de Joel? —le preguntó Álvaro.

—Lo último que supe fue hace varias semanas. Joel iba a hacer un viaje de trabajo y no quise molestarlo. Y hasta hoy, nada más supe de él —contestó.

Se encogió de hombros, queriendo parecer despreocupada. Aunque no se sentía de esa manera.

Estela rio y los tres miramos hacia ella.

—Al menos a una de las tres parece que le va bien —dijo Fani, dejando ver en su voz la decepción.

—Seguro que cuando menos te lo esperes Joel vuelve a escribirte o a llamarte —intenté animarla.

—Claro, y yo voy a estar cuando a ese le apetezca —rio—. Si quiere algo de mí, por mínimo y simple que sea, va a tener que currárselo mucho.

Bufó.

—Así me gusta. Que no se piense que vas a ponérselo fácil —le sonreí.

—Eso si llega ese momento —suspiró—. Sinceramente, ya lo dudo.

—¿Por qué no le escribes tú? —le preguntó Álvaro.

—Fue él el que se fue. En su último mensaje me dijo que me avisaría cuando pudiera hablar. Está claro que se ha olvidado de mí, que lo de tontear y conocerse no va con él, si no va acompañado de follar.

Puso los ojos en blanco.

—Joder, parece que estamos hablando con Estela. A ti no te pega decir esas cosas —le dije, divertida.

—Ya ves —rio—. La mala leche es muy mala, hija.

Terminamos riendo los tres.

—Es una pena que Ilian y tú no os dierais los números de teléfono —dijo con un puchero—. Aunque ya sabes que lo tienes muy fácil para localizarlo.

Señaló a Estela. Asentí y negué, seguido.

—Lo de Ilian fue algo del verano y se quedó atrás con él.

—Por si lo has olvidado, todavía estamos en verano —dijo Álvaro, con diversión.

—Sí —rio Fani—. Y hace el mismo calor insoportable.

A los tres nos salió un bufido, por el que reímos.

—Me da igual lo que me digáis sobre el otro tema. Ya me habéis entendido, cuando he dicho que pasó durante el verano —dije, levantándome—. Voy a mirar las *pizzas*.

—Yo voy a ponerme el pijama —comentó Fani.

Se incorporó también y entramos juntas en mi casa. Ella se fue hacia la planta de arriba, hacia la habitación de invitados. En ella tenía dos camas. Fani y Estela siempre utilizaban la misma.

Cuando entré en la cocina fui directa al horno. Me agaché para mirar en su interior y abrí la puerta, al ver que las *pizzas* ya estaban hechas.

Las saqué y metí las que hicimos primero, para calentarlas. Sería rápido, así que no me fui de la cocina.

Mientras esperaba, corté las *pizzas* recién hechas, dejándolas preparadas en los platos para sacarlas, y me apoyé en la encimera, con la vista fija en el horno.

—¿Sabes a quién he visto esta mañana?

Al escuchar a Álvaro giré la cabeza hacia él. Estaba parado en el hueco de la puerta de la cocina, con el brazo apoyado en el marco.

—Ni idea.

—A la hija de la vecina de mi madre.

—Joder, qué sorpresa. Luisa estará contenta. —Así se llamaba la vecina de su madre—. Hacía años que no venía.

—Muchos. Los últimos diez años, o quizá alguno más, ha sido Luisa la que ha viajado para ver a su hija.

—¿Y qué la ha traído hasta aquí? ¿Luisa está bien de salud?

—Perfectamente. Mi madre me ha dicho que Clara ha venido para la boda de una prima a la que está muy unida, a pesar de la distancia.

Clara era la hija de Luisa. En el pasado, cuando los tres éramos jóvenes, Álvaro y Clara pasaban mucho tiempo juntos. Iban de una casa a la otra. Yo también me incluía en muchísimos de esos momentos compartidos, por lo que conocía bien a la Clara del pasado.

Después ella comenzó a distanciarse. Cambió el grupo de amigos cuando se fue a un instituto diferente al que elegimos Álvaro y yo. Ese fue el comienzo, el remate llegó en el momento que terminó la carrera universitaria. Le salió un trabajo a muchos kilómetros de distancia y se fue a vivir lejos de nuestra ciudad.

La Clara del presente era una desconocida para mí, aunque suponía que algo reconocería en ella. O tal vez no. A saber… Desde que se fue de la casa de su madre no había vuelto a saber de ella ni la había visto.

—¿Y cómo ha ido el reencuentro? —le pregunté.

—No ha habido. La he visto desde el porche de la casa de mi madre.

—¿Por qué no te has acercado?

—No me ha apetecido. Además, no era el momento. Yo estaba liado y creo que ella no hacía mucho que había llegado a la casa de su madre.

—¿Sabes cuánto tiempo se queda?

—Como mínimo una semana, porque la boda es el sábado que viene.

—Podemos quedar con ellas los dos.

—Claro. —Asintió—. A ver si tenemos suerte. —Arqueó una ceja—. La chica se volvió bastante inaccesible, hace tiempo.

Sonreí.

Capítulo 20

Quité la llave del contacto, una vez que estacioné en una plaza de aparcamiento. Había muchas libres, por lo que elegí al azar.

Mi móvil comenzó a sonar dentro del bolso y lo busqué con prisa, antes de que se cortara la llamada.

En cuanto lo tuve en la mano sonreí, al ver el nombre de Víctor en la pantalla.

—Hola, guapo —lo saludé, al descolgar.

Salí del coche, lo cerré con el mando y comencé a caminar hacia la entrada del edificio.

—Hola, preciosa. ¿Cómo se presenta la semana?

—La mía cansada, aburrida y desoladora —le contesté echando mano al humor. Después reí—. El que tienes que ponerme al día eres tú, dentro de una hora. ¿Estás nervioso?

Víctor por fin dejó su trabajo. Lo hizo en cuanto entramos en septiembre, tal y como me adelantó.

Durante el verano también cumplió su palabra y vino a pasar un fin de semana al hotel en el que trabajábamos Álvaro y yo. Fue el último que estuvieron Fani y Estela.

Nos lo pasamos genial todos juntos, compartiendo momentos, risas y silencios. A Víctor esos dos días y medio, porque llegó el viernes a primera hora de la tarde y se fue el domingo, rozando la noche, le sentaron de maravilla.

Lo disfrutamos a tope y él se fue con las energías cargadas.

Le había preguntado si estaba nervioso porque en una hora tenía su primera entrevista de trabajo. Yo tenía toda la esperanza puesta en ese puesto de trabajo. Era el ideal para mi amigo y sabía que le hacía mucha ilusión la posibilidad de entrar en una empresa como la que se había interesado por él.

Todo apuntaba a que desde hoy tendría un trabajo de nuevo. Yo lo sentía así, era como un pálpito.

¿Cómo no pensarlo, cuando había sido la empresa la que se había puesto en contacto con Víctor? No hacía falta más para saber lo que iba a suceder y cómo terminaría la mañana.

—Estoy nervioso, sí —me confirmó y sonreí—. Pero presiento que me va a salir bien.

—Claro que sí, yo también. Ya lo verás.

—En cuanto termine la reunión y esté fuera, te cuento cómo me ha ido. Ya lo verás cuando tengas un momento libre.

—Vale —dije animada.

Me paré frente a la fachada impresionante del edificio al que estaba a punto de entrar. Levanté la cabeza para observarla bien.

—Pero tú sí tienes y tendrás que contarme algo importante —me dijo—. ¿Te olvidas de que hoy es el comienzo de una nueva etapa para ti?

Sonreí.

—La diferencia es que yo no estoy nerviosa —reí.

—Cómo te envidio en algunos momentos.

Bufó y terminamos ambos riendo.

—No tienes por qué. Nuestras situaciones son diferentes, yo ya he pasado por lo que pasarás tú en breve.

—En eso tienes razón.

—Hoy es mi primer día y ya conozco a algunos compañeros. No me preocupa lo que me encuentre. Es más, estoy deseando empezar para volver a estar activa.

—¿No te has arrepentido del cambio? —quiso saber.

Volví a moverme, caminando directa hacia la entrada del edificio.

Para entrar había una escalera central y rampas a los laterales. Subí los escalones y la corredera automática se deslizó, dándome paso al interior del edificio.

—Me costó decidirme —le dije a Víctor, como respuesta—. Estaba bien en mi trabajo anterior y el ambiente era inmejorable, con mis compañeros y con mi jefe. Pero no podía rechazar esta oportunidad. Era dar un paso más, un salto a nivel profesional.

—Es normal que no dudaras en aceptar. Vas a tener un cargo importante, de mucha responsabilidad. Trabajarás en lo que te gusta y continuarás haciéndolo para lo que estudiaste. El horario es una pasada, hasta el mediodía, y el sueldo ya lo quisiera yo para mí —rio y sonreí—. Por muy bien que pague la empresa en la que haré la entrevista, no llegará ni a un mínimo de tu sueldo.

—Eso no lo sabes. ¿Y si te ponen unas condiciones especiales? Desde el principio, cuando te llamaron, no tuvimos claro el salario. A saber, lo mismo te llevas una gran sorpresa.

—Ojalá —suspiró—. Entonces sí que sería el trabajo ideal completo.

—Te dejo, guapo. Ya estoy dentro, voy a subir a mi planta.

—Vale, preciosa. Que vaya genial la primera toma de contacto.

—Lo mismo te digo. Olvídate de los nervios. Contrólalos. La entrevista te va a salir rodada y la próxima vez que hablemos me dirás que tienes trabajo. Lo vales, Víctor. Confía en tus conocimientos y en tu trayectoria. Hablamos luego.

—Gracias, Dara. Esta tarde tenemos que quedar para celebrarlo. Da igual como salga lo mío.

—¿Un Helado?

—¡Qué atrevida! —exclamó.

Soltamos una carcajada.

—¡Vas fuerte! ¿Eh?

—Bueno, acepto una cerveza y después el helado —rectifiqué, sonriendo.

—Hecho. Varias cervezas y el helado.

—Ya vas subiendo —le dije con diversión.

—Contigo se me sube todo a la fuerza —comentó en broma.

—Eres muy tonto —dije y volvimos a reírnos.

Hacía meses, desde antes de que me fuera en verano al hotel para trabajar, que Víctor y yo no intimábamos.

No nos habíamos acostado desde entonces y ni falta que nos había hecho. El sexo se había quedado olvidado entre nosotros, como en un segundo plano, o tercero, o cuarto… daba por hecho que él tampoco pensaba en ello.

Ni siquiera nos acostamos el fin de semana que vino a pasarlo al hotel. Esos breves días los aprovechamos al máximo con Álvaro, Fani y Estela.

Estábamos de maravilla con la nueva normalidad que habíamos creado, disfrutando únicamente de nuestra amistad y de todos los buenos momentos que compartíamos. Solos o con nuestros amigos.

Cada vez era más habitual que quedáramos. Ya no pasábamos largas semanas sin vernos.

—Ahora sí que te dejo. ¡Eres muy pesado! Los nervios no te sientan bien —le dije, entre risas.

—¿Yo? Tendrás valor…

—¡Si has sido tú el que me ha tentado con el helado!

—Ni hablar. Esa has sido tú, yo he tirado directamente hacia las cervezas.

—Es verdad.

Reímos.

—Hablamos dentro de unas horas y ya quedamos para la tarde.

—Hecho. Muchísima suerte, aunque no la vas a necesitar —le dije, sonriendo.

Colgué después de la despedida. Guardé el móvil en el bolso, respiré profundo, y volví a caminar.

Me había parado a unos pasos de la entrada.

Me dirigí hacia la recepción, para presentarme. Iba a trabajar en este edificio, a pasar muchas horas aquí, por lo que entraría y saldría en varias ocasiones. Al inicio de la jornada laboral, entre medio y al final.

Por lo tanto, quería tener un primer acercamiento con la recepcionista.

El primer día que vine a la entrevista y el posterior, cuando Hernán, el director de Recursos Humanos, me acompañó por toda la empresa para enseñármela y después me dejó un rato con Diego, el director de *Marketing*, ese día, la recepción estaba vacía y no vi a la chica hacia la que me dirigía.

—Hola —la saludé, parándome frente al mostrador.

—Hola. Buenos días —me devolvió el saludo, sonriente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Dara y hoy es mi primer día de trabajo —me presenté, ofreciéndole una mano.

—Vaya. Encantada, Dara —dijo, aceptando mi gesto.

Se levantó de la silla.

—Gracias —sonreí—. Mi despacho está en la cuarta planta.

—Mmm… donde están todos los directivos y el jefe.

—Sí —reí.

—Yo soy Eva.

—Encantada —la imité.

—¿Qué puesto ocupas?

—Directora financiera, aparte de darle soporte al director ejecutivo.

—Vaya… Enhorabuena. De por sí no es fácil optar a un puesto en esta empresa y si es para un cargo tan importante… debes ser muy buena.

—Gracias, pero no es para tanto —reí nerviosa—. Lo mismo digo de ti, estás dentro.

Le hice un guiño y sonrió de oreja a oreja.

—Me gustas. Eres muy cercana.

—¿Y eso es raro aquí? —pregunté con curiosidad.

—Es una empresa muy seria y recta. ¿Entiendes?

Arqueé una ceja.

—Lo normal es que los demás no traten como tú. Vas a ser una excepción muy clara, destacable. Espero que no te corten las alas y te hagan actuar como el resto —suspiró—. Sería una pena.

—¿Cortarme las alas a mí? No hay en este mundo nadie que se atreva siquiera —reí—. Tú también me gustas. Me has caído muy bien.

—Pues ya tienes con quien ir a desayunar o a quien llamar, cuando necesites desahogarte por algo —me dijo.

—Perfecto. Me encanta. —Asentí—. Una cosita…

—Dime.

—¿Qué has querido decir que esperas que no me hagan actuar como al resto? ¿Es que acaso hay alguna imposición en esta empresa?

—No, no… —movió las manos entre nosotras—. Ha sido una manera de hablar para decir que todo se contagia.

—Ah, vale —sonreí—. No te preocupes, eso no va a suceder. Más bien seré la que los vuelva locos a todos, por lo que me has contado.

Le hice un guiño y ella soltó una risilla.

—Te dejo, voy a subir. Diego, el director de *Marketing*, debe estar pendiente de que llegue. Quedamos así el último día que nos vimos.

—Diego es muy amable.

—Lo sé. Al menos por lo poco que me ha dejado ver de él. A partir de hoy tendré tiempo de sobra para conocerlo bien.

—Te espero a las diez y media aquí. Es la hora del descanso. En el edificio hay una cafetería, pero a mí me gusta ir a la que está en esta misma calle, hacia arriba. Me viene bien que me dé el aire.

—Opino lo mismo. No quiero quedarme encerrada en el edificio. Nos vemos a las diez y media.

Le dije adiós con una mano y con una gran sonrisa, y me dirigí hacia los ascensores.

Me paré frente a las puertas y cuando se abrieron las de uno, entré, una vez salieron las tres personas que lo ocupaban.

Capítulo 21



Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la cuarta planta, lo primero que me encontré fue el rellano vacío y a unos metros de distancia, la entrada a la planta. Esta estaba separada por una puerta.

Iba sola en el ascensor, por lo que no tuve que despedirme de nadie.

Salí de él, haciendo sonar enseguida los tacones con cada pisada, yendo hacia la puerta de la planta.

Tiré de ella y accedí.

Cada planta del edificio era diferente. Esta, en la que se concentraban todos los directivos de los departamentos y el director ejecutivo, se distribuía en una gran sala que te encontraba nada más entrar, en los despachos que daban al exterior y ocupaban una buena parte del espacio, en dos salas de reuniones y en una sala especial en la que se guardaba información confidencial y a la que pocas personas tenían acceso.

Según me dijo Hernán, el director de Recursos Humanos que me hizo el recorrido por toda la empresa, enseñándomela, a esa sala solo accedía el director ejecutivo y sus personas más allegadas y de confianza, dentro de la empresa. Lo que se resumía a que en total tenían acceso él y dos personas más. Se acabó.

Si sabías a qué se dedicaba la empresa podías hacerte una buena idea de qué tipo de información confidencial se guardaba aquí. Lógico y normal.

Recorrí la sala principal y solitaria, mientras mis tacones seguían sonando en el silencio que había. Muy discreta no podía decir que era.

Al llegar al pasillo en el que estaban todos los despachos, seguí mi camino sin fijarme en la puerta de ninguno. Sabía dónde estaba el mío, ya que fue el segundo sitio que me enseñó Hernan. El primero fue su despacho.

Cuando me quedaban pocos metros para llegar, saqué la llave del bolso. Abrí y sonreí, al encontrármelo tal y como lo vi días atrás.

Cerré la puerta tras de mí, con la espalda apoyada en ella, y solté un suspiro, mientras recorría con la vista el espacio.

En mi anterior empresa también tenía un despacho, pero no era comparable a este. En el que me encontraba era muy espacioso. Tenía un sofá de tres plazas en un lateral, con una mesa ovalada enfrente y a los lados dos sillones.

En el lado opuesto había dos muebles rectangulares, pero uno alto y otro bajo alargado. En una parte del alargado había una cafetera y todo lo necesario para prepararse cafés.

Me dirigí hacia allí y comencé a abrir las puertas del armario bajo. El interior estaba vacío. Lo que buscaba lo encontré al final del armario, rozando el alargado. Escondida había una nevera en la que había varios tipos de leches, en envases individuales.

Abrí las puertas del armario alto y dejé el bolso dentro, después de sacar el móvil.

En el centro del despacho se encontraba la gran mesa rectangular en la que pasaría muchas horas de trabajo. Cuando llegué junto a ella acaricié la superficie de madera con la yema de los dedos. Hasta la mesa lucía distinta, tenía un brillo especial.

Miré hacia la pequeña parte de la fachada acristalada que protegía mi despacho del exterior. Me dirigí hacia ella y me paré a un paso, para observar lo que había al otro lado, sin entrar en pánico.

El despacho tenía mucha luz gracias a la pared de cristal y daba una sensación de infinito increíble. Los días de lluvia debía ser una pasada observar cómo el agua impactaba en las cristaleras, como si tuvieras el agua al alcance.

Solté un suspiro y regresé a la mesa. Las ruedas de la silla se deslizaron con mucha facilidad, cuando ligeramente la toqué.

Me senté en ella y apoyé la cabeza en el respaldo, con la vista fija en la puerta. Aún no me creía la suerte que tuve cuando me llegó la oportunidad de este puesto de trabajo.

Iba a trabajar de directora financiera y dándole apoyo constante al jefe ejecutivo. Yo no solo podía trabajar en este puesto, sino que estaba más que capacitada para centrarme en otros. De ahí que me eligieran a mí.

Por lo que pude interpretar de todo lo que me contaron Hernán y Diego, ambos directores de sus áreas, el jefe ejecutivo era una de esas personas a las que les gustaba centralizar todo el trabajo más importante en él mismo. No delegaba, por lo que su ritmo era de locura.

También supe por Diego y Hernán que la simple posibilidad de ocupar mi puesto ni siquiera la contemplaba el jefe ejecutivo. Hernán y Diego estaban más que sorprendidos porque mi presencia aquí era un hecho, de lo que se alegraban. Esto último también lo tuve claro, porque noté enseguida el respeto, la admiración y el cariño que sentían por el jefe ejecutivo.

No sabía nada de este último. Diego me dijo que era mejor que lo conociera en persona, antes de hablarme de él. Anteriormente, Hernán ni siquiera sacó el tema y yo no pregunté.

Sinceramente, me era indiferente quién fuera el director ejecutivo, o lo que era lo mismo, el dueño de la empresa. Yo, mientras mantuviéramos el respeto por ambas partes y fuéramos correctos, tenía más que suficiente para ser feliz haciendo mi trabajo.

Miguel, mi antiguo jefe, estaba deseando que me fuera mal aquí. No penséis lo que no es. Se alegró mucho cuando le dije el cambio que iba a dar a nivel profesional, ya que era crecer para mí. Me apoyó en todo momento, pero eso no quitaba que no le gustara.

Por ese motivo, porque me quería con él, me había insistido varias veces en que, si algo iba mal, no dudara en ir a él, porque en su empresa siempre habría un trabajo acorde a mí. Así tuviera que crearlo.

Esas palabras me emocionaron, tanto que terminé llorando cada vez que me las dijo. Lo que le eché en cara, como un chantaje emocional. Después llegaban las risas.

Varios golpes en la puerta me hicieron abrir los ojos, los que en algún momento se me cerraron.

—Adelante —dije por primera vez, en esta nueva etapa.

Diego, el director de *Marketing*, apareció sonriente al abrir.

—Buenos días, Dara.

—Buenos días, Diego.

—Te sienta genial estar al otro lado de la mesa —comentó, al pararse a unos pasos—. ¿Te hago una foto?

Solté una carcajada, pero sí, acepté su ofrecimiento.

Cogí el móvil de la mesa, lo desbloqueé y entré en la aplicación de la cámara. Se lo entregué preparado.

—No sé por qué os ven serios y aburridos. Ahora has sido muy divertido —le dije.

—¿En serio nos ven así? ¿A quiénes? —se sorprendió.

—En realidad, a todos los que trabajáis aquí —le contesté, divertida —. Me han dicho que sois muy serios y rectos, que no sonreís ni con un chiste.

Apreté los labios, conteniéndome.

—En todos los años que llevo en esta empresa, y son muchos, nunca me han contado un chiste. ¿Cómo se puede opinar así?

Reí de nuevo.

—No es malo ser serios y rectos, siempre y cuando se enfoque en la profesionalidad. Eso está genial, aunque las sonrisas, la simpatía y la alegría siempre vienen bien y son un extra añadido. Más de uno debería incluirlas en su día a día.

—Creo que voy a aprender mucho contigo —sonrió de medio lado.

Yo imité su gesto, encantada por lo fácil que me lo estaba poniendo.

—Yo también. No tengo ninguna duda al respecto. Ambos aprenderemos del otro.

Asintió.

—En el primer cajón te dejé una agenda nueva. Al final tienes toda la información de interés.

Abrí el cajón y la saqué, para comprobar lo que acababa de decir.

Vi muchos números de extensiones y al lado el nombre de la persona a la que correspondían. Localicé a Eva, la recepcionista. No fue un gran logro, ya que estaba entre las primeras.

Al pasar las hojas me encontré con la contraseña del portátil.

—La primera vez que accedas a él debes cambiarla y no dejarla escrita en ningún lado —me dijo y asentí.

—Correcto —le confirmé.

—El programa interno es muy intuitivo. Igualmente, te he dejado en la pantalla de escritorio un video que explica muy bien los pasos básicos, para moverte por él. En poco tiempo lo tendrás dominado, no me cabe duda. Aun así, si necesitas alguna aclaración o te surge algún problema, solo tienes que pedirme ayuda y te la prestaré encantado.

—Gracias por todo —sonreí.

—No hay de qué. Tengo que quitarte la idea que te has hecho sobre mí —me dijo, con un guiño.

—Créeme, desde que has empezado a hablar no creo que tenga delante a un hombre serio, distante y recto —reí—. Otra cosa es que te escondas muy bien en el trabajo.

—Me gusta mantener las distancias —me confirmó lo que ya había intuido yo.

—Entiendo —le dije, para no continuar con el tema.

—Ven —me pidió que lo acompañara y añadió un gesto de la mano, para que me levantara—. Voy a llevarte a la pequeña sala en la que guardamos todo el material de oficina.

—Vale —le dije, incorporándome.

Me metí el móvil en un bolsillo del pantalón.

—En esa sala encontrarás todo lo que necesitas para tu mesa de escritorio y para trabajar.

—Estupendo.

Salimos de mi despacho y lo seguí hacia la sala que me había comentado.

Cuando estábamos a punto de entrar, en el momento en el que Diego tenía la mano en el pomo para girarlo, la voz de Eva a nuestra espalda, la recepcionista, nos sorprendió a ambos.

—¡Dara!

—¿Qué? —le pregunté, una vez me giré hacia ella.

—Perdona —se disculpó, con una mano en el pecho.

Se quedó en silencio unos segundos, para recuperar la respiración. Fruncí el ceño, al ver como estaba.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Tu coche es de color rojo fresa, tirando a frambuesa?

Arqueé una ceja.

—¿En serio? ¿Ese tono existe? ¿Cómo encuentras la diferencia entre la fresa y la frambuesa? —le pregunté, antes de reírme.

Diego nos observaba sonriendo, contenido.

—¡Por supuesto que existe! —jadeó, sorprendida—. Ya hablaremos en otro momento de eso.

Para tener más información, le dije la marca de mi coche y el modelo, cuando me lo preguntó.

—Tenemos un problema. Has aparcado en la plaza del director ejecutivo.

Agrandó los ojos y me agarró de una mano, para tirar de mí cuando comenzó a caminar.

Capítulo 22



—No lo sabía y tampoco ponía nada. Me he asegurado de mirar bien, antes de dejar el coche —dije, sorprendida por tanto alboroto.

—En la plaza no pone nada —me informó Diego, siguiéndonos—. Era imposible que lo supieras.

—¿Entonces? —le pregunté.

—Entonces sucede que en esta empresa todo el mundo sabe cuál es la plaza de cada uno de los directivos, sobre todo, la del jefe ejecutivo. Ese es el motivo por el que nadie aparca —me explicó, divertido.

—Joder, tampoco se acaba el mundo —me quejé.

Bufé.

—Ay, Dara. No quieres que al jefe se le gire el día, te lo aseguro.

La miré sin terminar de creerme la que estaban montando por una puñetera plaza de aparcamiento. Como si a mí me importara una mierda el carácter del *jefe*, si se le giraba o no.

A ver, un poco sí que me importaba. Estaba claro, más que nada porque, aunque ya estaba contratada, él era el dueño de la empresa y podía echarme con un chasquido de dedos. Eso sin contar con que, aparte de trabajar en el departamento financiero, tendría que estar muy cerca de él, dándole apoyo en su trabajo.

Supuestamente trabajaríamos muy cerca del otro, lo que no tenía claro si a ese hombre le gustaba. Por lo poco que sabía de él.

—Espera —le pedí a Eva.

Me paré y esta vez tiré yo de ella, frenándola conmigo.

—Tengo que coger la llave del coche —le dije.

—Joder, es verdad.

Puso los ojos en blanco.

Me soltó de la mano y yo me desvié, yendo hacia mi despacho. Diego y Eva se quedaron en el pasillo, esperándome.

Cuando tuve la llave, me la guardé en un bolsillo y salí dejando el despacho cerrado. Esa llave también me la metí en el pantalón.

—Ahora sí —les dije, al reunirme con ellos.

—Vamos rápido —me pidió Eva.

—Tranquilízate —le pedí yo.

Esquivé su mano, para que se relajara.

—Lo digo en serio —insistí, con un suspiro.

—No pasa nada —dijo Diego, poniéndose de mi parte.

—No quiero que el señor Vera comience mal el día —habló apurada Eva.

Puse los ojos en blanco, después de mirar de reojo a Diego.

Él parecía muy divertido con la situación y con los nervios de Eva, pero no dijo nada. Se mantuvo callado todo el rato.

Bajamos en el ascensor hasta la planta principal, para recorrerla y salir a la calle.

Conforme recorríamos el estacionamiento de la empresa y nos acercábamos a donde había dejado mi coche, comencé a sentir una sensación extraña en mi interior.

Al principio no supe lo que estaba viendo. Para mí fue una imagen cualquiera en la que había un coche parado en medio del carril y un hombre fuera del vehículo, apoyado en la puerta del conductor.

Hasta mis ojos capturaron bien lo que tenía delante, al acortar cada vez más la distancia. Aun así, porque no podía creerme hacia dónde había tirado mi mente, a pesar de todo, me dije que era imposible y que estaba equivocándome al verlo de perfil.

Comencé a caminar más despacio, por lo que Eva y Diego me adelantaron. Fue justo cuando me di cuenta de que tenía una visión perfecta y continuaba sin necesitar gafas.

Contuve la respiración, alucinada, después de reconocer al hombre vestido con un traje de chaqueta que le quedaba como si fuera su segunda piel. Como era de esperar, tratándose de él, parecía salido de un catálogo de moda y de elegancia.

Me paré del todo, de golpe. Mis pies perdieron la habilidad de moverse, ya que mi cabeza se quedó como paralizada.

Por increíble que me pareciera tenía delante de mí a Ilian, el hombre del breve fin de semana que pasó en el hotel de verano, junto a sus amigos. El mismo del que el último recuerdo que tenía era mirándome expuesta para él, tal y como me dejó después del sexo en la cabaña de mis amigas.

Noté como la cara me ardía por la vergüenza, al traer a mi memoria ese momento. A pesar de que no tenía por qué, ya que…

—Mierda —susurré, cerrando los ojos.

Ilian era el jefe ejecutivo de la empresa, por lo tanto, el dueño de ella. El mismo jefe con el que yo tenía que trabajar, dándole apoyo en su trabajo diario.

Tragué saliva, más nerviosa aún, porque no sabía cuál iba a ser su reacción cuando me viera. Y eso estaba a punto de suceder.

—Señor Vera —se dirigió a él Eva.

Ilian apartó la mirada de la pantalla de su teléfono, para levantar la cabeza y observar a su recepcionista.

—Ya lo he solucionado —continuó—. Ha sido un error. Es el primer día de trabajo para la dueña del coche y nadie la avisó de qué plazas no debía utilizar.

Eva estaba frente a él, por lo que Ilian miraba hacia delante. Diego estaba unos pasos por delante de mí. Por suerte me tapaba un poco, o quizá lo suficiente para darme más tiempo para recuperarme.

Cogí una bocanada de aire y cuadré mi posición para quedarme bien colocada a la espalda de Diego. Necesitaba alargar el tiempo, para reorganizar mis pensamientos.

Al menos pude moverme. Algo era algo. Ya había podido reaccionar, aunque no del todo como necesitaba.

—El primer día… —dijo Ilian. Sonó extrañado—. ¿En qué planta? Mi información no encaja con lo que me has dicho.

—En la suya, señor Vera. La dueña del coche es la directora financiera y un apoyo para usted, en su trabajo.

—Pensaba que era un hombre.

El comentario de Ilian me sorprendió. Me dejó con la boca abierta.

¿Quién mierda le había informado de mi incorporación? ¿Se había interesado siquiera en saber los detalles?

—Esto continúa fatal —susurré.

Debí hablar más alto de lo que pensé, sin darme cuenta, porque fue suficiente para que Diego me mirara por encima del hombro.

Me hizo un guiño y me lo tomé como algo tranquilizador. Después habló, mirando hacia delante, y dejé de respirar por unos segundos.

—Ilian —le dijo Diego, hablando por primera vez.

Se notó cierta complicidad, en la manera de dirigirse a él. Lo hizo con familiaridad.

—Por lo visto ha habido más de un malentendido. —Caminó hacia él —. Tú pensabas que la nueva incorporación era un hombre, cuando en realidad, es una mujer. Y ella no tenía ni idea de que esta era tu plaza para estacionar. Podía haber elegido cualquier otra, ha sido al azar.

Agradecí la explicación de Diego porque me allanaba el camino, pero no necesitaba que me defendiera de nada ni de nadie. De todos modos, me mantuve callada.

—¿Me ves preocupado? ¿Alterado?

—No —le contestó riendo Diego—. Solo estaba aclarándote lo que ha pasado, uniéndolo a lo que te ha dicho Eva.

Y pasó. Sucedió de golpe y sin que yo estuviera todavía preparada.

Ilian miraba hacia Diego, y Diego estaba en la misma dirección que yo. Él me tapaba, pero no lo suficiente porque Ilian se dio cuenta de mi presencia.

Miró por encima del hombro de Diego y me localizó a unos metros de distancia. Diego se dio cuenta y le facilitó la visión, apartándose.

Ilian y yo nos quedamos mirándonos sin ningún obstáculo entre nosotros. La tensión de mi cuerpo no podía ser mayor.

En un principio no reaccionó. Se quedó observándome serio, sin relacionar lo que estaba viendo, hasta que lentamente fue haciéndolo.

Sus ojos fueron abriéndose cada vez más, cuando se dio cuenta de a quién estaba mirando.

Durante unos largos segundos, quizá minutos, no hicimos otra cosa que observarnos fijamente.

Yo me empapé de lo guapísimo que estaba, de lo bien que le quedaba el traje a su cuerpo y la cara tan perfecta que tenía, con el pelo colocado de una manera que parecía un poco despeinado, cuando en realidad no había ni un mechón fuera de lugar.

Aproveché porque dudaba que pudiera mirarlo de la misma manera, en cuanto este momento terminara.

Es tu jefe, por Dios, gritó una voz en mi cabeza. Una voz que acallé diciéndole que no era nadie para meterse en lo que no le incumbía.

El único que podía estropearme este momento era Ilian.

Notaba las miradas de Diego y Eva, aunque no tenía ni idea de qué cara tenían, al vernos a Ilian y a mí. A saber, cómo se veía desde fuera la situación.

—Dara… —dijo casi en un susurro.

Se impulsó del coche, separándose de él, y se giró por completo hacia mí.

—Hola —imité su tono de voz.

—Sí. Ella es la propietaria del coche —habló Eva, para ayudarme—. Enseguida lo quita.

—Claro —reaccioné.

Comencé a caminar rápido hacia mi coche, pero las siguientes palabras de Ilian me frenaron de golpe.

—No hace falta —dijo con voz firme y alta—. Por esta vez lo dejamos estar.

—¿Está seguro, señor Vera? —insistió Eva—. A Dara no le cuesta nada cambiar el coche de plaza.

—Ni a mí buscar otra. Como he dicho, no hay problema —insistió.

Terminó con un carraspeo, apoyando una mano en el techo de su coche.

Durante la breve conversación con Eva, Ilian no apartó la vista de mí, y así continuó durante un tiempo más.

Hasta que abrió la puerta de su coche y se metió dentro, ocupando el asiento del conductor. Desde él, miró en mi dirección, otra vez, como si todavía no se creyera que yo estuviera presente, compartiendo el mismo sitio.

Y más que íbamos a compartir, si no me despedía.

Respiré profundo cuando se fue, acelerando despacio. Lo seguí con la vista unos metros, pero enseguida dirigí la atención hacia Eva y Diego.

—Estoy flipando —dijo ella.

Diego estaba muy atento a mí, dejando ver su curiosidad. Por lo visto era mucha.

Capítulo 23



—¿Podéis dejar de mirarme como si me hubieran salido dos cabezas, de repente? —les pedí a Eva y a Diego.

Nos paramos cuando llegamos a la recepción.

—Joder, es que no te puedes hacer una idea de lo increíble que es lo que ha pasado —dijo Eva, todavía sorprendida.

—Pues yo no veo nada raro. —Me crucé de brazos—. El hombre ha sido muy amable y ha tenido un bonito detalle ofreciéndome su plaza.

Miré de reojo hacia la entrada, controlando que Ilian no apareciera. En cuanto se asomara a lo lejos, yo saldría a la carrera. Estuviera con quien estuviera.

Aún me temblaba el cuerpo por lo que acababa de pasar, aunque aparentara estar fuerte y muy entera. Necesitaba mi tiempo a solas, con urgencia, y, a poder ser, encerrada en mi despacho. Con llave. Aunque si pudiera elegir me hubiera largado ya de aquí.

Tenía que recuperarme de la impresión.

—¿De qué conoces a Ilian? —me preguntó directamente Diego.

Eva se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Conoces al jefe? —quiso saber ella.

La voz le salió aguda.

—Chicos, no soy de contar mi vida privada, pero todavía menos si eso implica a otra persona. Esto no quiere decir nada, simplemente que conozco a Ilian y a él le pertenece también estar presente. Y ahora mismo no estoy preparada para eso —reí—. Necesito reponerme del susto.

Bufé.

—Qué fuerte. El jefe te ha dejado que continúes en su plaza —dijo Eva, mirando hacia la entrada del edificio.

—Solo os puedo decir que sí, conozco a Ilian.

Me encogí de hombros y después continué hablando.

—Voy a mi despacho, a encerrarme en él y a tirar la llave. Podéis pasarme sobres de comida por debajo de la puerta.

Mientras hablaba caminé de espaldas.

Eva rio, mientras que Diego me siguió, sonriendo.

—Nos vemos para desayunar —me dijo Eva.

Asentí hacia ella, antes de darme la vuelta y caminar hacia delante. Fui directa al ascensor, con Diego a mi lado.

Lo miré de reojo. Él tenía la vista hacia el frente, pero su expresión era contenida.

Solté un suspiro.

—Suéltalo —le pedí.

—Voy a respetar tu decisión del silencio, pero…

Las puertas se abrieron y entramos junto a una persona más.

Diego pulsó el número cuatro y el hombre que nos acompañaba el dos. Comenzamos a subir.

—Pero ¿qué? —insistí.

—Pero sé que entre… —Se calló a tiempo, antes de meter la pata—. Sé que entre ese tío y tú ha habido algo. Y ese algo ha sido más que unas palabras. En cuanto os habéis visto, vuestra reacción ha sido muy evidente y clara.

Nos paramos en la segunda planta y le dijimos adiós al hombre. Este salió y nos quedamos solos.

—Créeme, conozco lo suficiente a Ilian como para saber cómo suele comportarse. Ahí fuera, en el estacionamiento, ha estado muy lejos de como suele actuar. Ha sido como si no se encontrara y de repente no supiera qué hacer. Y ya te digo que, hasta antes de que sucediera, eso era algo imposible.

—Su reacción no tiene nada de extraño —lo justifiqué—. Ha sido una sorpresa para ambos. No esperábamos vernos —dije de forma distraída, sin querer parecer que le daba importancia.

—Eso ha quedado claro. Tu reacción de sorpresa no la he visto, estabas a mi espalda, pero la de Ilian sí.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la cuarta planta, fui la primera en salir. Estaba agobiada.

—¿Estás huyendo de mí? —me preguntó Diego, con un tono de voz divertido.

—¿Lo has notado? Bien, porque era precisamente lo que pretendía.

Diego soltó una carcajada y yo puse los ojos en blanco.

—Tengo que extender el rumor de que en esta empresa la seriedad es muy selectiva —suspiré.

Él continuó riendo y a mí no me quedó más remedio que sonreír, al escucharlo.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunté, al acceder al pasillo de los despachos.

—Claro. Dime.

—¿Sería mucho pedir si me traes un paquete de hojas, un bolígrafo, un lápiz y una goma? Es solo para empezar. Lo demás ya iré a buscarlo yo.

—Lo vas a tener bastante difícil para no coincidir con Ilian. Es la persona que hace más horas en esta empresa.

—Maravilloso —suspiré—. Pero no pretendo vivir escondida. No tengo motivos para ello. —Elevé las cejas—. Solo es ahora, porque necesito estar sola y no cruzarme con nadie.

—Anda, ve a tu despacho. Picaré tres veces a la puerta.

—Muchas gracias, Diego.

Negó con la cabeza, sonriéndome.

Nos separamos en direcciones opuestas y me apresuré para llegar a mi despacho. Frente a la puerta, la abrí y cerré casi de un portazo y con llave. Me sentí protegida y a salvo, por el momento.

Con la espalda apoyada en la puerta, cerré los ojos. Continué de esa manera, hasta que fui al sofá.

Me senté en él, mirando hacia la puerta. No quería ponerme cómoda porque Diego aparecería en cualquier momento. Tampoco quería dejarme llevar por el malestar que sentía, porque mi estrenado compañero me lo notaría.

Lo último que quería y necesitaba era tener encima a Diego, preguntándome si me encontraba bien o si necesitaba que me trajese algo.

Cuando sonaron los tres golpes en la puerta fui a abrirle a Diego. Entró y cerré, dejándonos aislados dentro.

Diego tuvo el detalle de no reírse, pero no pudo ocultar su gran sonrisa.

—A ver qué te parece esto, para empezar —me dijo—. Puedes cambiar lo que no te guste, sin problema.

—Gracias.

Me senté en mi silla y me acerqué a la mesa, para sacar de la bolsa de tela que había dejado encima, todo lo que me había traído.

Sonreí al ver un organizador de escritorio de color plateado y bastante amplio, un par de lapiceros, bolígrafos, lápices, goma de borrar, sacapuntas, varios blocs de notas adhesivas, unas tijeras, algunos fluorescentes, clips y pinzas de varios tamaños y formas, una grapadora, una calculadora grande, una alfombrilla para el ratón, dos paquetes de hojas, uno para la impresora y otro para lo que lo necesitara. También me había traído una libreta grande y otra pequeña.

Lo último que saqué fue un soporte para el móvil.

Cuando lo tuve todo sobre la mesa, miré a Diego.

—Te ha cundido mucho —le dije, sonriendo.

—Sabía lo que coger.

—Ya veo. Me gusta todo. Gracias.

—Pues ahora me voy, que ya toca que comience a trabajar. Mi extensión es la cuatrocientos cuatro. Por si me necesitas para cubrirte.

Me hizo un guiño y reí.

—Aunque te adelanto que escapar o esconderte de Ilian no te servirá de nada. Siempre termina encontrando lo que busca.

—No, si me propongo que no lo haga —le dije convencida.

—Eso me gustaría verlo —rio.

—Hasta otro momento, Diego.

—Hasta pronto, Dara.

Lo acompañé a la puerta y, en cuanto me quedé sola de nuevo, cerré con llave y me relajé. Por fin.

Solté un suspiro, mientras me giraba hacia la mesa. La vista se me fue hacia la gran cristalera que hacía de pared.

Durante unos segundos la mirada se me perdió más allá del vidrio, hasta que reaccioné y volví junto a mi mesa de trabajo.

Comencé colocando hojas en la impresora y después dejé una buena cantidad de ellas en el segundo cajón. El resto las llevé al armario bajo que tenía en un lateral del despacho.

Ocupé de nuevo mi silla y me dediqué a organizar todo lo que Diego me había traído, muy amablemente, haciéndome un favor.

Mientras lo ponía todo a mi gusto, mi cabeza no paró de pensar en Ilian, en la gran casualidad que había unido otra vez nuestros caminos, y en todo lo que representaba la posición de él en esta empresa, y la mía.

Estaba completamente abocada al fracaso. Mi antiguo jefe aplaudiría de alegría si estuviera a mi lado.

Solté un suspiro y apoyé la espalda en el respaldo, observando lo bien que me había quedado la mesa.

Dirigí la vista al portátil, antes de acercarme a él. Levanté la tapa, lo encendí y, mientras arrancaba, busqué en la agenda la contraseña.

Después de teclearla y de activar el ordenador, lo primero que hice fue cambiar la contraseña. Puse una personal, muy acorde con la situación en la que estaba, y al terminar, accedí al video que explicaba el funcionamiento y manejo del programa informático.

Cuando este se cargó y comenzó, lo puse en pausa porque el móvil me vibró en el bolsillo del pantalón. Sonreí de oreja a oreja, al ver que Víctor me había escrito.

Víctor: *Hola, preciosa. Todavía no he terminado la entrevista, pero aprovecho que el jefe y dueño de la empresa me ha dejado solo para decirte que ¡estoy dentro! Joder, a los diez minutos de estar aquí ya me ha dicho que estoy contratado si continuaba interesándome, después de todo lo que me ha explicado.*

Víctor: *Al aceptar, me ha pedido si podía quedarme unas horas. Por supuesto, he aceptado. Quiere enseñarme bien la empresa, el funcionamiento, y mi despacho, ya que mañana se va de viaje para terminar unas negociaciones.*

Víctor: *Cuando yo me incorpore él no estará. No sabe cuánto tiempo le llevará regresar, así que me quedaré bien con todo hoy, para moverme con libertad en unos días. Por cierto, te estoy hablando de Samuel. Así se llama mi nuevo jefe y me ha caído genial. Por ahora no puedo estar más contento.*

Víctor: *Comienzo a mitad de semana. El miércoles, de ocho de la mañana a dos y media de la tarde. Ese será mi horario, de lunes a viernes.*

Víctor: *Joder, Dara. Aún no me lo creo. Parece que estoy viviendo un sueño.*

Víctor: *¡Tengo un despacho! Ja, ja, ja…*

Sonreí de oreja a oreja, muy feliz por mi amigo.

Dara: *Me alegro tantísimo, Víctor. Joder, qué alegría más grande. Ahora sí que vamos a celebrarlo esta tarde, te dejaré pedirme todas las cervezas que quieras. Ja, ja, ja… Me vendrá bien por cómo me está yendo el día. ¡Quiero emborracharme! Y está claro que el helado será con muchas bolas. Ja, ja, ja… El motivo de lo mío te lo cuento por la tarde. En este momento no te escribo más, céntrate en tu nuevo trabajo. ¡Enhorabuena!*

Salí de la aplicación de mensajes sin poder dejar de sonreír. Víctor me había arreglado la mañana, aunque fuera de manera provisional.

Capítulo 24



Ilian

Desde que saqué la llave del contacto del coche no me había movido. Continuaba dentro del vehículo.

La melodía de mi móvil comenzó a sonar y eso fue lo que me hizo reaccionar. Lo saqué de un bolsillo de la chaqueta del traje y después descolgué la llamada de Zac.

Mi primo vino a pasar con nosotros los meses más fuertes de calor, julio y agosto, pero estábamos en septiembre y Zac no se planteaba todavía regresar.

El problema continuaba siendo su relación con Leo, o más bien la inexistente relación que había entre ellos.

Unos días atrás me dejó caer que estaba pensando en contratar una empresa de mudanzas, para que recogieran todas sus cosas del piso que había compartido con Leo.

Lo dijo con dolor, intentando disimular, pero estaba de acuerdo con que debía avanzar. Si lo que había entre ellos ya estaba perdido y ninguno de los dos quería esforzarse por arreglarlo, no tenía sentido que ambos siguieran esperando que el otro diera el paso definitivo.

Por mi primo seguía manteniéndome al margen, aunque no había sido nada fácil contener las ganas de ir a ver a Leo, para plantarme delante de él. Aunque todavía no había descartado esa posibilidad, solo estaba dejando el tiempo pasar, viendo cómo se desarrollaba todo.

—Hola —lo saludé.

—Hola —me correspondió, animado—. ¿Me necesitas hoy en la empresa?

Para que estuviera entretenido y se despejara de su trabajo, el que realizaba a distancia desde el portátil, le ofrecí que me ayudara en la empresa cuando le apeteciera. Al final decidió venir varios días a la semana. Hoy era uno de ellos.

Todavía no nos habíamos visto, yo me había ido de mi casa antes de que él se despertara.

—Ya sabes que no tienes la obligación de venir —le recordé—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Nada —me contestó y rio.

Arqueé una ceja.

—Así se vive bien —dije, negando con la cabeza.

—Quiero tomarme el día libre.

—Pues disfrútalo. Hace mucho que no te tomas un descanso y últimamente trabajas los fines de semana.

—¿Por qué no te apuntas y te unes a mí?

—Porque no puedo —le contesté, sonriendo.

Dirigí la mirada hacia el edificio de mi propiedad.

—Todavía no he entrado en la empresa, estoy dentro del coche. Tengo mucho que hacer y presiento que va a ser una mañana muy interesante.

—Joder, ¿qué haces en el coche todavía? ¿Qué hora es?

A la última pregunta respondió él mismo.

—Son pasadas las ocho y media. Es muy tarde para ti. ¿Te has dormido?

—Me he despertado a mi hora, como siempre. Lo que pasa es que he tenido un pequeño contratiempo al llegar, pero no ha sido nada… importante. —Volví a mirar hacia el edificio—. Iba hacia la empresa ya; sin embargo, aquí sigo porque me has llamado.

Abrí la puerta y salí. Más que nada porque comenzaba a asfixiarme dentro del coche, por el calor. En la calle, al menos, no se notaba tanto agobio al estar al aire libre. Era temprano todavía.

Comencé a caminar hacia el edificio.

—¿Qué contratiempo? —quiso saber.

—Uno con el que vas a flipar. Ya te lo contaré, ahora no puedo alargarme.

—Joder. ¿Estás bien?

—Estupendamente. Creo que mucho mejor que cuando salí de mi casa —sonreí de medio lado—. Te dejo. Voy camino de mi despacho, hablamos más tarde. Disfruta de tu día de no hacer nada, alguno de esos me apuntaré a la aventura.

Zac rio.

—Ya lo puedes decir, que para ti estar sin hacer nada es una aventura extrema. No te canses mucho e intenta no llegar tan tarde a casa. Aquí estaré, esperándote para que me expliques ese contratiempo y por qué suenas tan contento.

Solté una carcajada que mi primo no entendió, pero que a mí me sentó de maravilla. Colgué y me guardé el teléfono.

En cuanto entré en el edifico noté la mirada de Eva, la recepcionista. Al pasar cerca de ella asentí y me sonrió. Continué mi camino hacia el ascensor, sin pararme.

Ya le di los buenos días cuando llegué y la llamé para avisarla de lo del coche estacionado en mi plaza. Y la había visto más que cualquier otro día, a esta hora, con todo lo que había pasado.

Me monté solo en el ascensor y, al pulsar el número cuatro, el de la planta en la que estaban todos los despachos de los directivos, más el mío, me vino a la mente que Dara estaría en uno de ellos.

Todavía no me había hecho a la idea. Imposible, por lo reciente que era y lo sorprendente de la situación.

Mientras el ascensor subía, saqué el teléfono y marqué el número del director de Recursos Humanos, Hernán.

—Ilian. Buenos días —me saludó.

—Buenos días.

—¿Necesitas algo? —me preguntó, ante mi repentino silencio.

—Sí —contesté, pensativo—. Me gustaría saber por qué me dijiste que la persona que habías contratado era un hombre, para el cargo de director financiero y como respaldo para mí, para proporcionarme ayuda en el día a día y así, rebajarme el trabajo y la responsabilidad. Resulta que me he enterado el último y por sorpresa, hace muy poco, de que se trata de una directora, una mujer.

—No puede ser —habló sorprendido—. Te dije que era una mujer y una muy bien cualificada para ambos puestos de trabajo. Elegí la mejor opción, no tuve ninguna duda al respecto. Y menos desde el momento que la entrevisté.

—No voy a entrar en discusiones de lo que me dijiste, pero te aseguro que me diste a entender que era un hombre.

—Imposible, Ilian. No me escucharías bien. El día que te lo conté estabas muy estresado, debería haber esperado a otro momento.

Las puertas del ascensor se abrieron, mientras yo negaba con la cabeza. Intenté recordar ese momento, el instante justo que Hernán me comunicó que había encontrado a la persona perfecta para el trabajo.

Confiaba plenamente en él, llevaba muchísimos años trabajando en mi empresa y lo consideraba un amigo. Por todo ello no le pedí que me diera datos. No me acordaba de lo que le dije, pero seguramente sería algo parecido a: *muy bien, buen trabajo*.

—Lo siento. Puede ser que estuviera tan estresado que no te prestara la atención necesaria y en mi cabeza se formó una idea errónea —le dije.

—No pasa nada. Eso significa que has conocido a Dara —confirmó —. ¿Hay algún problema con ella? Espero que no, porque tiene un currículum increíble y me pareció una mujer estupenda, muy profesional. Pero si no te gusta…

—Sí. He conocido a la nueva directora financiera. Bastante bien —le contesté, interrumpiéndolo.

Una sonrisa fue formándose en mis labios, mientras caminaba por el pasillo que llevaba a mi despacho.

—No hay ningún problema con Dara, todo está correcto —continué —. Te he llamado porque me ha sorprendido encontrarme con ella. No te imaginas cuánto. —Sacudí la cabeza—. Pásame su currículum y toda la información que tengas. Quiero echarle un vistazo a todo, antes de llamarla a mi despacho.

—Enseguida.

—Hablamos más tarde.

—Claro.

Colgué la llamada, cuando me paré frente a la puerta de un despacho que no era el mío. La puerta no tenía todavía una placa identificativa, pero en breve eso cambiaría.

Al final del día de hoy, la madera estaría decorada por esa placa en la que pondría: Directora financiera, Dara. Su apellido le seguiría a su nombre.

Me quedé unos segundos observando la puerta de su despacho, hasta que volví a moverme para ir al mío.

Antes de llegar ya me había llegado el correo de Hernán, con la información que le había pedido sobre Dara. Y antes de sentarme en mi silla, ya estaba leyendo su currículum.

—Puñetera coincidencia —susurré, cuando terminé.

No cabía duda de que Dara era una persona más que cualificada para el cargo de directora financiera e incluso para llevar todo mi trabajo, si así se lo proponía.

Su historial era intachable y la carta de recomendación de su jefe no daba margen a la duda. Sobre todo, cuando leías la última parte de la carta en la que el exjefe de Dara, Miguel, dejaba claro que, si no era contratada, mejor para él y para su empresa, ya que eso significaría que volvería a tener el privilegio de tenerla de nuevo en su equipo.

Miré el informe que había adjunto y, cuando terminé, tenía claro que quería a Dara en mi empresa, independientemente de lo que pasara entre nosotros en el pasado. Hablaba como empresario y dueño.

Hernán tenía razón, en todo. Como era de esperar, porque como ya he comentado me fiaba de él y de su criterio. Plenamente.

Dejé el teléfono en la mesa y me giré con la silla, para quedarme mirando hacia la cristalera.

Solo había unos problemillas: el tirón que había sentido en mi interior al volver a verla y las ganas de acercarme a ella que había contenido. Lo había notado con tanta intensidad…

Al principio me costó reaccionar cuando me encontré con una mujer de pie en medio del carril del estacionamiento de la empresa, como mi coche y yo.

Me quedé muy bloqueado en ese instante, como si mi mente no procesara que era Dara la que estaba a unos metros de mí y que la conocía. Eso fue exactamente lo que sucedió, hasta que todo se puso en su sitio.

Ella tampoco supo qué hacer, tan sorprendida, descolocada y desconcertada como yo.

Salí de mis pensamientos y volví al despacho.

Apoyé el codo en el reposabrazos y la barbilla en varios dedos, con la vista perdida en el exterior de la cristalera.

El tema que cada vez cogía más fuerza en mi cabeza era, ¿esta nueva situación estallaría en algún momento o ambos seríamos capaces de sobrellevarla profesionalmente?

¿Yo quería realmente que sucediera la última opción, que ninguno de los dos nos desviáramos de lo profesional? O mejor aún, ¿yo iba a ser capaz de controlarme, después de las sensaciones que había sentido y de cómo me encontraba todavía, por el reencuentro?

Ni siquiera nos habíamos acercado al otro y yo ya estaba de esa manera.

—Mierda.

Con el poco tiempo que había pasado desde que no veía a Dara, y el mínimo rato que habíamos compartido desde la distancia, y casi sin hablarnos, yo ya estaba deseando volver a tenerla delante.

¿Cómo podía ser, con el tiempo que había pasado? ¿Qué tenía esa mujer que me afectaba de una manera que no alcanzaba a comprender? Desde el primer instante en el que la vi fue así.

No iba a aguantar una mierda, lo tenía claro. Y menos teniendo que verla a diario y muy cerca, ya que parte de su trabajo era estar conmigo, para delegarle ciertas cosas de mi trabajo.

Mandaba narices. ¿Cuántas probabilidades había para que Dara fuera la elegida por mi empresa y tuviera conocimientos más que suficientes para ocupar cargos de alto nivel ejecutivo? Todas las puñeteras posibilidades suyas y mías se habían unido.

Si lo hubiéramos sabido meses atrás, cuando ella estaba dentro de la barra, mirándome como si quisiera exterminarme del bar en el que trabajaba, y yo buscaba picarla, porque algo dentro de mí ya se había encendido, aunque no fuera consciente de ello…

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, en el respaldo. Jodido.

Capítulo 25



Dara

Dejé de golpear la mesa con la punta del bolígrafo y aparté la mirada de la pantalla del portátil, para dirigirla a la puerta de mi despacho.

Tragué saliva y me puse en tensión, agarrando con fuerza el bolígrafo. Fue una reacción instintiva, de segundos e impulsiva, por la posibilidad de quién estaba en el pasillo.

Solo había una persona que podía ponerme de esta manera: Ilian.

Desde que me encontré con él en el pequeño incidente de primera hora de la mañana, en el estacionamiento privado de la empresa, no había vuelto a cruzarme con él.

Normal, cuando no me había movido de mi despacho.

Eso cambiaría en breve, ya que faltaban pocos minutos para que fueran las diez y media, hora en la que había quedado con Eva en la recepción, para ir a desayunar.

Chasqueé la lengua y puse los ojos en blanco, en cuanto recuperé el control de mi cuerpo. Estuve a punto de reírme por mi comportamiento.

Me levanté de la silla, para ir hasta la puerta. La tenía cerrada con llave, por lo cual no me quedó más remedio que moverme.

Me venía bien.

—Hola —saludé a Hernán, cuando abrí y lo vi en el pasillo.

—Hola, Dara —me saludó, sonriendo—. Perdona que no haya venido hasta ahora a saludarte y a darte la bienvenida, en tu primer día de trabajo.

—No pasa nada —le sonreí.

Me aparté para que pasara y cuando entró, observó que en la mesa ya no solo estaba el portátil.

—También venía a preguntarte si necesitabas algo, pero ya veo que lo has solucionado sola —comentó, sonriente.

—Ha sido cosa de Diego. Me ha ayudado con todo.

—Me alegro. —Asintió—. Puedes contar conmigo también.

—Lo sé.

—¿Te apetece un café?

—A las diez y media he quedado para desayunar con Eva, la recepcionista.

—Pues perfecto, nos da tiempo a tomarnos uno rápido. Así me cuentas cómo te ha ido hasta ahora.

—Vale. Aunque no tengo mucho que decir, por el momento. Voy a aburrirte.

Me encogí de hombros, rodeando la mesa.

—Lo dudo mucho.

Bloqueé el portátil, bajé la tapa, y cogí el móvil, para dirigirme al armario. Busqué dentro del bolso la cartera, de la que saqué un billete. Lo metí en un monedero pequeño que no era rígido y podía llevarlo perfectamente en un bolsillo del pantalón.

Por suerte me acordé de meterlo la noche anterior, anticipándome a estas salidas en las que no necesitaba cargar con el bolso.

Llevaba un pantalón largo que, aunque era de tela fresquita y suelta, en la calle me sobraba. Pero era lo que había. Arriba lo combinaba con una camisa que nada tenía que ver con las tradicionales.

Había querido venir arreglada mi primer día, pero sin perder el toque moderno e informal. Ambas prendas quedaban geniales e iba muy cómoda.

Fui hacia Hernán, quien me esperaba sonriendo.

Salimos de mi despacho y, una vez cerré con llave, recorrimos el pasillo mientras él me contaba la reunión que había tenido a primera hora.

Su entusiasmo fue nulo en todo momento, por lo que nos reímos cuando terminó de hablar del tema.

—Definitivamente tengo que cambiar la manera en la que os ven los empleados —dije, negando con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Que según lo poco que me dijeron al llegar a la empresa, de los que trabajáis aquí, pensaba que iba a encontrarme con caras largas y serias —reí—. Y para nada. Sois graciosos, simpáticos y cercanos. Al menos hablo por ti y por Diego. Y me basta y me sobra.

—Es como suelen vernos, sí —confirmó, con una media sonrisa—. Pero ya has podido comprobar la realidad —me dijo con un guiño.

—Y tanto. No sabes la paz y la tranquilidad que me da. Me hacéis sentir muy bien.

—Me alegro. Aunque debo decirte que, en un día malo, cuando nos veas muy serios a Diego y a mí, es mejor que nos ignores e incluso que no te cruces en nuestros caminos.

—No te creo —le dije, divertida.

—Ya no puedes decir que no te advertí —rio.

—Vale, vale…

Cuando llegamos frente a los ascensores no tuvimos que esperar mucho para que las puertas se abrieran frente a nosotros. Entramos y enseguida estuvimos bajando.

—Por mi parte te aviso también de que en mis días malos no soy muy buena compañía —le dije, divertida.

—No te creo —me imitó, al decir lo mismo.

Solté una carcajada.

—Te invito a comprobarlo el primer día que cortocircuite. —Le hice un guiño.

—Me arriesgaré. Aquí donde me ves, me van las emociones fuertes.

Nos miramos serios durante unos segundos y después soltamos una carcajada.

De esa manera llegamos a la planta principal. Arrastré a Hernán hacia el mostrador de la recepción, mientras nos calmábamos.

—Eva —la llamé.

—Hola —nos saludó, con una gran sonrisa.

Le correspondimos al saludo y yo también con la sonrisa.

—Voy con Hernán a tomar un café. ¿Dónde vamos? —le pregunté a él.

—Donde te apetezca. A mí me da igual. Aquí hay una cafetería y en la calle, cerca de la empresa, hay otra.

—¿Salimos a que nos dé un poco el aire? —le propuse.

—Claro. Tiene terraza. Hay una zona grande con toldos y ventiladores repartidos entre las mesas y colgados.

—Haber empezado por ahí —reí—. No hay más que hablar.

Sonrió.

—¿Cuándo sean las diez y media te vienes para allí? —le pregunté a Eva.

—Vale —aceptó animada.

—¿Has visto? —le pregunté a mi nueva amiga, señalando la cara de Hernán.

Hice un gran esfuerzo para no reírme, mientras Eva lo miraba con curiosidad. Hernán nos observó divertido, sin perder la sonrisa.

—¿Qué? —terminó preguntando Eva.

—¡Qué está sonriendo! Por él mismo, sin obligarlo —le dije, como si fuera un gran descubrimiento—. Ya verás ahora. Hernán, ríete.

Él, al entender lo que estaba haciendo y al comprender que Eva era la que me había avisado de la seriedad que había en esta empresa, soltó una fuerte carcajada que dejó a Eva con la boca abierta.

No pude retener por más tiempo la risa. Incluso me doblé un poco, mientras Eva nos miraba alucinada.

—¿Qué es tan divertido?

Pocas palabras y las suficientes para ponerme recta y rígida, sin rastro de diversión.

Ilian estaba a la espalda de Hernán y a la mía. Me había confiado demasiado, pero tampoco podía alargar el momento de estar cara a cara con él.

Nos debíamos una conversación, como poco, dado que ahora yo era su empleada.

Me giré despacio hacia él. Hernán ya lo había hecho y tenía apoyada una mano en el hombro de Ilian. Este me miraba a mí.

—Hola —dije, levantando una mano.

Ilian arqueó una ceja, pero conteniendo una sonrisa.

—Hola —me correspondió.

—Nos estábamos riendo porque acabo de demostrarle a Eva, la que me ha caído genial y es mi nueva amiga, que en esta empresa no sois tan estirados, altivos, serios y rectos, como todo el mundo cree.

Me encogí de hombros.

Nadie más habló e incluso pude notar cómo Eva contenía la respiración. La miré de reojo y lo confirmé. Hernán nos observaba con mucha curiosidad, exactamente como Diego lo hizo con anterioridad.

Ellos dos conocían más a Ilian y, por lo visto, no estaban acostumbrados a ver ciertas actitudes de su jefe. Era toda una novedad para ambos.

—Ya veo —dijo Ilian, con un carraspeo—. También he visto cómo te los has ganado a ellos dos y a Diego.

Ladeó un poco la cabeza.

—¿Qué puedo decir? Soy increíble. Tengo un imán para la buena onda y las buenas personas —le dije, con un guiño.

Eva no salía de su asombro, por cómo le hablaba yo a su jefe.

Por mi parte me alegré y me sentí mucho mejor, al volver a ser yo. Comenzaba a reconocerme, aunque aún necesitaba sentirme más segura.

Esa seguridad llegaría cuando tuviera la conversación pendiente con Ilian.

—Voy a invitar a Dara a un café. Vamos a la cafetería de fuera. ¿Te apuntas? —le preguntó Hernán.

Contuve la respiración, evitando mirarlo porque él no había dejado de observarme a mí en ningún momento.

—Sí.

Fue una confirmación muy breve, para todo lo que significaba para mí. Sonó con mucha fuerza.

—Estupendo —dijo Hernán—. Puedes venirte con nosotros, Eva. ¿No? —se dirigió a Ilian.

—Claro. Sin problema —contestó él, dándole permiso.

—Gracias, señor Vera.

—Por favor, llámame Ilian. No es la primera vez que te lo digo.

—Lo siento. Es que me sale solo —sonrió ella, con timidez.

—La intimidas demasiado —le dije a Ilian.

—¿Perdona? —Arqueó las cejas.

—No, no… usted no ha hecho nada para que yo…

—¿Ves? —Señalé a Eva, con una sonrisa triunfal—. Ya ha vuelto a hablarte de usted —suspiré—. No sé cómo narices os mostráis los altos cargos a todo el mundo, pero está claro que no os ven como realmente sois.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y tú lo sabes bien? —me preguntó Ilian.

Se cruzó de brazos.

A pesar de su posición, no estaba para nada a la defensiva ni contraatacando. Yo tenía claro que estaba divirtiéndose con la situación.

—Por lo visto, mucho más que los demás que trabajan aquí. Sí —sonreí.

—Yo… —dijo Eva.

—Tranquila —se dirigió a ella Hernán, sin perdernos de vista de reojo a Ilian y a mí—. Tanto el jefe como yo estamos muy relajados y tranquilos. Estás viendo que somos más accesibles de lo que pensabas.

—Sí. Vale —susurró Eva.

Ella le sonrió, roja como un tomate.

—Vamos ya a la cafetería —nos pidió Hernán.

Fue el primero en moverse. Comenzó a caminar hacia la salida y Eva se apresuró a coger lo que necesitaba. Después fue detrás de él, dejando su puesto de trabajo para ir a desayunar.

Ilian se movió el último, ya que esperó a que lo hiciera yo.

Nos mantuvimos callados, por el momento, pero hablaba por mí al decir que con su presencia no necesitaba nada más, ya que lo llenaba todo de una manera inexplicable y reconfortante.

Capítulo 26



—Gracias —le dije al chico que dejó delante de mí la taza de café con leche y un bocadillo vegetal pequeño—. Mmm… ¿Esto lo consideráis aquí pequeño? —Señalé el bocadillo.

—Sí —me contestó con un guiño.

—Pues no quiero saber cómo será el tamaño grande.

Puse los ojos en blanco.

—Quién sabe, lo mismo te animas a probarlo otro día —dijo sonriendo.

—No —reí.

—¿Los demás vamos a tener que esperar mucho más?

La pregunta de Ilian nos tomó por sorpresa al chico y a mí. Lo miré sin creerme lo cortante que había sido. Ilian continuó con la vista fija en el camarero.

—Perdón. Enseguida les traigo los dos desayunos que faltan —dijo de manera apresurada.

Se fue hacia el interior de la cafetería.

—Sí que tienes hambre hoy —habló Hernán.

—Mucha —fue la respuesta escueta de Ilian.

Desde que el camarero desapareció el centro de su atención era yo, por lo que, para controlar los nervios y la lengua, sobre todo, la última, bajé la mirada a la taza de café.

Me entretuve en endulzarlo, poniéndolo a mi gusto.

—Cuando termines no te acordarás del tamaño. Te habrá sabido a poco —dijo Eva y rio.

Le sonreí.

—Menos mal que sabemos que estás refiriéndote al bocadillo —soltó Hernan.

Nos pilló por sorpresa a los tres.

—¿Qué? —preguntó él—. Tengo que quitarle a Eva la idea preconcebida que tiene sobre mí.

Reí.

—Me gusta —le dije.

Levanté una mano y Hernán me imitó. Las chocamos en el centro de la mesa.

—Vaya… —Fue todo lo que le salió a Eva.

—Lo habitual es que se comporte —comentó Ilian—. Pero hoy está claro que ya se ha desviado varias veces —dijo, dejando ver una pizca de diversión.

—Cuando estemos solos me castigará —rio Hernán.

Ilian sonrió de medio lado.

—Aquí tienen —dijo el camarero.

Les dejó los desayunos a Ilian y a Hernán, y se fue haciéndome un guiño. Pretendió ser disimulado, pero un par de ojos lo observaron todo. Incluso mi contención para no reírme.

Busqué a Ilian con la mirada y me encontré rápido con la suya. Los ojos se me fueron a sus labios, los que movía al estar masticando. Algo dentro de mí dio un vuelco, al recordar a esos mismos labios haciendo otras cosas. Más concretamente, en mi cuerpo.

Cogí la taza y me la llevé a los labios, para beber un sorbo de café. Lo había pedido templado, por lo que tenía la temperatura perfecta para beber.

La llamada que sonó en su móvil me salvó de decir cualquier tontería.

—Un momento —nos dijo.

Se levantó de la silla y se alejó unos pasos de nosotros. Se puso al otro lado de los maceteros que delimitaban la terraza de la cafetería.

Como bien había dicho Hernán, había ventiladores por todos lados y algunos de los que estaban colgados pulverizaban agua, de vez en cuando. Se estaba genial, a pesar del calor que hacía.

Habíamos tenido suerte de encontrar una mesa libre a la sombra de los toldos.

Le di un bocado al bocadillo, mientras veía a Ilian hablar por teléfono. Tenía una mano en el bolsillo del pantalón del traje y con la otra sujetaba el móvil. Miraba hacia la carretera, por lo que nos daba la espalda.

—Dara.

—¿Sí? —me giré hacia Eva.

—No reaccionabas —me dijo, divertida.

—Las vistas son muy interesantes, ¿no? —me preguntó Hernán.

Sonreí de medio lado.

—No lo sé —le contesté—. ¿Tú crees que lo son?

Elevé las cejas. Hernán rio, mientras Eva pasaba la mirada de uno a otro. Le hice un guiño, antes de beber un sorbo de café.

—¿Vienes con alguien a diario, a desayunar? —le pregunté a Eva.

No sabía si tenía un grupo de compañeros e incluso amigos con los que solía estar cada día de trabajo. Tal vez hoy, por ser mi primer día, se había apartado de ellos para estar conmigo y dedicarme tiempo.

—No —negó, sorprendiéndome.

—¿No vienes con nadie? —insistí, como si no la hubiera escuchado.

—No. ¿Tan raro es?

—No, Eva —le contesté rápido, para no hacerla sentir mal—. Si es la mejor opción que tienes, es maravilloso. De verdad —le sonreí—. A mí también me gusta estar sola e ir por libre. No te sientas mal porque no ha sido mi intención.

—Tranquila —me sonrió—. Hace unos meses dejé de juntarme con otras dos compañeras. Estuvimos bastante, un año, aproximadamente, contando las unas con las otras. Hasta que se cansaron de mí, de repente.

—¿Eso qué quiere decir? —Fruncí el ceño—. ¿Cómo que se cansaron de ti?

Hernán estaba muy atento a la conversación, mientras desayunaba en silencio, observándonos. Ilian continuaba hablando por teléfono.

—Llevo muchos años en la empresa —me contó, con un rubor muy bonito en las mejillas—. Al poco de entrar conecté muy bien con Mariam, pero ella se fue hace tres años.

Cogió una bocanada de aire.

—Cambió de trabajo porque a su novio lo trasladaron en el suyo. Él tenía un trabajo de mucha responsabilidad por el que cobraba tres veces más que Mariam. Por ese motivo ni se lo pensaron.

Hizo una pausa para beber un sorbo de café.

—Ella dejó el trabajo para buscar otro en la nueva ciudad. A pesar de la distancia todavía somos amigas. Viajamos para vernos e incluso planeamos algunas vacaciones juntas. Su novio también se viene. Él es muy simpático y me cae genial. Son una pareja increíble.

Cogió su tostada, pero no para darle un mordisco. Jugueteó con el borde.

—Después de Mariam no intenté hacer amistad con nadie más. Me refiero a profundizar, porque hablar, hablo con todos. Hasta que Carolina y Samara se acercaron a mí. Ya hace casi dos años.

—¿Y qué pasó con esas dos? —le pregunté.

—Todavía no sé por qué me apartaron —rio, pero no con alegría—. Fue de un día para otro. Un día estábamos riéndonos y contándonos nuestras cosas aquí mismo, en esta terraza, y al otro, cuando vi que no llegaban las llamé. Primero a una y después a otra, pero ninguna descolgó mi llamada.

Se encogió de hombros.

—Nunca más desayuné con ellas.

Entrecerré los ojos.

—Qué mierda… —susurré.

—Y muchas mañanas las tengo que ver aquí, en otra mesa. —Negó con la cabeza—. Fíjate si soy tonta, que incluso cuando llevaban días alejándome de ellas, en el momento que las vi aquí me acerqué, para hablar.

Desvió la mirada y observó fijamente la taza. Antes de hacerlo pude ver su mirada brillante, por las lágrimas contenidas.

—¿Qué pasó? —preguntó Hernán, interviniendo por primera vez.

—Que me echaron y se rieron —le contestó Eva. Tragó saliva—. Me dijeron si no entendía que no era bienvenida, que no querían verme cerca. Nunca más.

—No lo entiendo… —dije, desconcertada.

—Da igual. Desde ese momento las mandé a la mierda y es como si no existieran. Cuando me cruzo con ellas ni las miró.

—Me encanta —sonreí de medio lado—. Aunque yo habría aplicado varias cosillas más.

—Has dicho que se llaman Carolina y Samara —habló Ilian.

Nos sorprendió a todos. No nos habíamos dado cuenta de que se había acercado y estaba escuchando la conversación.

Su semblante era serio. Más de lo normal.

Se sentó despacio, sin desviar la atención de Eva.

—Sí —le dijo ella.

—¿En qué plantas trabajan? Quiero saber el departamento en el que están.

—Yo… No lo he contado con ningún propósito. No quiero problemas —comentó apurada y nerviosa.

—Sé muy bien que no era tu propósito, pero las personas que has mencionado trabajan en mi empresa, se mueven por mi edificio y están bajo mi cargo. Mis empleados llevan el respeto y la profesionalidad por delante, así que no tolero, ni voy a tolerar, comportamientos como el que acabo de escuchar. Las crías malcriadas o envidiosas que se quedan lejos de mi vida. Punto.

—Dale la información, Eva —le pidió Hernán.

Le habló muy pausado y calmado, para no ponerla más nerviosa.

—Ilian no va a provocar ningún enfrentamiento entre esas y tú, va a llevar el tema por otro lado —continuó—. El tema que elija no tendrá nada que ver contigo, por lo que ellas ni pensarán en ti.

Eva me miró a mí, como si necesitara mi aprobación, o asegurarse de que no iba a meter la pata.

Yo asentí, animándola a que le dijera a Ilian lo que él necesitaba saber.

Estaba segura de que Ilian podía conseguir la información por él mismo. Y muy rápido, además. Al igual que Hernán, ya que él era el director de Recursos Humanos y tenía acceso a los datos del personal.

Pero era un detalle que ambos le dieran la oportunidad a Eva, contando con ella.

—Las dos trabajan en la segunda planta —contestó al fin ella.

—De acuerdo. —Asintió Ilian—. Gracias. Cuando termine con el asunto te informaré.

—Gracias —susurró Eva.

Hernán le dio un giro al momento, cuando comenzó a hablar de cosas graciosas. Para mi sorpresa, tenía muchas que contar. Este hombre y Diego estaban siendo unos grandes descubrimientos. Estaba encantada con ellos.

Desayunamos con calma. Me sentí muy a gusto y más, al ver como poco a poco Eva volvía a ser la que conocí horas atrás.

Me había dado mucha rabia como la trataron Samara y Carolina. Todavía estaba planteándome si localizarlas y plantarme delante de ellas. Iba a dejar actuar primero a Ilian, después, si lo creía oportuno, me lanzaría yo.

Tal vez no hiciera falta, pero en mi mente comencé a idear cómo sería.

Debo decir que me encantó la reacción de Ilian, como actuó ante lo que escuchó de Eva.

Algo me decía que ambas podíamos estar muy tranquilas.

Capítulo 27



Ilian

—Eva —la llamó Hernán.

—¿Sí?

Se giró hacia él, con una gran sonrisa. Había interrumpido la conversación que tenía con Dara.

—¿Vamos yendo nosotros a la empresa? —le preguntó—. Todavía no es la hora, pero para compensártelo te invito al último café en mi despacho.

—Oh… no hace falta. —Se ruborizó ella.

—Yo diría que sí. Allí estaremos tranquilos, ya lo verás —insistió él, sonriendo—. Estoy seguro de que Ilian y Dara quieren hablar un rato a solas.

—Claro. —Asintió Eva—. Nos vemos —se dirigió a Dara.

Dara observaba fijamente a Hernán, como si le hubiera arruinado la diversión. Hasta que se centró en su nueva amiga. Se sonrieron.

Hernán se hizo el despistado y se despidió de nosotros, diciendo que le había encantado pasar tiempo con todos. También nos dijo que ya había pagado lo que habíamos consumido.

Eva se puso en pie y también se despidió. Los vimos alejarse por la acera. Ella volvía a estar nerviosa.

Dirigí la atención hacia Dara. A ella le costó un poco más hacer lo mismo.

—¿Quieres otro café con leche? —le pregunté, antes de llamar la atención del camarero—. No mires la hora. Tu nuevo jefe no va a poner ninguna pega a que llegues tarde —dije, sonriendo de medio lado.

—Ya… —Ladeó un poco la cabeza—. Aunque yo no estoy muy segura de eso, ya que me han dicho que mi nuevo jefe es muy serio, recto y cuadriculado.

—Eso te han dicho, ¿eh?

—Sí —sonrió.

—¿Y no será parte de lo que tú piensas de él, ya que conoces algo a ese jefe? —Arqueé una ceja.

—No conozco tanto su personalidad. De hecho, lo conozco muy poco. Solo compartí con él…

—¿El qué?

Apoyé la espada en la silla, mirándola fijamente. Dara se movió en el asiento, justo cuando apareció el camarero.

Era el mismo que había coqueteado con Dara.

—Disculpen. ¿Les traigo algo más?

Se inclinó hacia la mesa y comenzó a recoger los platos y las tazas vacías. En varias ocasiones miró de reojo a Dara. Ella le sonrió, antes de centrarse en mí.

Asintió, respondiéndome a la pregunta que le había hecho de si quería un café con leche.

—Un café con leche y uno solo —le pedí al camarero.

—Enseguida.

Se fue dejándonos solos de nuevo.

—Cuando te he visto, no podía creérmelo —le dije—. Me ha costado reaccionar, lo que me recuerda que, entre unas cosas y otras, no nos hemos saludado.

—Tienes razón. Yo me he quedado igual, pero es que ha sido tan desconcertante todo…

Asentí.

—¿Cómo estás? —preguntamos al unísono y sonreímos.

—Vale —rio—. Empieza tú.

—No. Adelante —la invité a hablar.

—Debí haberme dado cuenta antes de que eres jefe.

—¿Por qué?

—Porque eres muy mandón.

Apretó los labios y arqueé una ceja.

—Pues siento decirte que no has visto nada todavía.

Negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo estás? —insistí.

—Estupendamente. Hoy es mi primer día de trabajo en una de las empresas más grandes e importantes de la ciudad. Al llegar me he alegrado de tener muchas plazas libres para aparcar. Si hubiera sabido en cuál me ha dado por dejar el coche…

Puso los ojos en blanco y sonreí de medio lado.

El camarero llegó con el café con leche y el café solo, y se los pagué al momento. Cuando se fue Dara, continuó hablando.

—Nada más entrar en la empresa he conocido a la chica de la recepción. Se llama Eva y es muy simpática. Sé que se convertirá en una buena amiga. Estoy segura —sonrió—. Después está el extra de que me llevo genial con dos más de mis compañeros. Ambos son directores de sus departamentos.

—Te han cundido las pocas horas que llevas en la empresa —le dije.

—Sí. Aunque no tanto en el trabajo, como me habría gustado. Entre ir a por todo lo que necesitaba para vestir mi mesa y organizarla, y después de ver el video que me dejó Diego en la pantalla del escritorio del portátil, sobre el programa de la empresa, no me ha quedado tiempo para nada más porque he entrado y he estado entretenida moviéndome por él.

Cuando terminó de echarle azúcar a su café con leche le dio un sorbo pequeño y continuó.

—Por suerte el programa es muy intuitivo, como me dijo Diego. Después ha venido Hernán a saludarme con su invitación para tomar un café y nos hemos parado en la recepción. Eso ha estado muy bien porque le he demostrado a Eva con Hernán, que los directivos de la empresa no son tan serios e intocables como se pensaba.

Rio.

—Por último, he vuelto a ver a mi nuevo jefe. Oh, sí, lo he dejado para lo último porque fue tan impactante verlo hoy la primera vez, que todavía estoy asimilando quién es realmente mi jefe y lo que representa.

Suspiró, negando con la cabeza.

—Resulta que al llegar aquí he aparcado en la plaza de mi jefe. Sin saberlo, por supuesto. ¿Te lo puedes creer? Claro que sí. —Puso los ojos en blanco—. ¿Cómo iba a saber en ese momento lo que supondría? Me quedé muertecita cuando lo reconocí. Llegué a pensar que me había dado un golpe de calor que me estaba haciendo alucinar —rio—. Y ya está.

—Buen resumen.

—Gracias. Tengo que quedar bien delante de mi nuevo jefe, para que me mantenga en mi puesto.

—Estoy seguro de que tu nuevo jefe quedó impresionado cuando leyó tu currículum y toda la información disponible que tiene de ti. Así que, si yo fuera tú, no me preocuparía por mantener mi puesto.

—Vaya… —susurró.

—Yo tampoco me he repuesto del todo de la sorpresa, pero como empresario y dueño de una empresa que es líder en su sector, estaría loco si prescindiera de una profesional como tú.

—Al final me lo voy a creer de verdad —rio.

—Debes creértelo. Te aseguro que no soy de los que dicen las cosas para que los demás se sientan bien, dejando la sinceridad aparte. He trabajado muy duro para llevar a mi empresa a lo que es ahora, y espero seguir subiendo de niveles, de manera que bajo mi cargo quiero a personas competentes y profesionales. Tú eres ambas cosas y más, de manera que tu puesto está a salvo.

—Gracias, Ilian.

—No me las des.

Cogí mi taza y bebí un sorbo de café.

—Está claro que el día nos tenía varias sorpresas grandes preparadas, pero una vez superadas, vamos a dejar las coincidencias a un lado y el trabajo. ¿Cómo estás? ¿Cuándo terminaste en el hotel?

—Estoy bien, afrontando el cambio de trabajo y adaptándome a él. Álvaro y yo nos fuimos del hotel una semana antes de terminar agosto. Fue cuando César y su novia regresaron. Era a los que estábamos sustituyendo. Después tuve una semana tranquila en mi casa, antes de incorporarme a mi verdadero trabajo. Pero fue por poco tiempo.

—Has tenido unas largas vacaciones.

—Sí —sonrió—. ¿Y tú? ¿Cómo te fue el verano? No te dejaron ni descansar un fin de semana completo.

—Desde que llegué no he dejado de trabajar.

—¿En serio?

Asentí.

—Es algo habitual.

—¿Cómo están Álvaro, Estela y Fani? De ellas sé un poco, por Nico y Joel. Aunque por el primero más. Sé que Nico y Estela están más en contacto, mientras que Joel y Fani han parado un poco. No les hago preguntas. Si quieren contarme algo perfecto, si no, lo dejo pasar.

—Cada uno con sus cosas, pero muy bien —sonrió—. Yo también estoy al tanto de que mis amigas están en contacto con ellos.

Me terminé el café y después de retirar el platillo en el que estaba la taza, me eché hacia delante, para apoyar los brazos en la mesa.

—¿Has sentido alguna vez la tentación de conseguir mi número de teléfono para escribirme o llamarme? —le pregunté.

—Lo hemos tenido muy fácil para localizarnos, pero ninguno de los dos lo ha intentado.

—No sabes lo que he hecho yo en todo este tiempo.

—¿Has pensado siquiera en verme? —Arqueó una ceja.

—No. Tienes razón —me sinceré—. Puede que no me creas, pero no ha sido por falta de ganas o interés. Mis días no son fáciles, me paso las horas en la empresa. Hoy he llegado más tarde, pero lo normal es que salga de casa antes de las siete de la mañana. Entro muy pronto y salgo muy tarde, incluso algunos fines de semana. Y si no trabajo desde casa.

—Eso no puede ser bueno —dijo, haciendo una mueca.

—Que no te oigan Nico, Joel o Zac. Están cansados de insistirme para que frene, aunque a partir de ahora espero hacerlo gracias al trabajo que delegaré en ti. —Le hice un guiño.

—Ah, muy bonito —rio—. Ahora seré yo la que no duerma.

—Tú te lo tomarás con más calma. E igualmente yo estaré ahí. No te cargaré con todo de golpe.

—Si lo hicieras no pasaría nada. Es más, después de lo que acabas de contarme te pido que delegues todo lo que puedas en mí desde el principio.

—Ya veremos… El caso es que me cuesta mucho parar. Si no fuera porque Joel y Nico vienen a mi casa, pasaríamos semanas sin vernos. Con el que estoy más es con mi primo Zac, ya que vive temporalmente en mi casa.

Tamborileé los dedos en la mesa.

—Aunque no voy a mentirte —continué—. De vez en cuando salgo con ellos alguna noche. Así que no pensé en ningún momento en ponerme en contacto conmigo. Aunque sea un tópico, no fue por ti —sonreí.

—Yo lo tenía mucho más fácil y también pasé de ti.

—¿Gracias?

Soltamos una carcajada.

—Me refería a que no tienes que justificarte —me aclaró.

—Te he entendido. Da igual como se haya dado, la vida se ha encargado de lo que no hicimos nosotros.

Capítulo 28



Dara

Levanté la mirada de los números que llevaba un rato revisando. Ya tenía acumuladas varias carpetas sobre la mesa y no había pasado de la primera. Tampoco me había reunido con Ilian para que me diera parte de su trabajo.

Miré la hora en la pantalla del portátil, sorprendiéndome al comprobar que eran las dos de la tarde. Terminaba la jornada de trabajo en media hora, me quedaba un suspiro para todo lo que quería hacer.

Respiré profundo, mientras me echaba hacia atrás. Apoyé la espalda en la silla y me giré hacia la cristalera.

Mirar la hora que era me había abierto el apetito de golpe, de lo que hasta ahora no me había dado cuenta.

Por suerte me dejé la comida hecha la tarde anterior. Ensalada de pasta fue el plato elegido para hoy. Rápido y apetecible, por el calor que hacía. Ah, y un vasito de gazpacho que entraba de maravilla.

Me levanté de la silla para estirar las piernas y despejar un poco la mente. Fui hacia la pared de vidrio y me paré a un paso de ella, para dejar vagar la vista por todo lo que había fuera.

Era un gran privilegio tener un despacho como este.

Varios golpes en la puerta me sacaron de repente del lugar a donde me había ido y me hicieron girar hacia ella.

—Adelante —dije, lo suficientemente alto para que se me escuchara desde el pasillo.

Quien apareció fue Diego. Sonreí al verlo.

—Ahora que queda poco para terminar el día de trabajo, ya puedes decirme qué te ha parecido y cómo te ha ido.

Dejó la puerta entornada y caminó hacia mi mesa. Yo hice lo mismo. Me paré al otro lado, justo frente a él.

—Estoy contenta, si es lo que quieres saber. Aunque lo estaría más si me hubiera dado tiempo a adelantar más trabajo.

Me encogí de hombros.

—Para ser el primer día está bien. Has tenido que adaptarte a todo.

—No sabes lo que he hecho —le dije, divertida.

—Lo imagino y ya está. —Me hizo un guiño.

Reí.

—¿Tienes planes para comer? ¿Me dejas invitarte?

—Hernán y tú estáis muy espléndidos hoy.

Diego y yo miramos hacia la puerta, al escuchar a Ilian. Ahí estaba él, con los brazos cruzados y dejado caer en el marco.

No lo habíamos oído llegar, yo tampoco me había dado cuenta de que la puerta se abría. Al no estar encajada Ilian había sido muy silencioso al moverla.

—¿A qué viene eso, jefe? —le preguntó con diversión Diego.

Se sentó en el filo de mi mesa, de cara a él.

—Hernán es el de la invitación a desayunar y tú a comer —contestó Ilian, con las cejas elevadas—. No la agobiéis.

—No puedes quejarte. Te hemos dejado las noches para ti —habló serio, para después soltar una carcajada.

—Por si no os habéis dado cuenta estoy aquí —intervine.

—Eso es imposible que se nos olvide, preciosa —me dijo Diego.

Me miró por encima del hombro y me sonrió.

—¿Ya habéis terminado de trabajar? —les pregunté.

Me senté en mi silla, ignorando la sensación que sentía por la intervención de Ilian. No quise pensar en cómo interpreté sus comentarios hacia mí, porque la mente jugaba muy malas pasadas y me sonaron demasiado bien.

Me negaba a darle rienda suelta a mis pensamientos. Debía estar muy centrada cuando Ilian se encontraba cerca.

—Yo sí —me contestó Diego—. Por hoy ya he hecho bastante.

—Estoy planteándome bajarte el sueldo —le dijo Ilian.

Diego soltó una carcajada.

—Recoge —me pidió Ilian—. Para ser tu primer día ya está bien.

—Lo mismo que le he dicho yo —comentó Diego.

Ilian lo miró fijamente. Fue una mirada que me dejó en tensión, pero a Diego no pareció afectarle nada.

—Pero… —carraspeé—. ¿Tú también te vas? —le pregunté a Ilian.

—¿Él? —saltó Diego, antes de que Ilian pudiera responder—. No te creas nada de lo que te responda, porque te lo dirá para que te vayas conforme. Es lo que hace siempre.

—¿Por qué no sales de aquí de una vez? —le preguntó Ilian.

—Estoy muy entretenido y a gusto —le contestó, riendo.

—Largo. —Lo echó.

—Joder, jefe. ¡Qué sutil! —se quejó en broma Diego.

Se giró hacia mí.

—Nos vemos mañana, Dara.

—Claro —le sonreí—. Hasta mañana.

—Otro mediodía nos escaparemos a comer sin que el jefe pesado y metomentodo nos vea —me dijo con un guiño.

—Un buen consejo sería que te fueras ya —le advertí y apreté los labios, conteniéndome.

—Sí. ¿Verdad? Gracias, compañera.

Nos sonreímos.

No lo mostré, pero por dentro estaba suplicándole que se quedara. Ilian, yo, y mi despacho no podíamos ser una buena mezcla.

Diego caminó hacia la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón del traje y silbando. Cuando pasó por al lado de Ilian, este lo miró de reojo y Diego rio.

Se despidió de él con varias palmadas en la espalda y luego desapareció de mi despacho.

—No te veo recoger —me dijo Ilian.

Se separó de la puerta y caminó hacia mí.

—Queda media hora.

—Pero yo soy tu jefe y te estoy diciendo que puedes irte ya.

—¿A qué hora tienes previsto irte tú? No es que vaya a quedarme si es muy tarde, pero si es una hora más o así…

—Yo salgo a comer ahora, pero después vuelvo. Como cada día. Ya te he hablado de mi ritmo de trabajo.

—Pero pensaba que estando yo, tú podrías…

—Todavía no nos hemos reunido para comentarte lo que quiero que hagas, no sabes qué trabajo mío realizarás. Será mañana, por un día más con el mismo horario no va a pasarme nada.

—Y cuando tengas mi apoyo, ¿cumplirás con el horario de la jornada de trabajo? ¿Terminarás al mediodía? —le pregunté, con las cejas elevadas.

—Lo intentaré, pero si me voy de aquí a las cinco, por ejemplo, ya será un grandísimo logro. Después la culpable serás tú.

—¿Yo? ¿De qué?

—De que no sepa qué hacer con mi vida, con tantas horas libres —me contestó, con una pequeña sonrisa—. Quizá deba comenzar a plantearme ciertas cosas.

Las señales de alerta se habían encendido en mi interior, ya que Ilian se había parado casi rozando el filo de la mesa.

Sí, una superficie rectangular de madera nos separaba, pero no era muy alentador. Más bien provocador.

Joder. ¿Por qué pensaba en lo que no debía? Ahora Ilian era mi jefe, iba a verlo cada día, seguramente bastante. Además, aunque no fuera de la manera que acababa de decir, nada me hacía pensar que él quisiera verme terminar la jornada tumbada sobre mi mesa de escritorio, como sucedió en la cabaña de mis amigas, en el hotel de verano.

Esa imagen me vino nítida y con fuerza a mi mente. Tragué saliva, sintiéndome… Dios, no podía analizar lo que había provocado en mi cuerpo.

Por ese motivo le hice caso y dejé de resistirme. Me puse a recoger, como me había pedido.

Metí las hojas en su carpeta, sin pararme a colocarlas bien para que siguieran el orden correcto, y guardé la carpeta en un cajón. Las demás las coloqué en otro diferente.

Apagué el portátil, bajé la tapa y me levanté, bajo su atenta mirada. Estaba poniéndome muy nerviosa, pero aguanté con la boca cerrada, como pude.

Con el móvil en una mano fui hasta el armario, para coger el bolso. Me lo colgué al hombro, después de lanzar dentro el teléfono.

—¿Te has aclarado bien con el programa informático? —me preguntó, mientras caminaba hacia él.

—Sí. Por ahora no he necesitado ayuda —le contesté y asintió.

—Te acompaño —se ofreció—. Bajo contigo.

No me dio opción a decir nada, cuando ya me esperaba en la puerta. Se movió rápido. Lo seguí después de soltar un suspiro.

Cerré el despacho con llave y caminamos por el pasillo, en silencio.

—Antes me he acordado de que no te he preguntado por Nico, Joel y Zac. Da igual que Nico hable con Estela, yo ahí no me meto. Tú me has preguntado por mis amigas y yo no he caído en…

—No pasa nada, Dara —me interrumpió—. Los tres están bien. Como siempre —sonrió de medio lado—. No te haces una idea de las bromas que voy a tener que aguantar de ellos, por lo que ha pasado hoy. Hasta que los mande bien lejos. —Sacudió la cabeza—. Si te pitan los oídos será por las veces que te nombrarán.

Reí y me miró de reojo.

Fuimos hacia los ascensores y pulsó el botón para que pararan en la planta.

—Gracias —le dije.

—No hay de qué. —Asintió.

Fue lo poco que nos dijimos. Nos quedamos en silencio y de esa manera bajamos hasta la planta principal.

Estuvimos solos en el ascensor, cada uno con la espalda apoyada en una de las paredes.

Pensé que la tensión me aflojaría las piernas de un momento a otro, mientras que el interior del ascensor se cargaba de demasiadas cosas. No dejamos de mirarnos.

Cuando pasé cerca de la recepción me despedí de Eva, hasta el día siguiente. Ella no tardaría en irse, también.

Agradecí el aire de la calle, a pesar del calor.

Como ambos íbamos hacia el estacionamiento, continuamos nuestro camino juntos. Hasta que llegamos a mi coche, ya que el suyo estaba más alejado. Por mi culpa.

—Nos vemos mañana —le dije, después de abrir la puerta del coche para que saliera el calor concentrado.

—Claro. A no ser que quieras abandonar…

—No —reí.

—Tampoco te dejaría.

—No podrías evitarlo.

—No estés tan segura —sonrió de medio lado.

—Mañana tendrás tu plaza libre —le dije, notando mucho calor.

Y no tenía que ver con la temperatura que hacía.

Antes de que pudiera decirme algo al respecto, volví a hablar.

—Por cierto, ¿qué más plazas están ocupadas fijas? No lo sé.

Miré hacia los lados.

—¿En cuál puedo apartar sin problema?

—Tú tienes una fija, Dara. Pensaba que Hernán o Diego, o incluso Eva, te lo habrían dicho.

—No sé nada.

—Ven.

Sin esperármelo, me agarró del brazo y tiró de mí. Me llevó con él, hacia el centro del carril.

—La cuarta, contando desde la mía —me informó.

Señaló en esa dirección y vi una plaza vacía, a la sombra porque estaba techada, como la de Ilian.

—¿Por qué no has aparcado ahí?

—Porque no sabía ni lo que hacía, después de encontrarme contigo. Me he quedado bastante loco.

Giré la cabeza hacia él y nos reímos.

—Que aproveche y descanses, Dara.

—Igualmente. Lo que puedas.

Asintió.

Durante unos segundos nuestras miradas volvieron a quedarse enganchadas, hasta que él rompió el momento al dar un paso hacia atrás.

—Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana —lo imité, pero susurrando.

Ilian me dio la espalda y comenzó a caminar por donde habíamos venido. Se fue en dirección contraria a su vehículo.

—¿Y tu coche? —le pregunté, alzando la voz.

Reaccioné tarde, ya se había alejado.

—He venido a acompañarte. Siempre como en el restaurante que está a una calle de aquí —me contestó, mirando hacia atrás.

—Ah. Vale.

Lo último que vi, antes de que volviera a darme la espalda, fue su sonrisa.

Me quedé como una tonta en medio del carril del estacionamiento, hasta que, pasado no sé cuánto tiempo, conseguí reaccionar para montarme en mi coche.

Capítulo 29



—Estoy flipando —dijo Estela.

Fani y yo no podíamos parar de reír, ya que al contarles con lo que me había encontrado hoy en mi nuevo trabajo, a Estela se le habían caído las gafas de sol por la sorpresa y ella había ido a parar a la hierba, al moverse demasiado rápido y descoordinada sobre la tumbona.

Se había quedado sentada en la hierba, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en el lateral de la tumbona.

Eran cerca de las siete de la tarde. Estábamos en el jardín de mi casa y hacía unos minutos que habíamos salido de la piscina.

Álvaro debía estar a punto de llegar. Últimamente salía más tarde de su trabajo, cuando su horario real era muy parecido al que tenía en mi nueva empresa. Él trabajaba tres días a la semana de ocho de la mañana a tres de la tarde. Los otros dos días restantes terminaba a las dos, entrando a la misma hora.

El problema era que desde hacía una semana y media también trabajaba por las tardes, alargando mucho la jornada. Era temporal, debido a un incidente que les había dado muchísimo más trabajo y era urgente.

Había salido del trabajo a las seis y media, pero a esa hora había bastante tráfico. Venía para unirse a nosotras. Le sentaría genial un baño en la piscina, antes de cenar.

Habíamos dicho de pedir temprano comida mexicana, para cenarla en mi porche. La cosa era estar juntos sin entretenernos mucho, ya que al día siguiente había que madrugar.

—¿Cómo puedes soltar esa información así? —preguntó Estela, a modo de queja.

Bufó.

—¿Cómo querías que nos contara lo que le ha pasado? —le preguntó Fani, entre risas—. ¿Cantando?

—Joder. Como mínimo, podría habernos hasta bailado.

Puso los ojos en blanco y después se unió a las risas de Fani.

Sacudí la cabeza, antes de apoyarla en la tumbona. Se estaba genial al final de la tarde y fresquita, todavía mojada.

El sonido del timbre evitó que Estela continuara echándome en cara mi manera de soltarles lo de Ilian. Álvaro había llegado.

—Voy yo —dijo Fani.

Se levantó de la tumbona y se dirigió al interior de la casa. Yo me incorporé para quedarme sentada al estilo meditación, con las piernas flexionadas y cruzadas.

Fani no tardó en volver con un Álvaro sonriente. Había pasado por su casa para cambiarse de ropa, a pesar de que en la mía siempre tenía un bañador de repuesto. Aunque no sería una novedad que se bañara en ropa interior, como nosotras.

Con el bañador se había puesto una camiseta de manga corta que le quedaba genial.

—Hola, preciosa —me saludó.

—Hola, guapísimo —le correspondí, devolviéndole la sonrisa.

Se agachó y nos dimos un beso en la mejilla. Después se acercó a Estela para hacer lo mismo y terminó sentado al final de mi tumbona.

—¿Un baño? —nos preguntó, antes de sacarse la camiseta por la cabeza.

—Me apunto —contestaron al unísono Fani y Estela.

Álvaro me miró, esperando mi contestación, y se la di con un asentimiento.

Los cuatro fuimos hacia las escaleras de la piscina y nos lanzamos al agua en cuanto bajamos los primeros escalones. La piscina tenía una entrada muy cómoda, los escalones eran anchos y antideslizantes.

Había compartido en ella muchísimos momentos con mis amigos. Era nuestro lugar favorito del jardín, donde teníamos largas conversaciones con las que no arreglábamos el mundo, pero sí que nos servían para desahogarnos y fantasear.

Podíamos pasarnos horas sentados en los escalones, disfrutando de tener partes del cuerpo dentro del agua, mientras bebíamos lo que nos apetecía en esos instantes. Hablando, riendo y hasta llorando. Teníamos historias de todo tipo.

En uno de los escalones me senté, después de salir a la superficie del agua. Me pasé las manos por el pelo y me quité el exceso de agua, mientras le sonreía a Álvaro. Mi amigo se acercó a mí y se sentó a mi lado. Estela se quedó apoyada en el poyete y Fani siguió con su baño.

—Vas a alucinar cuando te cuente qué le ha pasado hoy en el nuevo trabajo —le dijo Estela a Álvaro, señalándome.

Él me miró, divertido, y yo negué. Con ese gesto supo que no tenía nada nuevo que contarle.

—Yo ya hace rato que aluciné —le dijo Álvaro.

Fani rio en medio de la piscina.

Así era. Mi amigo fue al primero que le conté todo, mientras ambos comíamos. Él en un bar cerca de su trabajo y yo en mi casa.

—Joder. —Bufó Estela—. ¿Cómo podéis estar tan tranquilos? Ha sido una coincidencia asombrosa. ¡Por Dios! ¡Qué Ilian es el nuevo jefe de Dara! —exclamó, antes de hundirse en el agua.

Los demás reímos, lo mismo que hizo Estela cuando sacó la cabeza.

—Tenemos claro los cuatro que no pasará más de unos días, una semana como mucho, para que Ilian te lleve al lado oscuro en el trabajo, ¿verdad? —preguntó Estela.

—Estás fatal —le dijo Fani.

Vino a las escaleras y se sentó en el escalón.

—¿El lado oscuro? ¿Lo has dicho porque estás pensando en un posible sitio oscuro o por algo diferente que tienes en tu cabeza? —le preguntó Álvaro.

—A saber, a lo que le da vueltas… Yo mejor vivo en la ignorancia —comenté.

Álvaro soltó una carcajada.

—Oyeee… —rio también Estela—. ¡Tenéis que responder!

—Ahora tengo curiosidad —comentó Fani—. Yo quiero datos, detalles de lo del lado oscuro, porque desde que lo he escuchado solo pienso en una cosa.

—Oh, ¡venga ya! —me quejé, poniendo los ojos en blanco—. No puedo creerme que tú también te apuntes a eso. —Señalé a Fani.

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa pícara.

—No voy a hablar de Ilian como esperáis. Estáis pensado en algo que no va a suceder —suspiré—. Entre él y yo no va a volver a pasar nada, lo que ocurrió en el hotel se quedó allí. Fue muy breve, pero intenso. Nos lo pasamos bien y se acabó.

Me encogí de hombros.

—Y está bien de esa manera. Estaría loca si quisiera otra cosa. ¡Ahora es mi jefe! Madre mía, es que me da hasta vértigo solo pensarlo. Todavía estoy digiriendo que trabajo para él —reí.

—¿Os habéis creído algo de lo que ha dicho? —preguntó Estela.

Se dirigió a Álvaro y a Fani, a quienes miró al hablar.

—Yo solo lo de que todavía lo está digiriendo —contestó Fani, con una risilla.

—Yo lo de que fue intenso, que se lo pasó bien y lo del vértigo, pero esto último por lo que va a volver a sentir cuando se dé cuenta de que ella no puede decidir sobre algo que no controla. Y a Ilian no va a controlarlo —aseguró Álvaro.

—Sois unos traidores —me quejé, lanzándoles agua a la cara.

Terminamos riéndonos y con el agua goteando por nuestras cabezas.

—Voy a por unas cervezas y después me echaré otra vez en la tumbona —dijo Fani.

—Te acompaño. Yo voy a llamar ya al mexicano, para que traigan la comida entre las ocho y ocho y media —comentó Estela y los tres asentimos—. Esto solo es una pausa —me dijo, señalándome—. No te pienses que voy a dejar el tema, necesito más información sobre Ilian.

Salió de la piscina riendo y Fani la siguió, con una gran sonrisa.

—Te espera una cena muy larga —comentó Álvaro, cuando estuvieron lo bastante lejos para no escucharlo.

Cerró los ojos y enfocó la cara hacia el cielo, para disfrutar de los últimos rayos del sol. Este daba en gran parte de la piscina, durante todo el día. Solo había una esquina en la que se podía estar a la sombra.

Lo bueno era que podías elegir, según te apeteciera.

—Creía que ibas a defenderme y a frenarla —le dije, con diversión.

—Lo haré, pero puedo tener cualquier despiste.

Abrió un ojo, para mirarme de reojo. Sonreí.

—¿Cómo te sientes ahora, después del tiempo que ha pasado? —me pregunté.

Se giró sentado en el asiento, para ponerse de cara a mí. Apoyó la espalda como la tenía yo, en la pared de la escalera, quedándose de lado y con las piernas estiradas en el escalón.

—Aún me parece demasiado sorprendente, pero es lo que hay —suspiré.

—¿Estás preparada para trabajar con Ilian, para verlo cada día y estar cerca de él en muchos momentos?

—No me queda otra, Álvaro. También es lo que hay. Esta mañana, entre unas cosas y otras, he trabajado poco, pero sé que va a gustarme y que me sentiré muy a gusto. Así ha sido hoy. Eva, Hernán y Diego son geniales y me han tratado muy bien, como si me conocieran de toda la vida —sonreí.

Le había hablado de ellos, por supuesto. Al contarle lo que me había pasado en la nueva empresa no me había dejado nada de lo que me había sucedido hasta el final de la jornada.

A Fani y a Estela también les había hablado de ellos. Una de las primeras cosas que me dijeron cuando terminé, fue que invitara a Eva para salir el fin de semana con nosotros.

—No hablo de que estás obligada a contar con Ilian y a verlo diariamente. Puede que te libres algún día, pero esos serán los mínimos. Mi pregunta va más allá de que él sea tu jefe y de que estés bajo sus órdenes, en su empresa. Te he preguntado a nivel personal, sobre tus sentimientos, esos que te empeñas en esconder porque ahora estás cagada. Te da miedo cometer un error con Ilian, dada la nueva situación.

—Algo dentro de mí ha dado un vuelco al encontrarme otra vez con él —dije, pensativa—. Aunque parezca mentira, su presencia sigue inquietándome, poniéndome muy nerviosa, y sí, excitándome también. Joder, si vieras lo bien que le queda el traje. Es una tortura.

Bufé y Álvaro soltó una carcajada.

—¿Por qué va a parecer mentira? Para mí es normal que te pase eso, que te sientas de esa manera. Ilian llamó tu atención desde la primera vez que se puso delante de ti. Vale —rio, al ver mis cejas alzadas.

—Te recuerdo que estabas conmigo, al otro lado de la barra del bar del hotel —le dije y me hizo un guiño.

—De acuerdo. No comenzasteis con buen pie, pero de una forma o de otra, os llamasteis la atención. La tensión del principio os duró muy poco. Sin embargo, a pesar de vuestro pique inicial, ambos os buscabais con la mirada continuamente. Hasta que sucedió lo que se esperaba.

—Da igual, Álvaro. De lo que estamos hablando es pasado, ahora estamos en el presente y todo ha cambiado mucho. Tú y yo hace semanas que recuperamos nuestras vidas, después de unos meses desconectados en el hotel. Ya no soy camarera, Ilian tampoco es un cliente y huésped. No tiene sentido mirar hacia atrás, porque en este momento todo es muy diferente y hay demasiadas cosas reales en juego.

—Pues es una gran pena —dijo Fani.

Álvaro y yo la miramos.

Bajó unos cuantos escalones y se agachó para darnos un botellín de cerveza a cada uno. Después subió, bebiendo del suyo.

—Es una pena que dejéis de lado a Dara y a Ilian. A la mujer y al hombre, a las necesidades de cada uno y a los sentimientos que os provocáis.

Con esas palabras se fue hacia las tumbonas.

Cuando dirigí la vista hacia Álvaro vi en él que estaba de acuerdo con Fani. No hizo falta que hablara.

Me llevé el botellín a los labios y le di un buen trago a la cerveza, desviando la mirada hacia el agua.

Capítulo 30



Ilian

Bajé los escalones rápido, para llegar cuanto antes a la entrada de mi casa.

Acababa de salir de la ducha y solo me había dado tiempo a enrollarme la toalla a la cintura. Iba hacia la puerta principal descalzo y mojado.

Zac no estaba, llegaría en un rato de la casa de mis padres.

Quien picaba como si quisiera fundir el timbre seguía haciéndolo, por lo que cuando abrí la puerta, de golpe, no lo hice con mi mejor cara ni de buenas maneras.

—Joder, tío. Das miedo, y eso que vas solo con una toalla —dijo Nico, con un silbido.

—¿Qué hacéis aquí y por qué narices tanta insistencia? —les pregunté, sorprendido al ver a mis amigos.

Joel también estaba. Eran las nueve de la noche.

—La culpa es tuya. No puedes soltarnos por mensaje la bomba de Dara, con poquísimas palabras, y salir de la conversación para olvidarnos —se quejó Nico.

—He esperado unos segundos, pero como no habéis aparecido en la conversación me he metido en el baño.

Nico pasó por mi lado y entró en mi casa. Joel se encogió de hombros, sonriente.

—Estoy de acuerdo con él. Si nos hubieras dado más datos Nico no se habría presentado en mi casa, para arrastrarme hasta aquí —comentó Joel.

—Ya os vale… ¡Voy a pasarte la factura del timbre, como se estropee! —grité para que Nico me escuchara bien.

Oímos sus risas.

—¿Y Zac? ¿También está duchándose? —me preguntó Joel.

—No. Está en la casa de mis padres, no tardará en llegar —le informé y asintió.

—Anda, ve a terminar —me pidió—. Nosotros vamos preparando la comida en los platos.

Cuando lo dijo, me fijé en las dos bolsas que había en el suelo, a un lado del marco de la puerta. Joel se agachó para cogerlas y entró. Yo cerré la puerta, negando.

—¿Os he invitado a cenar y no me acuerdo? —les pregunté, cuando llegué al salón.

Ambos estaban en el centro, de pie.

—Qué gracioso estás hoy —dijo Nico, riendo.

Arqueé una ceja y me crucé de brazos.

—Te hemos quitado un calentamiento de cabeza. Ni Zac ni tú tenéis que meteros ya en la cocina —hablo Joel, moviendo las bolsas de la comida—. Nos lo vas a agradecer.

Me hizo un guiño, antes de ir hacia la cocina. Nico lo siguió, mirándome con una sonrisa pícara.

Puse los ojos en blanco y los dejé que hicieran lo que quisieran. Me dirigí hacia las escaleras y las subí, para volver a mi habitación.

Una vez en ella entré en el baño, me quité la toalla y me sequé el cuerpo. Lo último fue pasarme la toalla por el pelo, para quitarle el exceso de agua.

Al terminar, fui desnudo al vestidor, donde me puse un bóxer y un pantalón corto de pijama. Nada más, de esa manera y descalzo, bajé a la planta principal para reunirme con mis amigos.

—Huele bien, ¿eh? —me preguntó Nico, en cuanto entré en la cocina.

—Sí —confirmé.

Me acerqué a la isla, para ver bien qué habían traído. Por lo menos habían elegido estupendamente, se me abrió el apetito de golpe.

—¿Has comido este mediodía? —me preguntó Nico.

—Claro. He ido al bar —le contesté y ambos asintieron—. ¿Podéis dejar de preocuparos por todo lo que hago o dejo de hacer?

Negué con la cabeza.

—No —respondió rápido Nico—. Así que deja de decir tonterías. Esto ya está.

Agrupó los envases vacíos y los metió en la bolsa que le dio Joel, justo cuando escuchamos cómo se abría la puerta de la casa. Zac vino directo a la cocina y también se sorprendió al ver a Nico y a Joel.

—Vaya sorpresa —dijo mi primo.

—Ya ves —se dirigió a él Nico—. La noche lo merece —rio.

Zac lo miró sin entenderlo y después a mí. Me encogí de hombros.

—¿Cenamos en el porche? Esta noche no siento tanto agobio como las anteriores —comentó Joel.

—Cuando iba a por ti he escuchado en las noticias que las intensas temperaturas iban a darnos una tregua, durante unos días —contó Nico —. Vamos a disfrutarlo.

—Pues al porche —dijo Zac.

Mientras mi primo iba un momento al baño y a su habitación para ponerse cómodo, Joel, Nico y yo limpiamos la mesa del porche y sacamos todo lo necesario para comer.

Lo último fueron los platos con la comida, con los que nos ayudó Zac. Colocamos sobre la mesa la variedad de comida que habían traído.

Una vez que nos sentamos, comenzamos sirviéndonos individualmente.

—Ahora sí, ya más calmado, os digo que podéis venir todas las noches que queráis —les dije a mis amigos, después de masticar—. Pero como vuelvas a hacer lo mismo con el timbre, eso será lo primero que te tragues. Avisado estás —le advertí a Nico.

Él soltó una carcajada.

—No veas como se ha puesto tu primito, por una tontería —le dijo Nico a Zac, entre risas.

—Me imagino la situación. Estoy seguro de que tú no eres inocente —Zac habló convencido y sonreí.

Cogí la copa y le di un sorbo al vino. Las únicas ocasiones en las que abría las botellas de vino era cuando estaba acompañado, ya que cuando comía solo tenía la costumbre de beber agua. Esa era la bebida que me había pedido en el bar, al mediodía.

Las cervezas quedaban aparte de esa norma. Esas sí que las consumía cuando me apetecía.

—Te he dicho que nos agradecerías lo de la cena —me dijo Joel, con un guiño.

—A ver, cuéntanos desde el principio lo de Dara porque nos has dejado locos con el mensaje tan breve que has enviado al grupo —me pidió Nico, antes de llenarse la boca con una carne que se deshacía sola.

—¿Qué mensaje? ¿Dara? Joder. ¿Qué me he perdido? Estaba con mis tíos y no he estado pendiente del móvil. No he visto nada —comentó Zac—. Ahora he dejado el móvil en la habitación.

—Es mejor que te estés enterando ahora. Créeme —le dijo Nico, riendo.

Carraspeé, para comenzar a hablar.

—El resumen es que, al llegar a la empresa me he encontrado con que un coche había estacionado en mi plaza. He llamado a Eva, la recepcionista, para que averiguara de quién era, y al cabo de un rato han aparecido ella, Diego y Dara. Sí, hablo de la Dara del hotel en el que pasamos un breve fin de semana en verano —le aclaré a Zac, por cómo me miró.

Mi primo agrandó los ojos.

—Al verla me costó reaccionar. Joder, no esperaba tenerla delante.

Sacudí la cabeza.

—Qué puñetera casualidad que ella eligiera tu plaza para dejar su coche. Es una locura todo —comentó Nico.

—Así que Dara ha sido el contratiempo que te has encontrado esta mañana… —me dijo mi primo—. El contratiempo por el que me has dicho que iba a flipar.

Asentí y ambos sonreímos.

—Con razón estabas tan contento —rio Zac.

—¿Y cómo es que trabaja para ti? —me preguntó Joel.

—Hernán la ha contratado para cubrir el puesto de directora financiera y para darme apoyo a mí, en mi trabajo. Con su ayuda espero liberarme de bastante trabajo, para comenzar a tener más tiempo para mí.

—Mierda, lo último ha sonado a orgásmico —soltó Nico.

Reímos.

—Lo digo en serio. No sabes lo contentos que estamos de que hayas tomado esa decisión —añadió Nico.

—No hace falta que me lo digáis. Lo sé. —Asentí.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Joel—. Nos dijiste hace unos días que Hernán tenía a la persona perfecta para el puesto, pero hablaste de un hombre.

—Era lo que yo creía, así que imaginaos la sorpresa que me he llevado al saber que era Dara. He ido de sorpresa en sorpresa.

Bebí otro sorbo de vino, antes de llenarme la boca de comida. Cuando tragué, continué hablando.

—Estaba convencidísimo de que Hernán se refirió a un hombre cuando me informó del tema. Así se lo he dicho esta mañana. En aquel momento debía estar tan liado y agobiado que no le presté la atención suficiente.

Moví la comida con el tenedor.

—El caso es que Dara está dentro de mi empresa y, después de ver su currículum y de saber su trayectoria profesional, más toda la información adicional, puedo decir que estoy más que satisfecho porque Hernán ha acertado de pleno con su contratación.

—Joder, tío, qué puñetera coincidencia. Es que cuanto más lo pienso… —dijo Nico.

—¿Habéis hablado? —quiso saber Zac—. Porque ella ha debido quedarse peor que tú, al darse cuenta de que trabaja para ti.

—¿Y eso es malo? —le pregunté, con una ceja arqueada.

—Para nada —rio mi primo—. Estar en tu empresa es lo mejor que le ha podido pasar. Se dará cuenta rápido, de lo bien que tratas a tus empleados y lo que los valoras, gratificándolos como se merece cada uno —lo arregló con un guiño.

—Sí, hemos hablado —les confirmé—. Hemos desayunado juntos, con Eva y Hernán, y después nos han dejado solos para ponernos al día. Eva y Hernán no saben la breve historia de Dara y mía, lo mismo que pasa con Diego. Dara y yo no hemos hablado de ello, pero los chicos no han necesitado mucho para darse cuenta de que había algo.

Capítulo 31



—¿Y cómo ha ido? —quiso saber Joel.

—Bien —respondí, pensativo—. Creo. He notado los nervios de Dara en todo momento, pero es normal dada la situación que se nos ha venido encima de golpe.

—¿Qué pasará a partir de hoy? —me preguntó Nico.

—¿A qué te refieres? —le devolví la pregunta, observándolo por encima del borde de la copa.

—A ti te pone un montón ella. Te atrae muchísimo. A eso me refiero —me aclaró, mirándome con picardía.

—Y apuesto a que a Dara todavía le pasa lo mismo contigo. Por algo terminasteis bien enredados hace unos meses —comentó Joel.

—No sé tú —carraspeó Nico—, pero yo veo claro lo que va a suceder.

—Soy su jefe y como empresario que mira por su empresa y quiere lo mejor para ella, no voy a poner a Dara en ningún apuro ni a arriesgarme a que deje su puesto, si es que pasara algo entre nosotros y terminara mal —les dejé claro—. No voy a mentir, claro que me gustaría estar con ella otra vez, pero no puedo hacerle eso.

—No te enteras de nada, tío —me dijo Nico.

—¿De qué no me entero, según tú? —le pregunté con una ceja arqueada.

—De que no vas a poder elegir —contestó Joel, por Nico—. Ahora queda muy bien el pensamiento que da vueltas en tu cabeza. Pensamiento que entendemos porque comprendemos el punto por el que lo dices.

Hizo una pausa para beber un sorbo de vino, antes de continuar.

—Y es admirable por tu parte, pero hay cosas a las que uno no puede ponerle freno, ya que de una manera u otra terminas acelerando y ya no hay marcha atrás —terminó con un guiño.

Me quedé callado, meditando las palabras de mis amigos. Fijé la vista en la copa y me bebí el contenido de golpe.

Habían dado en la diana, al hablar del único miedo que sentía hacia Dara: el no poder contenerme y cagarla con ella. Era lo que quería y al mismo tiempo no. Estaba hecho un lío. Lo único que tenía claro con respecto a ella era lo que sentía al tenerla cerca y las reacciones de mi cuerpo.

—Mañana cuenta conmigo en el trabajo —me dijo Zac, sacándome de mis pensamientos.

—Por qué será…

—No voy a perderme los primeros días —dijo con diversión.

—¿Y tú? —le preguntó Nico a Joel—. He dejado pasar el tiempo. No he querido meterme, pero estabas muy ilusionado con Fani y de repente dejó de existir para ti. Hablabas mucho de ella cuando estabais en contacto, hasta que te fuiste de viaje de trabajo.

—Es verdad —intervine—. Volviste cambiado. Yo también he querido darte tu espacio, pero algo tuvo que pasarte.

—La cagué en el viaje —nos confesó Joel.

Fruncí el ceño.

—¿De qué hablas? —le preguntó Zac, adelantándose a mí.

—Que me lie con una mujer, varias veces, durante el viaje de trabajo —nos contó.

Se pasó las manos por el pelo, visiblemente agobiado.

Me eché hacia atrás. Apoyé la espalda en el respaldo, separándome del plato vacío, sin apartar la mirada de Joel.

—¿Quién hace eso cuando está conociendo a otra mujer? Joder, me sentí tan mal… Me siento tan mal que no he sido capaz de hablar otra vez con Fani. Sé que no teníamos una relación, joder, solo estábamos tonteando, pero había un interés por ambas partes y le fallé.

—A ver, no tienes que ponerte así. Como has dicho, Fani y tú no erais nada y después de lo que pasó en tu viaje, no te has acercado a ella. No le has metido.

—Le habría dicho la verdad si la hubiera visto —dejó claro Joel.

—Lo sabemos —le dije.

—Era una manera de hablar. Claro que sabemos que habrías sido sincero —comentó Nico—. Lo que quiero decir es que no puedes verte y tratarte con tanta dureza.

—Si quieres saber mi opinión, no tendrías que haberte escondido —me dirigí a Joel—. Llevarías tiempo sintiéndote mejor si hubieras hablado con Fani.

—Es una buena chica, no quería hacerle daño.

—No creo que le haya hecho mucha ilusión ver cómo la ignorabas, día tras día —carraspeó Zac.

—¿Tú sabes algo por Estela? —quiso saber Joel, dirigiéndose a Nico.

—No —contestó rápido él—. No hablamos de vosotros, te lo prometo.

—Vale —suspiró.

—Creo que estás muy confundido. Ahora el que no se entera eres tú —le dije. Joel me miró con el ceño fruncido—. Desde fuera todo se ve más claro, no hay tantas dudas. En cambio, al verlo uno mismo, al vivirlo, podemos distorsionar la realidad.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Joel.

—Que estás pasando por una separación sin que lo haya sido en ningún momento. No rompisteis nada, no teníais una relación, pero tú lo sientes así porque, quizá, tus sentimientos hacia Fani son más diferentes de lo que crees.

—Es verdad, tío. Muchas veces te pillamos pensativo y, aunque te esfuerzas por aparentar normalidad, se te nota que algo no encaja bien del todo. Dale una vuelta, o dos, o tres…

—O las que hagan falta hasta que llegues a una conclusión real —terminé por Nico—. Vas a sorprenderte a ti mismo.

—Si todavía no puedes dejar de pensar en Fani, si te viene constantemente a la memoria, si cuando escuchas algo de alguien cercano a ella prestas atención de repente, entonces estás bien jodido y ni lo sabes —dijo Zac—. Te lo digo yo.

—Joder, joder… —susurró Joel.

—Ahora no vayas a ponerte nervioso —le hablé—. Piensa bien en todo y sincérate contigo mismo. Después actúa.

—La he cagado —dijo agobiado.

—Vamos contigo. —Nico se dirigió a Zac.

—Paso —reaccionó rápido.

—Eres un aguafiestas —se quejó Nico.

—Lo que tú digas, pero estoy muy tranquilo como para alterarme por nada —dejó claro Zac.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dije.

Mi primo asintió, con el inicio de la emoción reflejándose en sus ojos. Le sonreí.

—Así que el panorama está así… —carraspeó Nico—. Zac va mejorando, aunque todavía le queda para estar bien del todo. Joel ha descubierto que cagarla a veces es bueno, para darse cuenta de lo que siente y de lo que vale la pena. Ilian tiene un problemón encima, pero ya quisieran muchos ese tipo de problema.

Soltó una carcajada, mientras se frotaba las manos.

—Problema que solucionará cuando menos se lo espere. Y, por último, estoy yo, que vivo atontado con Estela. Para vuestra información, vamos a vernos esta semana. Hemos quedado, aunque todavía no sabemos el día.

Habló ilusionado y los tres sonreímos al verlo.

—Tiene gracia que el que decía y repetía que no quería comprometerse nunca, vaya a ser el primero en caer —comentó Joel, refiriéndose a Nico.

—Ya te digo —dije, con diversión.

—La culpa es tuya. —Me señaló Nico.

—¿Perdona? ¿Y ahora qué he hecho?

—Si no hubieras comenzado a tontear con Dara en el bar del hotel, que si miraditas por aquí y por allá, no habríamos conocido a sus amigos y a ella, por lo que Estela sería una desconocida para mí. Acabo de darme cuenta de que tengo que darte las gracias —dijo serio.

Joel, Zac y yo reímos con ganas.

—Bueno, yo no conocí a Dara —habló Zac—. Os juntasteis y os presentasteis los dos grupos cuando Ilian me llevó a la cabaña.

—Es verdad. Qué borrachera cogiste esa noche —sonrió Joel.

—La necesitaba —añadió Zac—. Así que estoy deseando presentarme a Dara, cuando la vea mañana en la empresa. —Me hizo un guiño.

—No sé si se acordará, pero le dije como te llamabas. Fue cuando estábamos en la playa, de noche —le informé.

Asintió.

—¿Recogemos y nos vamos? —le preguntó Joel a Nico.

—Sí, tío. No quiero acostarme muy tarde —comentó Nico.

—Pues venga. Se acabó por hoy —les dije.

Nos levantamos los cuatro y lo llevamos todo a la cocina. Dejamos las cosas en el fregadero y Zac y yo acompañamos a Joel y a Nico hasta la puerta.

Nos despedimos de ellos y en cuanto cerré con llave, cerré la corredera del porche, fuimos apagando las luces mientras caminábamos y subimos las escaleras.

—¿Cómo has pasado el día de fiesta? —le pregunté.

—Genial. Me ha sentado de maravilla —me contestó sonriendo.

—Me alegro.

—Me encantaría compartir un día así contigo. De vez en cuando no estaría nada mal que lo experimentaras.

—Quién sabe, lo mismo está más cerca de lo que pensamos —dije, sonriendo de medio lado.

—Me encanta verte así.

Nos paramos frente a la puerta de mi habitación.

—¿Cómo? —le pregunté con curiosidad.

—No sé. Se te ve diferente, con más vida, con más energía. No sé decírtelo mejor, pero es algo que se nota. Estoy seguro de que Nico y Joel también se han dado cuenta, aunque no hayan dicho nada.

—Ni se te ocurra preguntarles —le advertí.

Mi primo soltó una carcajada, mientras yo entraba en mi habitación.

—Tranquilo. No seré yo el que les dé motivos para continuar con el tema de Dara —me dijo con un guiño.

Nos deseamos buenas noches.

Capítulo 32



Dara

—Entonces, ¿estás contenta, cariño? —me preguntó mi madre.

—Sí, mamá.

—¿Ya has llegado?

—Acabo de estacionar en mi plaza. Ya te contaré la aventurilla que tuve ayer por aparcar donde no debía.

—Ay, ¿te dijeron algo? —se preocupé

—Más que algo —reí, sacando la llave del contacto—. Pero tranquila, todo terminó muy bien.

—Menos mal —suspiró—. Me alegro de que estés tan contenta en el nuevo trabajo.

—Gracias, mamá. Más tarde te digo si me paso por casa, ¿vale?

—Claro, cariño. Que tengas buen día.

—Igualmente, mamá. Te quiero.

—Te queremos.

Sonreí mientras colgaba porque siempre que mi padre no estaba cerca en nuestras llamadas, lo incluía en todo. Hablaba por los dos. No hacía falta, pero a mi madre le salía solo.

Me bajé del coche, lo bloqueé y caminé por el estacionamiento, yendo hacia la empresa.

En cuanto entré me acerqué al mostrador de la recepción, sonriendo.

—Hola, Eva —la saludé.

Estaba de pie y de espaldas, pero al escucharme se giró hacia mí con una sonrisa muy parecida a la mía.

—Hola, Dara. Buenos días.

—Buenos días.

—Llegas pronto.

—Quería adelantarme un poquito —le dije.

—Yo voy a por un café a la cafetería de aquí. ¿Quieres uno?

—Te lo agradezco, pero en el despacho tengo cafetera.

—Lo sé. Era por si no te apetecía liarte a hacértelo.

—No pasa nada.

Ladeé un poco la cabeza, al ver algo muy sutil en ella. Fue casualidad y suerte que me fijara en el cambio que mostró en su expresión, ya que tardó un segundo, quizá menos, en volver a su cara habitual.

—¿Estás bien? —le pregunté, apoyando los brazos en el mostrador.

—Claro —me contestó, demasiado rápido.

—Vale. —Asentí.

No quise tocar más el tema. Por el momento. La observé detenidamente.

—He cambiado de opinión —le dije—. Prefiero tomarme el café contigo, en mi despacho y sola es muy aburrido.

Le hice un guiño.

—Será rápido.

—Sí —le sonreí.

Eva salió del otro lado del mostrador y fuimos a la cafetería del edificio. Era la primera vez que hacía el camino, el que no tenía pérdida.

Entramos a una sala con muchas mesas repartidas por todo el espacio y con una barra larga. Aunque era temprano había muchas personas.

Ocupamos una mesa, pero Eva no se sentó.

—Hay que pedir en la barra —me informó—. Voy yo. ¿Un café con leche?

—Sí —le confirmé.

No me dio tiempo a sacar del bolso la cartera. Eva se fue rápido, hacia la barra.

La observé, aunque me daba la espalda. ¿Era paranoia mía o la veía un poco encorvada?

Sacudí la cabeza, para dejar de pensar en cosas sin sentido.

Y de la nada, poco faltó para que se me desencajara la mandíbula, cuando aparecieron de repente dos chicas y cogieron las dos sillas libres que tenía yo delante. Una era para Eva.

Me levanté de la mía, alucinada por los tirones que les habían dado a las sillas, para arrastrarlas lejos de la mesa. Las llevaban con ellas, aunque no iban a llegar muy lejos.

Me importaba una mierda que una de las sillas no la fuéramos a utilizar, solo por lo que habían hecho quería ambas sillas de vuelta. Sin excepción.

—¿Qué os pensáis que estáis haciendo? —les pregunté, alzando la voz.

Capté la atención de muchas personas, pero me importó otra mierda. Sinceramente.

—¡Os estoy hablando a vosotras! ¡Las ladronas de sillas!

Como ya esperaba, con mis palabras conseguí que se pararan. Se giraron lentamente hacia mí.

—¿Qué nos has llamado? —me preguntó la morena.

Soltó la silla y dio un paso hacia mía.

Sonreí de medio lado, para alterarla más. Lo conseguí.

—Lo que sois, ¿o que acaso os habéis acercado a mi mesa para preguntarme si las sillas estaban libres? No, os las habéis llevado a mala leche, solo para quitarlas de en medio. Lo que es un poco ridículo, como vosotras, ya que hay muchas sillas libres alrededor.

Arqueé una ceja y comencé a golpear la mesa con la punta de los dedos.

—¿Qué está pasando aquí?

Me giré hacia Diego.

—¿La pregunta va para ellas o para mí? —quise saber.

—He visto lo que ha pasado —me aclaró y asentí—. He preguntado qué ha pasado —insistió Diego.

—Solo hemos cogido las sillas para sentarnos —dijo la rubia—. Pero esa nos ha insultado llamándonos ladronas y ridículas. —Me señaló.

—Porque lo sois. Ambas cosas. —Elevé las cejas—. Si sigues sin estar de acuerdo, acércate, estoy dispuesta a dejártelo muy claro.

—Dara…

—No me llames de esa manera como si la que tuviera que calmarse soy yo —le advertí a Diego—. Si vas por ese camino, en vez de apoyarme, ya puedes irte por donde has venido. Esas no van a reírse en mi cara, ni a pasar por encima de mí.

—Por favor.

Al escuchar la voz afectada de Eva me giré. Estaba ruborizada, tenía los ojos más brillantes de lo normal y parecía nerviosa.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Por favor, qué? —le pregunté.

Leí de los labios de mi amiga lo que estaba pasando aquí. Leí perfectamente el nombre de Samara y Carolina cuando movió los labios, sin emitir sonidos.

—Estupendo, joder —susurré, antes de coger una bocanada de aire —. ¿Te han hecho algo más hoy? ¿Las has visto antes de este momento?

Y entonces lo entendí. Eva sabía que esas dos estaban aquí y algo nuevo debían haberle hecho, porque reconocí lo que no supe descifrar en su expresión cuando me negué a venir a la cafetería.

Eva me había mirado con una pizca de miedo. Eso como poco, aunque había sido brevísimo el instante.

—Por eso querías que viniera contigo —le dije.

—No quería estar sola aquí —susurró, para que solo yo y Diego la escucháramos—. Ya has visto que les da igual cuánta gente haya, hacen lo que les da la gana. Y si quieren humillarme delante de todos, lo harán.

Cerré los ojos, unos segundos.

—Solo necesitaba tomarme un café para comenzar el día. He salido de casa tan rápido que no me ha dado tiempo a pararme para tomármelo allí. —Tragó saliva.

—Diego —lo llamé.

—Dime.

—Hazme el favor y saca a Eva de aquí —le pedí.

—¿Qué? —jadeó ella—. No, no, no… Dara, no vas a…

—Voy a hacer lo que debería haber hecho mucha gente, antes que yo.

Miré a Diego.

—Lo siento. Yo no sabía…

—Tranquilo. Estoy al tanto de que desconocías lo que estaba pasando, al igual que Ilian y Hernán. Ellos se enteraron ayer.

Miré a esas dos de reojo. Una de ellas estaba moviéndose, caminando hacia atrás.

—Pero doy por hecho que muchas personas de esta empresa sabían lo que pasaba —alcé la voz, para que se me escuchara estupendamente—. Muchas personas que habrán presenciado cosas y han mirado para otro lado.

Me giré para quedarme frente a las dos, para continuar hablando.

—Porque esto no es la primera vez que sucede, o cualquier otra cosa que vaya en contra de Eva. Y quién sabe si de alguien más. No lo entiendo, porque si uno no quiere entrar en polémicas, qué mínimo que vaya a contar lo que ha sucedido, a quien corresponde.

—Dara… —me llamó Eva, con la voz temblorosa.

—Diego —le dije, para que se la llevara.

—Por favor, Eva. Colabora —le pidió él, cuando ella se resistió a irse —. Vamos a ayudar a Dara, facilitándole la situación. No estará tranquila si tú estás aquí. Deja los cafés en la mesa.

Eva debió entrar en razón, porque escuché sus pasos y los de Diego, alejándose.

—No voy a dejar esto así —les dije.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó la morena, con superioridad.

Pensaba que había ganado.

—Todo lo que sea necesario —le contesté, con una sonrisa falsa.

—Sarama. Carolina. Subid a la cuarta planta y esperad a que yo llegue.

La voz autoritaria, seria y fría de Ilian me hizo dar un pequeño respingo, en el sitio.

Lo busqué con la mirada y lo encontré sentado a una mesa. Estaba con su primo. Lo reconocí sin problema.

¿Llevaba ahí todo el rato? ¿Lo había escuchado y presenciado todo?

—Ya —volvió a hablarles Ilian, cuando no se movieron.

Fue una orden de un jefe enfadado.

—Señor Vera, ha sido un malentendido —le dijo la rubia, nerviosa.

—Como pierda un segundo más de mi tiempo repitiéndome, no os gustarán las consecuencias —les advirtió.

—Sí. Claro —reaccionó la rubia.

Esta comenzó a caminar con pasos rápidos, hacia la salida. Su amiguita la morena no tardó en seguirla. Yo me negué a perderlas de vista, y menos cuando me observaron con desprecio al pasar cerca de mí.

Por si os lo estáis preguntando, las imité.

¿Qué les pasaba a esas? No entendía por qué se metían con Eva y por qué la dejaron de lado, para convertirse en lo peor para Eva.

Cuando salieron de la cafetería y las perdí de vista, me senté en la silla en la que había estado sentada.

—Contigo también quiero hablar, Dara —me dijo Ilian.

Me sorprendió porque me habló estando al lado. No me di cuenta de que se levantó y se acercó, por lo que me sobresalté de nuevo. Su primo estaba a su lado, sujetando una taza.

—¿Por qué? —le pregunté, con los ojos un poco entrecerrados—. Yo no he hecho nada, solo defenderme y conmigo, a la situación también.

Me crucé de brazos.

—Si digo que quiero hablar contigo, obedeces y punto.

Arqueé las cejas.

—Yo la acompañaré a tu despacho dentro de un rato. Avísame —le pidió su primo.

Ilian y yo nos quedamos observándonos fijamente. Los murmullos que habían cesado volvieron a escucharse a nuestro alrededor.

Hasta que Ilian apartó la vista y se fue de la cafetería.

—Listillo —dije cabreada, con un bufido.

—Lo es.

—¿Qué? —le pregunté a su primo.

Me dio igual que pudiera decírselo a Ilian.

—Que Ilian es muy listo. Tiene un cociente intelectual bastante superior a la media —me informó.

—Por mí como si lo tiene bajo mínimos.

Puse los ojos en blanco y su primo soltó una carcajada.

—Me llamo Zac —dijo, ofreciéndome una mano—. Soy el primo de Ilian, aunque ambas cosas las sabías.

—Lo siento. No me acordaba de tu nombre —sonreí, con timidez.

—Es curioso.

—¿El qué?

—La fuerza y la entereza que has mostrado, y ahora te ruborizas porque no te acordabas de mi nombre.

Reí.

—Tienes razón. —Negué con la cabeza—. Pero es que cuando me enfado y me siento atacada me cuesta pensar, antes de actuar.

Me encogí de hombros.

—Yo soy Dara, aunque tú también debes saberlo.

—Sí —me confirmó, con una sonrisa.

—Me alegra conocerte, por fin. No tuve la oportunidad en el hotel, en verano. La noche de la playa la bebida me tumbó, literalmente —sonrió—. Y al día siguiente nuestros planes se estropearon, porque tuvimos que irnos antes de tiempo.

Capítulo 33



—¿Puedo acompañarte? —me preguntó Zac.

—Claro —acepté, sonriendo

Cogió una silla y se puso delante de mí, al otro lado de la mesa.

—¿Llevaste bien la resaca al día siguiente de aquella noche? —me interesé.

—No me lo recuerdes —me contestó con un bufido.

—Te entiendo —le sonreí.

—No te enfades con Ilian.

—No merecía que me hablara como lo ha hecho. —Negué con la cabeza.

—Es el jefe. El dueño de esto.

—¿Y? ¿Eso es suficiente para que me trate mal? No es justificación y como me salga con esas, te puedo asegurar que pueden irse él y su querida empresa a la mierda. Pero muy rápido.

Me acerqué una de las tazas que Eva había dejado en la mesa, por petición de Diego, y le eché azúcar al café con leche.

Lo removí y le di un sorbo, mientras Zac me observaba sonriente.

—¿Qué? —le pregunté.

—Perdona. —Sacudió la cabeza—. Pensaba en ciertas cosas.

Me encogí de hombros, antes de beber un poco más de café.

—¿Trabajas aquí? —le pregunté, para cambiar de tema.

—Sí y no.

—Bastante contradictorio —le dije.

Rio.

—No trabajo aquí. No estoy en plantilla, si es lo que quieres saber. Pero sí que ayudo a mi primo con su trabajo, lo que a mí me sirve para desconectar del mío y salir de su casa. Vengo varios días a la semana, el resto del tiempo lo dedico a lo mío.

Asentí.

—Tendría que haber venido ayer, no hoy, pero se me metió en la cabeza tener el día libre y aquí estoy.

—Hiciste bien. No se puede vivir solo para trabajar —comenté.

—Eso díselo a Ilian —negó.

—Creo que yo seré una parte importante para que cambie. Si no me echa, claro —reí—. Si algo sale mal no me preocupa.

Zac sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y buscó mi mirada.

—No me lo digas. Tu querido primo te acaba de avisar y reclama mi presencia en su lujoso despacho.

—Efectivamente —me confirmó, sonriendo.

—Pues dile que si quiere verme tendrá que esperar. Voy a tomarme el puñetero café. —Señalé la taza—. Y después continuaré con el otro, si no viene Eva. Esto lo dudo, seguramente Diego se la ha llevado a que le dé el aire, para que se tranquilice. Lo que le agradezco.

—Parecía muy afectada.

—Sí —susurré—. Espero que tu primo haya echado de la empresa a esas dos arpías, porque no respondo de mí si me las encuentro por el edificio. Y mucho menos si hacen otra de las suyas. A saber, cuántas veces le han hecho daño a Eva. Cada vez que lo pienso… Ayer no me contó nada de lo que he vivido hoy —susurré.

—Porque no quería preocuparte.

Al escuchar a Eva me levanté de la silla.

La abracé y de esa manera estuvimos durante un rato.

—No tendrías que haberte enfrentado a ellas —me susurró.

—Tonterías —le dije, cuando nos separamos—. Me gusta el riesgo y pisotear a quien se lo merece.

Le hice un guiño, antes de mirar detrás de ella y sonreírle a Diego.

—Sentaos con nosotros —les pedí.

Ambos cogieron sillas, pero solo Eva se sentó. Diego fue a la barra a por cafés para él y para Eva. Al final, el que sobraba en la mesa me lo tomaría yo. Falta me hacía.

No tuve ninguna prisa para irme de la cafetería. Parecía que aquí cada día iba a pasarme algo que me retrasaría en el trabajo.

No era mi culpa, necesitaba tranquilizarme y eso fue lo que hice. Hasta que cuarenta minutos después dejamos la mesa y la cafetería, y nos despedimos de Eva.

Ella se fue a la recepción, mientras que Zac, Diego y yo nos dirigimos a los ascensores. Subimos hasta la misma planta y agradecí que Samara y Carolina no estuvieran ya.

Una vez en el pasillo, me dirigí a mi despacho.

—Dara… Ilian debe estar que se sube por las paredes —me advirtió Zac.

—No te preocupes. El deporte siempre es bueno —le dije.

Ignoré su comentario y seguí hacia mi despacho, en el que entré rápido. No cerré con llave, no quería llegar a tanto. La dejé puesta por dentro.

Fui hacia el armario para dejar el bolso y después caminé hasta la mesa, con el móvil en una mano. Encendí el portátil y mientras arrancaba, saqué la carpeta con la que trabajé el día anterior.

En cuanto me senté, la puerta del despacho se abrió de golpe. En el pasillo apareció Ilian, molesto y enfadado. Al menos lo parecía.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué haces? —le pregunté, al ver que echó la llave y se la guardó en un bolsillo.

Nota mental: no volver a dejarla en la cerradura.

—¿Qué haces tú? Llevas casi una hora de retraso, desde que avisé a Zac para que fueras a mi despacho.

Se cruzó de brazos.

—Es mi decisión.

—Te equivocas.

—No he hecho nada para que me trates de esta manera, y mucho menos para cómo me has hablado en la cafetería. No tenías ningún derecho y me da igual lo que pienses u opines sobre lo que has visto.

Me levanté de la silla, despacio, antes de continuar.

—¿Quieres echarme por una injusticia? Adelante, no me preocupa. Así que desde ya te digo que a mí no vas a doblegarme hablándome mal delante de más personas. Sin motivo y sin merecerlo.

Levanté la barbilla, para dejarle más clara mi postura.

—Si te he hablado como lo he hecho, ha sido para protegerte. Siempre corrijo a mis empleados, sin excepción, cuando algo no está bien hecho. De igual manera que cuando sucede algo entre varias personas, hablo con cada parte afectada.

Hizo una pausa, con la vista fija en la mía.

—Por lo tanto, si yo hubiera actuado de otra manera, dejándolo estar hacia ti porque no has tenido la culpa de nada, entonces sí que más de uno se habría extrañado y se habría interesado en hablar sobre ti.

—No vas a hacerme cambiar de opinión. Me da igual. No he hecho nada malo para que tuvieras que corregirme —insistí.

Bufé.

—Te acabo de decir que todos los que se encontraban en la cafetería esperaban una reacción clarísima de mí, para que yo reaccionara ante la situación. Lo normal, aunque por suerte no tengo que intervenir mucho. Hacía bastante tiempo, desde la última vez.

—Pues muy bien, por hacer lo que toda esa gente esperaba de ti. Pero a mí no me convence ni me gusta. Si no veo justo algo, no vas a hacerme verlo de otra manera. Lo de aparentar no va conmigo, y lo de aguantar injusticias mucho menos.

—Dara…

—¡No me hables así! —Lo señalé—. Como si fuera una niña pequeña que no entra en razón.

Arqueó una ceja.

—Vete a la mierda, Ilian, aunque sea un rato. Joder.

Bufé.

—O sales de mi despacho o me voy yo —le exigí.

—No puedes. He cerrado con llave.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Me puse en alerta, cuando comenzó a rodear la mesa.

—Arreglar este lio.

—¿Y para eso tienes que acercarte tanto?

Di un paso hacia el lado, separándome de la mesa. El rumbo que estaba cogiendo este momento era muy peligroso para mí. Demasiado.

—¿Qué haces? —repetí.

—Ya te he respondido.

Un ligero temblor me recorrió todo el cuerpo. Era el efecto que me provocaba este hombre y su cercanía. Lo que estaba viendo en su mirada, en su cara…

—Párate —le pedí.

Mi voz no sonó fuerte, pero me escuchó perfectamente y me obedeció al instante. Se quedó a menos de dos pasos de mí.

—Esa expresión… —susurré—. La recuerdo.

—¿Sí? —Ladeó un poco la cabeza—. Mi expresión te está diciendo lo molesto que estoy por tu actitud, porque no entras en razón. Pero al mismo tiempo te grita lo cachondo que me tienes.

Contuve la respiración, mientras mi cabeza se movía de un lado al otro, negando como si tuviera un muelle.

—Joder —dijo de repente.

Me sorprendió pasándose las manos por el pelo, antes de darse la vuelta. De espaldas a mí, caminó hacia la cristalera, poniendo distancia entre nosotros.

—Lo siento, Dara —me dijo, con la voz ronca.

Esa manera de hablar… Dios, se me erizó toda la piel.

—Discúlpame —me pidió y sonó realmente apurado—. No sé qué me ha pasado. Yo…

—Está bien —le dije, hablando más bajo—. No pasa nada. No tienes que disculparte ni sentirte mal por nada.

—No volverá a ocurrir. Te lo aseguro.

Y le creí. Lo dijo con tanta firmeza y seguridad, que supe que estaba hablando muy en serio.

Ilian no iba a acercarse más a mí, como segundos antes, con una intención muy clara y la excitación y el deseo reflejados en su mirada. ¿Me gustaba la idea? En absoluto. Pero ¿era lo mejor? Hasta hace poco hubiera respondido que sí, pero ahora mismo no tenía ni idea.

Una sensación extraña, como de miedo, me asaltó.

¿Era mejor que Ilian se olvidara de mí, que no me prestara ninguna atención? La respuesta llegó muy clara y alta a mi cabeza. Ese fue el motivo por el que caminé de puntillas hacia la mesa, para que los tacones no me delataran.

No me paré a pensar que era una puñetera locura, simplemente actué por un gran impulso y necesidad.

Mientras él continuaba dándome la espalda, perdido en sus pensamientos mientras observaba por la cristalera, yo fui lo más silenciosa posible cuando me quité el pantalón y la camiseta monísima que elegí para venir a trabajar.

Me desvestí con prisas, con mucha urgencia, porque quería que cuando volviera a verme fuera de una manera muy concreta. Como el último recuerdo que se llevó de mí, meses atrás. Tal y como me pidió él.

Era una locura, lo sabía, pero me dio exactamente igual. Me tragué la vergüenza y los nervios y me quedé únicamente con los zapatos de tacón y la ropa interior.

De esa manera, aparté la única carpeta que me había dado tiempo a sacar y me subí a la mesa, sentada, para después tumbarme sobre la superficie de madera.

Mirando hacia el techo, cerré los ojos con fuerza, cuando subí las piernas y las flexioné, para apoyar las suelas de los zapatos hacia los lados de mi cuerpo.

Por suerte, la mesa era lo suficientemente ancha y todavía sobraba espacio por encima de mi cabeza.

Me aseguré de quedarme bien abierta de piernas hacia él. Estaba casi desnuda, porque la puñetera casualidad volvía a jugar con nosotros, ya que al ducharme esta mañana había elegido un conjunto de ropa interior que no solía ponerme.

Tal vez lo había hecho de manera subconsciente, sabiendo de alguna manera que podía venirme bien utilizar el sujetador y el tanga con transparencias. De hecho, la tela no ocultaba gran cosa de lo que había debajo.

Todo era visible: mis pezones, que ya se marcaban en la tela, y mi sexo, del que tendría una visión perfecta en cuanto se girara hacia mí.

Me quedé callada, sin atreverme a hablar. Bastante tenía con estar ofreciéndome de esta manera, aunque llevaba tiempo deseando que sucediera.

—Es mejor que me vaya —dijo ante mi silencio, pero no lo escuché moverse al principio. Continuó de espaldas—. En algún momento de la mañana te llamaré para que vengas a mi despacho, para hablar del traba…

Y ahí estaba. Acababa de girarse hacia mí.

Cerré los ojos con fuerza, mientras notaba una fina capa de sudor cubrirme el cuerpo, a pesar del aire acondicionado. Era tanto el calor que sentía, al saber que estaba observándome fijamente…

Tragué saliva, aguantando mi necesidad, sin atreverme a mirarlo.

—No quiero que te vayas —conseguí decir, con voz débil—. Aunque esto no significa que te perdone, por cómo me has tratado en la cafetería. Que quede claro —carraspeé—. ¿Qué me dices? Joder, dime que es una puñetera locura, que he perdido la cabeza por completo. Pero dime algo.

Ilian no abrió la boca, por lo que interpreté que la había cagado, pero bien. Comencé a pensar en cómo salir de esta situación, sin pasar más vergüenza. No me quedaba otra que levantarme, evitando cruzarme con sus ojos, para vestirme a la carrera y después salir corriendo del despacho.

Comenzó a faltarme el aire, en el momento que moví las piernas para prepararme para irme.

Fui a incorporarme, para bajarme de la mesa y tocar el suelo con los pies, pero no llegué a hacerlo porque de repente, tuve a Ilian casi encima de mí, sujetándome con fuerza de los tobillos.

Solté un jadeo por la impresión.

Capítulo 34



Ilian

Tuve que cerrar los ojos y abrirlos, varias veces, para asegurarme de que la visión más perfecta que tenía delante, a pocos metros de distancia, era real.

No podía creerme que Dara, aprovechando mi silencio y mis comentarios, se hubiera acercado a la mesa, para desvestirse y quedarse únicamente en ropa interior. Manteniendo los zapatos de tacón en sus pies.

Me costó reaccionar. Joder, y tanto. Era demasiado bueno para ser verdad y me trajo muchos recuerdos de meses atrás. Pero en cuanto se movió encima de la mesa, con la clara intención de terminar el momento al que había dado pie, no me lo pensé y recorrí la distancia que nos separaba.

La agarré de los tobillos, impidiéndole que se moviera más, y le subí de nuevo los pies a la mesa. De esa manera la dejé, de nuevo tan abierta y perfecta para mí.

El jadeo que soltó Dara por la sorpresa me devolvió más recuerdos. Mi miembro se puso más duro y se movió por dentro de mi ropa.

—Tienes razón, es una locura y se nos está yendo la cabeza, a ambos. Pero la verdad es que ahora mismo me importa una mierda todo, menos lo que tengo entre manos —le dije—. Es una maravilla. Tan perfecta y preciosa como recordaba.

Gimió, arqueando la espalda, cuando le acaricié el sexo de arriba abajo con varios dedos, por encima de la tela casi transparente del tanga.

Podía ver todo lo que tapaba, que no era nada porque no escondía de la vista sus partes íntimas. Lo mismo sucedía con sus pechos, sus pezones rosados con las puntas erectas me llamaban a gritos para que me lanzara hacia ellos.

Bajé la mirada hacia lo que estaba tocado. Dara movía la cadera para tener más fricción y contacto con mis dedos, mientras yo continuaba jugando con esa parte de su cuerpo tan necesitada.

Había mojado la tela con su excitación y esta se había movido y desplazado, por lo que por los laterales de la tira del tanga sobresalían gran parte de sus labios inferiores.

No dejé de acariciarla entre las piernas, cuando me incliné hacia delante y le succioné un pezón. Lo hice por encima de la tela, para después tirar de él con los dientes.

Dara jadeó, agarrándome del pelo con fuerza. Al mismo tiempo curvó la espalda, levantando más el pecho hacia mi boca.

Le di lo que quería, me sacié todo lo que pude de sus pechos. Pasé de uno a otro, escuchando sus sonidos de placer. Por ese motivo y por muchos más, la urgencia de mi cuerpo me llevó a apartarme de sus pezones, con un último tirón en cada uno.

Bajé haciendo un camino de besos por su barriga, hasta que llegué a la goma del tanga. La agarré con los dientes y tiré de ella hacia abajo.

Dará levantó el trasero de la mesa y juntó las piernas, para facilitarme el trabajo. Yo me ayudé con las manos, para librarme del tanga lo más rápido posible. En cuestión de segundos la dejé solo con el sujetador.

La miré a los ojos, con las manos apoyadas en sus rodillas, y sin apartar los ojos de los suyos, fui abriéndole despacio las piernas.

Cuando la tuve como quería, como al principio y sin ninguna barrera, bajé la mirada hacia su sexo bien expuesto para mí.

—Eres una puñetera delicia, Dara.

No reconocí mi propia voz, de lo ronca y grave que me salió.

Le separé los labios y me tomé mi tiempo para memorizar cada pequeña parte de ella. Lo que no pude hacer cuando tuvimos sexo en la cabaña del hotel de verano.

—Estás tan excitada… —continué hablando, provocando que se estremeciera—. Tan perfecta.

Busqué sus ojos otra vez, antes de agacharme entre sus piernas.

Contuvo la respiración cuando acerqué su silla y me senté en ella. Le subí las piernas a mis hombros y la elevé del trasero, hasta colocarla a la altura ideal para perderme en su sexo.

Eso fue lo que hice. Después de varias pasadas lentas con la lengua, saboreándola y desesperándola. Me lancé a su sexo hambriento, dispuesto a devorarla.

Lengua, labios, dientes, succiones, tirones, embestidas con los dedos… Fui alternándolo todo mientras Dara me regalaba los gemidos más maravillosos.

Al cabo de poco rato, por la intensidad, no pudo soportarlo más y se corrió. No me aparté, recibí todo lo que me dio de un grado, dispuesto a repetirlo muchas más veces.

Cuando se quedó relajada sobre la mesa y con los ojos entrecerrados, me separé lamiéndome los labios. Dara se mordió el labio inferior, sin apartar la mirada.

Me levanté y puse una mano en su barriga, cuando quiso incorporarse también.

—No te muevas —le pedí, o más bien le ordené.

Me importó una mierda cómo sonó.

—Voy a mi despacho a por un condón —le informé, introduciendo dos dedos en su interior.

Dara se puso en tensión y dejó los labios ligeramente abiertos.

—Cuando vuelva, quiero que continúes así. Tranquila, me llevo la llave después de cerrar desde el pasillo y cuando vuelva, está claro que no entraré si hay alguien cerca en el pasillo. Confía en mí. Esto no va a verlo nadie más.

Le cubrí el sexo con la mano e hice presión.

—¿He sido claro?

—Continúo pensando que eres un mandón —susurró.

—Lo soy, así que lo primero que quiero ver cuando vuelva es tu sexo brillante por tus fluidos y mi saliva.

Me mordió con fuerza el labio interior, antes de asentir.

—Cuando me haya ido gírate en la mesa, para quedarte hacia la puerta —le pedí—. No tardo nada.

Me incliné sobre ella, para atrapar su labio entre mis dientes. De esa manera conseguí que lo soltara, con un suspiro entrecortado.

Cuando me incorporé, me obligué a alejarme de ella. Solo lo conseguí por la recompensa de dentro de un rato.

Abrí con llave y después de asegurarme de que no había nadie cerca, tiré de la puerta y salí al pasillo. Me apresuré a echar la llave otra vez y después de pasarme la mano por los labios, caminé lo más tranquilo posible, por si alguien me veía.

Esperaba que no, porque el bulto que presionaba la bragueta de mi pantalón me delataba. Más duro no podía estar, me sentía al límite.

En el trabajo esto era impensable para mí, pero mi contención y precaución saltaron por los aires desde el mismo momento que vi a Dara sobre la mesa, para mí.

Por suerte no encontré a nadie en mi camino, ni siquiera a Zac.

Llegué a mi despacho sin problema y en cuanto cogí de mi cartera el condón que llevaba en ella, algo a lo que mi padre me acostumbró a llevar encima desde la adolescencia, salí cerrando con llave y volví sobre mis pasos hacia el despacho de Dara.

Frente a su puerta, me aseguré de que el pasillo estaba despajado en ambas direcciones y abrí con llave, para entrar rápido y cerrar de la misma manera. Dejé cerrado por dentro.

Apoyé la espalda en la madera, observando fijamente cómo me esperaba Dara. Tal y como le había pedido. Continuaba con la suela de los zapatos sobre la superficie de la mesa, las piernas flexionadas y abiertas y con su zona íntima gloriosamente desnuda.

—Como me hagas esperar mucho más… —me dijo y sonreí de medio lado.

—¿Alguna queja?

Me impulsé y caminé hacia ella.

—Yo diría que no —volví a hablar, antes de que le diera tiempo a ella—. Esto sigue estando tan perfecto como lo dejé. Mmm… ¿Te has tocado? Dime —le pedí.

Le froté el clítoris, provocándole varios jadeos.

—Dime si no has podido evitar deslizar tus dedos por aquí.

Arrastré los míos, de arriba abajo, varias veces, llenándomelos de sus fluidos.

—O tal vez te has embestido con ellos, para después torturar tu clítoris. Mmm… ¿Qué ha sido?

—Tardabas mucho y para que la espera no fuera tan larga…

Contuvo la respiración, cuando le pellizqué el clítoris.

—Diosss… —gimió.

—No he tardado nada, casi he venido corriendo —le dije.

—Pues se me ha hecho eterno —suspiró.

—¿Tantas ganas me tienes? —le pregunté en tono bajo.

—Lo estás tocando y notando. ¿A ti qué te parece?

Se mordió el labio inferior.

Después de varias pasadas más por su sexo, retiré los dedos para desabrocharme el pantalón. Lo dejé abierto y me bajé el bóxer, lo suficiente para liberarme.

Dara abrió más las piernas, para ver cómo me rodeaba con fuerza el miembro. Comencé a mover la mano, arriba y abajo, mientras yo veía el deseo que sentía.

Eso me excitó más y me llevó al límite, mientras mi mano me estrujaba con fuerza y velocidad, bajo su atenta observación. Era evidente las ganas que tenía de ser ella la que se encargara de mi miembro.

Llegaría el momento, de eso no tenía duda, porque este encuentro, lo que estaba sucediendo entre nosotros, no se limitaría a un instante en su despacho. Ni hablar.

Pero ahora mismo me urgía estar dentro de ella y olvidarme de los juegos. Debido a ello, saqué el condón del bolsillo del pantalón, rompí el sobrecito y lo cogí para colocármelo.

Dara no se perdió detalle de nada y cuando estuve preparado, la agarré de las caderas y tiré de ella hacia mí, para colocarle el trasero en el filo de la mesa.

Ambos jadeamos cuando la punta cubierta de mi miembro resbaló por su sexo.

No le di tiempo para prepararse. Al llegar a su entrada, me impulsé para entrar de una embestida certera, rápida y profunda.

Dara gimió. Yo apreté la mandíbula, al mismo tiempo que le clavaba los dedos en las caderas.

—Quiero esto cada día —le dije.

Ella agrandó los ojos, sorprendida.

—Cada puñetero día —repetí, remarcando el mensaje—. Esto solo es el comienzo.

Me deslicé hacia atrás, muy lentamente, disfrutando de la sensación de cada centímetro de mi erección en contacto con su interior. Hasta que quedó dentro solo el glande y volví a embestirla, esta vez con más fuerza, clavándome por completo en ella.

Dara gimió. Quiso mover las piernas, pero al ver sus intenciones no la dejé. Le solté las caderas y le sujeté las rodillas, estirándoselas hacia los lados, para mantenerla muy abierta para mí.

Ella se movió inquieta sobre la mesa e impulsó la cadera más hacia mí, para que mi miembro hiciera mucha más presión en su interior.

Tuve que hacer varias respiraciones profundas, para no perder el control demasiado rápido.

Capítulo 35

Bajé la mirada hacia donde estábamos unidos y me maravillé al vernos encajados en el cuerpo del otro. Me acogía y me apretaba de una manera tan deliciosa… resbalaba tan jodidamente bien…

Noté un sudor frío recorriéndome la espalda, por el esfuerzo que estaba haciendo.

Continué entrando y saliendo de la misma manera, sin prisa, durante unos buenos minutos. Quise disfrutar de todas las sensaciones, hasta que no pude evitar acelerar para que mis embestidas tomaran un ritmo frenético.

Nuestros cuerpos comenzaron a chocar insaciables. Mis testículos golpeaban sus nalgas, cada vez que me enterraba en lo más hondo de su cuerpo, mientras nuestros jadeos y gemidos subían de intensidad e inundaban el despacho.

Poco me importó si pasaba alguien por el pasillo y lo que pudiera escuchar. A partir de hoy, todo con respecto a Dara iba a cambiar mucho, siempre y cuando ella estuviera de acuerdo.

Aunque no iba a engañarme, si por cualquier cosa a ella no le parecía bien algo, iba a ir a por todas para hacerla entrar en razón.

Tenía muy buenos métodos para conseguirlo. Eran infalibles y estaba dispuesto a llevarlos a cabo con ella, todos.

Dejé de pensar, para concentrarme en el encuentro que estábamos teniendo.

Dirigí varios dedos hacia su sexo y comencé a acariciárselo. Le robé más gemidos en el momento que le presioné el clítoris y me entretuve en llevarla al límite, mientras la embestía con energía.

Justo cuando noté que iba a correrse, dirigí mis dedos húmedos hacia su entrada trasera y presioné la punta de un dedo, empujándolo hacia dentro.

Dara soltó un gemido entre el placer, la sorpresa y el miedo, con los ojos abiertos al máximo.

Sonreí de medio lado, sin dejar de presionar, hasta que estalló en un orgasmo que pareció no tener fin.

Le retiré el dedo de atrás, del que solo le había colado la punta, y la agarré de las caderas, para impulsarme hacia ella con mucha más fuerza y rapidez.

La embestí como un loco, notando cada vez más cerca como mi orgasmo se acercaba. Me corrí con intensidad, entre gruñidos y gemidos. Tardé en poder parar de balancearme, después de alargar el placer y de saciar mi necesidad.

Cuando paré, dejé mi miembro llenándola, mientras nos mirábamos fijamente.

—Hoy no tengo que salir corriendo, ni es una despedida —le dije, con voz ronca.

Le acaricié los muslos.

—No —susurró—. Aunque lo de correr… al ritmo que voy hoy tampoco haré gran cosa. —Negó con la cabeza, con una sonrisa preciosa—. Y creo que tú tampoco, como no salgas y te alejes.

Se lamió los labios.

—Me he quedado con ganas de probarte. Así que…

—Joder —siseé—. ¿Cómo quieres que me vaya diciéndome eso? No eres muy buena negociando.

Soltó una carcajada y sonreí.

Di un paso hacia atrás, lo que me obligó a salir de su interior. Me deshice del condón, en el que hice un nudo antes de enrollarlo en un trozo de papel.

En ese momento me di cuenta de que no me había parado ni a quitarme la chaqueta del traje, por la urgencia que había tenido. Sacudí la cabeza, por ese motivo.

—¿Qué? —me preguntó Dara.

Se había bajado de la mesa y ya tenía el tanga puesto. Era lo único, por lo que, después de subirme el bóxer y abrocharme el pantalón, me puse delante de ella y la rodeé con los brazos.

Bueno, para ser sincero, la rodeé con los brazos para colocar las palmas de las manos en sus nalgas desnudas. Se las apreté, acercándola a mí.

—Si quieres que te preste atención, primero debes vestirte. No puedes hablarme desnuda —susurré sobre sus labios.

—Estoy en ropa interior —dijo con humor.

Arqueé una ceja.

—¿Hace falta que te diga que lo que llevas puesto y nada, es lo mismo?

—No —contestó riendo.

—Ya veo… —Ladeé un poco la cabeza—. ¿Lo has hecho a propósito? ¿Te has puesto este conjunto por mí?

Acerqué de nuevo los labios a los suyos, para atraparle el superior. Se lo succioné, haciéndola suspirar.

—¿Cómo iba a saber que sucedería esto? —me preguntó, susurrando.

Sus labios acariciaron los míos al hablar.

—Sé que algo he tenido que ver —sonreí de medio lado.

—Te lo tienes muy creído.

Puso los ojos en blanco. Le apreté más las nalgas.

—¿No es como he dicho? —insistí.

—Creo que sí, pero no me lo he puesto conscientemente —susurró.

Se encogió de hombros.

—Me vale con eso —le dije, con un guiño.

—Ilian…

—¿Sí?

—Para ser un jefe tan responsable, no lo estás siendo mucho. El trabajo se nos está acumulado y si no me sueltas…

—No puedo tener las manos en mejor sitio que en tu trasero. Para empezar.

—No —rio.

Forcejeó para que la soltara y lo consiguió porque se lo permití. La miré divertido y no aparté la vista de ella, mientras se vestía rápido.

—Ya está —sonrió.

—Te invito al mediodía a comer.

—Vale.

Me encantó que no tuviera que pensárselo.

—En mi casa —aclaré, para ver su reacción.

Se mordió el labio inferior y se pasó varias veces las manos por el pantalón.

—¿Nerviosa?

—No —contestó muy rápido.

Sonreí de medio lado.

Le retiré un mechón de la cara y se lo coloqué detrás de la oreja.

—Tengo piscina y en ella, mientras tú y yo estemos solos, no acepto trajes de baños.

—¿Y tu primo? Zac está aquí y también irá a comer.

—No, si le digo que no aparezca.

—Por mí no lo hagas. Si quieres te invito yo a mi casa. Allí estaremos solos y también tengo piscina. Voy a hacer cumplir la misma norma, siempre que te tenga para mí sola.

La besé atrapando sus labios con agresividad y fuerza. Fue un beso breve, pero muy intenso. Nos dejó con las respiraciones aceleradas.

—No hay peligro de que nos vean. Por si tienes dudas —añadió.

—Me apunto al cambio de planes, si dejas el tema de la comida en mis manos.

—¿Vas a cocinar para mí? —me preguntó.

—No. Voy a encargar la comida, para recogerla cuando salgamos de aquí.

Rio.

—¿Esa risa qué significa? Perdona, pero me defiendo muy bien en la cocina —le dejé claro.

Elevé las cejas.

—Tengo que verlo para creerlo —me dijo.

—Hecho. Cuenta con ello otro día. No solo lo verás, sino que lo probarás. —Le hice un guiño.

—Estupendo.

Comencé a caminar de espaldas, sin perderla de vista. Se había ruborizado y le sentaba genial.

—Si no te importa, cuando salgamos de aquí y antes de ir a por la comida, me gustaría pasar por mi casa para llevar a Zac y cambiarme de ropa. Quiero ponerme cómodo.

—¿Cómo va a importarme?

—Perfecto, entonces. —Asentí.

Cuando choqué la espalda con la puerta busqué a tientas el pomo y giré la llave en la cerradura.

—Hoy no creo que pueda coincidir contigo en el desayuno —le dije.

—No pasa nada —sonrió.

—Tengo varias reuniones y trabajo acumulado.

—Lo último, por qué será…

—Ni idea. ¿Tú lo sabes? —le pregunté.

Reímos.

—En una hora o así ven a mi despacho —le pedí—. Te pondré al día del trabajo con el que quiero que me ayudes.

—Claro. ¿Te das cuenta?

—¿De qué? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Has hecho planes para salir al mediodía de la empresa y no vas a volver. ¿Desde cuándo no lo hacías?

—No me he dado cuenta —dije, sorprendido. Fruncí el ceño—. Eres muy mala influencia, ni siquiera he pensado en el trabajo, solo en invitarte a comer y en pasar el resto del día contigo.

Negué con la cabeza.

—¿Perdona? ¿Yo mala influencia? —Se señaló—. Eres tú el que nos has llevado a este momento.

—¿Estás segura? —le pregunté, con una sonrisa de medio lado—. Porque yo recuerdo pedirte perdón por mi atrevimiento del principio y decirte que no iba a volver a pasar.

Ladeé la cabeza, al mismo tiempo que abría la puerta del despacho.

—Y lo mejor de todo, si quieres te recuerdo cómo te he encontrado cuando estaba dispuesto a irme. Yo no voy a olvidarlo nunca. Lo tengo aquí. —Me toqué la cabeza—. Y echaré mano de mi memoria cada noche.

—Joder, no puedo saber tanto. Déjalo —me pidió, con un color más intenso en las mejillas—. ¿No tenías prisa? ¿Mucho trabajo? ¿Reuniones? Vete ya, jefe. ¡Eres muy pesado! —habló de manera apresurada, por la vergüenza.

Solté una carcajada y riendo, después de hacerle un guiño, salí al pasillo y dejé la puerta cerrada.

Me dirigí a mi despacho, con las manos en los bolsillos del pantalón y una sonrisa de oreja a oreja.

¿Y yo quería negarme esto? Debí estar desvariando cuando pensé que lo mejor era mantener a Dara fuera de mis límites.

Esta vez, cuando entré en mi despacho, me encontré a Zac sentado frente a su mesa pequeña. Por suerte nos habíamos ahorrado ambos el momento condón y yo sus bromitas.

Desde ese puesto de trabajo provisional me ayudaba en todo lo que le pedía. Ahora mismo debía estar trabajando en lo que se dejó pendiente el último día que vino.

—Eh… —me dijo.

—¿Cómo lo llevas? —quise saber.

—Estoy entretenido.

Sonreí y asentí.

Me senté en mi silla.

—A ti te ha pasado algo —soltó, al cabo de un rato en silencio.

Lo ignoré, con la vista fija en la pantalla del portátil. Lo desbloqueé y accedí al archivo con el que estaba trabajando antes de ir al despacho de Dara.

—Joder, y tanto que sí. Estás pasando de mí —dijo divertido.

Apoyé la espalda en la silla, después de bajar la tapa del portátil.

—Me ha pasado que me he liado con Dara, cuando he ido a pedirle explicaciones de por qué estaba ignorándome.

—Lo sabía —dijo satisfecho y rio—. Qué poco te ha durado el control sobre la situación, ¿eh? ¿Horas?

—Le hemos dado buen uso a su mesa y te informo ya de que la he invitado a comer en casa, aunque al final iremos a la suya. Podrás moverte tranquilo por casa, te dejo solo. Una vez que salgamos de aquí, vamos a pasar el resto del día juntos. Ah, y en una hora o así vendrá al despacho. Voy a comenzar a delegarle una parte de mi trabajo.

—Estoy alucinado —dijo, sorprendido—. Dara ha conseguido en unas horas, lo que no hemos hecho tus padres, los chicos y yo, durante todas nuestras vidas.

—Un poco exagerado, ¿no? —le pregunté.

Arqueé una ceja.

—A vosotros también os hago caso —añadí.

—Cuando te interesa —rio—. Pero no sabes cómo me alegro de lo que está sucediendo—. Disfrútalo, Ilian, quiero seguir viéndote así de feliz.

—Lo mismo te digo. Yo también quiero verte feliz, vivo.

Nos quedamos observándonos durante un largo rato, hasta que le pedí que dejara de perder el tiempo y terminamos riendo.

Capítulo 36



Dara

—Hola, preciosa —saludé a Eva, al llegar al mostrador de la recepción.

—Hola —me correspondió, con una bonita sonrisa.

Pasaban unos minutos de las dos y media de la tarde. Dejaba atrás otro día más de trabajo superado, aunque hubiera empezado con retraso.

Estaba contenta, por lo que me había cundido, y eso teniendo en cuenta que me reuní con Ilian en su despacho.

Allí me encontré con Zac, quien me sonrió y me hizo un guiño, en cuanto me vio. Hice todo lo posible para que los nervios no me delataran delante de él.

Ilian me puso al día del trabajo que quería que realizara por él y una vez lo tuvimos claro, entre cruces de miradas que no tuvieron nada que ver con lo laboral, lo dejó todo en mis manos, dándome su confianza.

Me despedí de Zac y de él y salí de su despacho, para ir al mío cargada con más trabajo.

—¿Qué tal te ha ido la mañana? —le pregunté a Eva.

Después del incidente de primera hora, en la cafetería del edificio, nos vimos para desayunar en la terraza de la cafetería de la calle. En ese momento Eva todavía estaba nerviosa, lo que no sucedía ahora mismo. La veía tranquila.

Cuando me preguntó qué pasó desde que Diego y ella se fueron de la cafetería, cuando le pedí a él que la sacara, le conté todo tal cual se dio. Le hablé calmada, sin alterarme, y terminé diciéndole que la situación se giró tanto, que terminé acostándome con Ilian. Nuestro jefe.

La dejé con la boca abierta, literalmente, mientras que a mí me dio por reír de los nervios.

Entonces le expliqué cuánto hacía desde que conocí a Ilian y la puse al día de nuestra breve historia, sin entrar en detalles íntimos. Los pasé muy por encima.

—Ha sido tranquila y se me ha pasado muy rápido —me contestó.

—Me alegro. Eso es bueno —le dije, sonriendo.

—Gracias por todo, Dara.

—No digas tonterías —negué—. Desayunando, entre unas cosas y otras, se me ha olvidado decirte que he quedado con Ilian aquí después del trabajo. Me ha invitado a comer. En mi casa.

Apreté los labios, conteniendo la diversión al ver su expresión de sorpresa. Aún le costaba asimilar mi relación con su jefe y verlo como un hombre tan cercano y accesible.

—¿Cómo se te ha olvidado eso? —Jadeó.

—El tiempo del desayuno no ha dado para tanto —reí.

—Joder. Ahí lo tienes.

Ante su aviso, me giré hacia las puertas del ascensor y sonreí al ver a Ilian caminar hacia mí. Su primo iba a su lado, también sonriente.

—Hola —nos saludaron, a Eva y a mí.

Nosotras les correspondimos de la misma manera.

—¿Ya estás? —me preguntó Ilian y asentí—. ¿Quieres dejar tu coche en el estacionamiento? Puedo traerte más tarde a por él. Es para no ir en dos coches, ya que Zac no conduce desde hace años. Desde que tuvo un accidente.

—Vaya —dije, mirando a su primo.

—Todo está bien —me aseguró Zac—. Me muevo en transporte y no echo de menos conducir. Eso sí, solo me subo a un vehículo si conozco muy bien a la persona que conduce.

Se encogió de hombros.

—Entonces dejo mi coche aquí —les dije—. Después puedo venir en taxi a por él.

—De eso nada —se negó Ilian—. Hasta mañana, Eva.

—Hasta mañana, señor… Ilian —se corrigió a tiempo.

—Hasta el próximo día, preciosa —se despidió Zac.

—Hasta pronto —le correspondió Eva, con una gran sonrisa.

—Mañana llegaré antes para tomarnos un café antes de comenzar a trabajar —le dije yo.

—Aquí estaré también —me aseguró.

Asentí.

—Vete ya, Eva —le pidió Ilian—. Ya tendrías que estar fuera de la recepción.

—Enseguida. Estaba terminando con una documentación que…

—Ya acabarás mañana —le dijo Ilian.

Eva lo miró sorprendida, como si no se creyese que su jefe dejara a un lado el trabajo. Normal, dado el historial que tenía Ilian.

—Tranquila —le dijo Zac a Eva, al entender su sorpresa—. No se ha vuelto loco. No ha perdido la cabeza. Es el mismo jefe que conoces, pero con nuevos objetivos en su vida. Así que todo está bien, más que perfecto, porque el jefe de esta empresa por fin está descubriendo lo que es vivir fuera de estas paredes.

—¿Tenías enseñado el discursito? —le preguntó Ilian.

Nos había dejado a los tres sorprendidos. Zac soltó una carcajada.

—Por supuesto, desde anoche cuando supe lo de Dara. En cuanto dijiste que había comenzado a trabajar aquí, empecé a darle vueltas. Estaba cantado lo que iba a suceder, aunque sinceramente no pensé que sería tan pronto —sonrió.

Esperamos a que Eva recogiera y después fuimos hacia la salida los cuatro. Miré de reojo a Ilian, recordando de repente que no sabía qué les había dicho esta mañana a Samara y a Carolina, cuando las hizo subir a su despacho.

Debía preguntarle en cuanto no estuviera Eva. Lo último que quería era alterarla otra vez. Porque con el nombre de esas dos era lo que conseguía.

Nos separamos de mi amiga en el estacionamiento, Ilian, Zac y yo llegamos antes a la plaza de Ilian. Eva siguió más adelante.

Me despedí de ella con un abrazo y entonces, para mi sorpresa, me encontré con la puerta del copiloto abierta y con Ilian al volante y un Zac sonriente en los asientos traseros.

No me quedó más remedio que sentarme al lado de Ilian. Todavía me ponía nerviosa, no podía evitarlo.

En cuanto me abroché el cinturón, Ilian aceleró para recorrer el estacionamiento.

No presté atención al tiempo, no miré la hora, así que no controlé cuánto nos llevó llegar frente a la gran entrada de una propiedad que parecía enorme.

—¿Vives aquí? —le pregunté.

La voz me salió aguda.

—Sí —fue su escueta respuesta.

Lo miré de reojo, para ver su sonrisa de medio lado.

Entramos en la propiedad cuando la puerta de hierro llegó al final de su recorrido al deslizarse por la guía.

Ilian paró, para esperar a que se cerrara del todo, y después continuó avanzando.

Me quedé con la boca abierta, maravillada, por el paisaje que veía. Unos jardines inmensos se abrían hacia cada lado del camino asfaltado por el que íbamos. Todo estaba muy verde y colorido, precioso.

Me enamoré al instante.

La vivienda también era una pasada. Era una construcción de dos plantas, alta y ancha. Ocupaba muchos metros cuadrados, pero, aun así, se veía pequeña en comparación con el terreno que tenía alrededor.

—Lo que ves, todo lo que tengo, me lo he ganado a pulso con muchísimas horas de trabajo y dedicación.

Giré la cabeza hacia Ilian, cuando paró el motor.

—No creo que le haga falta la aclaración, primo —le dijo Zac.

—Exacto —le di la razón—. Sé muy bien quién eres, Ilian. Ahora sí. Un empresario de éxito, dueño de una de las empresas más importantes, con la que llegas a muchos países. Esta es una pequeña parte de tu recompensa, por todo el sacrificio dedicando horas interminables a tu empresa.

Miré hacia delante, hacia la entrada de la casa. Me referiré a ella de esa manera, obviando el tamaño.

—Sea como sea, no tienes que dar explicaciones por lo que has conseguido. Es tuyo y solo tú sabes todo por lo que has tenido que pasar hasta llegar a este momento. Da igual que sea poco o mucho, es tu vida, tu esfuerzo y dedicación.

Me encogí de hombros.

—Recuerda que tiene un cociente intelectual bastante superior a la media —me dijo Zac.

—Cállate —le pidió Ilian, mirándolo por el espejo retrovisor.

—No seas vergonzoso, primo.

Zac rio y se bajó rápido del coche. Ilian y yo lo seguimos, pero con más calma.

Entramos en la vivienda y no pude hacer otra cosa que admirar cada cosa y espacio que fui viendo.

—Ven —me pidió Zac—. Voy a enseñártela, mientras Ilian se cambia de ropa y prepara lo que quiera para llevarse a tu casa.

—Vale —le dije.

—¿Te apetece picar algo? —me preguntó Ilian.

—Estoy bien. Prefiero esperar para comer con ganas, si no, se me quitará el apetito —le contesté.

—De acuerdo. Pues te dejo con mi primo.

Asentí y se fue hacia la escalera, la que subió hacia la planta superior.

—Un poco de agua sí que te agradecería —le pedí a Zac.

—Adelante —me ofreció que fuera la primera, señalándome dónde estaba la cocina.

La casa era de lujo, pero al mismo tiempo transmitía calidez y sencillez. Era una mezcla rara, pero muy lograda.

La cocina era muy grande, espaciosa, y estaba equipada hasta el más mínimo detalle. Un sueño para los amantes de pasar tiempo aquí, entre fogones.

Después de beber agua, seguí a Zac por toda la casa. Lo único que no me enseñó fue la habitación de Ilian, ya que él estaba dentro. Por lo que me dijo, también tenía baño privado, pero más grande que los de las otras habitaciones, y daba a un gran vestidor.

Aunque por cómo me miró Zac al pasar por delante de la puerta de la habitación, supe que estuvo tentado a meterme dentro.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Habíamos llegado al jardín, al que habíamos salido por el salón que daba al porche. Estábamos sentados en sillones cómodos y frente a nosotros, teníamos una gran explanada de hierba, con árboles que daban sombra y una piscina que se encontraba bastante cerca.

—Me he enamorado de todo —le contesté y sonrió—. Yo también vivo en una casa y tengo piscina, pero, aunque estoy encantada y feliz en ella, y no la cambiaría, este lugar es otro nivel.

Me encogí de hombros.

—Ilian me dijo que estás viviendo con él temporalmente. ¿Tienes intención de quedarte definitivamente o terminarás yéndote?

—Vaya, ¿acabas de pisar esta casa y ya quieres echarme?

Agrandé los ojos.

—Yo no… yo…

—Tranquila —soltó una carcajada—. Estaba de broma —me dijo con un guiño.

—Vale —suspiré y sonrió.

—No sé lo que haré, Dara —me contestó, demasiado serio.

Miró hacia el jardín, donde dejó la vista perdida.

—¿Estás bien? —le pregunté, en tono más bajo.

—A veces parece que sí. Me esfuerzo mucho en sonreír y en vivir, para no preocupar a los que me quieren, pero no lo consigo del todo. Estoy pasando por una mala experiencia, por eso vine aquí poco antes de que fuéramos al hotel de verano. Así que no sé qué hacer con mi vida, porque puedo trabajar desde donde sea, siempre que tenga mi ordenador.

—No tienes que contenerte ni esforzarte para no preocuparnos.

La voz de Ilian nos sobresaltó, a pesar de que habló muy calmado.

Nos giramos hacia él, para verlo apoyado en el marco de la corredera, con los brazos cruzados.

Sin traje, con un pantalón corto y una camiseta, estaba igual de impresionante. O quizá más. Me encantaba su estilo informal.

—Sé muy bien que no estás bien, pero tampoco me dejas hacer nada para que pases página de una vez por todas. O a lo mejor sería para mejor. No lo sabemos.

—Ilian…

—Yo también te oculto mi preocupación. Solo quiero que te recuperes, para que puedas continuar con tu vida. De una manera u otra. Te has quedado estancado por miedo.

Zac asintió, pero no fue capaz de decir nada. Se levantó para abrazar a su primo y después de susurrarle algo al oído, se despidió de mí y nos deseó que nos lo pasáramos bien.

Él y yo nos dimos otro abrazo y se fue hacia la planta superior. Sentí ternura y tristeza hacia él, porque había notado lo perdido y decaído que estaba, como también lo que se esforzaba en ocultarlo. Como me había dicho.

Capítulo 37

Miré extrañada la puerta.

Eran casi las seis de la tarde y me encontraba en el sofá de mi casa. Ilian estaba atendiendo una llamada, desde hacía unos minutos. Después de dar varias vueltas por el salón, hablando por el teléfono, salió al jardín.

Cuando nos fuimos de su casa nos dirigimos directamente al restaurante en el que encargó la comida. Una vez que la recogimos, vinimos hacia aquí.

No nos habíamos movido desde entonces, más que para movernos de una estancia a otra, o para ir al porche y darnos un baño en la piscina.

Había sido muy interesante bañarnos desnudos. Tan tentador, caliente y excitante que terminamos enredados en el agua. Me recordó a nuestro baño en el mar, el que nos dimos casi desnudos en la playa del hotel de verano. Ahí fue nuestro primer contacto íntimo.

Incluso nos habíamos echado una pequeña siesta en el sofá, después de comer. No fue nuestra intención, ya que nos pusimos cómodos para ver una película, pero ambos nos adormecimos enseguida y la película continuó sola.

Y ahora alguien había picado al timbre, pero no esperaba a nadie.

Mis amigos sabían que estaba con Ilian en mi casa, les había contado las últimas novedades por mensajes. Fui rápida, yendo al grano para no entretenerme.

De manera que no podían ser Álvaro, Estela o Fani. Mis padres tampoco, porque siempre que venían a mi casa me llamaban antes, para asegurarse de que iba a estar.

Me levanté del sofá, pensando en quién podía ser.

Tal vez un vecino, porque un repartidor que me trajera un pedido estaba completamente descartado. Hacía unas semanas que no pedía nada.

Cogí el telefonillo mirando hacia la corredera, pero no vi a Ilian. Debía estar moviéndose por el jardín, yendo de un lado al otro, al igual que había hecho en el salón.

—¿Sí? —dije, por el telefonillo.

—Hola, preciosa.

Me sorprendí al escuchar a Víctor. Ni siquiera me había acordado de él. No porque no contara con mi amigo, sino porque simplemente no había caído en pensar en la posibilidad de que se pasaría por mi casa, sin llamarme antes.

Pulsé el botón de la puerta de hierro y abrí la de casa, para esperarlo apoyada en el marco. Sonreí en cuando empujó la puerta pequeña de hierro y apareció a unos metros de distancia.

Víctor me devolvió la sonrisa, mientras caminaba por el camino de piedras que llevaba hasta la entrada.

—Hola, guapo —lo saludé.

Nos dimos un abrazo.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Me aparté para que entrara en la casa.

—Estaba por aquí cerca y me he dicho, ve a saludar a Dara —me dijo, con un guiño.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Un encargo de mi hermana —me contestó.

Puso los ojos en blanco y sonreí.

—¿Ya has terminado?

—Sí. Lo tengo en el maletero.

—¿Qué tal el trabajo nuevo? —me interesé.

—Yo puedo preguntarte lo mismo —dijo con diversión.

—Pero yo he sido más rápida —reí.

Víctor me levantó del suelo, con un abrazo fuerte, y cuando nos separamos, con una sonrisa de oreja a oreja, me contestó.

—Me va genial, Dara. No quiero decirlo muchas veces ni en alto, no vaya a ser que lo fastidie, pero por ahora no puedo estar más contento en mi nuevo puesto de trabajo.

—Me alegro mucho.

—¿Y tú?

Me rodeó los hombros con un brazo.

Iba a responderle, pero Víctor desvió su atención de mí, para mirar hacia la corredera.

Antes de dirigir la vista hacia el mismo sitio, ya sabía a quién estaba viendo mi amigo. Ilian había sido muy silencioso al entrar al salón, por lo que no sabía cuánto tiempo llevaba ahí parado, donde lo vi.

—Vaya —habló con sorpresa Víctor—. Lo siento, no sabía que estabas acompañada.

No hizo preguntas, aunque el pantalón corto de deporte que llevaba Ilian, sin nada más, debió de darle alguna pista de lo que estaba pasando.

Víctor buscó mi mirada, por ese mismo motivo, asentí, confirmándoselo.

—Él es Ilian —se lo presenté—. Él es mi amigo Víctor —me dirigí a Ilian.

Este caminó hacia nosotros y le ofreció la mano a Víctor, sin apartar en ningún momento la mirada de él.

—Encantado de conocerte —le dijo Víctor, estrechándosela.

—Igualmente —le correspondió Ilian.

—Mi visita termina aquí —me dijo, con un guiño.

Con su sonrisa me dio a entender que se alegraba por mí. No eran necesarias las palabras entre nosotros por ese asunto. Primero, porque hacía mucho tiempo que no intimábamos. Segundo, porque habíamos escalado en nuestra relación y a estas alturas, nuestra amistad iba por delante de todo lo demás.

Lo sabía. Lo sentía. Y lo mismo le sucedía a Víctor.

—¿No quieres tomar algo? —le pregunté, porque me supo mal.

—Otro día —me contestó con un guiño.

—Está bien.

—Por mí no hay problema —comentó Ilian.

Esta vez fue él quien me rodeó los hombros, lo que a Víctor le hizo gracia, ya que sonrió.

—Me encantará conocer a otro amigo de Dara —volvió a hablar Ilian.

—Os lo agradezco, pero como le he dicho a Dara, solo he pasado a saludarla porque he venido a esta zona para recoger un encargo de mi hermana. Os tomo la palabra para otro momento —nos sonrió.

—Como quieras. —Asintió Ilian.

Me separé de él para acompañar a mi amigo hasta la puerta, después de que Ilian y él se despidieran.

Salí de la casa, para ir con Víctor hasta la pequeña puerta de hierro que daba a la calle.

—Es mi nuevo jefe —le dije, casi en un susurro.

Al principio no me entendió. Al escucharme frunció ligeramente el ceño, hasta que comprendió el significado de mis palabras.

—No jodas

—Sí —le confirmé, con un puchero—. Me he vuelto loca, pero es que él me vuelve más loca aún —suspiré—. Yo…

Quise decirle algo sobre el pasado que habíamos compartido, pero Víctor me calló con un gesto de la mano.

—Olvídalo, Dara. Tú y yo somos mucho más que lo que hicimos en el pasado.

—Sí —sonreí.

—Además, si tu jefe se entera de que nos acostábamos, no me dejará estar cerca de ti sin supervisión.

Me hizo un guiño.

—¿Qué dices? —reí.

—Lo has oído perfectamente. Créeme, sé reconocer a un alfa cuando lo tengo delante.

—¿Alfa? Joder. —Agrandé los ojos—. ¿Te encuentras bien? ¿Te llevo al médico? Porque estás desvariando.

—Estoy perfectamente. Yo sé lo que me digo —rio.

Me revolvió el pelo e hice una mueca.

—Disfruta, preciosa.

Me abrazó.

—He visto cómo lo miras y si tuviera un oído muy fino, hasta podría haber escuchado tus pulsaciones aceleradas.

Apretó los labios.

—Vete ya —le pedí, empujándolo.

Víctor soltó una carcajada.

—¿Me contarás bien la historia?

—Claro —le contesté, sonriendo—. No pienses que esto es algo desde que comencé a trabajar. Bueno, en parte sí, pero no. Mi historia con Ilian empezó en verano, hace meses, en el hotel. Fue antes de que tú vinieras el fin de semana para desconectar.

Me miró con sorpresa.

—Ahora me voy intrigado.

—Pues no te queda otra que aguantar —le dije con diversión.

Nos dimos un último abrazo como despedida final y cerré la puerta, cuando se alejó caminando por la acera.

Regresé al interior de la casa, donde Ilian me esperaba sentado en el sofá. Me acerqué a él y cuando me paré delante de sus piernas, me subí hasta la cintura el vestido ancho y fresquito que me puse para estar por casa.

Me puse sobre sus piernas y al no llevar ropa interior, solté un jadeo profundo cuando su palma de la mano me cubrió el sexo.

A horcajadas encima de él, le bajé la cinturilla del pantalón, con movimientos rápidos y torpes. Ilian tampoco llevaba el bóxer. Después del baño en la piscina prescindimos de la ropa interior.

Liberé a su miembro y lo rodeé con la mano, como él me había enseñado que le gustaba. Le robé un jadeo, al mismo tiempo que cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá.

Su erección fue cobrando vida muy rápidamente, hasta que la tuve completamente dura en mi mano.

Ilian me hizo acercarme más, para que yo dirigiera las caricias del glande en mi sexo. Fue lo que hice, más que encantada, humedeciéndonos a ambos.

—¿Por qué no me habías hablado de Víctor? —me preguntó, en tensión.

Apoyé las rodillas bien en el sofá, para caminar con ellas hacia atrás. Me separé, hasta que toqué el suelo con los pies, y entonces me arrodillé entre sus piernas.

Ilian apretó la mandíbula, mientras me acariciaba los labios con los dedos.

—¿Vas a utilizar esta boquita? —me preguntó, con la voz muy ronca.

Asentí, antes de introducirme uno de sus dedos en la boca. Lo chupé y lo succioné, dándole un pequeño adelanto de lo que iba a hacerle.

Sería la primera vez, ya que, hasta ahora, en todos nuestros encuentros íntimos me había apartado cuando vio mi intención de acercarme a su miembro, para disfrutar de otras maneras.

Pero en este instante no tenía intención de hacerme retroceder. Todo lo contrario, le veía en los ojos las ganas que tenía de llenarme la boca con su miembro, una y otra vez. Y yo estaba dispuesta a recibirlo todo de él.

Cuando me agarró del pelo y me guio hacia abajo, sonreí sin apartar los ojos de los suyos.

Saqué la lengua, para lamerle el glande. Su cuerpo se puso más tensión, si es que era posible.

Jugué con su miembro, con cada parte de él, con la lengua, los labios y los dientes. Hasta que lo hice desaparecer en mi boca. Ese fue el inicio, pero si en algún momento pensé que sería yo la que llevaría el ritmo y tendría el control, me equivoqué.

Ilian mandó en todo momento, dirigiéndome a su antojo y saciando su necesidad, mientras yo adaptaba la posición de la boca, para acogerlo sin problema.

Disfrutamos el uno del otro, de diferente manera. Me encantó ser yo la que lo lanzara a un orgasmo intenso que pareció no tener final, con sus gemidos y gruñidos nos envolvían.

Cuando me separé y lo miré, con la mano con la que todavía me agarraba del pelo, me acercó a él para besarme. Mis gemidos quedaron amortiguados en su boca, cuando me sentó sobre su pierna y comenzó a moverla, haciendo contacto directo con mi sexo.

Capítulo 38



Ilian

Descolgué el teléfono fijo, pulsando una tecla, sin mirar quién me llamaba.

—Ilian.

Sonreí al escuchar a Eva. Le había costado, pero estaba acostumbrándose a dejar lo de señor.

—Dime —le dije.

—Tiene una visita.

Fruncí el ceño y levanté la vista hacia la puerta, aunque sabía que la visita la estaba reteniendo Eva, en la recepción. A esta planta no subía nadie que no tuviera una reunión programada o que fuera una visita aceptada de última hora.

—¿De quién se trata?

—Es un hombre. Se llama Leo.

—¿Viene de parte de…?

Me quedé callado de golpe y giré rápido la cabeza, hacia el teléfono de mesa.

—Has dicho Leo.

—Sí —me confirmó.

—Que te diga su apellido —le pedí.

—Un momento.

Me levanté despacio de la silla, esperando a que Eva me hablara de nuevo.

—Ilian. No me ha dicho su apellido, pero sí que necesita tu ayuda por algo de tu primo Zac.

Sonreí de medio lado.

—Dile que suba.

—Enseguida.

Colgué la llamada y rodeé la mesa, para dirigirme a la puerta. Salí del despacho y recorrí el pasillo, yendo hacia los ascensores.

Al pararme frente a las puertas, esperé impaciente.

—Por fin, joder —susurré.

Unos segundos después, Leo apareció delante de mí. Salió del ascensor, pero se paró a unos pasos de distancia.

Ninguno de los dos habló, mientras nos manteníamos la mirada. Decir que Leo se veía bien era una gran mentira. Parecía cansado. Agotado, más bien. Tenía unas ligeras marcas oscuras debajo de los ojos, señal de que no estaba descansando.

Él fue el primero en romper el silencio.

—Ilian…

—Has tardado bastante, ¿eh? —Sacudí la cabeza—. Me has hecho dudar durante todo este tiempo, cada vez más. He llegado a un punto que ya no sabía si lo que conocía de ti era real o no.

—Lo siento. —Tragó saliva—. Solo le he estado dando espacio a Zac. Sabía que lo necesitaba, sobre todo, para calmarse y ver las cosas de una manera más real.

—Mi primo sigue pensando lo mismo, pero sí que es verdad que se ha relajado. Ven aquí, anda.

No tuve que repetírselo. En cuanto se lo dije, caminó rápido hacia mí y me abrazó fuerte. Le devolví el abrazo de la misma manera, porque, aunque me jodiera y me doliera lo que estaba sufriendo Zac, Leo también era importante para mí y sabía que, si mi primo hubiese entrado en razón, al menos para verse con Leo, la situación que estaban viviendo habría terminado hace bastante tiempo.

—Vamos a mi despacho —le pedí.

Lo agarré de la nuca, cuando vi la humedad en su cara.

Caminamos en silencio y no lo solté, hasta que le di paso a mi despacho.

—No me hace falta preguntarte cómo has estado —le dije, cerrando la puerta.

—Muy jodido.

—Pues con más motivo me cuesta entender cómo has podido contenerte tanto —comenté, negando.

Caminé hasta el sofá y Leo me siguió. Nos sentamos y nos quedamos de cara al otro.

—No quería joderlo tanto con Zac, tenía miedo de que se rompiera definitivamente lo que teníamos.

Se pasó una mano por el pelo.

—Sabes lo alterado que estaba. No entraba en razón.

—¿Tenía motivos reales?

—Sí —admitió, con un suspiro.

Fruncí el ceño.

—Pero no por parte de mí —aclaró, levantando las manos—. Los motivos venían de mi jefe.

—¿Por qué no lo frenaste?

—Porque necesitaba el trabajo. Sabes lo que me costó conseguir uno. Aunque ya da igual.

—Dejé el trabajo hace unas semanas —me confesó.

—¿En serio? —Asintió a mi pregunta—. ¿Y por qué no has venido antes?

—Porque no me encontraba bien. Venir hasta aquí ha supuesto un desgaste importante de energía.

Cerró los ojos, apoyando la cabeza de lado en el sofá.

—Siento mucho verte así, saber lo mal que también lo has pasado.

—Gracias, Ilian. Sabía que podía contar contigo.

—Siempre que no jodas a mi primo, de manera intencionada y dañina, me tendrás.

—Lo sé. Nunca le haría daño de esa manera a Zac.

—Yo también lo sé, pero he mantenido la esperanza. ¿Para cuánto tiempo has venido?

—No voy a irme hasta que no lo arregle con Zac y vuelva con él a casa. O si quiere quedarse aquí, me da igual. Tengo que buscar trabajo de todas maneras.

—No te preocupes por eso. Aquí, en mi empresa, siempre tendrás trabajo.

—Ilian, yo…

—No digas nada más. Llegado el momento, ya lo hablaremos. Ahora lo que más te urge es hablar con Zac y coger fuerzas.

Asintió.

—¿Cuándo has llegado?

—He venido directamente del aeropuerto.

—¿Por qué no me has avisado? Habría ido a por ti.

—Siempre estás muy ocupado. No quería molestarte. Además, no sabía si era bienvenido.

Se encogió de hombros y yo sacudí la cabeza.

—Cuántos problemas nos ahorraríamos si lo hablásemos todo —comenté, pensativo—. ¿Tienes hotel?

—He viajado sin programar nada, pensaba buscarlo una vez estuviera aquí.

—Olvídate. Zac está en mi casa y no seré yo el que fuerce un encuentro entre vosotros. Voy a llevarte ahora a la casa de mis padres y te quedas allí, hasta que decidas entrar en acción. Mis padres estarán encantados, te mimarán y te guardarán el secreto. Y Jana conseguirá levantar tus energías, con sus comidas.

Asintió, emocionado.

—Anda, vamos.

Me levanté del sofá y caminé hasta la mesa.

—¿Puedes pausar el trabajo? —me preguntó.

—Es algo a lo que estoy acostumbrándome útilmente y para mi sorpresa, no me está costando nada.

—Joder. Sí que han cambiado las cosas por aquí.

—Ni te lo imaginas —le dije con diversión—. Pero de eso también hablaremos en otro momento.

Dejé el portátil apagado, con la tapa bajada, y la mesa recogida. De mi despacho fuimos a los ascensores y bajamos hasta la planta principal. Yo pensando en la suerte que había sido que hoy no le tocaba venir a Zac.

Aunque tampoco habría sido un problema, me habría visto en la calle con Leo.

Pasamos por recepción, donde Leo dejó su equipaje, para subir a mi despacho. Tirando de él salimos del edificio y recorrimos el camino hasta mi plaza de estacionamiento.

Metimos las maletas en el maletero y nos montamos. En cuanto me incorporé a la carretera y me alejé de la empresa, tomé la dirección de la casa de mis padres.

Llegar nos llevó unos quince minutos, a buen ritmo y sin tráfico.

Mis padres se sorprendieron al ver a Leo, pero también se emocionaron, por lo que significaba que estuviera aquí.

Me quedé con Leo, acompañándolo, mientras les contaba a mis padres y a Jana su versión de la historia y cómo la estaba viviendo. Bien jodido, no hacía falta aclaración sobre eso. Solo había que mirarlo.

—No te eches más preocupaciones encima —le pidió mi padre—. Esta es tu casa, hasta que decidas irte.

—Sí —lo confirmó mi madre—. Te queremos mucho, Leo. No te imaginas lo tranquilos que nos has dejado, al contarnos tu versión. No entendíamos cómo podía hacerle daño a Zac, tan descaradamente.

Me levanté de la silla y los dejé hablando con calma.

Me dirigí a la cocina, con Jana detrás de mí.

—¿Me estás siguiendo? —le pregunté, cuando entramos en la cocina.

—Sí —rio y sonreí.

Negué con la cabeza, antes de darle un beso en la frente. Saqué un vaso y lo llené de agua, para bebérmelo de una vez.

—¿Comes bien, hijo?

—De maravilla. —Le hice un guiño.

—Ya me gustaría verte por un agujerito.

—No te lo recomiendo. Te escandalizarías —le dije con un guiño.

Agrandó los ojos y me dio un golpe en el brazo, haciéndome reír.

—Déjate de bromas.

—No era una.

—Pues no me pongas nerviosa. Hay ciertas cosas que no quiero saber.

Puso los ojos en blanco.

—Estás más delgado, no me lo puedes negar.

—Como de maravilla y me sació, pero sí que es verdad que con tanto calor tengo menos apetito. A lo mejor es por eso. Es temporal.

—Puedo ir a prepararte las comidas.

—No —le quité la idea rápido, con una ceja arqueada—. Te lo agradezco, pero como mucho me llevaré comida cuando venga aquí. Ya está.

—No me cuesta nada ir —insistió.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo, no voy a cambiar de opinión —sonreí.

—¿Crees que Zac y Leo se arreglarán? Dos personas que se quieren tanto no pueden vivir separadas —habló preocupada.

—No lo creo, lo sé —dije con seguridad—. Ya lo verás.

—Ojalá sea así. Ayer hice limonada. ¿Quieres un poco?

—¿Y me lo dices ahora que me he llenado con el agua? —le pregunté haciéndome el molesto.

Alargué la mano con el vaso, para dejarle claro que quería limonada. Jana rio, de esa manera abrió la nevera y me sirvió.

Nos sentamos en los taburetes de la isla y disfrutamos bebiendo limonada. Estaba de vicio.

—Espera —le pedí, para que dejara de contarme sus últimos días.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y descolgué, al ver en la pantalla el nombre de Hernán.

—Hola —lo saludé.

—Hola —me correspondió.

—No estoy en la empresa. He tenido que salir por un asunto personal, pero no tardaré en regresar.

—No te llamo por nada del trabajo. O sí, porque está relacionado.

—No te entiendo.

Fruncí ligeramente el ceño. Jana se levantó del taburete y se acercó a mí, como si intuyera algo.

—Ilian, Dara y Eva han tenido un accidente de coche.

—¿Qué?

Apreté el agarre del teléfono, con la mano.

—¿Cómo? —exigí saber.

—Acaba de informarme un familiar de Eva. Por lo visto, su teléfono salió ileso del accidente y como la he llamado, extrañado porque no estaba en su puesto de trabajo, ha descolgado su hermano. Unos quince minutos antes de la hora del desayuno, Eva me pidió permiso para salir antes, ya que la tarde anterior le dieron el coche nuevo y quería darle una vuelta a Dara.

—¿Cómo mierda ha sido el accidente, Hernán? Era un puñetero coche nuevo.

—Aún no se sabe, pero es raro. No ha habido más coches implicados.

—No me jodas —siseé—. ¿Qué tan grave ha sido? ¿Cómo están? ¿Has hablado con Dara o Eva? ¿Sabes algo de ellas?

—Por lo que me han dicho el coche ha quedado destrozado.

Agrandé los ojos, mientras él continuaba hablando.

—Recién salido de fábrica y ya no vale. Joder, a mí me lo ha enseñado Eva esta mañana. Hemos coincidido en el estacionamiento y estaba muy ilusionada. Lo único que sé de las dos es que las están atendiendo en el hospital general, y que, dentro de lo grave que ha sido el accidente, ellas han tenido mucha suerte porque están más o menos bien. No corren peligro.

—Voy para el hospital. Hoy ya no volveré a la empresa.

—Tranquilo, Diego y yo nos quedamos a cargo.

—Gracias. Hablamos.

—Sí. Cuando sepas algo, cuéntamelo —me pidió.

Me había dado cuenta del interés que tenía Hernán por Eva, por lo que le aseguré que en cuanto supiera algo, se lo haría saber.

Me despedí de él y colgué. Cuando me di cuenta estaba cerca de la puerta de la casa y Jana debía haber avisado a todos, porque los cuatro estaban cerca de mí y me observaban preocupados.

—Dos trabajadoras de mi empresa han sufrido un accidente de coche. No sé qué mierda ha sucedido, porque el vehículo estaba recién salido del taller. Era nuevo. De las dos, una es la mujer con la que estoy saliendo —les conté—. Ya hablaré con vosotros con calma, pero quiero traerla aquí para que la conozcáis.

Mi madre y Jana recibieron la noticia con sorpresa. Mi padre asintió serio, pero por la situación. Y Leo me observó con curiosidad.

—Cariño —me dijo mi madre, con una mano en el pecho—. A nosotros nos encantará conocerla. Invítala aquí cuando quieras.

Asentí.

Los cuatro dimos por hecho que tanto Dara como Eva estaban bien e iban a salir pronto del hospital. No podía ser de otra manera, me negaba a pensar que Dara pudiera estar grave por el accidente. Bloqueé los peores pensamientos.

—Te llamo más tarde —le dije a Leo.

—Cuando puedas.

Me despedí de todos, prometiéndoles que compartiría con ellos la información que consiguiera.

Capítulo 39



Una hora antes…

Dara

—¿Qué haces? ¿Estás en uno de tus grandiosos descansos en los que terminas más cansada? —me preguntó Álvaro.

—Cállate —le pedí riendo—. Eres un envidioso.

—Joder. Pues claro —reímos—. Ya me gustaría tener lo que tú tienes.

—Para que eso ocurra, primero tienes que sentar la cabeza —le dije con diversión.

—Me lo estoy planteando.

—¿Qué dices? ¿Qué me he perdido?

—Ayer por la tarde vi a Clara. Fui a la casa de mi madre y estaba ella, con su madre también. Las tres tomaban un café.

—¿Y?

—Que me uní a ellas y me puse al día con Clara.

—¿Y? —insistí.

Mi amigo soltó una carcajada.

—Y una cosa llevó a la otra y terminé invitándola a salir hoy. Vamos a ir a cenar.

—Joder. ¡Qué bien!

—Ayer me dio la sensación de tener delante a la Clara que conocíamos bien, la de antes de que cambiara. No sé…

—Es posible, Álvaro. Éramos muy jóvenes. Ahora somos adultos, hemos madurado.

—Sí.

—Me encanta que la hayas invitado a cenar.

—No significa nada. Es solo un reencuentro de viejos amigos, para ponernos al día.

—Mmm… Vale.

—Lo digo en serio. Estuve enamorado de ella de adolescente, así que deja de pensar en lo que no es. Pues anda que no ha llovido desde entonces.

—Yo solo opino que me parece interesante —dije, sonriendo—. Ahora tengo que dejarte. Eva viene hacia mí, vamos a salir antes de la empresa para dar una vuelta en su coche. Está muy ilusionada, se lo dieron nuevo el día anterior, y quiere que lo vea.

—Suena genial. Perderos por algún lado y echarle la culpa al GPS.

Reímos.

—Que vaya muy bien tu cita. Pongo todas las esperanzas en ti.

—¿Para qué?

—Mi boca está cerrada —dije riendo—. Hasta que suceda, porque algo me dice a mí que sí, y tanto que va a suceder.

—Disfruta de la vuelta y del desayuno.

—Gracias.

Nos despedimos y colgamos, yo convencida de que lo de esta noche solo era el comienzo. El tema de Clara pintaba muy bien para Álvaro, aunque él no quisiera reconocerlo.

—Hola —me saludó Eva.

—Hola —le correspondí de la misma manera.

Se agarró a mi brazo y caminamos hacia el estacionamiento.

—¿Tú tienes plaza fija? —le pregunté.

—Sí, aunque solo los directivos deberían tenerla. Hace años que me la dieron.

Se encogió de hombros.

—Perfecto, así no tienes que estacionar en la otra punta —le dije, con un guiño.

Cuando nos acercamos al coche silbé.

—Qué bonito, Eva.

—Sí. A Hernán se lo he enseñado esta mañana, hemos coincidido a primera hora, cuando hemos estacionado.

Asentí, sonriendo.

—Vamos —me pidió—. ¿Quieres conducir?

—Los honores son todos tuyos.

Rio mientras se montaba.

—Me encanta el olor a nuevo —dije, observando todos los paneles y los detalles.

—Tienes prohibido pasar la lengua por la tapicería y el salpicadero —me advirtió.

—Eres una aguafiestas.

Bufé.

—No quiero babas aquí dentro.

Nos miramos serias y después soltamos una carcajada.

—No es de los más modernos y avanzados, pero para mí me sobra —me dijo, mientras arrancaba.

—Claro que sí. Es estupendo, Eva.

—Gracias.

Comenzó a circular y estuve muy atenta a la suavidad de la conducción.

—Enhorabuena, Eva.

—Gracias. Puede parecer una tontería, ya que es algo material, pero me hace especial ilusión.

—No es ninguna tontería.

—¿Quieres que pise el acelerador aquí? —me preguntó, cuando se desvió.

—Ve a la velocidad de la vía —le pedí—. Ya es suficiente, no vaya a ser que te multen y te quiten puntos —le dije, con diversión.

—Vale —rio y sonreí.

Durante unos diez minutos, Eva circuló por una autopista, hasta que quiso frenar para aminorar la velocidad y comenzó una pesadilla.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No lo sé —contestó apurada—. El freno no reacciona, Dara.

—¿Qué dices?

Agrandé los ojos.

—¡No va! —gritó.

Agarró el volante con mucha fuerza y comenzó a pisar con insistencia el pedal.

—No puede ser. Dios mío… —Jadeó.

—No puedes perder los nervios. Eva, ¿me oyes? Deja de moverme un momento.

—Sí, sí… —habló acelerada.

—Haz caso a lo que voy a ir diciéndote.

—Vale. —Cogió una gran bocanada de aire.

—Muévete para ponerte en el carril de la derecha. Con cuidado.

Miré por el espejo retrovisor, controlando el tráfico de detrás. Había demasiado por todos lados, sobre todo de camiones.

—Muy bien. Así —la animé a mantener la calma—. Ahora pon las luces de emergencia, para que sepan que nos pasa algo.

Cuando lo hizo, continué hablando.

—La carretera hace pendiente y no ayuda, pero ni roces el acelerador. Lo que sí tienes que hacer es ir bajando de marchas, dando un tiempo entre una y otra, para que el coche intente frenar progresivamente. Dale, baja a quinta.

Eva hizo paso a paso lo que fui diciéndole, pero no fue suficiente, sobre todo cuando vi a un vehículo que no hizo caso a nuestras señales. Venía embalado hacia nosotras, por detrás, y le grité a Eva para que se cambiara de carril.

Ella lo hizo nerviosa, dando un volantazo que la llevó a perder el control del coche. Todavía a demasiada velocidad, nos fuimos de frente contra el muro del lateral derecho, impactando con mucha fuerza.

Lo primero que noté fueron los párpados muy pesados y un pitido horrible en los oídos. Quise llevarme las manos a las orejas, para tapármelas, pensando que el ruido venía de fuera.

Pero no, era yo misma, por dentro. Solté un jadeo al levantar con pesadez los párpados. No podía moverme, me dolía todo el cuerpo, lo que era bueno porque lo sentía, y estaba aprisionada por los airbags frontales y laterales.

—¿Eva? —susurré—. Vamos, Eva. Dime algo. —Tragué saliva con dificultad.

La visión se me volvió borrosa y me di cuenta entonces de que veía un poco rojo. Iba reaccionando despacio, porque fui consciente de que aparte de las lágrimas, algo rojo, sangre, me llegaba a los ojos. Debía tener alguna cicatriz en la cabeza o en la cara, pero continué sin poder moverme.

Los brazos se me habían quedado en una mala posición y era imposible salir de aquí.

Escuché voces fuera del coche, pero yo quería escuchar a Eva. Mi amiga reaccionó muy tarde, pero lo hizo. Solté un suspiro de alivio.

Cuando me sacaron del coche y me atendieron tumbada en una camilla, pude ver, impresionada, cómo había quedado el coche.

Perdí el conocimiento en algún momento, porque lo siguiente que vi fueron muchas luces en el techo y varias enfermeras a mi alrededor.

—Hola —me habló una—. Bienvenida. Te hemos dejado descansar.

—Vale —dije con voz ronca—. ¿Qué tengo?

—Muchísima suerte, eso es lo que tenéis tu amiga y tú —me contestó, hablándome con cariño—. Es increíble que, aparte de las contusiones y de alguna herida que estamos cosiendo, tu cuerpo esté estupendamente. Sé que estás dolorida, pero debes dar las gracias.

—¿Y mi amiga?

—La están atendiendo muy cerca de aquí. Ella está como tú. Os llevará unos días. Las marcas del accidente tardarán en irse, pero por lo demás, estáis perfectamente.

Asentí, sin fuerza.

—Me duele todo —susurré.

—Es normal. Descansa, el calmante comienza a hacerte efecto.

Los ojos se me cerraron de golpe y la siguiente vez que pude abrirlos, me encontré con unos ojos impactantes y una expresión seria, pero no menos increíble.

—Ilian… —susurré.

—Hola, preciosa.

Se inclinó hacia mí, para darme un beso rápido en los labios.

—Tus padres y tus amigos están en la sala de espera. Yo hace muy poco que he sustituido a tus padres. Las enfermeras nos han pedido que estemos pocas personas en la habitación, hasta que tú reacciones bien.

—Vale —murmuré—. ¿Eva?

—Está descansando cerca. Sus padres están con ella y también Hernán —me dijo con un guiño, por mi cara de sorpresa—. Mis padres y Jana también están aquí. Te han visto, pero estabas dormida. Les he hablado de ti, de lo que tenemos.

—¿Quién es Jana?

—La mujer que me crio desde recién nacido, ayudando a mi madre. Y la mujer que cocina en la casa de mis padres y que es una parte muy importante de nuestra familia. Vive en la casa familiar y es la mejor amiga de mi madre.

—Ah…

—Siento mucho lo que os ha pasado.

—El freno no iba, Ilian. Eva no pudo frenar y perdió el control del coche.

Quise incorporarme un poco y me ayudó a acomodarme con la almohada.

—Imaginábamos que era algo de eso. Aún no han podido decirnos el motivo, pero está claro.

—¿Cómo ha podido ocurrir? Un coche nuevo… Recién saldo de fábrica, después de muchas revisiones. No lo entiendo.

—El accidente fue provocado, Dara.

—¿Cómo? —Agrandé los ojos.

—El tiempo de espera en el hospital ha dado para mucho. Gracias a las cámaras de seguridad del estacionamiento de la empresa sabemos que un tío se tiró al suelo, debajo del coche de Eva, y manipuló algo. El mismo tío que se montó en el coche que conducía Samara.

—Mierda.

Cerré los ojos con fuerza.

—Pero ¿qué les pasa a esas dos con Eva? ¿Qué mierda quieren y por qué? —pregunté alterada.

—Shhh… Ya da igual. Samara está detenida por intento de homicidio, al igual que su pareja. A Carolina la están buscando, porque Samara la ha delatado. Participaron los tres en eso. Samara habló rápido cuando la policía la presionó. Los han cogido porque Diego llevó a la policía las grabaciones de primera hora del día de hoy, las de las cámaras que enfocaban a la plaza de estacionamiento de Eva.

—Joder, menos mal.

—Puede que nunca sepamos los motivos que han llevado a esas dos impresentables a odiar tanto a Eva, de esa manera tan dolorosa, pero tal vez es mejor así porque como sea solo por envidia…

—Es muy fuerte. Pobre Eva.

—Siento mucha rabia porque eso ha sucedido en mi empresa.

—Tú no puedes saberlo todo. Es imposible que tengas el control absoluto. Me duele la cabeza.

—No te esfuerces más. Tienes que descansar.

Me dio un beso en la frente y cerré los ojos.

—Dime que esas arpías ya no están en la empresa, porque como me las encuentre en algún sitio…

—Las eché justo después del numerito de la cafetería, no esperé ni un minuto más. Se me pasó decírtelo.

Nos quedamos en silencio y noté las caricias de Ilian. En las manos, en los brazos, en la cara…

—Ilian…

—¿Sí?

—No quiero que te vayas.

—No voy a irme a ningún lado, cariño. Vas a tenerme pegado a ti durante mucho tiempo. Años.

Quise responderle a esas palabras tan bonitas, pero no fui capaz.

Lo último que sentí fue el roce suave de sus labios sobre los míos y después su presencia me acompañó en mis sueños.

Epílogo



Trece años más tarde…

Dara

Sonreí cuando Jana entró en la cocina, persiguiendo a Luna e Izan. Ellos son nuestros hijos, los de Ilian y míos. Tienen nueve y siete años, respectivamente.

Jana se mantiene en forma gracias a ellos. Eso dice siempre, pero ella está más que encantada con los niños.

Sigue viviendo en la casa de mis suegros, ya que es una más de la familia. Ilian me lo dijo cuando me habló de ella con mucho cariño, y yo tuve el placer de presenciar la primera vez, hasta qué punto Jana era muy importante para los padres de Ilian y para mi marido. Ahora para todos los demás.

Desde que los niños llegaron, en las épocas que no había colegio, Delia, Darío y Jana se pasaban las mañanas haciendo de canguros. Aunque el trabajo se lo repartían con mis padres. Los cinco abuelos eran inmejorables, ya que Jana entraba en esa categoría. Se llevaban de maravilla.

Mi padre ya hace unos años que se jubiló, por lo que lleva todo ese tiempo disfrutando de viajar con mi madre de un lado al otro. En muchas ocasiones no hace falta hacer grandes cosas o viajes, simplemente salir de la rutina.

Ilian sigue al frente de su empresa, la que continúa funcionando de maravilla. Y yo disfruto de mi cargo de directora financiera y ofreciéndole apoyo constante a mi marido, de cualquier forma y postura. Si nuestros despachos hablaran…

Formamos un gran equipo, fuera y dentro de la empresa. La vivienda familiar es la gran casa de Ilian. Me trasladé aquí cuando salí del hospital, por el accidente de coche provocado. Y ya no me fui.

Mi marido se empeñó en estar conmigo, para cuidarme. Yo me dejé mimar, en todos los sentidos. Y hasta hoy. Sigo conservando mi casa. Con el tiempo no he podido venderla, porque le tengo un gran cariño. De manera que preferí alquilarla. En ella vive una familia, desde hace más de seis años.

—Hola —me susurró al oído Ilian.

Sonreí, notando todavía las cosquillitas de mi interior.

—Hola.

Giré la cabeza, para mirarlo por encima del hombro, y me besó. Fue un beso corto, pero con un propósito claro. Lo consiguió, porque me dejó con ganas de más.

—¿Preparada para un nuevo cumpleaños? —me preguntó.

—Doy gracias por cumplir años, siempre que esté con vosotros.

Me giré para quedar de cara a él y le acaricié los labios con los dedos.

—Nunca vas a librarte de nosotros —me dijo, con una sonrisa pícara —. Sobre todo, de mí.

—¿Y tú estás preparado para la semana que viene?

—¿Qué pasa la semana que viene?

Se hizo el despistado, pero disimulaba muy mal. Solté una carcajada y cuando me callé, agarré la cinturilla de su pantalón y tiré de ella hacia mí.

—Es nuestro aniversario y espero que me hagas cosas muy sucias, durante los cuatro días que estaremos fuera —le susurré al oído.

Me alejé de mi marido justo a tiempo, para que no me cogiera en brazos. Si me subía a la habitación, lo que había sido su intención, no saldríamos de allí en mucho tiempo.

Recorrí el salón, yendo hacia el porche. Hacía un día estupendo, caluroso. Una buena parte de nuestros invitados, nuestra familia y amigos, estaban dentro de la piscina. Los demás estaban entre las tumbonas y la mesa del porche.

Como era el caso de Elisa y Alfonso. Ella estaba sentada de lado, sobre las piernas de él. Sí, Elisa es la madre de Álvaro y Alfonso, el padre de Estela. Fue una gran sorpresa que terminaran juntos. Nadie se lo esperaba, ni siquiera ellos mismos. Conectaron de una manera muy especial, el amor nació mientras Elisa ayudaba a Alfonso a redecorar su casa. Fue años después del fallecimiento de la mujer de Alfonso, la madre de mi amiga Estela.

El primo de mi marido, Zac, tuvo una gran reconciliación con Leo. No fue fácil, porque a Zac le costó confiar, pero Leo le demostró día a día, que era el amor de su vida y que no quería nada más para ser feliz. Cuando Zac se encontró con Leo por sorpresa, en la casa de sus tíos, sin que supiera que estaba ahí, se quedó en *shock* y no pudo reaccionar. A partir de ese momento tuvieron que trabajar mucho, juntos, yendo en la misma dirección. Que Leo dejara su trabajo y se alejara de su exjefe, fue algo muy positivo para Zac. Se trasladaron aquí. Ilian contrató a Leo en la empresa y después de un tiempo, se fueron a vivir juntos. De nuevo y definitivamente.

A Álvaro, mi querido amigo, le salió genial la jugada de la invitación a Clara para cenar. Esa noche sucedió algo mágico: ambos destaparon la caja de sus recuerdos. Sacaron lo que les hizo daño, lo que les sentó mal, los errores de juventud y también la complicidad y la unión que tuvieron durante un largo tiempo. Después de esa cena que terminó con varios besos y la promesa de algo muy bonito, volvieron a quedar. Una cita dio paso a otra, y el resultado final estaba claro. Clara decidió regresar a nuestra ciudad, para no separarse de Álvaro. Están casados y tienen dos hijos, César y Mario.

Lo que iniciaron Nico y Estela, desde el momento que se conocieron, fue creciendo poco a poco al principio, hasta que soltaron los frenos y se lanzaron a vivir la experiencia a tope. Ambos encajan perfectamente, de la misma manera que se complementan. Están casados y tienen una hija, Marina.

La historia de Joel y Fani tuvo algún que otro altibajo, hasta que consiguieron hablar abiertamente de sus sentimientos y dejaron de esconderse bajo capas de indiferencia. Joel se sinceró con Fani, le contó el motivo por el que dejó de escribirle. A mi amiga no le sentó nada bien la noticia, aunque no lo culpó, ya que por aquel entonces solo tonteaban por mensajes escritos. El caso es que Joel se esforzó mucho para recuperar a Fani y, aunque ella se resistió para hacerlo sufrir, terminó cayendo en los brazos de Joel. No están casados y por el momento no han hablado de ello. Tienen dos hijos, David y Miguel.

Mi compañera y amiga Eva, una vez que se recuperó del accidente y de la impresión de lo que hicieron sus antiguas falsas amigas, se vio muy arropada por Hernán. Al principio fue de sorpresa en sorpresa, hasta que se acostumbró a tenerlo muy cerca y a que estuviera muy pendiente de ella. Se casaron tres años después y tienen dos hijas, Valeria y Lucía. Ambos continúan con sus trabajos en la empresa de mi marido.

Después está Diego, la otra pieza importante en el trabajo para Ilian. Diego encontró el amor una tarde cualquiera. Este amor picó a su timbre y Diego le abrió la puerta de par en par. Resulta que Rebeca era repartidora por aquel entonces y fue a la casa de Diego, para entregarle un paquete. Ese día hacía un calor insoportable y la chica se sintió mareada. Cuando Diego recibió el paquete, ella le preguntó si podía darle un poco de agua, a lo que Diego le dijo que, por supuesto. Pues cuando él regresó con el vaso de agua, se encontró a Rebeca desmayada en el suelo de su salón. Por supuesto, Diego la ayudó. La tumbó en su sofá, cerca del aire acondicionado, le elevó las piernas y le dio de beber sorbos muy pequeños. Con mucho cuidado. Ese fue el inicio para ambos. Están casados y tienen tres hijos, Alberto, Bruno y Alicia.

Por último, pero no menos importante, os comento que a mi amigo Víctor le fue tan bien con el cambio de trabajo que en varios meses lo ascendieron. También vive enamorado de Mabel, lo que va en ambas direcciones. Mabel consiguió derribar cada una de las barreras de Víctor y llegó a meterse muy dentro de él. Lo de ellos fue tan intenso que se casaron a los siete meses de conocerse y a los cuatro de estar viviendo juntos. Podía haberles salido mal, pero no fue el caso. Siguen igual de enamorados y tienen dos hijas, Elena y María.

Para terminar, comento, ya que, en cierta manera, fue la gran mecha que prendió todo lo demás, que César, el amigo al que sustituyó Álvaro en verano en el hotel, consiguió el gran trabajo por el que mi amigo y yo nos vimos detrás de una barra. Su novia se convirtió en su mujer varios años atrás.

Hoy era mi cumpleaños y me sentía muy feliz por tener conmigo a todas las personas que quería. Dentro de poco soplaría las velas que formarían un número más y solo esperaba que los días que quedaban por delante se parecieran a los que había vivido el año anterior.

Dirigí la mirada hacia Ilian y vi tanto amor y deseo en sus ojos… No necesitaba nada más para que mi mundo se mantuviera fuerte.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu
